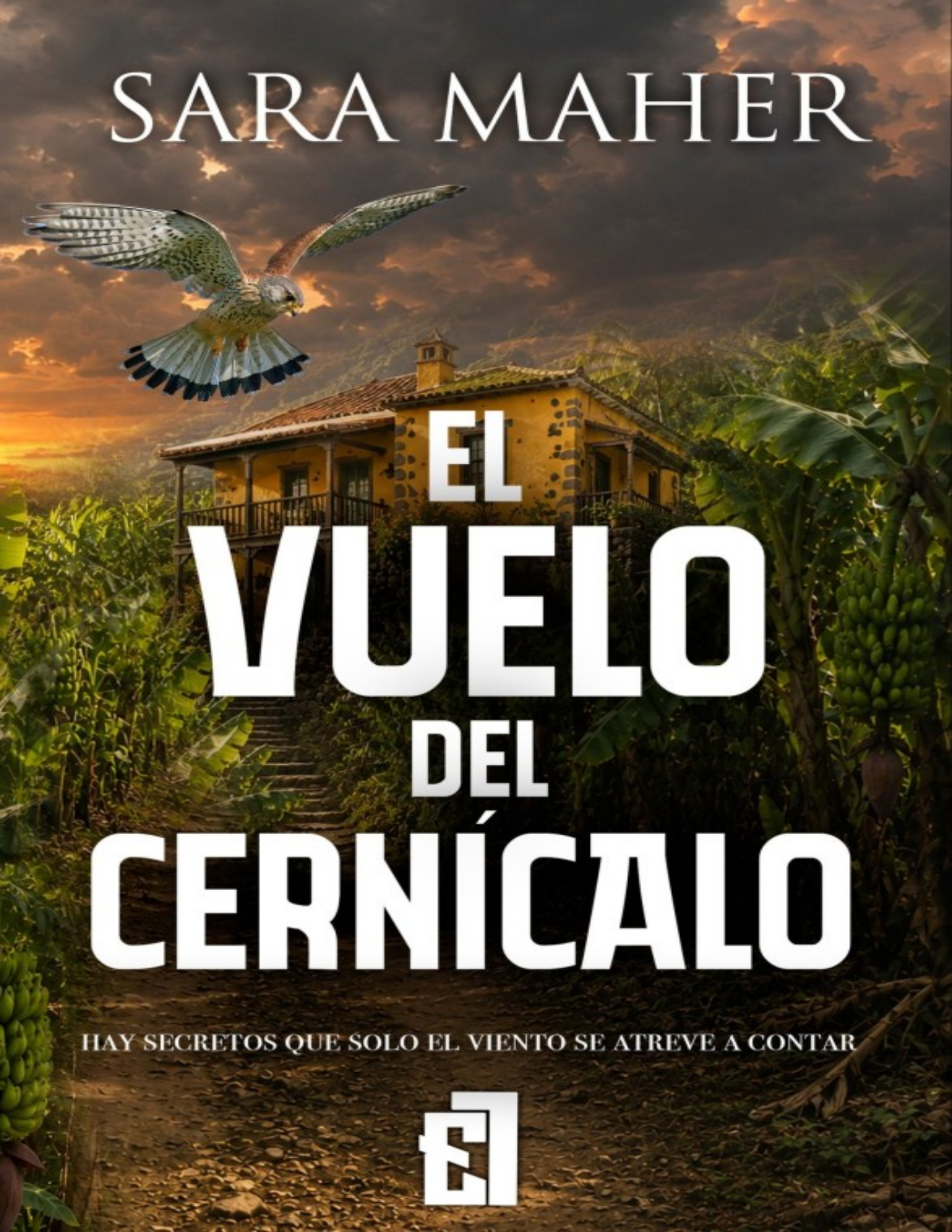
SARA MAHER



EL VUELO DEL CERNÍCALO

HAY SECRETOS QUE SOLO EL VIENTO SE ATREVE A CONTAR

El vuelo del cernícalo

El vuelo del cernícalo

Sara Maher

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Sara Maher 2026
© Entre Libros Editorial LxL 2026
www.entrelibroseditorial.es
04240, Almería, (España)

Primera edición: octubre 2026
Composición: Entre Libros Editorial
ISBN: 979-13-88457-02-9

Indice

Indice
CAPÍTULO 1
  EL HIJO PRÓDIGO
Capítulo 2
  EL INTRUSO
Capítulo 3
  EL ECO DEL PASADO
Capítulo 4
  LAS LUCES DEL CIELO
Capítulo 5
  LA LLAMADA
Capítulo 6
  EL FUNERAL
Capítulo 7
  LAS PLATANERAS
Capítulo 8
  LAS DOS Y NUEVE
Capítulo 9
  LAS LLAMAS OCULTAS EN LAS CENIZAS
Capítulo 10
  LA FAMILIA ES LO PRIMERO
Capítulo 11
  LA FOTOGRAFÍA
Capítulo 12
  SECRETOS QUE ESCUECEN

Capítulo 13
DE SUEñOS ROTOS Y ANHELOS
Capítulo 14
EL VERDADERO ROSTRO DEL HOMBRE PÁJARO
Capítulo 15
¿CRIATURA O FARSANTE?
Capítulo 16
EL ENCUENTRO
Capítulo 17
LA MARCHA
Capítulo 18
MI HIJA
Capítulo 19
EL DÍA D
Capítulo 20
DECISIONES PRECIPITADAS
Capítulo 21
UNA TORMENTA INESPERADA
Epílogo
Agradecimientos

A Nico, porque tu nobleza y tu entusiasmo
me han enseñado a ver el mundo a través de cristales de colores

CAPÍTULO 1
EL HIJO PRÓDIGO



Entornó los párpados e inspiró hondo para recibir con gratitud una bocanada de brisa marina. Echaba tanto de menos ese aroma puro, casi virgen, que tuvo que sujetarse con fuerza a la barandilla del ferry para no caer. Después de ese leve mareo, alzó la mirada para contemplar el espectáculo paisajístico de su tierra añorada, de su hogar durante su infancia y adolescencia. La naturaleza volcánica de la isla de La Gomera se combinaba con la serenidad de un valle fértil en su bendito pueblo: Valle Gran Rey. Admiró la profundidad de los barrancos que descendían de forma abrupta hacia el mar, creando una estampa de gran verticalidad y belleza. Eran unos barrancos moldeados por la erosión a lo largo de millones de años y que constituían un reclamo atractivo para los miles de turistas que visitaban la isla al año y que decidían transitar por sus senderos mágicos para olvidarse de su vida cotidiana.

Sonrió de medio lado al apreciar los enormes brazos abiertos con los que lo recibían los impresionantes acantilados costeros, como si fueran los de un padre que nunca deseó que se marchara y que durante años lamentó su partida. Carraspeó acongojado, pues quizá ese fuera el único abrazo que lo acogería ahora que había regresado. Sacudió la cabeza para ahuyentar esos pensamientos dramáticos y se centró en su hija, quien permanecía sentada en el interior y con la mirada ausente mientras custodiaba el equipaje.

Tras un último vistazo a la perfilada costa gomera, regresó y se sentó a su lado. Besó sus cabellos morenos y lacios, los cuales descendían como un velo suave hasta la mitad de su espalda, y la cogió de la mano. Faltaban escasos minutos para que el ferry atracase; segundos contados para pisar de nuevo la tierra que una vez decidió abandonar y a la que volvía por necesidad. A ambos les aguardaba una nueva vida, y él esperaba que fuera más sosegada, más benefactora con ellos, pero sobre todo que les brindara una oportunidad para sanar sus corazones.

Arrastraron las dos maletas por el muelle nada más desembarcar en el Puerto de Vueltas al tiempo que observaban cómo muchos de los pasajeros se alejaban del barco en sus propios vehículos y cómo otros eran recibidos por sus familiares entre risas espontáneas y lágrimas de felicidad. Sin embargo, ellos se quedaron anclados en el asfalto después de alcanzar el paseo marítimo. Solos. Bajo el abrigo de los acantilados descomunales y el sonido hipnótico de las olas al besar la arena negra de la playa.

—¿No me dijiste que el abuelo nos recogería? —le preguntó la pequeña, con sus enormes ojos verdes observándolo.

—Se ha olvidado, el muy ca... —Cerró la boca antes de llegar a pronunciar la palabrota delante de su hija y, en su lugar, la obsequió con una mueca forzada—. No pasa nada. Cogeremos un taxi.

No tuvo tiempo de sacar el móvil, pues un vehículo blanco se detuvo frente a ellos con una calma propia de la isla. El conductor del taxi bajó la ventanilla del copiloto y con una sonrisa de oreja a oreja lo saludó:

—¡Yeray Darias! ¡Dichosos los ojos que te ven! ¿Has venido a pasar las vacaciones de verano con tu viejo?

Desconcertado, arrugó el entrecejo, se quitó las gafas de sol y miró hacia el interior del taxi para apreciar mejor a su interlocutor. Se fijó en su nariz aguileña y en esa boca pequeña y resultona que le era familiar, sin embargo, era incapaz de ponerle nombre a esa

cara tan particular. Fingió conocerlo y estiró una de las comisuras de los labios con picardía.

—¡Hola! ¿Qué tal estás? Martín me dijo que vendría a buscarnos, pero es evidente que le ha surgido algún problema.

—Sube. Yo te llevo, y te prometo que no te cobraré ni un duro. ¿Quién es la pequeña? ¿Tu hija? No se parece en nada a ti. Es muy guapa.

—Sí, es Olivia —le respondió a la vez que le abría la puerta a la niña. Luego introdujo el equipaje en el maletero—. Afortunadamente, toda la belleza y el buen humor los heredó de su madre. Y no te preocupes por el dinero. Son unos cuantos kilómetros hasta El Retamal y tu tiempo es tu tiempo. Te pagaré igual.

Mientras el hombre le contaba la historia sobre cómo decidió arriesgarse a comprar un vehículo más amplio para iniciar su trabajo de autónomo y convertirse en taxista, Yeray observaba sobrecogido cómo la distancia hasta la que fue su casa se acortaba considerablemente. Preocupado, se revolvió en el asiento y arrugó la nariz. Quizá nunca debió aventurarse a vender el piso de Madrid, dejar el trabajo y tomar la decisión más difícil de su vida: regresar a su pueblo.

Volvió a inspirar profundo, aunque esta vez el aire no le pareció tan puro pese a que las palmeras icónicas que salpicaban todo el valle le inspiraban coraje y ciertas ganas de libertad. Lanzó su mirada nostálgica hacia las diferentes laderas del terreno, las cuales parecían haber sido cinceladas por un dios escultor, ya que se habían transformado en hermosas terrazas de cultivo. Estas no eran más que una adaptación humana a la superficie abrupta y a la vez agraciada del pueblo, donde se cultivaban plátanos, aguacates y otras frutas tropicales. Juntas constituían un paisaje escalonado de gran belleza, como si se tratara de los mismísimos peldaños hacia el paraíso.

Yeray distinguió las primeras casas de El Retamal y aguantó la respiración hasta que los músculos de la cara lo obligaron a mostrar una mueca dolorosa. Estaba allí y ya no había vuelta atrás. A pocos metros se encontraba la casa de su niñez, el hogar que tantas veces lo vio reír y, otras tantas, llorar.

Se despidió del taxista y no le quedó más remedio que asentir después de que este se empecinara en quedar en el bar para tomarse una cerveza. Luego, caminó junto a su hija los metros que

lo separaban de la fachada blanca e impoluta que siempre fue su casa. Su padre nunca desatendía esas pequeñas cosas como arreglar un grifo que goteaba, cambiar la bombilla porque se había fundido o pasar largas jornadas durante el verano dándole manos de pintura a la construcción. Trabajaba de sol a sol, sin importarle que después de tantas horas sumergido entre plataneras llegara a casa y continuara con las labores que él denominaba propias de un hombre.

Tocó a la puerta, se separó de ella como si la madera le hubiera escocido y aguardó con las manos en los bolsillos a que alguien le abriera. Intentaba demostrar ante su hija una serenidad que se le había quebrado nada más descender del barco y comprobar que nadie los esperaba. Tampoco le había sorprendido. Su relación con su padre siempre había sido complicada y poco afectuosa, pero habría deseado que al menos el viejo se hubiera preocupado por su nieta, a la que no veía desde que había cumplido los dos años.

Escuchó los pasos lentos pero firmes de su padre acercarse a la puerta y supo que se había detenido unos segundos eternos antes de abrir. Eso lo crispó aún más, pues no comprendía la actitud suspicaz del hombre que una vez lo alentó a vivir sus sueños. Claro que él no esperaba que sus sueños se encontraran en Madrid, y eso abrió una brecha insalvable entre ambos.

—¡Hola, padre! —lo saludó al ver que asomaba el hocico con demasiado recelo—. Hemos estado esperándote en el puerto.

—¿Era hoy cuando venías?

El hombre se limpiaba las manos en un paño grasiento y Yeray dedujo que había estado revisando el motor de la vieja furgoneta.

—Sí, creo que te lo dejé bien claro por teléfono anteayer —le recalcó.

Martín Darias se pasó la lengua por su dentadura torcida y la posó en las muelas traseras. No era muy alto ni tampoco robusto, pese a que desprendía una especie de aura intimidante que repelía a todos los vendedores que osaban tocar el timbre. Su espesa cabellera blanca, junto con sus ojos hundidos, dulcificaba sus facciones toscas y angulosas, aunque eso no engañaba a Yeray. Las arrugas de su rostro le confirmaban que ni siquiera el paso de los años había ablandado su corazón.

—¿No vas a saludar a tu nieta?

El viejo carraspeó al tiempo que observaba a una persona pequeñita sonreírle con una inocencia que se le antojó simulada.

Vestía con unos vaqueros anchos y una camiseta de tirantes demasiado estrecha para su gusto. Se fijó en las bailarinas azules e impolutas que calzaba y arrugó el rostro, malhumorado.

—¿Cuántos años tienes?

—Nueve —le respondió la niña con gracia.

—Bien, pues ya tienes que saber que esos zapatitos de muñeca no van a servirte aquí. Trabajamos en las plataneras y tenemos también unos cuantos papayos y mangos. Es mejor que te compres unos tenis. Creo que son más adecuados para ti.

La niña miró de forma interrogante a su padre.

—Se refiere a unas zapatillas de deporte. En Canarias las llaman tenis, aunque en la isla de Gran Canaria se las conoce como playeras.

—¿De verdad tienes que explicarle eso? —le preguntó el viejo, regañón.

—No te preocupes, abuelo. En poco tiempo me pondré al día con todo el vocabulario canario, sobre todo porque después del verano empezaré el curso aquí, en mi nuevo colegio —le aseguró con un acento peninsular muy marcado.

Martín torpedeó a su hijo con sus ojos marrones y carraspeó molesto antes de espetar:

—¿Mi nieta habla como una goda pija?

—No es una pija —la defendió Yeray—. Además, ha crecido en Madrid. Su madre era madrileña, así que es normal que tenga ese acento porque... es su acento.

—Pues no me gusta. Y tampoco me gusta que se te haya pegado ese soniquete. Tú eres gomero.

—No se me ha pegado nada.

—Sí que se te ha pegado. Lo que pasa es que no te das cuenta, pero hablas marcando las eses, y no me gusta —le recalcó molesto.

Yeray resopló y se llevó una mano a la frente. Así no llegarían a ningún lado. Y estaba exhausto después del viaje en avión hasta Tenerife y luego por haber cogido un ferry hasta Valle Gran Rey porque su padre se había negado a recogerlo en la capital de la isla: San Sebastián de la Gomera.

—Vale. ¿Piensas ayudarnos con las maletas, o quieres que pasemos la noche aquí a la intemperie? —le preguntó en un tono conciliador.

—Por mí, puedes pasarla donde te plazca. —Martín entró en la casa y lanzó el paño sucio en dirección a la cocina—. Ya eres

mayorcito y tienes dos manos para valerte por ti mismo. Ahora tengo que terminar de ponerle el aceite a la furgoneta.

—¡Gracias por tu hospitalidad! —exclamó sin haber puesto aún un pie en el único escalón que lo separaba de la casa. Después se acuclilló frente a Olivia y le acarició una de las mejillas con el pulgar —. Eh, no te preocupes. No siempre es así. El viejo tiene sus días, como todos, pero te prometo que en los buenos podrás sacarle una sonrisa con uno de tus chistes malos.

—¿Crees que le gustarán?

—¡Oh, sí! Todavía no lo sabe, pero le encantarán.

Yeray subió las dos maletas al segundo piso y aguardó a que su hija llegara arriba. A continuación, enfiló el pasillo angosto hasta alcanzar su habitación, esa que le había servido de refugio cuando su padre decidió que no era más que un adolescente rebelde y maleducado. Recordó los gritos, las amenazas y cómo él se sublevaba poniendo la música a todo volumen.

Abrió la puerta y descubrió que su dormitorio estaba tal como lo había dejado veinte años atrás. Los pósteres desgastados de sus grupos favoritos de rock continuaban decorando las paredes, y esas malditas cortinas beis seguían afeando las vistas desde la ventana, y probablemente tampoco impedirían que la luz mañanera se filtrara a través de ellas. Frunció los labios, abrió el armario y reconoció algunas de las prendas que permanecían en el perchero. Sonrió para sus adentros. Estaba convencido de que eso era cosa de su madre, quien nunca quiso tirar nada por si algún día regresaba. Y lo había hecho. Aunque fuera demasiado tarde para ella.

—Papá, ¿tenemos que dormir en la misma cama?

Yeray se dio media vuelta y cayó en la cuenta de que tampoco su padre se había preocupado por instalar otra cama. La suya no era pequeña. Medía metro y medio de ancho, suficiente para que los dos descansaran, aunque no pudieran dormir a pierna suelta.

—Bueno, será solo por unas cuantas semanas. Nos compraremos dos buenas camas de esas que te dan masajes por la noche hasta que te duermes, y más adelante tendremos nuestra propia casa. — Quiso sacarle una sonrisa; sin embargo, Olivia continuaba cabizbaja.

—Pensaba que iba a tener mi propio dormitorio. ¿No me dijiste que la tía Yaiza vivía en San Sebastián?

—Sí, es verdad. Pero te repito que en cuanto consiga trabajo y reúna algo de dinero, tú y yo vamos a tener una casa para nosotros solos. Vamos a ser la envidia del Valle.

Los labios de Olivia comenzaron a tremar y contuvo un pequeño hipido para evitar llorar.

—Quiero irme a casa. Quiero volver a Madrid.

—No podemos, mi niña. Ya no. —Se sentó en la cama y la cogió de las manos.

—Pero hemos dejado a mamá allí y alguien tiene que ponerle flores y hablarle de vez en cuando para que no se sienta sola.

—Mamá ya no está allí. Está aquí —le aseguró, tocándole el pecho con el dedo índice—. Y puedes hablar con ella siempre que quieras.

Yeray evitó que una lágrima rodara por una de sus mejillas. Había mantenido el temple desde que dejaron su antiguo piso atrás y se dirigieron al aeropuerto. Lo había hecho por ella, por su niña, pese a que estaba roto por dentro, pese a que la angustia le había devorado el alma hasta dejarlo mudo. Ya no sentía ni padecía. El dolor era tan inaguantable que lo había aceptado como si fuera su nuevo compañero de aventuras; un compañero afilado y traicionero, pues no podía fiarse de él. No podía.

Se sorbió la nariz y abrazó a la pequeña para darle un consuelo que él también exigía. Y allí, entre los brazos de su hija y un corazón sin latidos, deseó que su plan funcionara, porque necesitaba sentirse vivo por ella, deseaba seguir adelante por ella. ¡Por Olivia!

De pronto, alguien irrumpió en la estancia de forma brusca y Yeray apenas tuvo tiempo de alzar la mirada para descubrir de quién se trataba. Ambos fueron absorbidos por unas extremidades gigantes que los rodearon y estrecharon hasta el punto de no dejarlos respirar.

—Hola, Yeray. M-m-me alegro mucho de verte. Te he echado m-mucho de m-m-menos.

—Hola, hermanito. Yo también estoy muy feliz de verte, pero ¿podrías dejarnos respirar? Estás escachándonos.

—Perdona.

Se incorporó con rapidez y Yeray pudo apreciar lo alto que era y lo mucho que había crecido. La última vez que lo había visto había sido en el funeral de su madre, pero en ese viaje relámpago a la isla, que apenas había durado tres días, no había tenido tiempo de hablar con él como se merecía. Ese gigantón con un globo como barriga y manos tan grandes como un oso lloraba desconsolado y no atendía a consejos. Se había encerrado en su cuarto y ni su hermana Yaiza, siempre más cariñosa que él, había logrado que se sentara a la mesa para comer con los demás.

—Olivia, este es tu tío Airam. Como te dije, es como un oso amoroso y estoy segurísimo de que a él sí van a gustarle tus chistes.

Yeray se levantó al apreciar la sonrisa inocente de su hermano y lo abrazó de nuevo mientras este aprovechaba para darle varias palmaditas en la espalda. Recordó el día de la partida y cómo Airam le suplicaba que no se fuera, que no tendría con quién jugar a los indios y vaqueros, ni tampoco a nadie que lo enseñara a nadar cuando fueran a la playa. En ese momento, estuvo a punto de echarse atrás, de no salir en busca de sus sueños porque no podía dejar a su hermano desamparado. Yaiza ya se había marchado. Había conseguido trabajo en una peluquería de la capital, mientras que a Airam le esperaba una vida al amparo de sus padres.

Su hermano pequeño tenía síndrome de Down. Era bastante independiente. Podía vestirse y bañarse solo, incluso había aprendido a cocinar platos no muy difíciles. Su madre lo había enseñado. Se había esforzado para que Airam fuera un niño autosuficiente, aunque su mala locución y su incapacidad para comprender el valor del dinero impidieron que consiguiera un trabajo bien remunerado. Por eso su padre lo había adoctrinado en el arte de la agricultura: el negocio familiar.

—¿Dónde estabas? —le preguntó con interés—. Antes, cuando hemos llegado —le aclaró—. Esperaba que al menos tú vendrías a recibirnos.

—Lo s-s-siento. Estaba du-durmiendo. Hoy me he levantado m-m-muy temprano. —Hablaba como si la lengua se le enredara entre los dientes y a veces arrastraba las palabras, sobre todo cuando las frases eran muy largas o estaba demasiado emocionado, como en ese momento.

—Ya. Imagino. —Chasqueó la lengua y evitó pensar en la esclavitud a la que estaba sometido su hermano.

—Ya está la cena. Sabes que a papá le g-g-gusta co-comer sobre las ocho. La he hecho yo. M-m-macarrones con salsa de tomate.

—Sí, te encantan los macarrones. —Apretó los labios, orgulloso de él. Luego miró las maletas y se encogió de hombros—. Vale, ya las desharemos después. Ahora vamos a degustar esa rica comida que nos has preparado.

Durante la cena, apenas intercambiaron unas frases. Martín Darias continuaba mostrando su semblante severo e inflexible, y pese a que Airam se esforzaba en darle conversación a la pequeña preguntándole cómo era la vida en Madrid, los continuos bufidos del

cabeza de familia cortaban el ánimo de todos los presentes. Así que el sonido de los tenedores al chocar con los platos era la única banda sonora de ese enigmático anochecer que Yeray podía distinguir a través de la ventana de la cocina. Eso y las respiraciones de Toby, el perro labrador que contaba con más de quince años y que aguardaba ansioso a que alguien le lanzara un macarrón desde la mesa.

—Me voy a ver la tele un rato y luego a dormir. Mañana nos espera otra jornada dura —anunció su padre conforme se levantaba.

—Sí, ahora te-te-te acompaño, papá.

Yeray miró a su hermano, y aunque no quería compadecerse de él, no pudo evitar hacerlo. No era fácil tratar con el viejo, pese a que Airam era el niño de sus ojos; un niño grande que ya tenía treinta y cuatro años y que jamás se oponía a los mandatos de su padre.

—Vete, si quieres descansar. Yo fregaré los platos y recogeré la cocina —le aseguró al tiempo que miraba a su hija de reojo. Y cogiéndola desprevenida, comenzó a hacerle cosquillas mientras ella, riendo, se defendía de sus dedos—. Y esta niña preciosa puede irse a la cama ya, porque ha hecho un viaje muy largo y tiene que estar muy cansada.

Después, le dio un beso en la frente, y tras una nalgada cariñosa la mandó a la habitación. Se levantó, recogió los platos y cubiertos de la mesa y se dirigió al fregadero. Desde la ventana, observó cómo un cernícalo detenía unos segundos su vuelo; unos segundos donde fijó mejor a su presa y valoró las opciones antes de lanzarse en picado para atrapar a su víctima, probablemente un ratón o un lagarto. Anochecía, y le extrañó que el pájaro continuara con su caza, ya que eran aves diurnas y casi eran las nueve de la noche, pese a que al sol estaba costándole despedirse de la isla ese día de finales de julio.

Cuando entró en la habitación, se alegró de que la niña durmiera, aunque no le había dejado mucho espacio para tumbarse. Abrió la maleta, colocó algunas prendas en el armario, se puso el pijama de verano y luego se sentó en la cama. No tenía por costumbre acostarse tan temprano, así que cogió el libro que había estado leyendo en el avión y se tumbó al lado de su hija mientras leía un nuevo capítulo de *Muerte en la vicaría*, de Agatha Christie.

Se quedó dormido con el libro sobre el pecho, sin arroparse bajo las mantas. Hacía calor y agradeció poder mantener la ventana un pelín abierta en la isla. Jamás se le habría ocurrido cometer

semejante locura en Madrid, ya que cualquier indeseable podía escalar por el patio interior del edificio y entrar en el piso. Pero allí, de una manera casi pueril, se sentía seguro, a salvo. No tenía que pensar en ladrones o asesinos que quisieran hacerles daño, sino en vecinos cotillas y entrometidos. Ese era el único peligro que corrían: caer en la lengua viperina de las viejas del pueblo.

Se despertó sobresaltado en mitad de la noche, y tras comprobar que la hoja de una palma golpeaba el cristal de la ventana, le echó un vistazo al despertador digital de la mesita de noche. Eran las dos y nueve de la madrugada, y estiró una de las comisuras de los labios al percatarse de que el viejo al menos había enchufado el aparato.

Se levantó, cerró la ventana y examinó la palmera unos minutos. Apenas había una brisa ligera en el exterior, por lo que no comprendía cómo la había zarandeado tanto para lograr que una de sus palmas chocara con ella. Se rascó la coronilla y bajó hasta la cocina. Le había entrado hambre y recordó esos momentos en los que se introducía por la ventana después de fugarse por la noche para ir con sus amigos. Nadie lo escuchaba llegar, así que aprovechaba para zamparse un buen pedazo de pan con chorizo. Por eso lo pillaba su padre: porque notaba que el chorizo de perro disminuía considerablemente los fines de semana.

En cuanto encendió la luz, dio un respingo al encontrarse a su hermano de pie delante de la ventana, mirando absorto hacia fuera.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —Se acercó a él y apoyó una mano sobre su hombro izquierdo.

—Ha vuelto.

—¿Quién ha vuelto? —le preguntó mientras husmeaba a través del cristal.

—El hombre ex-extraño.

—¿Qué? —Se frotó los ojos, como si así pudiera escuchar mejor.

—Toby ha sa-salido a por él.

—¿El perro? ¿De qué estás hablando?

—Nos vigila.

Yeray agrandó la mirada y examinó la primera hilera de plataneras que tenía enfrente. No había nadie allí fuera, nada se movía, y supuso que su hermano había sufrido una pesadilla. Airam era muy susceptible, y ya de pequeño gritaba cuando algún monstruo se introducía en sus sueños, por eso su madre le había prohibido ver películas de terror, además de algunas de suspense que tuvieran muchas escenas de sangre.

—Ahí fuera no hay nadie. Vuelve a la cama —le aconsejó.

—No. Tengo que esperar a Toby. Lo va a m-m-matar —aseveró, con los ojos fuera de las órbitas.

—Está bien. Dame una linterna. Iré a por él.

Yeray abrió la puerta trasera que conducía a las plataneras y al pequeño huerto, situado a la izquierda de estas, que durante muchos años mimó su madre, y se lamentó de no haberse puesto unos zapatos. Caminó descalzo los escasos metros que lo separaban de las primeras plantas mientras le silbaba al perro para que volviera. Se detuvo al llegar a las plataneras y deslizó la linterna de izquierda a derecha a gran velocidad.

—Jodido perro. ¿Dónde demonios te has metido?

De pronto, oyó un ruido entre las hojas de plátano secas que estaban esparcidas por la finca. Dirigió el haz de luz hacia el lugar, pero no vio nada que le llamase la atención. Un segundo crujido lo sobresaltó y de nuevo enfocó la linterna hacia la zona de la que provenía. Entonces, le siguió un tercero y un cuarto, y luego un quinto. Desconcertado, comenzó a retroceder muy despacio. Un perro era incapaz de moverse tan rápido de un sitio a otro, sobre todo porque esos estallidos espontáneos parecían producirse en milésimas de segundo.

—Si hay alguien ahí, más le vale salir corriendo. Voy a llamar a la policía.

Tragó saliva mientras esperaba una respuesta, la cual estaba convencido de que no llegaría, aun así prefirió pensar que si de verdad había un hombre allí, lo había disuadido. Miró hacia atrás y atisbó a su hermano en la ventana. Permanecía atento a todos sus movimientos, estático, sin mover un músculo de la cara. De repente, Airam comenzó a sacudir las manos y señalarle el frente. Yeray volvió a girar la cabeza de inmediato.

Y, entonces, lo vio.

Había alguien detrás de uno de los rolos de las plataneras, quien se atrevió a mirarlo como si él fuera el intruso. No pudo distinguir si era un hombre o una mujer, solo una silueta alta y poco definida. Sin embargo, tenía esa extraña sensación de que lo estudiaba, lo analizaba, a pesar de que no llegaba a verle los ojos. Quiso enfocarlo con la luz para apreciarlo mejor, pero retrocedió un paso y tropezó con una piedra. Cayó hacia atrás, perdiendo la linterna. Estiró un brazo para recuperarla, no obstante, antes de poder hacerlo, algo se abalanzó contra él.

Creyó en ese instante que en cualquier momento recibiría un puñetazo, y también percibió cómo los latidos de su corazón regresaban a él justo cuando supuso que no saldría vivo de ese enfrentamiento. Entonces, recibió unos cuantos lengüetazos en la cara, y más aliviado, comprobó que se trataba de Toby.

El maldito perro estaba sobre él, y lo único que pudo hacer fue acariciarlo mientras un gusto amargo se apropiaba de su boca.

Airam tenía razón. Alguien estaba acechándolos.

Capítulo 2
EL INTRUSO



Se levantó por la mañana con un fuerte dolor de cabeza y se maldijo a sí mismo cuando recordó lo sucedido la noche anterior. Había un intruso en la finca. Lo había visto brincar de un lado para otro como si fuera un saltamontes, y por mucho que quiso amedrentarlo, al final solo había conseguido un chichón cerca de la oreja derecha y un montón de babas de perro por toda la cara.

Lanzó un resoplido frustrante y se llevó una mano al pequeño bulto, conteniendo una mueca de dolor. Tras comprobar que Olivia continuaba durmiendo como una princesa de cuento, se puso un chándal y bajó a desayunar antes de iniciar su carrera matutina. Mientras descendía los escalones, escuchó voces provenientes del salón, y de reojo miró el reloj de su muñeca para asegurarse de la hora. Eran las ocho de la mañana y no esperaba que su padre tuviera visita tan temprano.

Así que en lugar de dirigirse a la cocina, asomó la cabeza para averiguar quiénes estaban provocando ese escándalo mañanero. Pronto, distinguió a una mujer de mediana estatura, robusta y de unos cincuenta años, con los brazos en jarra y dando instrucciones a dos desconocidos más. Tenía un pañuelo rojo atado como si fuera una diadema que le cubría gran parte de su pelo gris, aunque lo que más le llamó la atención fue su voz grave y autoritaria. Su padre estaba a su lado y asentía a todo lo que ella decía mientras los dos muchachos más jóvenes atendían a sus directrices como buenos alumnos.

En cuanto lo descubrieron fisgando, todos giraron la cabeza para posar sus miradas interrogantes en él. Yeray no tuvo más remedio que saludarlos con la mano y dar un paso al frente mientras estiraba una de las comisuras de sus labios.

—Siento haber interrumpido la charla —se excusó tontamente.

—¡Hola! ¿No te acuerdas de mí? —La mujer se acercó y le dio un emotivo abrazo que lo hizo sentirse incómodo—. ¡Claro! ¿Cómo ibas a acordarte? Soy unos doce o trece años mayor que tú y la edad no perdona. Soy Julia, la hija del mecánico.

—¡Ah, Julia! Perdona... No te había reconocido —se disculpó, de nuevo de manera tonta. La recordaba. Sí, claro que la recordaba: su melena rubia al viento cuando practicaba el manejo de la bicicleta en las curvas más peligrosas cerca de los barrancos mientras él babeaba admirando su destreza porque era un niño de apenas ocho años, y ella una diosa veinteañera con esos shorts y esas camisetas ajustadas que le marcaban las tiras del sujetador. Sí, la recordaba bastante bien—. ¿Y qué haces aquí?

—Es mi capataz —le aclaró su padre—. Lleva años trabajando en la finca y enseñando conmigo a las nuevas generaciones.

Yeray observó con interés a las otras dos personas de la estancia. El primero era un joven desgarbado de unos veintitantos años. Tenía las manos ásperas de trabajar la tierra y un rostro poco agraciado y taciturno; como para ser el alma de las fiestas los fines de semana. En cambio, la chica era guapa. No era una belleza exótica con sinuosas curvas ni labios sugerentes, pero tenía un atractivo sutil que despertó su interés. Rondaría los veinte, y pese a sus rasgos faciales armoniosos, sus ojos avellanados le contaban que dentro habitaba un torbellino, imparable y fresco.

—Hola, soy Idaira —se presentó mostrándole la mano y esperó a que se la estrechara.

Él lo hizo con cierta curiosidad, pues se preguntaba por qué una joven a la que la acompañaba un aire de astucia y rebeldía ayudaba a un viejo en sus labores de agricultor.

—¿Trabajas aquí todo el año? —le preguntó con interés—. ¿Es que no estudias?

—Sí, sí que estudio. Ayudo a Martín desde hace unos tres años durante las vacaciones, días festivos y algún que otro fin de semana.

—Me alegra escuchar eso. No dejes tus estudios. Hay muchos lugares interesantes fuera del Valle, oportunidades que una persona inteligente debería valorar. Estoy seguro de que podrías dedicarte a lo que quisieras.

—Lo sé. Solo estoy aquí para ganarme un dinerito —le respondió resuelta y con gracia—, y porque Martín siempre es muy amable conmigo.

—¿Amable? —Yeray arrugó la frente sin disimular. Su padre podría ser de todo menos amable.

El viejo carraspeó, evidenciando su malestar, y se adelantó dando varias palmadas.

—Ya está bien de cháchara. Tenemos que empezar la jornada. Vamos con retraso y no me gusta. —Seguidamente, se dirigió a él y en un tono menos autoritario le preguntó—: ¿Has visto a tu hermano?

—No, y de eso quería hablarte. Hemos tenido una noche movidita. Puede que siga durmiendo.

Martín torció el morro y negó repetidas veces con la cabeza. A continuación, con un gesto tosco de la mano, mandó a sus jornaleros fuera mientras Julia les indicaba las tareas que debían realizar.

—No sabía que tenías empleados. Esta finca no es muy grande y siempre ha sido el negocio familiar —le dijo al ver que él continuaba con una postura rígida.

—¿Para eso querías hablarme?, ¿para darme tu opinión sobre cómo debo llevar mi casa? Escúchame, aquí solo quedamos Airam y yo. Y por si no te has dado cuenta, soy un viejo que pronto cumplirá los setenta. Tengo que dejarle a tu hermano un futuro decente, del que pueda comer y dormir tranquilo sin pensar en facturas, hipotecas ni en los buitres del banco. Julia está ayudándonos para que esto no se vaya a la mierda en cuanto empiece a chochear.

Yeray ignoró su discurso dramático, pues no tenía interés en la finca ni en quién la heredaría cuando falleciera. Nunca se sintió

apegado a ella, pese a que Martín lo obligaba a trabajar sin descanso antes y después de regresar del instituto. Siempre imaginó que ese trozo de tierra sería para su hermano, aunque Airam no estaba capacitado para llevar las cuentas del negocio familiar en el que su abuelo y su padre habían invertido sus vidas. Ser agricultor en el siglo veintiuno era toda una proeza: si no te comían las facturas, lo hacían los grandes terratenientes con una visión más amplia sobre el futuro de la tierra en las islas.

—¿Airam te ha contado que tenemos un visitante nocturno? —le preguntó con mucha curiosidad.

—Sí, me lo ha dicho —afirmó mientras comenzaba a ponerse los guantes para la faena—. Ya sabes que es algo fantasioso. De pequeño, veía monstruos por todos lados.

—Por si no te has dado cuenta, ya no es tan pequeño —le recordó con retintín. Martín lo torpedeó con su mirada oscura, pero él no se achantó—. Yo también lo vi. Anoche. Salí con una linterna y lo vi. Primero estaba saltando de platanera en platanera de un lado para otro, y luego se escondió detrás de una de ellas.

—Ya. No te preocupes por él. Es el viejo de Mateo —afirmó restándole importancia—. Se le ha ido la cabeza desde que murió su mujer hace dos meses. Viene de vez en cuando a mearse en mi huerto. Dice cosas sin sentido y después se va a dormir la mona a su casa.

—¿Estás seguro de eso?

—¡Claro que lo estoy! —exclamó indignado—. La primera vez que lo vi me acerqué a él con el garrote que tengo detrás de la puerta. Pensaba que era uno de esos vándalos que se dedican a asaltar los aguacateros y mangos de la zona para luego hacer negocios por su cuenta, pero era Mateo.

—¿Y te dijo algo? —Con el rostro ceñudo, indagó en sus ojos nublados.

—Que había visto un cernícalo posarse en una de las palmeras e iba a cogerlo —le respondió, como si eso no le importara en absoluto.

—¿Eso es todo?

—Está como una regadera. El pobre lo lleva como puede.

—Pero ¿le has dicho a Airam que el acechador es Mateo? —insistió, no muy convencido.

—¿A ti qué bicho te ha picado con esta historia? ¡Por supuesto que he hablado con él! Pero tu hermano no atiende a razones y dice que

Toby no ladraría si se tratase de Mateo. Siempre que saca de paseo al perro, pasa por su casa y Mateo lo engatusa con una de esas galletitas para chuchos.

—Es verdad, anoche no lo escuché ladrar. —Se pellizcó los labios mientras reflexionaba.

—Exacto. No te dejes llevar por las historias de tu hermano. Parece que no lo conoces.

Yeray soltó una risita resignada al escuchar eso último y se rascó la barbilla para encajar el golpe de su padre. Puede que los años pasaran y que él no estuviera al día de los asuntos familiares cotidianos, pero las cosas no habían cambiado demasiado y Martín seguía soltándole esas pullas con el veneno que tanto lo irritaban.

El viejo se encaminó hacia la puerta de atrás con ligereza, sin embargo, no pasó por alto la actitud socarrona de su hijo, quien se había apoyado en la pared y tenía una sonrisa de pega en su cara.

—No sé qué has venido a hacer aquí después de tantos años, pero no te metas en mis asuntos —le soltó de pronto—. No tenías por qué hablarle así a Idaira. Ella puede largarse de aquí cuando quiera. Yo no la tengo amarrada a ninguna platanera ni le doy azotes para que trabaje. Si quiere ganarse un sueldo en esta finca, que se lo gane. Tú no tienes derecho a juzgarme ni a intentar manejar mi casa a tu antojo. Lo perdiste cuando saliste por esa puerta.

—Me fui a estudiar —quiso recordarle.

—Y ella te pidió que no regresaras y le hiciste caso.

Yeray se enderezó, molesto. Su padre no le perdonaba que después de finalizar los estudios se fuera a vivir con su novia y que años más tarde le pidiera matrimonio.

—Ella tiene un nombre: Claudia. Y Claudia murió hace unos meses en un accidente. No te vi en el entierro.

—Tu madre también murió y solo viniste para despedirte de ella como si se hubiera ido de crucero. ¡No estuviste aquí! —El viejo apretó los labios con desprecio—. Ese maldito bicho estaba comiéndosela por dentro, día a día, y no viniste a verla. Todas las noches suspiraba para que su hijo, su ojito derecho, viniera y la cogiera de la mano. Quería morir en paz.

—Le hacía videollamadas cada vez que el trabajo me lo permitía. Recé todas las noches por ella como me enseñó a hacer y le enviaba audios todos los días. —Trató de defenderse, a sabiendas de que era una lucha que tenía perdida.

—¡Eso no fue suficiente! ¡Y lo sabes! Airam me ayudaba a meterla en la bañera todas las noches, a cepillarle el pelo cuando se le enredaba, a cambiarle los pañales y a limpiarle los vómitos cada vez que la sometían a ese maldito tratamiento. Yaiza venía todos los fines de semana a quedarse con nosotros y cocinaba para un regimiento, para que a tu madre no le faltara la comida hasta el viernes siguiente. La acompañaba al huerto y paseaban por la finca, hasta que no tuvo más remedio que empujarla en una silla de ruedas para que cogiera un rayo de sol. Y lo único que me preguntaba ella por las noches era: «¿Sabes cuándo viene Yeray?».

Arrepentido, bajó la cabeza y evitó mirarlo a los ojos. Las palabras de su padre seguían afectándolo demasiado, cuando ya pensaba que lo había superado.

—Intenté varias veces coger un pasaje, pero la empresa estaba pasando por momentos complicados y no me dejaban irme y... —Calló. No había excusas para su comportamiento. Todos los días pensaba que llegaría el momento adecuado, el más oportuno para coger el avión y visitarla, sin estar rindiéndole cuentas a su jefe, pero ese día nunca llegó. Y entonces su madre murió.

—¡Dos años, con sus noches y sus días! Ese es el tiempo que tuviste para venir mientras ella se deterioraba.

Él amagó una nueva defensa: giró la cabeza y se quedó anclado en mitad del salón sin saber muy bien qué decir. Tenía un nudo enorme en la garganta, la saliva no lo ayudaba a deshacerse de él y no era capaz de enfrentarlo con otro argumento que lo excusara. Solo le quedó mirar a su padre con ojos sinceros, y tras presionar los labios con firmeza, intentó disculparse:

—Lo siento —musitó con voz quebrada.

Eso no conmovió a Martín, quien continuaba observándolo como si fuera un extraño, un fantasma que se había instalado en una de las habitaciones de la vivienda para reabrir las viejas heridas del pasado. Y eso lo corroía por dentro.

—No sé lo que haces aquí. No sé qué pretendes viniendo ahora, pero no voy a permitir que contamines esta casa con tus aires de grandeza.

Yeray se mordió el labio inferior con saña y temió hacerse sangre.

—Yo también he perdido a mi mujer.

Quiso acercarse a él, sentir los brazos de su padre estrecharlo con fuerza y confesarle que comprendía por lo que había pasado —porque él también continuaba devastado—, pero que esperaba que

la isla, su isla, le devolviera las ganas de vivir. Las había perdido y ya no recordaba dónde.

—Bueno, ahora al menos conocerás el sufrimiento por el que tuvimos que pasar todos —zanjó el viejo.

A continuación, Martín dio un portazo y Yeray se vio condenado a ahogar un primer quejido en el exterior. Corrió hacia la puerta delantera, la abrió y saltó el único escalón que lo separaba de la vivienda. Necesitaba respirar. Se ahogaba. Le dolía el pecho, y después de unos segundos de lucha consigo mismo, soltó un grito de frustración que le brotó de las entrañas. Con el mentón elevado y los brazos en jarra, observó las imponentes montañas que lo rodeaban. Deberían servirle de abrigo, brindarle la calidez que le había negado Madrid. No obstante, lo oprimían, lo condenaban a permanecer inmóvil en aquel valle, sin ofrecerle la oportunidad de surcar los barrancos para luego llegar hasta la cima de una de ellas y ser libre.

Entonces decidió correr. No era la marcha que tenía prevista hacer esa mañana, ya que no era parte de su ejercicio diario. Quería desaparecer. Huir.

Bajó por uno de los caminos estrechos del barrio y pronto tuvo que controlar la respiración y también el ritmo de la carrera. En El Retamal, las calles eran sinuosas y con pendientes pronunciadas. Algunas de ellas se convertían en caminos de tierra vecinales, aunque existían otras asfaltadas, más acondicionadas para la vida diaria de los lugareños. Incluso muchos turistas se aventuraban a transitar por ellas porque eran el punto de partida de diversas rutas de senderismo que se adentraban en el parque rural de Valle Gran Rey.

Buscó esa tranquilidad que ahora le faltaba en el paisaje natural y prodigioso que lo rodeaba, repleto de vegetación autóctona y enmarcado entre decenas de palmeras canarias mientras disfrutaba de las vistas panorámicas del extenso valle y el mar. Ese paraíso recóndito era un canto a la libertad y quiso impregnarse de su energía salvaje, de su firmeza aplastante, pese a que durante mucho tiempo lo consideró una prisión maldita.

Ignoraba cuántos kilómetros había recorrido, aunque no le preocupó demasiado; sus piernas se quejarían más tarde, cuando tuvieran que comenzar el ascenso de regreso a casa. Entonces distinguió el letrero viejo del bar que solía frecuentar cuando era un chaval y se dirigió a él sin pensárselo demasiado.

En realidad, estaba ubicado en el bajo de una casa, en un salón a medio encalar, pero en el que la dueña había colocado tres mesas con varias sillas de madera de abrir y cerrar. Nada más entrar, los cuatro hombres que estaban sentados alrededor de la barra a esa hora de la mañana lo escudriñaron con ojos afilados. Le sorprendió que uno de ellos estuviera bebiendo cerveza a pesar del calor inusual de ese viernes de julio. Ese día, el sol había querido arrancar su jornada laboral con ímpetu y demasiada generosidad.

Se acercó a la barra y reconoció satisfecho a Dulce, la propietaria, y se alegró de que el pequeño local donde se servían cafés y bocadillos continuara indemne y con los mismos manteles de cuadros rojos adornados con un florero pobre.

—¡Vaya, Yeray! Ya me habían dicho que habías vuelto —la señora secaba las tazas recién fregadas con un paño blanco.

—¿Quién habrá sido? —le dijo mostrando una sonrisa de medio lado.

—Ya sabes que aquí las noticias vuelan. Además, me he enterado de que no estás solo, sino que una linda niña ha venido contigo esta vez —añadió la mujer de rostro afable y mirada comprensiva.

—Sí, mi hija Olivia.

—Toño, el taxista, el hijo de Pepe el Boliche, que en paz descanse, me lo dijo ayer cuando se pasó por el bar. —Él arqueó las cejas y asintió con levedad. No le extrañaba que la noticia se hubiera colado en las ciento y pocas casas del barrio. Tampoco que se hubiera corrido la voz en La Vizcaína y alrededores—. ¿Qué te pongo, mi niño?

—Pues no he desayunado. Así que déjame un barraquito y uno de tus bocadillos de pollo desmenuzado con salsa de aguacate. ¡Cuánto los he echado de menos!

Ella rio agradecida, soltó la taza y se puso a cortar el pan enseguida. Tenía el pelo corto, teñido de un cobrizo que conjugaba a la perfección con sus ojos azules.

—Entre tu vuelta y la desaparición de Mateo, no se habla de otra cosa aquí —le comentó la mujer al tiempo que ponía el bocata en la plancha.

—¿Mateo ha desaparecido? —le preguntó arqueando las cejas.

—Bah, andará por ahí, como siempre —intervino el hombre de la cerveza—. Puede que no me recuerdes. Soy Miguel. Tenía una pequeña venta a la que solías venir con tu madre. Ahora ya estoy jubilado.

—¡Ah, sí! Lo recuerdo. Siempre me regalaba un chupete a escondidas —dijo riendo, agradecido de que esa imagen tan positiva aterrizara en su mente.

—Pues eso, que a Mateo se le ha ido la cabeza y se escapa durante la noche —continuó Miguel—. A veces lo han encontrado en el mirador y otras durmiendo en las huertas de los vecinos. Cuando le preguntan qué es lo que ha estado haciendo, te contesta que persiguiendo las luces del cielo o cazando cernícalos.

—A mí me da pena porque es un buen hombre y tiene a su hija amargada —prosiguió Dulce mientras le preparaba el barraquito—. Esa familia no se merece ese sufrimiento continuo.

—¿Diana está aquí? —le preguntó mientras percibía que el corazón le daba un brinco. La mujer asintió con tristeza—. Pensaba que se había casado y estaba viviendo en San Sebastián.

—Se divorció hace unos años y regresó al pueblo para vivir con sus padres. ¡Pobre muchacha! —Yeray fingió concentrarse en el café que le servía—. ¿Piensas quedarte mucho por aquí?

—Todavía no lo tengo claro. —Enmudeció y prefirió escuchar la trivial conversación que mantenían los presentes sobre un par de holandeses que se habían perdido en uno de los senderos semanas atrás.

Cuando terminó el desayuno, emprendió la vuelta a casa, sumido en un profundo desasosiego. No recordaba haber visto a Diana en el funeral de su madre, aunque esos días de permiso no se interesó por nadie del pueblo. Había llegado gente de todo Valle Gran Rey, incluso un concejal, ya que su madre era un miembro activo de la asociación vecinal La Mérica; hecho que irritaba a su padre, pues tenía que llevarla hasta la costa para asistir a las reuniones porque ella no conducía. Sin embargo, su memoria estaba llena de rostros borrosos que le daban el pésame y le estrechaban la mano mientras su corazón navegaba por recuerdos de la infancia con la que fue su madre, Ángela. Gracias a ella se fue a Madrid. Gracias a ella tuvo la oportunidad de quedarse en la casa de un primo segundo suyo que llevaba viviendo diez años en la ciudad. Gracias a ella pudo emprender el vuelo y dejar a Diana detrás.

Lamentaba que su matrimonio no hubiera terminado bien. Siempre la imaginó teniendo una vida feliz y con los tres hijos que tanto deseaba tener, pues a pesar de que fue su amiga en la infancia y en la adolescencia, nunca la llamó para ver cómo se encontraba, ni siquiera le preguntaba a su madre por ella cuando hablaba por

teléfono. Aunque tampoco Diana se había interesado por él, e imaginó que todavía se sentía traicionada. Él se había ido sin apenas despedirse y ella viajó a Tenerife poco después para entrar en la facultad de Física. Aun así, supo más tarde que había cambiado sus planes en segundo curso y se había matriculado en Magisterio. Nunca averiguó el motivo, puesto que ella quería ser astrofísica y trabajar con grandes telescopios para observar las estrellas.

Y ahora le parecía increíble que su padre se hubiera vuelto loco y recorriera las calles de El Retamal sin que nadie lo hiciera entrar en razón.

En cuanto llegó a casa, descubrió a su hija desayunando en la cocina sola y se disculpó por el repentino arrebato que había tenido. Había calentado la leche en el microondas y se la bebía sin nada con lo que acompañarla, porque en la casa no había cacao, cruasanes ni mermelada. Le prometió que esa misma tarde irían al supermercado y comprarían todo lo que quisiera.

Al caer la noche, y después de otra cena silenciosa, los dos se acostaron en la cama y Yeray decidió leerle uno de los cuentos infantiles que Airam mantenía con celo en su dormitorio. Sin embargo, el pequeño libro narraba una leyenda conocida por todos los canarios: la trágica historia de amor entre Gara y Jonay, y cómo ambos acabaron suicidándose porque nadie aprobaba su unión desde lo alto de un roque del parque nacional de la Gomera. El paraje natural debía su nombre a los dos amantes: Garajonay.

—Es una historia muy triste —le comentó la niña al terminar.

—Sí, tendría que haber escogido otra lectura más alegre. Mañana miraré mejor. Ahora, duérmete.

Le dio un beso en la frente y, después de arroparla, aguardó a que su hija cerrara los ojos. Luego cogió el móvil para leer los mensajes que había ignorado durante todo el día. Lanzó un resoplido sonoro y devolvió el teléfono a la mesita de noche, pues la mayoría de ellos eran de sus amigos, quienes no comprendían por qué había decidido largarse de Madrid y dejar el trabajo. Había uno de la hermana de Claudia, quien le suplicaba que volviera, que no podía llevarse a la niña así como así, que necesitaba verla.

Entornó los párpados y quiso dormirse enseguida, sin embargo, sus pensamientos no lo dejaban tranquilo. Puede que todos tuvieran razón y se hubiera equivocado al tomar esa decisión precipitada por un impulso que había sepultado su raciocinio en lo más profundo de su mente. Pero no podía. No podía vivir más en el piso en el que

construyó un hogar y de repente le fue arrebatado de la noche a la mañana por unos locos. Claudia no estaba. Se había ido. Y no tenía ni idea de hacia qué puerto dirigir su vida ahora.

Lloró durante unos minutos, procurando no alertar a Olivia. No quería que ella lo viera de esa manera: derrotado, fatigado después de una lucha incansable contra el maldito destino, ese que le había arrebatado a su mujer cuando todavía ella lo necesitaba, cuando todavía él la necesitaba. No quería nadar en su tristeza, y a pesar de que hacía mucho que había dejado de creer en Dios, rezó para que le aliviara el dolor, para que le diera fuerzas para volver a coger el timón del barco y navegar por la vida.

Ya extenuado, y cuando el escozor de los ojos no lo dejó apreciar el brillo de las estrellas de esa noche sosegada a través de la ventana, se durmió, dejando a medias sus pensamientos. Lo hizo sin correr las cortinas, y de nuevo permitiendo que la brisa estival penetrara por la diminuta ranura que había dejado abierta a conciencia.

De pronto, un golpe brusco en la ventana hizo que diera un brinco en la cama y se despertara desorientado. Por un momento, pensó que estaba en su piso de Madrid y que quien dormía a su lado era Claudia. Pero no era ella. Exhaló un aire que se había quedado estancado en el pasado, se sentó y contempló molesto cómo una de las palmas chocaba con violencia contra el cristal. Miró fuera y descubrió que la palmera estaba sufriendo los azotes de un vendaval repentino. No era la única. El resto de las palmeras, junto con los arbustos que rodeaban el vecindario, parecían ser atacadas por un tiempo desapacible e ingrato.

Comprobó la hora y bufó con resignación al advertir que eran las dos y nueve minutos de la madrugada. Se calzó las zapatillas y descendió las escaleras, dispuesto a examinar el estado de las plataneras y de los mangos de la finca. Ni siquiera supo por qué tuvo esa primera reacción, puesto que ya le había dejado claro a su padre años atrás que aquel pedazo de tierra le importaba un carajo. Quizá se sentía obligado ahora que había regresado para cuidar de los ingresos de la familia, o puede que tuviera interiorizado ese impulso de salvaguardar la finca cada vez que arreciaba el tiempo. Fuera como fuese, no quiso ahondar en el motivo. No obstante, antes de abrir la puerta trasera, se detuvo al atisbar a Airam en el mismo sitio que la noche anterior, petrificado delante de la ventana de la cocina.

—¿Le has echado un vistazo a los papayos y mangos? —le preguntó, sin querer alterarlo demasiado—. Se ha levantado un viento de mil demonios. Si hay destrozos, deberíamos avisar a padre.

—Toby no qu-qu-quiere salir. Tiene m-m-miedo.

Yeray observó al labrador, que se escondía entre las piernas de su hermano mientras emitía pequeños gemidos. Desconcertado, se acercó a Airam y miró a través del cristal con las cejas alzadas.

—¿Ha vuelto Mateo?

—Mateo no lo asusta.

Observó la rigidez en el rostro de su hermano, pues parecía que todos los músculos de la cara estaban congelados, y luego deslizó la mirada despacio hacia unas de las manos, donde un extraño tic obligaba al pulgar a golpear con insistencia al dedo índice. Airam estaba asustado, tenso, y quiso calmarlo con sus palabras:

—Hay que hacer algo con ese hombre. No sé si está tomando medicación, pero es evidente que no está bien. Tendría que ir a un psiquiatra. —Miró de reojo al perro, que parecía temblar de arriba abajo, y de nuevo posó sus ojos inquietos en la ventana. Si el hombre estaba allí, él lo encontraría—. Bien, dame la linterna. Voy a buscarlo. No es bueno que esté ahí fuera con este tiempo. Puede pasarle cualquier cosa.

Su hermano lo observó como si hubiera enloquecido, pero luego asintió sin rechistar, cogió la linterna de una de las gavetas y se la entregó.

Yeray salió con la linterna encendida, y apenas recorrió dos metros cuando frenó en seco e inspeccionó los árboles más cercanos a la casa. Dirigió el haz de luz hacia ellos con desconcierto y no dudó en mostrar una mueca de incredulidad. Estaban serenos, sus ramas no volaban agitadas, y ni siquiera había rastro de hojas o frutos pequeños en el suelo. El viento se había detenido. Y no lo comprendía. Hacía escasos minutos lo había visto azotar las palmeras con crueldad y ahora ni escuchaba el silbido del aire.

Volvió la vista al frente con cierta confusión y avanzó más despacio hacia la primera línea de plataneras. Sin embargo, tres luces en el cielo llamaron su atención. Al principio, confundió esos pequeños puntos brillantes con estrellas, pero al cabo de un minuto se movieron a gran velocidad y parecieron descender en picado hasta desaparecer en el barranco.

Se quedó de nuevo anclado a la tierra, examinando el cielo como si fuera un completo desconocido, como si esas constelaciones que tanto le gustaba observar cuando era un chaval le fueran ajenas o incluso lo espiaran desde arriba de forma incisiva.

De pronto, un crujido lo obligó a mirar otra vez hacia las plataneras.

Mateo estaba allí.

Apretó la linterna con tanta fuerza que le sudaron las manos. El haz tembloroso barría las hileras de las plantas, pero las sombras parecían tragárselo, volviéndose más densas, más vivas. Se adentró en la finca y lo llamó, sin preocuparle que pudiera abalanzarse sobre él como un poseso.

—Mateo, venga ya. Sal de dondequiera que estés. Tu hija tiene que estar preocupada.

Entonces, oyó unos pasos; lentos, arrastrados y demasiado pesados para tratarse de los de un viejo loco.

Aun así, se giró en seco, convencido de que vería a Mateo husmeando entre las plataneras. Pero se equivocó. Los pasos corrieron hacia la derecha, hacia la carretera, y no dudó en seguirlos. La linterna rebotaba en su mano, arrancando destellos fugaces que le parecían imposibles: un hombro que desaparecía entre la niebla baja, una silueta que flotaba más que andaba. Cada vez que creía acercarse, la figura se apartaba y se deslizaba con una ligereza asombrosa. Por un instante, pensó que los pies de aquella extraña forma ni siquiera tocaban la tierra.

Jadeante, apretó el paso, convencido de que debía detenerla antes de que cruzara la carretera. Pero, al iluminarla de nuevo, la luz le devolvió un perfil alargado y el destello de unos ojos que se le antojaron inhumanos.

Yeray frenó en seco cuando la vio cruzar el asfalto. La figura también se detuvo al llegar al otro lado, a apenas unos metros, y lo miró. Lo hizo con curiosidad y a la vez con fiereza. Un silencio pesado los envolvió, tan espeso que ni los grillos se atrevieron a cantar. Yeray parpadeó, y cuando alzó de nuevo la linterna, la carretera estaba vacía.

Se humedeció los labios secos y decidió cruzar al otro lado. Llegados a ese punto, tenía que localizar a Mateo y devolverlo a casa antes de que se hiciera daño. Se había adentrado en una zona escarpada con una gran cantidad de riscos. Ascendió unos metros con esfuerzo y se preguntó cómo un viejo había logrado alcanzar

ese lugar en pocos minutos. Él se encontraba en buena forma. Le gustaba correr todas las mañanas antes del trabajo, y si el tiempo se lo impedía, se ejercitaba en casa antes de la cena, pero era de noche y ese relieve empinado estaba poniendo a prueba sus piernas.

De pronto, oyó de nuevo unas pisadas y quiso llegar hasta ellas antes de que volvieran a esfumarse, así que apuró el ritmo. Se presentó en una lomada llana con una gran presencia de retamas y algunas sabinas. Inspeccionó los alrededores con la linterna, hasta que unos zapatos llamaron su atención. Estaban suspendidos en el aire, y tragó saliva al tiempo que los enfocaba y ascendía con el haz de luz muy despacio.

Allí estaba Mateo: colgado de una maldita sabina y con la lengua por fuera. Una soga gruesa le rodeaba el cuello y lo mantenía atado a una de las ramas.

—¡Me cago en la leche!

Se acercó a él a toda prisa, pero el hombre estaba muerto. Quizá llevaría sin vida algunas horas, y no lo comprendía. Lo había seguido hasta allí en una carrera que casi le había sacado los pulmones por la garganta y le había reventado las arterias del corazón. Y él ya se había suicidado. ¿Cómo?

Tenía que volver a la casa y llamar a la policía. No obstante, se sentó un instante, apretó los dientes y luego abrió la boca para recuperar el aliento. Después de unos minutos, en los que perdió la noción del tiempo, escuchó los ladridos de un perro y unos pasos que se dirigían hacia él. Se puso de pie como impelido por un resorte al identificar la voz de su hermano llamar a Toby, pero antes de impedirle que llegara a la lomada, distinguió el rostro de su hermano asomar la cabeza.

Airam gritó al ver el cuerpo de Mateo. Gritó como un niño pequeño que acaba de descubrir una de las caras más feas de la muerte. Yeray solo pudo abrazarlo mientras él expresaba un dolor que a veces sonaba a miedo. Y ese alarido ensordecedor penetró por sus oídos hasta hacerlo sangrar.

Mateo estaba muerto. Y a juzgar por su rostro, llevaba así algunas horas. Entonces, ¿a quién demonios había estado persiguiendo minutos antes? ¿Y por qué lo había llevado hasta allí?

Capítulo 3
EL ECO DEL PASADO



Una pareja de la Guardia Civil no tardó en presentarse en su casa. A esa hora, ya se había armado un gran revuelo en todo el barrio, y algunos vecinos habían subido hasta el lugar donde se hallaba Mateo. La Benemérita se esforzó en echarlos del lugar, pero algunos ya habían visto el estado del cuerpo del pobre hombre y quisieron colaborar para bajarlo de la sabina, por mucho que los agentes insistieron en que no era necesario.

A duras penas había alcanzado la finca debido al estado de shock en el que se encontraba su hermano, y después de entrar en la vivienda, no tuvo más remedio que alertar a su padre, quien no daba crédito a su narración. Martín, más testarudo que una mula, decidió acompañarlo junto a los guardiaciviles al lugar, no sin antes tranquilizar a Airam y hacerle prometer que no dejaría la vivienda en ningún caso.

Ante el gran alboroto, Olivia se había despertado, y con labios temblorosos no paraba de preguntar qué era lo que sucedía. A Yeray no le salían las palabras, no quería revelarle que otra muerte había acontecido cerca de ellos, pese a que su hija no conocía a Mateo. Sin embargo, temía que los recuerdos funestos del día en el que recibió la noticia del fallecimiento de su madre sobrevolaran su mente y decidieran aposentarse en ella para siempre. Fue uno de los guardiaciviles, con fuerte acento andaluz, quien lo ayudó a gestionar el problema y calmarla convenciéndola de que su padre llegaría pronto. Yeray, tras acariciarle sus cabellos oscuros y sin apenas mirarla a los ojos, se encaminó de nuevo a la lomada con los dos agentes.

No aguantó ver el cuerpo del viejo otra vez y tuvo que darse la vuelta para presionarse los párpados con mucha fuerza y evitar posar su mirada en él. Se negó a observarlo mientras la Benemérita hacía su trabajo con la ayuda de tres bomberos y un par de sanitarios. En cambio, Martín lo examinaba sin ningún reparo, todavía incrédulo y algo impávido, aunque con una mueca desfigurada que mostraba su indignación.

—¿Por qué tuviste que hacerlo? —le oyó decir.

Después, llegó el espectáculo y quiso regresar con su hija, no sin antes escuchar los llantos de Diana, quien había sido una de las últimas en acercarse al lugar. No tuvo coraje de mirarla a los ojos, de confesarle que había sido él quien había descubierto el cadáver, de acercarse a ella y consolarla. Desde lejos, contempló cómo caía de rodillas y un enfermero corría para asistirla. Su melena castaña se había derrumbado con ella, perdiendo el brillo natural que siempre la había acompañado desde que era una niña; esa que ondeaba con el viento mientras hacían incursiones en los barrancos y que se le enredaba entre sus dedos cuando la acercaba a sus labios para besarla. Se sintió miserable al verla hundida, destrozada. Demasiadas escenas de un pasado que consideraba remoto quisieron inundarlo mostrándole sus uñas afiladas y enterrándosele en la piel para abrirle unas llagas que había cerrado hacía mucho tiempo. Así que cuando el guardiacivil más simpático le dio permiso, abandonó la lomada sin volver la vista atrás.

Cuando llegó a casa, con ganas de esconderse bajo las sábanas de la cama, se encontró a Airam y a Olivia sentados en el sofá del salón, con la mirada perdida en la pared blanca. Ninguno hablaba. Ninguno se miraba. Solo permanecían abrazados, observando la nada.

—¿Estás bien? —Se arrodilló frente a la niña y esta vez se sumergió en sus ojos, tan verdes como las hojas de un papayo florecido.

—Yo también he visto al monstruo —le aseguró.

Contempló a su hermano de reojo y supo al instante que habían estado hablando, ya que este continuaba mirando al frente con la barbilla alzada y sin parpadear. Era lo que solía hacer cuando su padre o su madre lo regañaban: permanecer quieto como una estatua, como si se hubiera vuelto invisible, para que así no pudiera caerle ningún castigo. Airam ya no estaba. Se había vuelto invisible para todos. Al menos eso creía él, porque esa treta nunca le funcionó.

—Cariño, no hay ningún monstruo. Aquí estás a salvo —la consoló.

—Pero lo vi por la ventana cuando me levanté para ir al baño. Era grande y feo.

—Era Mateo. El hombre no estaba bien de la cabeza y salía todas las noches a dar un paseo. No tienes de qué preocuparte. —Ni él mismo se creía lo que estaba asegurando, pues las dudas comenzaban a agujerearle el cerebro.

De reojo, observó a su padre, quien se había mantenido en el umbral, con los brazos cruzados y su habitual semblante severo. No le quitaba la vista de encima a Airam, a quien consideraba una parte responsable de toda aquella locura. La otra, sin duda, era él.

—Los agentes de la Guardia Civil llegarán de un momento a otro para interrogarte mejor. Volverán a preguntarte si viste a Mateo en la finca y por qué corriste detrás de él. Mide bien lo que dices. No quiero problemas.

Yeray se tomó esas palabras más como una amenaza que como un consejo. Soltó una exhalación resignada y volvió a centrarse en su hija cuando habló:

—Está bien, Olivia. Cuando vengan los policías, no quiero que les hables de ningún monstruo. Tú no viste a nadie. Estuviste durmiendo todo el rato hasta que los toques en la puerta te despertaron. No te levantaste para ir al baño, ¿de acuerdo?

Ella asintió con levedad y luego frunció los labios, confusa.

—¿Eso no es mentir?

—Yo no qu-quiero qu-que me metan en la cá-cá-cárcel —comenzó a hablar Airam de forma atropellada. Estaba nervioso, se frotaba las manos sin parar y las respiraciones cortas le dificultaban aún más su locución—. Yo n-n-no he he-hecho nada.

—¡Claro que no has hecho nada!

—¿P-p-pero y si vi-viene el monstruo a p-p-por mí?

—¡Basta ya, Airam! Tu hermano te ha dicho que no hay ningún monstruo —intervino de nuevo Martín.

Airam rompió a llorar y abrazó muy fuerte a su hermano, tanto que estuvo a punto de desestabilizarlo y hacerlo caer hacia atrás.

Yeray le dio unas palmaditas en la espalda y quiso calmarlo:

—Deja que yo me encargue de los agentes. Tú no tienes que decir nada. Hablaré yo. Les diré que era la segunda vez que veía a Mateo en nuestra propiedad y que las dos veces salí a por él. Vete arriba y acuéstate un rato. Te subiré una tila dentro de un momento.

—No qu-qu-quiero estar so-so-solo.

—Lo sé —le dijo mientras le sujetaba la cabeza con ambas manos —. Vamos a hacer una cosa. Vas a coger uno de tus cuentos y quiero que se lo leas a Olivia para que no esté tan asustada, ¿te parece? Así no estarás solo y la ayudarás a calmarse.

Airam asintió repetidas veces de forma automática.

—Papá, yo puedo leérselo si el tío quiere —se ofreció la niña, haciéndose la valiente.

—Me parece una idea estupenda, cariño.

Yeray aguardó a que ambos subieran las escaleras y se dirigió a la cocina para poner un caldero de agua a hervir. Martín lo siguió y se sentó en una de las sillas. Enterró la cabeza en el pecho, y con las manos entrelazadas en la coronilla comenzó a negar nervioso:

—Esto no me gusta. No me gusta ni un pelo. ¿Qué piensas decirles a los picoletos? —Él se dio la vuelta con el rostro arrugado y se encogió de hombros—. No soy idiota. Es imposible que hayas perseguido a Mateo por las plataneras y que de repente el hombre decida sacar una cuerda y se cuelgue diez minutos después. Eso fue lo que tardaste en llegar a la lomada, ¿no?

—Sí, puede que menos. No lo sé.

—¿Tú lo viste bien? —Yeray suspiró resignado—. ¿Cuánto tiempo crees que llevaba muerto? Porque yo juraría que más de una hora. Y como no juegues bien tus cartas, van a llevarte al cuartelillo del puerto para tomarte declaración. Tu historia no tiene sentido.

—¿Y qué crees que van a pensar?, ¿que yo lo maté? —Lo miró con el ceño fruncido y sin dar crédito a lo que escuchaba—. Se suicidó, padre. Eso es lo único de lo que estoy seguro. ¿Es imposible que estuviera aquí media hora antes correteando entre las plataneras? ¡Claro que no era él! ¡No soy estúpido! Pero, entonces, ¿quién vino a

la finca?, ¿y cómo sabía que Mateo estaba allí arriba? Es evidente que alguien estaba siguiéndolo, y yo no tengo ni idea de quién es, pero no voy a mentirle a los guardiaciviles.

—Van a llevarte al cuartelillo. —Su padre se levantó y dejó la cocina sin más explicaciones.

Él no supo discernir si estaba preocupado por su situación o le importaba más el qué dirían.

No tuvo que esperar mucho para obtener una respuesta. La Benemérita lo interrogó de manera amable en el salón y él decidió ceñirse a los hechos. Un intruso había irrumpido en la propiedad y él lo había seguido hasta el lugar donde había encontrado el cuerpo de Mateo. No tenía ni idea de quién era el acechador, pero al principio pensó que se trataba del propio Mateo por los rumores existentes en el barrio. Insistió en que fue el único miembro de la familia que se había despertado por un ruido en la ventana y por eso había visto al intruso, y que desde luego no quiso alertar a su padre, porque era mayor, ni a su hermano, porque tenía síndrome de Down y solía alterarse con esas cosas.

No le preguntaron mucho más, solo si recordaba la hora o alguna característica llamativa de la persona a la que estuvo persiguiendo. No se lo llevaron al cuartelillo, como había presumido su padre, simplemente lo informaron de que si les surgían preguntas nuevas, lo llamarían para que se personase en el puerto. Él les dio las buenas noches y los despidió con amabilidad. Después regresó a la cama, donde su hija había vuelto a dormirse, y le agradeció a su hermano que se quedara sentado en el colchón para vigilarla. Airam le contestó que era su deber como tío, por si el monstruo regresaba, y Yeray no quiso contradecirlo.

No pudo decir que durmiera, ya que se limitó a dar cabezadas y despertarse sobresaltado cada vez que la imagen de Mateo, con la cara violeta y la lengua por fuera, lo asaltaba de forma violenta entre sueños revueltos.

Cuando la luz solar arremetió con fuerza sobre las cortinas beige de la habitación e inundó su espacio, decidió levantarse. Comprobó que Olivia ya no estaba en la cama y deseó que estuviera viendo dibujos animados en la televisión. Se arrastró hasta el baño con los ojos pegados y apenas pudo mirarse en el espejo, aunque pudo apreciar que su cabello moreno estaba reburujado y que el bronceado de su piel se había tornado más amarillento. Estaba pálido, y sus ojos del color del cacao en polvo parecían estar

viviendo un eclipse total. Se rascó su barbilla angulosa, y al palpar la crecida abrupta de numerosos pelos en ella decidió que tendría que afeitarse más tarde, cuando fuera capaz de organizar su mente.

Oyó a su hermano que lo llamaba con insistencia. Repetía su nombre como un loro al que le hubieran dado de beber varias tazas de café mientras subía las escaleras, así que inspiró hondo y, tras convencerse a sí mismo diciéndose que era un nuevo día, asomó la cabeza para recibirlo.

—Preguntan por ti —le comunicó de un tirón, y él supo que se encontraba mejor y que su ataque de ansiedad había remitido por completo.

—¿Quién?

Airam no le respondió y volvió a bajar ligero los peldaños.

Yeray le echó un vistazo rápido a su indumentaria, pues no se había cambiado después de la visita de los guardiaciviles. Se olfateó las axilas para comprobar que la camiseta no desprendiera un tufillo desagradable y se sujetó mejor las cintas del pantalón del pijama. Después, con cierta resignación, se dirigió a la planta baja imaginando que la Benemérita querría aclarar algunas cuestiones.

Se sorprendió al ver en el salón a su padre sentado con Olivia y viendo la televisión en una postura más que relajada.

—¿Hoy no trabajas? —le preguntó, arqueando una de las cejas.

—Estamos de luto —le respondió, sin apartar la vista de la pantalla —. Están esperándote fuera. No ha querido pasar.

Olivia giró la cabeza para saludarlo:

—¡Hola, papá!

—¡Hola, preciosa! ¿Has dormido algo? —La niña asintió rápido y volvió la vista al frente. Era evidente que no quería que la interrumpiera mientras veía los *Looney Tunes*—. Vale, no comas tantas galletas por la mañana. No es bueno.

A continuación, se encaminó hacia la entrada y negó con la cabeza al constatar que la puerta estaba cerrada. Ni siquiera la habían dejado entreabierta por educación, como solía hacer su madre cada vez que iban a buscarlo sus amigos para bajar a La Calera.

Antes de abrir, se atusó los cabellos con los dedos e imaginó que no sería un agente de policía quien preguntaba por él; si no, Martín ya lo habría hecho pasar al salón. Inspiró rápido, sin permitir que sus pulmones se beneficiaran del aire que bajaba de las montañas, y se quedó petrificado al distinguir a Diana en el exterior. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar, y algunas arrugas se le

arremolinaban en las comisuras de los labios, dispuestas a afear un rostro que siempre le pareció hermoso.

Ya no lucía el flequillo por el que tantas veces suspiró, sino que su melena con un corte en pico se extendía hasta la mitad de sus brazos y ocultaba parte de sus mejillas sobresalientes. Al principio se quedó mudo contemplándola. El tiempo había sido grato con ella, pues mantenía la calidez de su rostro y esa boca simétrica y amplia que estrechaba aún más su barbilla.

—Hola —lo saludó, reprimiendo una sonrisa afectuosa que pronto se transformó en amarga.

—Perdona, tendría que haber ido a verte en cuanto supe que tú también habías vuelto al Valle, pero apenas he tenido tiempo. Y todo ha sucedido tan rápido que...

—Me han dicho que fuiste tú quien descubrió el cuerpo de mi padre —lo interrumpió, dejándole bien claro que no se trataba de una visita de cortesía.

—Eh, sí... No tengo muy claro lo ocurrido y...

—Ya sé que solía meterse en las fincas de los vecinos por las noches. —De nuevo, volvió a detener su confusa verborrea, pero esta vez Yeray lo agradeció. No tenía ni idea de qué podría contarle o no, porque ni él mismo tenía claro lo que había sucedido—. Y aunque te parezca raro, jamás se había atrevido a adentrarse en zonas escarpadas. De día era otra cosa, y vagabundeaba por los senderos o se sentaba durante horas sobre un risco para mirar las vistas de todo el Valle. Adoraba este sitio. Aquí nació, se enamoró, construyó una casa y tuvo la vida que quiso.

Diana comenzó a alejarse de la vivienda y lo instó a que siguiera sus pasos. Era mejor así, pues tampoco quería que Martín los espiara por la ventana, como solía hacer en el pasado.

—Me comentaron que estaba deprimido —se atrevió a decirle en cuanto se colocó a su lado.

—Sí, la muerte repentina de mi madre hace dos meses lo hundió. Murió de un infarto, ¿sabes? Ninguno lo esperábamos. Nunca fue una mujer enfermiza ni una quejica, y a pesar de la edad que tenía, estaba fuerte. Ayudaba a mi padre con los mangos y... Y la verdad es que no salían de casa el uno sin el otro. Iban a misa juntos, al supermercado, y cuando bajaban a La Calera se tomaban un helado y paseaban por la playa. —Enmudeció al sobrevenirle un hipido que quiso contener. Se llevó una mano a la boca y luego se sorbió la nariz—. Lo siento, es que sé que mi padre la quería mucho, pero él

no era así. No comprendo cómo ha terminado cometiendo esta locura.

—¿A qué te refieres?

Ella se tomó unos segundos para contestar. Meditaba su respuesta mientras con sus ojos avellanados oteaba el horizonte como si fuera un pájaro deseoso de una libertad que siempre se le resistió.

—Hará un mes que empezó con esas terribles pesadillas que no lo dejaban dormir, por eso se dedicaba a perseguir cernícalos por la noche.

—Pero eso no tiene sentido, los cernícalos son aves diurnas —aseveró con una sonrisa difusa.

—Lo sé, pero últimamente decía cosas incoherentes, desvariaba. Aseguraba que mi madre estaba en la luz y que venía a visitarlo mientras dormía, que lo encandilaba con su brillo y tenía que salir a buscarla.

—No lo entiendo. ¿Salía a buscar a tu madre o a cazar cernícalos?

Ella ignoró su pregunta y continuó con su discurso:

—Era desesperante. Hace una semana dejó de dormir y se quedaba esperando a que aparecieran las luces del cielo. Según él, eran una señal del más allá que le decían que pronto se reencontraría con mi madre.

Yeray se detuvo de forma brusca y la sujetó por el brazo para obtener toda su atención:

—¿Las luces del cielo?

—¿Las has visto? —Ella abrió los ojos de par en par, a la espera, por lo que intuyó Yeray, de una respuesta que le diera esperanza para armar un puzle mental que debía antojársele caótico—. Algunos vecinos están convencidos de que se posan sobre sus cabezas y luego se esfuman como por arte de magia.

Recordó las tres luces en las que había reparado la noche anterior antes de decidirse a perseguir al misterioso intruso entre las plataneras. Las había confundido con estrellas, pues en el cielo canario, apenas contaminado, brillaban como piedras preciosas en aguas cristalinas. Era una de las cosas que más echaba de menos en Madrid: el asombroso cielo salpicado de infinitos puntos dorados. De pequeño solía jugar con sus hermanos a dibujar formas con ellas por las noches. La mayoría de la gente lo hacía con las nubes y se aventuraban a apreciar siluetas de animales o de objetos cotidianos; ellos pintaban sus sueños con las estrellas.

—No, no he tenido esa suerte —mintió. No quería que ahora que acababa de llegar se extendieran rumores de que, además de perseguir a un fantasma, también veía luces extrañas. Sabía cómo funcionaban los pueblos, y una vez que entrabas en la lengua de todos, no desaparecerías hasta que una nueva historia volviera a escandalizarlos.

—Yo tampoco. Tiene que ser que caigo tan rendida por las noches que lo último que quiero es vigilar por si vienen los extraterrestres a invadirnos —dijo riendo.

—¿Crees que son ovnis? —No ocultó una sonrisa cómplice que de manera inusitada lo acercó a ella de nuevo. Y entonces, avergonzado, bajó la cabeza.

—Yo no creo nada. Lo dicen muchos de los que las han presenciado. Pero no solo aquí, en El Retamal, sino por todo Valle Gran Rey.

Caminaron unos metros más en silencio sin ser del todo conscientes de que se dirigían al mirador de San Antonio por la ruta que solían tomar cuando eran unos adolescentes. Muchas veces se refugiaron en ese lugar para alejarse de las miradas de sus familias y contemplar la magnificencia del valle alto mientras las campanas de la ermita repicaban exaltadas acompañando su amor prohibido. No llegaron hasta él, ya que se detuvieron mucho antes de alcanzarlo. Se habían alejado lo suficiente para que nadie llegara a verlos.

—Siento mucho lo de tu padre.

—¿Lo viste? Quiero decir vivo, en la finca de tu casa.

Titubeó un instante. No quería mentirle, pero tampoco indicarle que el monstruo, como lo llamaba Airam, le había indicado el lugar donde Mateo se había suicidado.

—No puedo asegurar que fuera él. Vi a... alguien.

—¿Cómo era? —insistió Diana.

—Solo vi una sombra. Era alta, flaca y muy rápida.

—Concuerda con mi padre, aunque él no corría demasiado, pues la ciática estaba matándolo. —Cerró los ojos con fuerza—. ¡Joder! No debería haber usado esa palabra ahora que está muerto... Es que todavía no me lo creo. —Se llevó un puño a la boca y lo mordisqueó para evitar que sus emociones se desataran con un desgarro de su garganta.

—Te entiendo. —Tuvo la tentación de consolarla; no obstante, se guardó las manos en los bolsillos y miró hacia otro lado.

—Perdona. Ni siquiera te he dado el pésame por lo de tu mujer. Pensarás que soy una insensible.

—No, no. Cada dolor tiene su momento y hoy tu tristeza tiene mayor protagonismo. Tu padre murió anoche de una forma horrible y es normal que busques respuestas, aunque tal vez no las haya. Pero los humanos somos así: necesitamos darle sentido a la muerte para que cobre sentido nuestra vida.

Ella estiró una de las comisuras de los labios y asintió con levedad.

—Gracias por ser tan comprensivo. Parece que no has cambiado mucho —afirmó al tiempo que se sonrojaba.

Yeray se sintió cómodo con ese comentario y quiso aprovechar ese momento de conexión para saber más de ella, para que le dijera que, después de todo, era feliz.

—Venga, cuéntame algo de ti. Tú ya sabes que he regresado con mi padre, que tengo una hija y que probablemente nos quedaremos este curso aquí, si no me arrepiento antes y me marcho. Llevo dos días y este maldito calor está asfixiándome.

—Lo sé —afirmó rotunda—. Quiero decir que soy una de las maestras del colegio de El Retamal y sé que has matriculado a la niña aquí. Conseguí la plaza no hace mucho y decidí volver a mis raíces. No me arrepiento de mi vuelta, aunque tiene sus más y sus menos.

—Sabes que aquí las noticias vuelan y ya sé que regresaste cuando te divorciaste —le confesó encogiéndose de hombros.

—Sí, fue una separación complicada y tengo una hija de diecisiete años que está poniendo a prueba mi paciencia. No le gusta esto. Se aburre y no para de gritarme que sus días son monótonos y desesperantes. Llevaba otro ritmo en San Sebastián, y me culpa por haberla separado de sus amigos y haberla enterrado en vida aquí. —Hizo una pausa en la que se atrevió a mirarlo a los ojos—. Acaba de terminar cuarto de la ESO. Repitió curso el primer año que nos mudamos y, de nuevo, me culpa a mí. Ahora no sabe qué hacer con su futuro. Solo quiere largarse de aquí. Me recuerda mucho a nosotros, a nuestros planes de conquistar las estrellas y viajar por el mundo.

—Sí, éramos unos críos con pajaritos en la cabeza —le dijo sin mala intención.

—Bueno, sabes que yo sí cursé el primer año de Física en Tenerife, pero luego me cambié a Magisterio el segundo año.

Los dos callaron. Existían recuerdos dolorosos, y ese era uno de ellos. Habían hecho un pacto para comenzar una nueva vida juntos. Se trasladarían a Tenerife y compartirían piso mientras ambos estudiaban Física en la Universidad de La Laguna. Sus planes eran convertirse en astrofísicos y tal vez cursar un máster en alguna universidad europea, quizá terminar en Boston más tarde, y luego regresar con un currículo que nadie despreciaría y apostar por ser contratados en el Observatorio del Roque de los Muchachos, en La Palma, o en el de Izaña, en Tenerife. Pero él rompió el pacto. Lo hizo sin apenas darle tiempo a reaccionar, a suplicarle que no la abandonara, y finalmente lo dejó marchar a Madrid para estudiar Ingeniería Aeroespacial.

—Menos mal que todavía no tengo ese problema con Olivia. Ya me da miedo que vaya a cumplir diez años, así que imagínate diecisiete. —Yeray quiso romper ese silencio incómodo retomando el discurso de las niñas con cierta torpeza.

—Estoy segura de que se adaptará bien. No es un colegio muy grande y todos somos una gran familia —le aseguró sin mucho ánimo—. Tengo que irme. Mi hermano ha venido de Vallehermoso y lo he dejado solo en la casa. Está con el papeleo, y seguro que las visitas de los vecinos no lo dejan concentrarse. Tenemos mucho que arreglar y...

—Sí, está bien —la interrumpió él esta vez.

La vio marcharse con los hombros decaídos y los brazos cruzados por debajo del pecho. Tuvo la impresión de que huía de él por miedo a que volviera a destrozarla de alguna manera. La Diana del pasado era fuerte, decidida y arrolladora. Sin embargo, la que había visto ese día se le antojó frágil, insegura, aunque con el mismo espíritu luchador. Y se preguntó qué le había sucedido en todos esos años para que la chispa de su mirada no se encendiera como antaño.

Con resignación sacudió la cabeza. Él también había cambiado, aunque detestaba reconocerlo. Su vida entera se había desmoronado y era incapaz de retomar las riendas con el ímpetu necesario para sentirse dichoso, pero sobre todo vivo.

Capítulo 4
LAS LUCES DEL CIELO



Esa tarde se dirigió al bar de Dulce con su hija. La pequeña necesitaba coger aire, salir de ese entorno asfixiante que a Martín le gustaba generar con sus argumentos encendidos mientras lanzaba pullas sobre todo aquello que le pareciera mal. Y ese día le había tocado a Olivia. La niña había tratado de contarle uno de sus chistes que hablaban sobre plátanos, pensando que al viejo le agradarían, puesto que llevaba toda una vida dedicándose a su cultivo.

—¿Por qué los plátanos no van a la escuela? —le había preguntado ante la cara de pasmarote de su abuelo—. ¡Porque están muy maduros!

Ni siquiera él supo en qué momento Martín se había ofendido, pues el chiste no era insultante, y mucho menos verde, dado que esta fruta era carne de cañón para muchas frases de contenido sexual. Pero, de repente, sus ojos pardos se oscurecieron y abrió la

boca con una mueca deforme, capaz de espantar a todos los pájaros que anidaban en la finca con tan solo verlo.

—Y ahora vas a decirme que los canarios estamos aplatanados, cuando trabajamos como cabrones de sol a sol, y que además vamos saltando de palmera en palmera con taparrabos. Yo aprendí a leer en la escuela como tú, y no necesito el móvil para sumar y restar, sino que hago el cálculo aquí —le reprochó mientras se señalaba una sien.

—Estás sacando las cosas de quicio —le dijo Yeray, quitándole hierro al asunto—. Es una niña. Tu nieta. Solo tenías que reírte.

—A mí m-m-me ha gustado mucho. —Airam había soltado una carcajada que su padre apagó con una mirada severa.

—Tú no eres nadie para decirme si tengo que reírme o no —lo increpó su padre—. No me ha hecho gracia y punto. Aquí no eres más que un invitado, y ella también. Te he acogido porque eres sangre de mi sangre, pero nada más. Perdiste tu condición de hijo cuando te largaste, y ahora que has vuelto, no te debo nada.

Yeray aguantó con estoicismo toda la verborrea de su padre hasta que contempló los ojos húmedos de la pequeña. A veces, Martín era tan insensible que podría agujerearle la piel con un punzón y él no se quejaría.

—Vamos, Olivia.

Ambos dejaron la casa mientras escuchaban toda clase de improperios que el viejo usaba para enfatizar su discurso, donde era imposible rebatirle nada. Le costó aprenderlo, y por eso siendo un adolescente sus enfrentamientos eran continuos. Estaba harto de que su padre se saliera con la suya, que nadie fuera capaz de llevarle la contraria, y por ese motivo, alguna que otra vez, se llevó un buen tortazo. Entonces, su madre salía en su defensa y evitaba que le diera una paliza. Martín se arrepentía minutos después de haber expresado su furia contra su cara, pero era tan testarudo que jamás fue a pedirle perdón, sino a recordarle que a un padre se le respetaba y a reiterarle el castigo que le había impuesto.

—¿Estás bien? —le preguntó a la niña después de caminar unos cuantos metros en silencio.

—No sé qué es lo que he hecho mal.

La atrajo hacia su cintura y le acarició sus sedosos cabellos morenos. Olivia tenía suerte. Poseía las facciones serenas y hermosas de su madre, y sus ojos grandes y verdes eran como un faro para mantener a los marineros a salvo. Bufó para evitar

derramar una lágrima, porque ella era la responsable de que todavía se mantuviera a flote y quisiera nadar hasta la orilla para no dejarse engullir por la tormenta que asolaba su alma.

—Tú, nada, mi vida. Y no tienes que preocuparte por él. Ya sabes lo que dicen por ahí: «Perro ladrador, poco mordedor». Dale tiempo. Es como el enano gruñón de Blancanieves: cuando te conozca, te cogerá cariño.

Saludaron a varios vecinos mientras avanzaban con un paso calmoso. Quien no lo hacía con un gesto de la barbilla, levantaba la mano con una gran educación. Aunque no conocía a los más jóvenes, Valle Gran Rey continuaba manteniendo el sentimiento de pueblo arraigado en las manos forjadas con la agricultura durante mucho tiempo, pese a que cada vez eran más los miles y miles de turistas que llegaban al año para disfrutar de sus costas y de su clima, y por supuesto para vivir una aventura a través de las decenas de senderos que atravesaban sus bosques mágicos. Los chalangueros se sentían afortunados porque lo tenían todo: un océano que los rodeaba con devoción, unos montes que custodiaban su territorio y la riqueza de su gente que afloraba en la bondad y la generosidad con sus vecinos.

—¡Hola, mi niño! —lo saludó Dulce nada más verlo entrar—. Veo que hoy te has traído a una preciosidad contigo.

—Sí, hemos decidido dar un paseo y luego se me ha ocurrido que podríamos merendar una de tus sabrosas pulguitas con salsa de aguacate. Yo, esta vez, prefiero tomarme una de tortilla, si te quedan.

Le señaló a su hija la única mesa libre que había en el local y le pidió que se sentara mientras él se dirigía a la barra para coger un periódico. Se lamentó al ver que solo había prensa local y nada nacional. Aun así se hizo con un ejemplar y le pidió a Dulce un jugo de melocotón para Olivia y una Coca-Cola para él.

—Ya sabemos que fuiste tú el que encontró al pobre Mateo —lo asaltó Miguel antes de que se reuniera con la niña—. Ya sabía yo que esta historia iba a terminar mal. No llegó nunca a superar la muerte de su mujer.

—María se murió hace solo dos meses —puntualizó Dulce—. ¿Qué esperabas?

—Martín también perdió a su mujer hace dos años y no terminó empicado en uno de sus papayos —insistió, haciendo referencia al

duelo de su padre—. Es un hombre con la piel más gruesa, más curtida.

—¡Estás diciendo tonterías! —le reprochó la dueña del local.

—Nunca se sabe lo que pasa por la mente de un suicida —afirmó Yeray, con la esperanza de que el hombre dejara a un lado la conversación, pues su hija estaba escuchándolo todo y no quería que nadie mencionara la palabra muerte delante de ella.

—¡Eso es! —intervino otro hombre al que reconoció de inmediato: Alfredo, el vecino más cercano a la casa de Mateo. Continuaba con la misma calvicie en la coronilla, aunque el cabello que la rodeaba era blanco—. La gente habla y habla pero no sabe lo que dice. Aquí todos callamos, pero muchos, como Mateo, hemos visto las luces del cielo.

Se produjo un intercambio de miradas incómodas entre los presentes. Eran solo siete personas en el local, contando con Olivia y él. Yeray reparó en los ojos engrandecidos de su hija y cómo el verde de su mirada parecía atravesar las paredes como si fuera una de esas heroínas de los cómics, dispuestas a descubrir la verdad y atrapar al malhechor.

En ese momento, agradeció que apareciera el nieto de Dulce en el bar y que esta insistiera en que le enseñara su colección de soldaditos antiguos a la vez que le preparaba el bocadillo. Los dos niños se dirigieron a la pared del fondo y se entretuvieron charlando entre ellos.

—No puedes hablar de estas cosas delante de los niños. Pueden asustarse —le recriminó la mujer entre dientes.

—¿Te crees que ya no saben lo que está pasando en el cielo del Valle desde hace unas cuantas semanas? —insistió Alfredo—. Ha salido en los periódicos y todo.

—Sí, pero hablan de bólidos y de basura espacial. —Un joven de unos veinticinco años también quiso ser partícipe de la conversación. Yeray no lo había visto antes y no dudó en examinarlo un segundo. Tenía los brazos fornidos, y aunque no era muy alto, supo de inmediato que era capaz de cargar sobre sus hombros un racimo de plátanos de cincuenta kilos—. Me llamo Ancor. Soy hijo de Marta. Me dijo que te dio clases cuando eras un niño.

—Ah, sí, Marta. ¿Qué tal está? —Recordó que la mujer se había quedado embarazada pasados los cuarenta años y que fue objeto de murmuraciones en el pueblo.

—Bien, se prejubiló hace unos años y ahora está disfrutando de la vida. Se apuntó a un curso de costura y viaja mucho con esos grupos organizados. Ha visto más mundo que yo.

Yeray le mostró una sonrisa agradable y se interesó por su opinión sobre el misterioso brillo que asolaba el Valle desde hacía noches.

—¿Tú has visto las luces? —le preguntó.

—Sí, una vez que el insomnio estaba matándome. Serían las dos de la mañana, aunque no recuerdo muy bien la hora. Noté un destello por la ventana y salí al balcón. Eran unas cinco luces que parecían estar quietas en un primer momento, pero luego se movieron con rapidez y desaparecieron detrás de las montañas.

—Pues la basura espacial, como has dicho, no se queda quieta —porfió Miguel—. Pero tampoco creo que vayan a invadirnos los extraterrestres, y tampoco entiendo qué tiene que ver con la muerte de Mateo.

—Mateo estaba investigándolas —aseguró su vecino—. Se había obsesionado con ellas. Lo sé porque me lo contó. Por eso salía todas las noches. No era porque estuviera lloriqueando todo el día por la muerte de su mujer. Era porque estaba convencido de que alguien aparecía en su finca cada vez que esas luces se presentaban.

Miguel fue el único que soltó una carcajada estrepitosa mientras el resto lo miraba ojiplático. A Alfredo no le importó que ocho ojos lo torpedearan con bombas cargadas de asombro y continuó bebiéndose el café como el que oye las últimas campanadas del domingo para ir a misa y no se diera prisa.

—Pero ¿qué estás diciendo? —lo miró Dulce al tiempo que le entregaba a Yeray el jugo de Olivia y su Coca-Cola.

—Solo repito lo que él me decía —continuó Alfredo—. Vino varias veces a mi casa para preguntarme si había visto a alguien merodear por mi propiedad, porque, según él, en cuanto lo descubría en su huerta y lo perseguía, saltaba a la mía.

—Sí, a mí también me comentó algo. —Por primera vez, Yeray le prestó atención a la mujer que ocupaba una de las mesas. Era mayor, tendría unos ochenta años, y por eso tardó en reconocerla. Fue cuando lo miró con esos ojos azules tan inquietos cuando determinó que se trataba de Juana, quien tenía una parcela de tierra junto a la de Alfredo—. Pero yo nunca he visto a nadie entre mis mangos. También soy muy vieja y la vista no me llega donde quisiera, a pesar de que me operaron de cataratas hace unos años.

Sin embargo, Mateo me contó que ese hombre era muy raro y que tenía alas como las de un cernícalo y los ojos muy brillantes.

—¿Alas de cernícalo? —Miguel casi escupió el café de su boca en la barra—. Mateo estaba mal.

—Puede que quisiera decir que estaba disfrazado de pájaro —puntualizó Alfredo—. Mateo siempre fue un hombre coherente. A mí también me mencionó lo de las alas, y después de hablarlo durante unos minutos, llegamos a la conclusión de que ese tipo podría haberse comprado un disfraz en alguna tienda de chinos.

Yeray se secó la frente de un sudor invisible con la palma de la mano. Esa conversación estaba siendo de lo más disparatada. Aun así, quiso intervenir preguntándoles a los presentes algo que él consideraba clave:

—¿Y entonces por qué creía que ese hombre misterioso estaba relacionado con las luces?

—No lo sé. Tenía unos papeles escritos donde apuntaba las horas de las luces y luego la aparición del loco —le aseguró Alfredo.

—Venga ya, Mateo desvariaba —le discutió Miguel—. Ahora vas a decirme que ese hombre era un extraterrestre con alas de pájaro que bajaba volando desde su platillo volante porque no tenía otra cosa que hacer que espiar a los vecinos de Valle Gran Rey.

—Yo no perdería el tiempo aquí —intervino Ancor—. Me iría a vigilar a Trump y a Putin. Esos dos se creen superhéroes a los que Dios les ha dado una capa para hacer lo que se les venga en gana. Todavía no se han dado cuenta de que son los villanos de la historia.

—En eso llevas razón —aseveró Dulce, quien ya sacaba las pulguitas de la plancha.

Yeray asistía a la charla con ojos incrédulos y, al mismo tiempo, con una curiosidad que lo asustaba. Él había visto las luces. Él había perseguido a un desconocido por las plataneras y él había descubierto el cuerpo de Mateo. Aquello era una locura. Sin embargo, puede que sí existiera un hilo conductor entre todo lo que estaba sucediendo en el pueblo, aunque por el momento no lograra verlo.

—Yo no he hablado de ovnis —se molestó Alfredo—. Solo estoy diciendo que están ocurriendo cosas muy raras y que me huele mal que Mateo haya muerto cuando perseguía a ese chiflado.

—Eso lo decidirá la investigación de la Guardia Civil y la autopsia. Pero a mí no me cabe la menor duda de que fue un suicidio —afirmó Miguel tajante.

—Bueno, vamos a cambiar de tema, que la comida está lista para esa niña bonita. En un minuto, te lo acerco todo a la mesa. —Dulce colocó uno de los puños sobre su cintura y lanzó un resoplido fatigoso.

El calor era agobiante, y trabajar al aire libre o cerca de los fuegos empeoraba la sensación de sofoco. Su única esperanza era que llegara la noche y la brisa ligera que descendía de los montes los regara con su frescor.

Yeray llamó a Olivia y le dijo que fuera a lavarse las manos antes de empezar a comer, y aunque ella puso cara de mala gana, no rechistó. Dulce llegó con los vasos y cubiertos y Yeray reparó entonces en la extraña sombra que recorría todos los dedos de su mano izquierda.

—¿Qué te ha ocurrido?

—¡Ah, esto! —exclamó, abriendo y cerrando la mano como si nada —. Me he levantado con los dedos algo enrojecidos hoy.

—Pero ¿te has dado un golpe?

—¡Qué va! Ni siquiera me duelen —dijo, restándole importancia—. Me he puesto un poco de hielo y se ha bajado la inflamación.

Yeray la cogió por la muñeca y examinó mejor la sombra circular que saltaba de un dedo a otro como si fueran aretes.

—Parece como si hubieras llevado muchos anillos puestos durante años y te los hubieses quitado de repente. La zona sombreada es la que no ha visto el sol jamás. Deberías ir al médico —la aconsejó en tono paternalista.

—Boberías. No es nada grave ni me impide trabajar. —Dulce retiró la mano muy despacio y después se la frotó en el paño que llevaba colgado de la cintura.

—Puede que anoche te secuestrasen los extraterrestres y hayan estado experimentando contigo —bromeó Miguel.

—¡Bueno, se acabó! Ya no quiero oír más historias de bichos verdes en mi bar. Y si a alguien no le gusta, ahí tiene la puerta.

Yeray se humedeció los labios y esbozó una ligera sonrisa al escuchar a la mujer imponerse delante de todos aquellos hombres acostumbrados a tener la última palabra. Los observó desviar la mirada y a algunos bajar la cabeza para seguir con su cerveza de media tarde, para pocos segundos después entablar una nueva discusión sobre fútbol. Con una sonrisa de medio lado, aguardó a que su hija llegara para disfrutar de una merienda relajada fuera del

radio de actuación de su padre, pese a que sus pensamientos no paraban de girar en torno a la muerte de Mateo.

No se había atrevido a hablar, pero él había visto las luces nocturnas y puede que persiguiera al mismo hombre a quien Mateo estaba intentando atrapar. Sin embargo, por mucho que se estrujó el cerebro, no llegó a apreciar en la figura que recordaba la presencia de alas. Y puso su mente en paz al determinar que probablemente la noche anterior había olvidado ponérselas y se había presentado en la finca sin disfraz.

De todas maneras, le parecía raro que ningún vecino se hubiera percatado de que un desequilibrado abandonara su casa vestido de manera extravagante durante varias noches seguidas y luego regresara casi al alba. Si su padre se disfrazara de esa manera tan ridícula, lo habría pillado antes de que saltara por la ventana. Así que, o el perspicaz demente esperaba a que sus familiares durmieran como troncos para ausentarse, o vivía solo y no le rendía cuentas a nadie.

Esa noche no intercambió palabra alguna con su padre. Continuaba molesto y ambos se comportaron como si fueran dos desconocidos que compartían piso e ignoraban la existencia del otro. Se fue a la cama temprano, aunque no se durmió hasta pasada la medianoche; demasiadas preocupaciones, demasiados interrogantes sobre la vida nueva que quería construir allí, lejos del caos.

Olivia también estaba intranquila, y no era para menos. El viejo no la había acogido como esperaba. Después de todo, era su nieta, su única nieta, ya que su hermana Yaiza no tenía hijos. Aunque tomó una decisión complicada y siempre fue consciente de que Martín no lo recibiría con los brazos abiertos, quiso imaginar que al cascarrabias se le ablandaría el corazón al ver el rostro tierno de la niña. Pero Olivia era el vivo retrato de su madre Claudia y supuso que el viejo veía en ella a la persona que se había llevado lejos a su hijo, a la serpiente que lo había tentado prometiéndole un sueño que él jamás podría darle.

—¿Crees que al abuelo se le pasará pronto el enfado?

—Sí. Mañana ya no se acordará de nada.

La pequeña frunció el ceño, no muy convencida.

—No se parece en nada al abuelo Pedro.

—No, tienen caracteres diferentes, y todo porque sus vidas han sido muy distintas. —Yeray pensó en los padres de Claudia, quienes jamás dudaron en acogerlo en su casa como un hijo más, y por un

momento una brizna de arrepentimiento nubló su espíritu. Si se hubieran quedado en Madrid, al menos Olivia podría contar con el cariño de sus abuelos maternos, y pese a que vivían en Toledo, podrían visitarlos con relativa frecuencia—. Ya verás que todo va a ir bien. No te preocupes.

—¿Me lo prometes?

La arropó al tiempo que asentía y luego apagó la luz de la habitación. Después se quedó largos minutos observando el cielo estrellado a través de la ventana; tan resplandeciente, tan misterioso. Claudia debería estar allí con ellos disfrutando del brillo nocturno que les ofrecían los astros y de la seguridad que les transmitían las montañas. Allí, el estrés del tráfico no existía, ni tampoco los desalmados al volante que después de una noche de juerga hacían apuestas temerarias, como saltarse el semáforo y esquivar a los peatones como si estuvieran en un videojuego. Dos críos borrachos y drogados. A él no le importaba que hubieran arruinado su vida matando a dos personas e hiriendo a otras tantas. Le importaba que hubieran destrozado la suya y le hubieran arrebatado a su gran amor, dejándolo a ciegas en un mundo que necesitaba luz.

Entrecerró los ojos, suspiró agotado y luego corrió la cortina. Al tumbarse en la cama, un pensamiento inesperado cruzó por su mente como una estrella fugaz: Diana. Ella también adoraba contemplar el cielo nocturno y deleitarse con su fulgor, tanto que estaba decidida a convertirse en una de las mejores astrofísicas de Canarias, pero él truncó su sueño y se sintió miserable. Se marchó sin darle tiempo a reaccionar, la dejó buceando sola en un océano lleno de incertidumbres, y quiso creer que su decisión de cambiar de carrera no había sido culpa suya. Después de todo, cada persona era responsable de sus propios actos y decisiones, aunque en algunas el destino no les daba esa oportunidad, como a Claudia.

No supo cuánto tiempo había transcurrido desde que se había dormido hasta que abrió los ojos de nuevo. Otra vez, la palma golpeaba el cristal con insistencia, y ya comenzaba a hartarse. Con los dedos, recogió parte de la cortina para contemplar cómo la maldita hoja se ensañaba con la ventana como si quisiera romperla en mil pedazos. Luego miró la hora en el radiodespertador de la mesita de noche, y al ver reflejadas las dos y nueve se enfureció aún más.

Sin despertar a Olivia, se calzó las zapatillas, dispuesto a llegar hasta el cuarto de aperos que tenía su padre en el exterior. Le sorprendió no tropezarse con su hermano en la cocina, aunque después imaginó que, como Mateo ya estaba muerto, no se introduciría en su finca para perseguir al cernícalo, y por eso Airam se encontraba durmiendo a pierna suelta. No quiso pensar en el loco que se disfrazaba por las noches ni en la posibilidad de que este les hiciera una visita. Pensó que estaría conmocionado por el suicidio de un vecino muy apreciado en la zona y que, después de todo, él era en parte responsable de esa muerte, así que supuso que no abandonaría su casa en un par de semanas.

Al salir, se percató de que el viento había cesado. Tan pronto como se había levantado, se había esfumado, y soltó una carcajada nerviosa. Parecía que el céfiro estuviera burlándose de él y soplaba con rabia para despertarlo a horas intempestivas hasta que lo conseguía. Era eso o la energía de la mismísima isla, que no aprobaba su regreso y lo invitaba a irse antes de que se volviera loco como Mateo.

Se dirigió hasta la parte delantera de la vivienda y observó la planta con malicia. Estaba quieta. Ninguna de sus hojas frondosas y largas bailaba ya con el viento endemoniado. Aun así, se acercó a aquella palmera que estaba ocasionándole tantos dolores de cabeza.

—¡Si crees que vas a salirte con la tuya, es que no me conoces! —le gritó entre dientes.

Se encaminó de nuevo a la parte trasera, entró en el cuarto donde su padre guardaba todas las herramientas de la finca y se hizo con un arnés y un corvillón. Recordaba haber utilizado este último muchas veces cuando era un adolescente para podar las palmeras. Siempre fue un muchacho ágil y sin miedo a las alturas, por eso Martín le encargaba esa faena que él acogía como si fuera una diversión, pese a lo fatigosa que resultaba. La poda no era necesaria para su crecimiento como muchos creían, era más bien una tarea que los palmereros realizaban por estética o para que las ramas desgastadas no terminaran cayendo a la calzada o sobre algún transeúnte. La poda de esa *Phoenix canariensis* de unos diez metros de altura era necesaria porque sus palmas tocaban la pared de la casa, y cuando volaban agitadas no solo deterioraban la pintura, sino que el ruido que provocaban en el interior no era nada placentero.

Se situó debajo de la palmera, con las fosas nasales hinchadas, y comenzó a colocarse el arnés. Entonces, cuando ya se encontraba

bien sujeto al estípite, que era como se le denominaba al tronco, su padre salió por la puerta delantera.

—¡¿Qué demonios estás haciendo?! ¡¿Es que te has vuelto loco?!

—No, no estoy loco. Deberías haberla podado hace meses. Las malditas palmas están rozando la pared y una de ellas está jodiéndome por las noches y no me deja dormir.

Comenzó el ascenso sin mirar a Martín, decidido a ensañarse con la culpable de su insomnio.

—¡Baja de ahí! ¡Vas a matarte! Ni siquiera te acuerdas de cómo usar el corvillón. ¡Joder! ¡Por si no te has dado cuenta, es de noche! —lo increpó su padre.

—¡Claro que me acuerdo! ¡No soy idiota! Era yo el que me encargaba de hacer la poda.

—¡Eso fue hace siglos! ¡Vas a romperte la crisma!

Ante los continuos reproches y el alboroto, tanto su hermano como su hija salieron para ver qué ocurría.

—¡Sigo en forma! No voy a permitir que el viento me moleste cada vez que le venga en gana.

—¡¿Qué viento?! —Martín abrió los brazos, desesperado—. ¡¿De qué coño estás hablando?!

—El que está jugando al escondite conmigo —musitó para él.

—¡Papá, por favor, ten cuidado! —le gritó Olivia, asustada.

—¡No pasa nada, cariño! —quiso tranquilizarla desde las alturas.

Llegó hasta la corona y sujetó mejor el corvillón forjado de manera artesanal para comenzar la limpieza. El mango era ligeramente más largo que la pala, de madera rugosa y fácil manejo, mientras que la pala, aunque estaba algo desafilada, era de acero. No pretendía realizar una poda profunda, pero para alcanzar a la causante de sus problemas de sueño tenía que deshacerse de algunas hermanas primero.

Cuando las primeras palmas comenzaron a caer, Airam retiró a la niña de los alrededores. Entretanto, su padre, rígido como un sargento, se mantuvo bajo la inexistente sombra de la palmera con los brazos en jarra.

—¿Quieres dejar ya de hacer el machango? —le reprochó—. Vas a despertar a los vecinos.

Por fin la alcanzó y se detuvo un instante para observarla con inquina. Después la arreó con saña hasta que la palma cayó moribunda sobre la tierra. Se rio de ella como un poseso y a continuación inició el descenso con una satisfacción que le hinchaba

el pecho. Sin embargo, cuando quedaba apenas metro y medio para que sus pies rozaran el suelo, distinguió una serie de luces que desfilaban en el horizonte como si fueran soldados adiestrados. Contó hasta cinco. En un principio mantenían una distancia milimétrica la una de la otra y se movían discretas, sin grandes aspavientos. Las observó un instante con cierto asombro. Parecía que estuvieran vigilándolo desde las alturas, e incrédulo arrugó el rostro. Entonces, sin ser consciente de ello, aflojó la tensión que ejercían sus manos sobre el arnés y cayó de espaldas. Se quejó de dolor a la vez que se llevaba una mano a uno de los costados. Entrecerró los ojos, fatigado, y no volvió a abrirlos hasta que atisbó el semblante endurecido de Martín, quien lo miraba como solía hacer cuando era un niño: con decepción y vergüenza.

—Pero ¡¿qué coño te crees que estás haciendo?! Ni siquiera te has puesto los guantes. Podrías haberte cortado. —Le tendió una mano y él la aceptó, a pesar de la bronca que estaba echándole.

No le respondió, solo volvió a mirar hacia el cielo y reparó en que esas luces extrañas habían desaparecido. Se habían evaporado sin darle tiempo a registrar en su mente la dirección que tomaban.

Capítulo 5
LA LLAMADA



Se levantó como si se hubiera bebido una botella entera de ron a palo seco. Tenía los síntomas de una gran resaca, pero sin haber tomado ni una gota de alcohol. Le costaba pensar, hacía un gran esfuerzo para mantener los ojos abiertos y una náusea matutina lo amenazaba con soltar la cena en el váter. Sin embargo, lo que menos soportaba era el dolor de cabeza. Se la sujetaba temiendo que de un momento a otro cayera por su propio peso y terminara como una pelota de fútbol preparada para ser pateada en el suelo. Algo imposible e ilógico pero que en ese momento se le antojó real.

Entró en la cocina con una mano en una sien y la otra en el costado donde había sufrido el golpe tras caerse de la palmera. Con los párpados entreabiertos, distinguió a su hermano y a su hija Olivia desayunando leche con gofio mientras intercambiaban chistes sin sentido. Se alegró de que la niña estuviera de mejor humor y no

con ese halo de tristeza que tanto lo había preocupado el día anterior.

—¡Vaya! Ya veo que te has atrevido con el gofio. ¿Está bueno?

—Sí, me lo ha preparado el tío Airam.

—Gracias —le dijo mientras se acomodaba en una de las sillas—. ¿Dónde está el viejo? ¿Ya se ha puesto a trabajar?

—No, seguimos de luto ha-ha-hasta qu-qu-que sea el entierro de Mateo.

—Me parece muy raro que se coja días libres. Ese cabrón nos hacía trabajar hasta que el sol se ponía. ¿Tan buenas migas habían hecho?

—Iba mu-mucho a vi-s-s-sitarlo. Además, es do-domingo. Vamos a misa.

Yeray apoyó la frente en la mesa y se quejó durante unos segundos. Desde esa posición, miró de reojo a su hermano y se percató de que tenía la camiseta algo levantada a la altura de la cintura. Arrugó la frente y reparó mejor en una rojez que se discernía en el costado. Entonces, levantó la cabeza, estiró un brazo y le subió la camiseta sin decirle nada. La inflamación tenía el tamaño de una naranja y el color encarnado de la piel lo hizo fruncir el ceño con recelo. Se humedeció los labios y luego se mordisqueó la lengua, intranquilo.

—¿Cómo te has hecho esto? —Él se encogió de hombros y no quiso responderle—. Parece serio, Airam. Si ha sido trabajando, deberías decírselo a padre para que te lleve al centro de salud. Y me importa una mierda si no tienes seguro laboral. Ya es hora de que el viejo se deje de tonterías y te haga un contrato decente o ponga de una vez por todas las plataneras a tu nombre.

—Creo qu-qu-que me ca-ca-caí de la cama.

—¿Crees? ¿Es que no estás seguro? —Yeray asentía preocupado.

—No lo sé.

—Airam, ¿cómo no puedes saber si te caíste o no de la cama? —Lanzó un suspiro reflexivo y lo miró a los ojos, preocupado—. ¿Quieres contarme algo? Sabes que puedes. Estoy aquí, puedo ayudarte con lo que sea.

Yeray recordó las veces en las que él tuvo que defenderlo ante las burlas de varios compañeros que lo humillaban arrancando las páginas de sus libros de clase y se las lanzaban como si fueran pelotas de nieve. En algunas ocasiones, se atrevieron a perseguirlo por los barrancos sin importarles que su hermano, poco ágil en la carrera y asustado, pudiera perder el equilibrio y caer por los

empinados precipicios. Pensó en las noches de invierno, cuando el sol los dejaba antes de que las pocas farolas del barrio se encendieran y tenía que salir a buscarlo con una linterna en la mano. Lo encontraba siempre agazapado en el mismo sitio, con las manos rodeando sus piernas y con una mancha visible en los pantalones.

Airam tenía miedo de regresar a casa y de que su padre lo llamara gallina porque no había sido capaz de defenderse y porque había terminado orinándose encima. Y un Darias tenía que llevar el apellido con orgullo, con independencia de si eras un agricultor con la sangre caliente en las venas, como solía decirles Martín, o un pescador tostado por los incesantes rayos del sol, como era su tío Paco. La honestidad era un sello identificativo de su familia, por eso tenías que mostrar los dientes frente a cualquier adversario que quisiera ponerte contra la pared y decirte lo contrario.

Pero aunque Airam era la persona más honesta que había conocido, carecía del coraje suficiente para enfrentarse a esos idiotas que se creían los dueños del Valle y que se dedicaban a asustar a las niñas pequeñas y a su hermano por el simple hecho de haber nacido con síndrome de Down. Lo llamaban monstruo, mongólico, y le recalcaban que era un retrasado, un desperdicio de la humanidad que jamás llegaría a nada.

Ahora lo miraba con suspicacia. Sabía que Martín era incapaz de levantarle la mano. Jamás lo había hecho. Siempre lo trató como un miembro más de la familia, aunque muchas veces no se percatara de que no podía exigirle los mismos compromisos que a Yaiza y a él.

—Entonces, ¿puedo quedarme tranquilo? ¿No tienes ningún acosador?

Airam bajó la cabeza, molesto. Detestaba que le recordasen aquella época donde su fragilidad lo hizo sentirse como un bicho raro, como si no pudiera aportarle nada al mundo, como así le repitieron sus acosadores. Él no pidió nacer así. Y era consciente de que no llegaría jamás a ser alguien estudioso ni a trabajar en una empresa con requisitos muy complejos. Pero había aprendido a ser un gran agricultor. Cuidaba de los mangos, de los tres papayos de su madre y de las plataneras. Acompañaba al mercado a su padre y era capaz de cobrar los euros que le pedían y dar el cambio correcto. No comprendía la teoría de la relatividad, pero entendía la tierra. Sabía cuándo estaba herida y también cuándo estaba pletórica y quería florecer. Escuchaba sus lamentos, así como sus risas, aunque últimamente llorara de pena y no consiguiera averiguar el porqué.

—¡No qu-qu-quiero hablar de eso! ¡No! —Le dio un puñetazo a la mesa.

—Vale, está bien. No te enfades.

Su hermano estaba conteniendo unas lágrimas rabiosas que tensaban todos los músculos de su cuerpo, así que Yeray lo abrazó y esperó a que poco a poco fuera relajándose.

—No soy pe-pequeño.

—Lo sé. Lo siento. Había olvidado que eres más alto que yo y que llevas muchos años cuidando del viejo y de ti mismo. Perdóname.

Emocionada, Olivia, quien había atendido a la conversación de los dos hermanos sin parpadear, se unió al abrazo, y eso consiguió que Airam sonriera. Los tres permanecieron en esa posición unos minutos, en medio de la cocina, sin importarles que el segundero del reloj de la pared les recordara que el tiempo continuaba corriendo.

—Pero ¿qué están haciendo? —Martín irrumpió en la estancia y dejó plasmado su fuerte acento canario. En las islas, no se usaba la segunda persona del plural. Sustituían el vosotros por el ustedes. Era una forma de dirigirse con cortesía y respeto hacia varios interlocutores y que se había detectado en las Canarias en el siglo XIX—. Parecen tres pasmarotes esperando la bendición del cura. —Yeray lo miró de arriba abajo con el ceño fruncido, y tras deducir que el viejo no estaba de buen humor, cruzó los brazos a la altura del pecho en señal defensiva cuando continuó—: Estaba recogiendo el desastre que hiciste anoche. No puedes dejar las palmas cerca de la entrada de la casa e irte a dormir la mona como si nada.

—No estaba bebido —quiso aclararle.

—Pues lo parecía.

—No voy a discutir esto contigo delante de Olivia. —Le hizo un gesto para que se percatara de que la niña era una esponja que lo absorbía todo. No estaba dispuesto a que su padre volviera a faltarle el respeto delante de ella.

—Ya es mayorcita para saber que su padre no es un santo, y dudo que con los años te hayas vuelto beato. Anoche no estabas en tus cabales. Ya me entiendes.

De pronto, el sonido del teléfono fijo retumbó por toda la cocina e interrumpió lo que Yeray sospechaba que podría convertirse en una discusión aireada.

Airam lo descolgó de inmediato y comenzó a jugar con el cable del aparato.

—¿Quién es?

—Ahora mismo me da igual lo que pienses —insistió Yeray—. No voy a continuar con esta historia. Necesito que me prestes tu furgoneta para bajar a la playa. Mi coche y el resto de mis pertenencias llegarán en unas cuantas semanas, y quiero que Olivia pase un día de verano normal y corriente como los demás niños de la isla.

—Qu-que quién es. No se oye bien.

Miró a su hermano de reojo, quien continuaba enredando los dedos en el cable del teléfono mientras se mordía el labio inferior, y volvió a mirar al viejo con dureza, quien le espetó:

—Por mí, puedes hacer lo que te dé la gana. Cuanto menos estés por la casa, mejor. —Le lanzó las llaves del vehículo y él las cogió al vuelo.

—No es ve-ve-verdad. No soy bobo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Yeray, preocupado. Esa mísera palabra, que para los demás carecía de un significado profundo, hizo que saltara su alarma interior. Bobo era sinónimo de amenaza, de burla, de un segundo tenso antes de que comenzara el primer empujón.

Airam tapó el auricular y miró a su padre y a su hermano, asustado.

—Dice qu-qu-que es Mateo.

—¿Mateo? —Yeray le arrebató el teléfono con rabia y visiblemente enfadado—. A ver, no estamos para cachondeos a esta hora de la mañana y ninguna otra. ¡Si quieres reírte de alguien, hazlo de tu pu...! —Se mordió la lengua en cuanto vio que Olivia abría los ojos de par en par.

Antes de pensar en colgar, aguardó unos segundos y respiró hondo al tiempo que trataba de controlar los nervios. Retaba con su fuerte respiración a la persona que estaba al otro lado de la línea. Quería saber si tendría el coraje de volver a hablar, ahora que era él y no su hermano quien estaba al teléfono. Sin embargo, no escuchó nada. No había nadie en el aparato, solo un silencio profundo que logró ponerle los vellos de punta.

Entonces oyó un crujido intenso seguido de varios golpes y después el silbido de un viento lejano que se aproximaba a su oído con celeridad. Tuvo que alejar el auricular de la oreja para impedir que ese sonido penetrante entrara en su cabeza. En cuanto finalizó, agarró con más fuerza el aparato.

—¡Te crees muy gracioso! Pero en cuanto averigüe quién eres, vas a acordarte de mí —lo amenazó, con el puño que mantenía libre en tensión.

La llamada se cortó de forma repentina y Yeray colgó el teléfono con rabia.

—¿Quién era? —le preguntó su padre, con semblante airado.

—Un idiota con ganas de fiesta —aseveró, imaginándose quién era el responsable.

—Era Mateo —les aseguró Airam.

—No era Mateo. Solo querían gastarte una broma. —Quiso restarle importancia al asunto, aunque en su interior la sospecha de que de nuevo alguien estuviera acosando a su hermano se había encendido.

—Mateo está muerto. Tú mismo lo viste. Y los muertos no llaman por teléfono —sentenció Martín—. ¡Maldito cabrón! Te juro que como vuelvan otra vez a molestarnos con las llamaditas, ese idiota se va a enterar.

—¿Existe la posibilidad de que sea él? —le preguntó a Martín.

—¿Qué idiota? —Olivia los miraba a todos con una curiosidad extrema.

—No es nada, cariño.

—Un ch-chico al que le gustaba asus-sustarme. P-p-pero no es él. Se fue a trabajar a Te-Tenerife. —Airam se dio media vuelta y se dirigió al salón. A continuación, escucharon el sonido de la televisión encenderse.

—Luego me pasaré por la casa de sus padres y les preguntaré si ese canalla está por aquí. Viene algún que otro verano y siempre termina metiéndose en un follón. —Martín bufó y se agarró con las dos manos al poyo de la cocina. El viejo negaba con la cabeza. Estaba afectado y se sentía mayor para iniciar de nuevo una lucha que había enterrado hacía ya mucho tiempo, meses antes de que Yeray se fuera a Madrid.

—¿Quieres que te acompañe? —Quiso acercarse a su padre, buscar una tregua que le devolviera el oxígeno que perdía cada vez que entraba en la casa.

—No. Vete a la playa con tu hija y pasa un día alejado de todos nuestros problemas —le respondió, sin alzar la cabeza—. Esto suele dársete bien.

Condujo por la carretera GM-1 unos minutos en silencio mientras escuchaba uno de sus clásicos favoritos: *Highway to Hell*, de AC/DC. Desde el espejo retrovisor observaba de vez en cuando a su hija, quien jugaba con su móvil y no le prestaba atención al paraje hipnótico de la zona que podía apreciarse desde la ventanilla. Las altas palmeras, que podían alcanzar los cuarenta metros, embellecían esos terrenos abalconados y te hacían sentirte cerca del paraíso. Por eso muchos alemanes escogían Valle Gran Rey para pasar sus ansiadas vacaciones. No eran solo las playas y el buen clima durante todo el año, sino su paisaje embaucador repleto de senderos por los que transitar y en los que esperabas tocar un trocito de cielo.

Al llegar a la rotonda de Las Orijamas, tomó la carretera de la Alameda, y fue entonces cuando divisó a varios metros delante de él, en el arcén izquierdo, a un hombre empapado corriendo en dirección a la parte alta del Valle.

Extrañado, Yeray arrugó la nariz y examinó mejor al personaje en cuanto lo tuvo a su altura. Se sobresaltó al reconocer a Toño, el taxista que los había llevado hasta su casa. Parecía desorientado y algo asustado. Aminoró la marcha y le tocó varias veces el claxon por si necesitaba ayuda. Sin embargo, el hombre no lo miró. Continuaba el ascenso con los cabellos pegados a la frente y la ropa adherida a la piel, como si se hubiera dado un chapuzón en el mar con ella puesta y no se hubiera secado.

Pensó en dar media vuelta con el vehículo y hablarle directamente, pero luego vio a Olivia moverse al ritmo de la música mientras entornaba los párpados y no quiso arruinarle el día. Después de todo, no conocía a Toño lo suficiente para saber si estaba metido en algún tipo de lío o simplemente estaba loco, como la mitad del pueblo. Desde que había llegado, no había tenido ni un solo día de paz, y necesitaba alejarse del caos para volver a reconectar con la isla.

No tardó en encontrar aparcamiento, y pronto se dirigieron a la playa de La Calera con las toallas y el protector solar, dispuestos a fingir ser turistas por un día. Entre riscos y huertos de platanera, se extendía la playa de arena volcánica de un kilómetro de longitud y aguas tranquilas. Yeray pensaba únicamente en tumbarse y en que los rayos del sol impactaran en su piel, regalándole la calidez que necesitaba en esos momentos. Antes de llegar a su destino, divisó un taxi recoger a un par de alemanes al otro lado de la avenida.

Arrugó el entrecejo, confundido, pues le pareció que el conductor era Toño.

Cruzó la calle mientras le rogaba a Olivia que no se moviera de la acera y se aproximó a la ventanilla delantera del vehículo al tiempo que los extranjeros se acomodaban en el interior.

—¡Coño! ¡Qué susto me has dado! —exclamó Toño en cuanto apreció su rostro a dos palmos del suyo.

—Perdona, me ha parecido verte antes corriendo por la carretera. Ibas empapado y estabas como ausente.

—Pues, como ves, no era yo. Estoy aquí. Me habrás confundido con otra persona.

—Ya, pero se parecía mucho a ti. Me he preocupado y pensaba que tenías algún problema.

El taxista soltó un profundo resoplido y reparó en las incipientes ojeras de Yeray.

—Tío, no sé qué te pasa, pero ya te he dicho que no era yo. Llevo desde las ocho de la mañana trasladando a clientes de un lugar a otro. Dicen que todos tenemos un doble, y tú te habrás tropezado con el mío.

Yeray escudriñó en sus ojos sinceros y nada opacos. El hombre estaba contándole la verdad, y en ese momento, el que parecía un loco que decía frases sin sentido era él. Era imposible que Toño se hubiera dado un chapuzón y luego echara a correr carretera arriba, para unos minutos después reaparecer casi al mismo tiempo en su taxi, seco, con otra ropa y dispuesto a trasladar a un par de extranjeros hasta donde le solicitaran.

Le dio un golpecito al capó y, después de presionar los labios, asintió con la cabeza.

—Sí, me he equivocado. Es evidente que no podías ser tú.

—Por aquí hay mucho pirado. Sobre todo en verano, cuando muchos hippies vienen a bailar desnudos con los árboles. Ya me entiendes.

Yeray volvió a cruzar la carretera y se acercó a su hija, quien no lo había perdido de vista con sus dos iris grandes y verdosos. Ella le entregó la bolsa de la playa y observó cómo él no apartaba la mirada del taxi hasta que se alejó lo suficiente para poder seguir su rastro.

—Olivia, ¿recuerdas haber visto a un hombre mojado en la carretera cuando veníamos en el coche?

Ella negó con seguridad aunque con recelo.

—Me has prestado tu móvil y estaba riéndome con los vídeos de Booba. ¿Por qué?

—Por nada. Creo que la falta de sueño está pasándome factura.

No le dio más vueltas al asunto. Prefirió concentrarse en Olivia y disfrutar de ese día soleado en la playa.

Cuando llegó la hora de comer, caminaron por toda la Avenida Marítima hasta la piscina natural de Charco del Conde. Allí buscaron un restaurante cercano que les ofreciera unas vistas increíbles de la costa y al mismo tiempo pudieran servirles unos calamares a la romana, a los que Olivia era aficionada; quizá porque a su madre le chiflaban y le había enseñado a apreciar ese manjar como si fuera una exquisitez que muy pocos podían valorar, cuando en realidad era un plato muy común en todos los bares del país.

Después de comer, decidieron acercarse a la playa de Vueltas y observar las pequeñas barquitas entrar y salir del puerto para ir a faenar. Se sentaron sobre las toallas para descansar, para acallar el estridente sonido de las sirenas que todavía retumbaba en su mente. Yeray había corrido disparatado en cuanto supo lo que le había ocurrido a Claudia. Llegó al lugar antes que la ambulancia e intentó consolarla mientras le rogaba que aguantara.

Sacudió la cabeza con brusquedad e inspiró profundo, siendo consciente de que el aire del lugar era diferente a cualquier otro. No era el del mar ni el de las olas al conjugarse con la arena volcánica. Era nostálgico, una brisa embaucadora que lo transportaba a su pasado más feliz.

—Mi tío Paco era pescador. Su suegro lo enseñó a navegar cuando apenas era un chaval. Se casó con dieciocho años, muy joven, y se entregó al mar y a su mujer.

—¿Y dónde está ahora?

—Murió de una neumonía hace años. Imagino que mi primo Aarón seguirá con la tradición familiar.

—Pensaba que la tradición de la familia era el cultivo de los plátanos.

—Y lo es. Creo que se remonta a mi tatarabuelo, pero quien puede asegurártelo es el abuelo Martín —le confirmó mientras su mente navegaba por recuerdos muy lejanos. Esos en los que se fugaba para ir a la playa con sus amigos y ver a su tío Paco regresar después de una jornada entera faenando.

—El abuelo no me deja hablar con él como lo hago contigo —afirmó la pequeña con tristeza.

Los ojos de Olivia reflejaban una impotencia que a él se le antojó cercana. Jamás contó con el cariño de su padre, y menos con su aprobación para hacer lo que quisiera. Siempre tenía la última palabra, y la mayoría de las veces, sus palabras herían.

—Lo sé. Pertenece a una generación donde los niños no iban a la escuela, sino directamente a la finca. Sus padres los utilizaban como mano de obra y los veían como bocas a las que alimentar —quiso explicarle—. Trataba a su padre de usted, como si fuera un sargento o un general. Nunca lo llamó papá. Por eso creo que siempre le costó dialogar con nosotros, y era mi madre la que buscaba una cercanía que poco a poco, mientras íbamos creciendo, fue más lejana.

Se tumbó en la toalla y se puso las gafas de sol para que los rayos no impactaran de forma directa en sus ojos. Había llegado a la conclusión de que el pasado era una mierda, lo mirara por donde lo mirase, y que las alegrías podía contarlas con los dedos de una mano, pero que eran los momentos más trágicos los que te marcaban el alma y muchas veces te impedían avanzar.

—¿No es esa Idaira? —La voz de la niña lo sacó de sus pensamientos derrotistas.

Se incorporó con fatiga. El hematoma del costado no le permitía moverse con facilidad. Aun así, y con esfuerzo, quiso saludar a la empleada más joven de su padre. No podía negar que le había ocasionado un cierto impacto al conocerla. Tenía una belleza salvaje propia de la isla. Apasionada. Rebelde. Auténtica y al mismo tiempo inocente.

—Creo que sí —le confirmó en cuanto sus pupilas se estrellaron con las piernas esbeltas de la chica.

Yeray la observó con más detalle. Idaira se paseaba con un bikini minúsculo sintiéndose la dueña de la playa. Iba de la mano con un chico de bronceado de infarto y abdominales cincelados. Ella era la que marcaba el ritmo, pausado y liviano en apariencia, puesto que su rostro reflejaba el torbellino que existía en su interior. De vez en cuando se detenían y se besaban con un ardor que contrastaba con el frescor del mar al bañar sus tobillos. Eran los protagonistas de una estampa paradisíaca donde muchos los miraban con esperanza, y otros, con envidia.

—Es muy guapa —le escuchó decir a Olivia.

—Sí, y también un poco creída.

Los chicos pasaron muy cerca de ellos y la niña, ni corta ni perezosa, se atrevió a saludarla, pese a que la pareja estaba más entretenida en atornillar sus lenguas de fuego e ignorar que las chispas que provocaban sus cuerpos mojados y enroscados el uno con el otro pudieran levantar suspicacias entre los más ancianos o entre los padres que contaban con niños pequeños en la arena.

Ella se giró con amabilidad y con una sonrisa que bien podría haber eclipsado al mismísimo Sol. Saludó a Olivia con la mano y luego reparó en él. Su rostro mudó por completo. Pasó de encontrarse en el cielo a descender a los infiernos en un segundo. No dudó en examinarlo de arriba abajo como si fuera el mismísimo demonio quien estuviera juzgándola.

Por un instante, Yeray se sintió cohibido. La joven parecía analizar su atractivo sin cortarse un pelo, y lo incomodó tanto que cruzó las piernas. Era verdad que su piel había perdido el color del verano después de tantos años en Madrid, aunque nunca fue extremadamente blanco y jamás se enrojecía después de un día en la playa. Sus incipientes ojeras le contarían que no estaba durmiendo bien, y si prestaba atención al golpe en el costado, quizá pensaría que se había peleado con su padre.

—Vaya, ya veo que has sacado a la niña del infierno y has venido a ponerte moreno —le dijo al fin.

—Te recuerdo que si yo vivo en el infierno, tu jefe es Satán.

Con los brazos en jarra, Idaira fingió una sonrisa pícara.

—No me refería a tu casa en concreto, y Martín no es una mala persona. Me ha tratado mejor que muchos otros.

Alzó el cuello con orgullo y Yeray pudo distinguir un curioso lunar cerca de la oreja derecha. Ella reparó en ese detalle y apartó su melena mojada para que pudiera recrearse en él, así que sus ojos se desviaron a su mirada felina, cargada de desprecio y al mismo tiempo de osadía.

—Suele portarse mejor con sus empleados que con su propia familia. No te dejes engañar.

—Puede que el ciego aquí seas tú. Deberías darle una oportunidad a tu padre. Ha cuidado de Airam como se merece y de las tierras cuando nadie creyó que lo conseguiría. No digo que sea el padre más cariñoso del mundo, pero lo respeta. Respeto que creo que te falta con Martín.

Yeray chasqueó la lengua, y las gafas de sol evitaron que ella pudiera captar el orgullo algo herido con el que estaba

encañonándola en ese momento a través de su intensa mirada. No comprendía por qué la joven se comportaba con él de esa manera cuando apenas había hablado con ella.

—Perdona, ¿cuántos años tienes? —quiso atacarla, ponerla en su lugar—. ¿Sabe tu padre que te dedicas a besar a pardillos como si fueras una aspiradora de último modelo?

—Oye, sin faltar —fue la primera y última vez que intervino el muchacho de ojos hundidos y pies planos.

Idaira dio un paso al frente, autonombrándose la líder de una disputa que no tenía intención de detener. Se ajustó a propósito la parte superior del bikini a su pecho y deslizó una de las manos hasta su vientre, donde la dejó descansar sobre su ombligo.

—Mi padre murió hace muchísimo tiempo —le recalcó para inspirarle cierta pena, algo que a Yeray no lo conmovió en absoluto —. Está bien enterrado. Y soy así porque me siento libre, porque puedo ser y hacer lo que quiera. ¿Puedes decir tú lo mismo? Has vuelto a esta mierda de pueblo para curar tus heridas, pero todavía no te has dado cuenta de que esta isla no salva a nadie, sino que te abre las heridas aún más para que sientas un dolor insoportable. Perdona, ¿cuántos años me dijiste que tienes tú?

Él soltó una carcajada y aplaudió su discurso sin complejos, aunque a Idaira no pareció molestarle.

—Vas por mal camino si lo que quieres es comenzar a buscar tu futuro en la finca de Martín. Ya te digo yo que es una prisión. Yo tuve tu edad y sé de lo que hablo.

—¿Y por qué has vuelto, entonces?

—Porque a veces tienes que regresar a tus orígenes para recordar lo que fuiste y te prometiste que jamás querías ser —le confesó sin tapujos—. Para empezar de nuevo y mirar las nuevas oportunidades con inquietudes diferentes.

Ella torció el gesto y alzó el morro.

—Pues yo creo que buscas el perdón de tu padre.

—Eres muy atrevida. No te conozco de nada para que me hables así —le dijo, visiblemente molesto—. Pero te equivocas. Son muchas cosas las que yo debería perdonarle. Y ahora, si me disculpas, estás quitándome el sol y así no puedo coger color.

Alzó las gafas oscuras y la retó durante unos segundos con una mirada gélida. El joven que la acompañaba comenzó a tirarle de la mano para que continuaran con el paseo, pero en un primer instante ella no se movió. Lo miró con soberbia y un rencor que no se

merecía. Y comprendió que en el pueblo circulaban rumores falsos sobre su persona, sobre cómo se había ido a estudiar a Madrid y por qué no fue a visitar a su madre más a menudo cuando se supo de su enfermedad. Martín era la víctima, y él, el insensato verdugo.

Lanzó un resoplido cansino y luego miró a su hija, quien con los labios fruncidos observaba a la pareja alejarse de ellos.

—¿Por qué te ha dicho todo eso? ¿Es que le caes mal?

—Puede ser, cariño. En los pueblos, como en la familia, todo funciona de distinta manera —afirmó, forzando una sonrisa—. Es muy posible que Martín le haya hablado de mí en alguna ocasión y ella se haya hecho una idea equivocada de cómo soy en realidad.

—¿Y por qué el abuelo le hablaría mal de ti? —le preguntó con la inocencia que la caracterizaba.

—Porque Martín es un grano en el cu... culete. —Olivia rio y se tapó la boca como si esa expresión hubiera salido de ella—. Eres muy pequeña para entender cómo funcionan las relaciones adultas. Ya lo comprenderás más adelante. ¿Sabes? A veces me gustaría ser como los niños de ahora. Si me caes mal, no te hablo, y nadie te fuerza a hacerlo para quedar bien, y si me caes genial, te invito a mi casa para merendar y jugar a la consola.

—Aquí todavía no tengo amigos.

—Los tendrás, Olivia —le aseguró—. En cuanto empiece el curso, te saldrán amigos por todas las esquinas. Además, ya tienes uno: el nieto de Dulce. Así que cuando quieras jugar con él, vamos al bar y pasamos la tarde.

Ella asintió entusiasmada.

Después de hora y media regresaron a casa. Los dos estaban hambrientos y no rechistaron en cuanto vieron los platos de potaje en la mesa. Airam los interrogaba sobre el día en la playa que habían pasado y Yeray le prometió que cuando quisiera podría bajar con ellos para disfrutar del mar. A su hermano le pareció una idea estupenda. Desde que su madre había enfermado, no había pisado la arena de la playa ni se había tomado un helado de cucurucho. De vez en cuando escuchaban los rebuznos de Martín, pero ambos hijos decidieron ignorarlos.

De pronto, el teléfono sonó y Airam dio un respingo en la silla.

—¿Han estado llamando todo el día? —le preguntó Yeray a su hermano.

—No —le respondió Martín—. Es la segunda vez que suena el teléfono. Puede que sea Julia para saber si viene a trabajar mañana.

Se limpió la boca con una servilleta de tela, retiró la silla hacia atrás y comenzó a levantarse.

—Déjame, contesto yo —se apresuró Yeray—. Deberías tener un móvil para estas cosas. Con solo mandarles un mensaje a los empleados, te ahorrarías mucho tiempo.

—No pienso comprarme un chisme de esos. Me niego.

Yeray descolgó el teléfono y se colocó el auricular en una oreja.

—¿Sí? ¿Quién es? —Parecía que no había nadie al otro lado, pero cuando estuvo a punto de colgar, escuchó susurros; unos susurros tan lejanos que era incapaz de adivinar alguna de las frases que le decían. Miró a los presentes y quiso restarle importancia al asunto—: No, no estamos interesados en un nuevo seguro para el hogar.

Observó el rostro arrugado de su padre, quien ya escupía blasfemias dirigidas a todos los acosadores de venta telefónica, y siguió fingiendo que escuchaba con atención.

—¡Son unos buitres! Quieren engañar a un pobre viejo que se ha ganado la vida de forma honesta. ¡Mira cómo no se les ocurre llamar a las casas de los políticos interesados que tenemos en el Gobierno! Aquí hay que desplumar al más pobre. ¡Desgraciados!

—No, tampoco nos interesa esa cuestión. ¿Cómo se llama su empresa? —Yeray continuó con su mentira mientras agudizaba el oído. Estaba convencido de que el acosador de su hermano se delataría de un momento a otro con una risotada, un insulto o siguiéndole el juego que él mismo había empezado—. Ya, supongo.

Entonces, una voz se hizo más clara al otro lado del teléfono. Era varonil, incluso se atrevería a decir que pertenecía a alguien de cierta edad.

—Peligro —le repitió varias veces en un susurro que le heló la sangre—. Peligro.

—Vale, ¿y quién es usted?

—Mateo.

Yeray tragó saliva y pensó que se atragantaría con ella nada más bajarle por la garganta. Se masajeó el cuello para aliviar esa sensación de asfixia mientras procuraba que su rostro no reflejara la alarma que había saltado en los latidos de su corazón.

—¡Cuelga ya, hombre! No le des cháchara, que luego no dejan de llamarnos. —Martín se levantó y se fue al salón enojado, sin retirar los platos de la mesa.

Él les hizo señas a Olivia y a su hermano para que empezaran a recogerla. Después, les dio la espalda y habló en voz baja,

tapándose parte de la boca:

—Tú no eres Mateo. Deja de molestarnos.

Colgó el teléfono, se dio la vuelta y apoyó la espalda en la pared mientras trataba de recuperar el aliento.

No tenía ni idea de quién o quiénes estaban gastándoles una broma, pero debía de ser alguien muy retorcido que se burlaba de la muerte de un vecino.

Y, entonces, no tuvo dudas.

No se trataba de uno de los acosadores que le habían hecho la vida imposible a su hermano cuando era solo un chaval.

Era el acosador de Mateo. Ese que lo había llevado a quitarse la vida.

Pero ¿qué quería de ellos?

Capítulo 6
EL FUNERAL



Esa noche se despertó de forma brusca y terminó sentado en la cama empapado de sudor. Había tenido una pesadilla horrible, un mal sueño donde repetía los minutos que transcurrieron desde que lo avisaron de que Claudia había sido atropellada un par de calles más abajo de la casa hasta la carrera más larga de su vida; esa que lo llevó a postrarse frente a ella y sujetarle el rostro ensangrentado mientras esperaba a la ambulancia. Solo que esta vez la carrera no terminaba nunca. No conseguía llegar a su destino: su mujer.

Corría como un descosido, sin tener en cuenta los coches que estaban aparcados ni los que circulaban por la carretera. Se lanzaba sin mirar atrás, sin mirar a los lados. Su vista estaba puesta de forma exclusiva en el frente, pero la gente de la acera le impedía avanzar libremente, ya que se arremolinaban alrededor de él y con

los dedos índices le señalaban el cielo. No les prestó atención, solo los empujaba a codazos para que le permitieran continuar.

Y, entonces, se perdió.

No reconocía las calles en las que se adentraba. Los edificios se habían difuminado a ambos lados de la calzada y un sinfín de palmeras comenzaron a brotar del cemento, rompiendo los mosaicos de las aceras e incluso el asfalto.

De pronto, atisbó la figura de su mujer al final de la calle. Caminaba hacia él de forma segura, descalza y con una camisola blanca que le había regalado por San Valentín mientras le tendía una mano. Con un mar de lágrimas surcando sus tenues arrugas, Yeray hizo un último esfuerzo para llegar hasta Claudia, y cuando lo logró, ella le dio la bienvenida con una sonrisa cálida.

—Protege a tu hija.

Y se despertó.

Lo hizo antes de que pudiera decirle todo lo que la quería, que continuaba necesitándola y que sin ella no podría con esa vida que le pesaba horrores. Pero no pudo despegar los labios. Y ya se había ido.

De reojo, miró el despertador de la mesita de noche y soltó un bufido. Las dos y nueve de la madrugada. Se tapó la cara con la almohada y volvió a tumbarse sin mirar hacia la ventana, sin siquiera preguntarse cómo el maldito reloj confabulaba contra él para que abriera los ojos cada vez que marcaba los mismos números una y otra vez. Estaba exhausto y le dolían todos los músculos del cuerpo después de un día tostándose bajo el sol, y simplemente quiso dormir.

No tuvo más pesadillas, ni siquiera volvió a soñar con Claudia. Se dejó llevar invocando el sonido grato de las olas acariciando la orilla y así pudo descansar. Le aguardaba otro día caótico, otro día que no tenía ni idea de cómo afrontar: el funeral de Mateo.

Asistió al pequeño velatorio que había organizado Diana en su casa antes de la misa en la iglesia. Fue algo simbólico. Su padre así lo había deseado. Quería que su última despedida se hiciera en el lugar donde sus ancestros habían construido un hogar para todos sus hijos y futuros descendientes, y también porque allí habían trasladado el cuerpo de su mujer desde el tanatorio antes de que la llevaran a la iglesia. Mateo había luchado para que ella sintiera el calor de su casa, de sus familiares y de sus amigos antes de que el cura pronunciara unas palabras. El hombre se había enfrentado a los

trabajadores del tanatorio, a unos cuantos funcionarios del ayuntamiento y al mismísimo cura para que su María iniciara el cortejo fúnebre desde el que siempre fue su hogar.

Diana había querido repetir la hazaña de Mateo, pero no lo había conseguido, así que decidió abrir las puertas de su casa para que los que quisieran pudieran presentar sus respetos frente a una fotografía de su padre y una corona de flores elaborada con cariño y esmero por dos floristas amigas de su padre. Fueron muchos los que acudieron esa mañana a la vivienda, y Yeray lo hizo vestido con un pantalón de pinza y una camisa larga que se remangó hasta los codos, puesto que el calor sofocante de ese día le encogía los pulmones cada vez que respiraba.

Martín ya había hecho un comentario jocoso sobre su vestimenta. Según el viejo, en el campo no era necesario tanta elegancia y floritura; lo que más importaba era el saber estar. Olivia también lo acompañaba, pese a que habría preferido que no lo hiciera. El entierro de su madre había sido meses atrás y todavía lo tenía grabado a fuego en el alma: los llantos, los abrazos de desconocidos que trataban de consolarla en un segundo demasiado ínfimo para que alguien pudiera expresar con claridad un sentimiento ajeno, las frases encorsetadas, ya que nadie sabía exactamente qué decir en un momento tan duro... Así que se alegró de ver a Dulce nada más llegar y de que estuviera cuidando de su nieto mientras su hija hablaba con Ricardo, el hermano de Diana.

La mujer se llevó a los niños a la cocina con la promesa de que había hecho el mejor bizcocho de chocolate del mundo, y Yeray se sintió en parte aliviado, pues, pese a que no había lágrimas en la casa que reflejaran tan claramente la tristeza de una partida, sí podían apreciarse los rostros de angustia de los familiares y amigos más cercanos por esa muerte tan trágica.

Martín, después de darles el pésame a los dos hijos de Mateo, cogió del brazo a Airam y ambos entraron en la sala, donde habían colocado un par de sillas para todo aquel que quisiera decir una oración. Entretanto, Yeray prefirió aguardar a que Diana terminara de hablar con una de las vecinas. Ella lo miraba de reojo, con ojos desesperados, deseando que la mujer terminara de alabar a su padre como si hubiera sido un santo, cuando todos sabían que había perdido la cabeza y que terminó siendo un dolor de muelas para muchos, pero aguantó manteniendo la compostura y asintiendo a todo lo que la mujer le decía.

Yeray le sonrió de medio lado y aprovechó ese momento interminable para darle el pésame a Ricardo. Sin embargo, este lo recibió con una frialdad ingrata que él no supo cómo encajar. Le dio la mano y, sin esperarlo, le dijo entre dientes:

—No sé por qué has vuelto. Pero no le hagas más daño a mi hermana.

Él lo miró con asombro y cierta incomodidad. Nunca habían hecho buenas migas. De hecho, como hermano mayor de Diana, siempre desaprobó su relación, y muchas veces salió a buscarla mientras ellos se besaban a escondidas. A veces recorría no solo El Retamal, sino La Vizcaína o incluso el Lomo del Balo, dispuesto a arrearle un guantazo y ver cómo la sangre de su nariz chorreaba como un grifo averiado.

Así que agradeció que fuera la mismísima Diana la que cortara esa corriente gélida que se había creado entre los dos cuando lo empujó con una mano hacia la parte trasera de la casa, hasta un pequeño habitáculo donde Mateo solía guardar todas sus herramientas de trabajo. Apenas contaba con dos metros cuadrados, y las repisas de la pared repletas de decenas de utensilios y cosas inservibles contribuían a estrechar el espacio. Allí, nerviosa, abrió la ventana, sacó un cigarrillo de la cajetilla que guardaba en el bolsillo de su pantalón negro y se puso a fumar con los dedos temblorosos.

—¿Vas a bajar a la iglesia? —le preguntó al tiempo que le daba una calada al cigarro.

—Claro —afirmó extrañado por esa pregunta, cuya respuesta le resultaba obvia—. Cuando nos vayamos, cogeremos la furgoneta e iremos al funeral.

—¿Qué te ha dicho mi hermano?

—Me ha dado las gracias por venir —mintió con descaro.

—Mentir siempre se te ha dado fatal.

—Bueno, eso mismo me decía Claudia.

Un silencio mordaz se instaló sobre sus cabezas. Y no supo por qué, pero se arrepintió de haber pronunciado el nombre de su mujer. Bajó la cabeza y martilleó con la punta de uno de sus zapatos caros el pavimento desgastado. Ella continuó fumando, con un brazo apretando su vientre y el otro apoyado en este, para así mantener una verticalidad que se le rompía por momentos cada vez que alejaba el cigarro de sus labios.

—Es muy sobreprotector, ya sabes. Nunca se tomó en serio nuestra relación. Siempre me decía que algún día se acabaría y...

—Que yo te dejaría —la interrumpió—. Bueno, en eso no se equivocó. Me fui y me comporté como un cobarde. Ni siquiera fui capaz de despedirme de ti la noche antes de que me marchara.

—Bueno, ya me habías dejado claras tus intenciones cinco días antes y yo tampoco tuve el coraje de detenerte. Al fin y al cabo, se trataba de tu vida. De tus ilusiones. ¿Quién era yo para romperlas?

—Te prometí que volvería a por ti —murmuró.

Ella hizo un aspaviento con la mano para restarle importancia a ese hecho, aunque sus dos iris transparentes, tan frágiles como el cristal, le decían lo contrario.

—Éramos unos críos demasiado soñadores. —Suspiró con elegancia—. Después, la vida en sí misma se encarga de matar esos sueños y convertirlos en puñetazos y golpes varios. —Hizo una pausa en la que sus labios no se despegaron del cigarro al tiempo que contemplaba por la ventana el vuelo simétrico de dos pajaritos risueños—. Me pegaba, ¿sabes? Enrique desahogaba conmigo su frustración y el poco reconocimiento que le daban en el trabajo.

Yeray abrió los ojos de par en par y quiso acercarse a ella sin parecer demasiado torpe. Diana continuaba provocando en él una marea de sentimientos revueltos y confusos que lo abocaban una y otra vez a un pasado inconcluso, a un capítulo de su vida que cerró con tal brusquedad que, al hacerlo, rompió la cerradura donde todos esos recuerdos deberían haber estado guardados. Sin embargo, ahora que la tenía delante, esas malditas reminiscencias se fugaban de su memoria con la munición cargada y dispuestas a ponerlo de nuevo de rodillas frente a ella. Porque la había amado con locura, porque había sido su primer amor y porque le hizo una promesa que no pudo cumplir.

—Lo... lo siento. No lo sabía —logró musitar.

—Bueno, antes o después ibas a enterarte. Es un secreto a voces en el Valle. Supongo que me encontré dentro de una espiral de amor, odio y violencia y no supe cómo escapar. Ni siquiera sé cómo llegué a despertar de esa pesadilla y darme cuenta de que ya no tenía vida, que él la había estrujado como si fuera un papel inservible y se lo hubiera guardado en el bolsillo del pantalón para tenerlo a buen recaudo. —Volvió a darle una calada profunda al cigarrillo y así consiguió la entereza para poder continuar—: Puede que fuera por mi hija. Iba haciéndose mayor y mis lágrimas se convirtieron en las suyas, y yo no... —Se sorbió la nariz y bajó la barbilla, avergonzada—. No quería que ella fuera como yo: una

mujer sin sueños, cobarde y que rezaba cada día para que en el trabajo las cosas le hubieran ido bien y mi cara no volviera a estrellarse contra su puño.

—No me pareces una mujer cobarde. Ahora estás aquí. Has vuelto.

Dio otro paso más al frente y le acarició los brazos de arriba abajo, aunque en ese momento deseaba abrazarla, decirle que sentía que su vida no hubiera sido tal y como había imaginado, y que tal vez ahora tenía una segunda oportunidad para renacer en el Valle, como pretendía hacer él. Pero no pudo. No pudo porque en parte se sentía responsable de su desdicha, por haberla dejado sola, por haberle dado falsas esperanzas y rogado que lo esperara.

—Sí, y como solía decirme mi padre, he vuelto con una mano delante y otra detrás —continuó, sin permitirse derramar una lágrima—. Sin nada en los bolsillos. Estuve un tiempo sin trabajar y me costó conseguir la plaza en el colegio. No voy a mentirte.

Yeray entornó los párpados y evitó mirarla a la cara, ya que de nuevo la culpabilidad volvía a golpearlo. Presionó los labios con dureza y a continuación los liberó para hacerle una pregunta sencilla pero a la vez incómoda:

—¿Dónde está él?

—Imagino que trabajando en San Sebastián —le respondió, como si ya lo hubiese superado—. Sé que quería mudarse a Tenerife y ojalá lo haya conseguido. Tiene una orden de alejamiento y no puede ni pisar El Retamal, ya que los primeros meses se presentaba en esta casa e insultaba a mis padres, me seguía a todos lados y apenas podía salir de estas cuatro paredes. —Inspiró hondo y observó el cigarro como si fuera su única salvación y, a la vez, su maldita condena—. Y cuando empezaba a encontrarme mejor, enferma mi madre. Y ahora mi padre está... ¡No lo entiendo! Te juro que no lo entiendo.

Entonces, se rompió. Una cascada repentina de lágrimas inundó su rostro sin control alguno al tiempo que unos pequeños hipidos lograban que sus hombros se sobresaltaran.

—Tranquila. Ya sabes que cuando necesites hablar, estoy aquí. —Recogió una de sus lágrimas con el pulgar—. Sigo siendo tu amigo. Al menos, déjame que lo sea.

—Nunca dejaste de serlo. —Alzó la barbilla y sus miradas fueron acortándose durante unos segundos, donde el silencio hablaba por ellos.

Diana se humedeció los labios y deseó que él iniciara el descenso hacia su boca, pero Yeray se detuvo a medio palmo de su rostro y se retiró. Sonrojada y algo avergonzada, apagó el cigarro en un viejo cenicero que guardaba en una de las repisas, por lo que Yeray dedujo que no era la primera vez que se escabullía para fumar allí, en el trastero. Puede que a Mateo le incomodara el olor del humo contaminando el aire fresco de la casa, o tal vez detestara que su hija fumara como hacía en la adolescencia. Fuera como fuera, Diana seguía escondiéndose.

—Tengo ganas de que termine esta historia. —Se sacudió la camisa negra con escote en pico que había elegido para el funeral. No quería que los restos de la ceniza ensuciaran su atuendo, pues no contaba con muchas prendas negras y era de un obligado moral que los familiares del difunto acudieran a la iglesia con ese color—. Se han demorado con la autopsia, casi no nos dejan verlo, y encima he tenido que preparar esta pantomima para no sentirme culpable, porque me siento muy culpable y Ricardo no para de repetirme que tendría que haberlo cuidado mejor y no dejar que se escapara por las noches y persiguiera cernícalos. ¡Como si yo pudiera haberlo detenido!

—Tú no tienes la culpa de todo lo ocurrido.

—Lo sé. Pero tal vez tendría que haberlo llevado a un psicólogo en cuanto empezó a desvariar y decir bobadas como que mi madre lo llamaba y tenía que salir a buscarla —le confesó con la voz entrecortada—. Estaba volviéndose loco y volviéndome loca a mí.

Yeray se llevó una mano a la frente y, con el ceño fruncido, la miró directamente a sus ojos avellanados, tan nublados ahora, tan faltos de cariño, que recordó esos momentos en los que para consolarla juntaba sus labios con los de ella y la hacía beber de su pasión, de su energía arrebatadora y de las ganas de hacerla suya bajo las imponentes montañas del Valle. Había estado a punto de besarla, a punto de envolverla en sus brazos y volver a sentir con mayúsculas, pero el recuerdo de Claudia lo atosigaba, le escocía en las heridas todavía abiertas por su muerte tan temprana. Se mordisqueó el labio inferior y frenó de nuevo esas ansias pasadas para centrarse en el presente; un presente extraño que le susurraba continuamente que ambos tenían que sanar un dolor que ahogaba al mismísimo corazón en sus propias lágrimas.

Desvió la mirada hacia la ventana y desde allí observó los mimados mangos de Mateo. Puede que los más sabrosos de todo el Valle. Sin

duda, los más esbeltos y elegantes de El Retamal.

—¿Alguna vez te contó que veía a un hombre disfrazado con unas alas enormes?

Yeray se arrepintió al instante de haber formulado esa pregunta. No supo por qué la había hecho, tal vez por simple curiosidad o porque en ese momento se encontraba admirando la finca de Mateo, esa por la que imaginaba que había perseguido a su acosador.

Diana arrugó el rostro, desconcertada, mientras dejaba escapar muy despacio el aire viciado que se había acumulado en sus pulmones.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Perdona, ha sido una estupidez. En el bar, Alfredo me comentó que Mateo había hablado con él porque de vez en cuando tenían un visitante nocturno.

Ella se enderezó y se apresuró a secarse las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿El mismo al que perseguiste la noche que murió mi padre?

Se encogió de hombros, sin saber darle una respuesta que no sonara a locura.

—No lo sé. Yo no vi alas ni ojos iluminados.

—¿Ojos iluminados? ¿Quieres decir ojos rojos? —Lo miró con incredulidad y también con mucha expectación—. Mi padre no me dijo nunca nada al respecto, pero... Espera un momento. Quiero que veas algo.

Salió de la habitación sin decir nada más y él permaneció de pie examinando todas las herramientas y fertilizantes con los que contaba Mateo para mantener vivos sus mangos y papayos. Después, se distrajo contando la primera hilera de árboles que rodeaba la casa, y luego su mente volvió a traicionarlo llevándolo a los días de verano en los que se escondía con Diana detrás de los mangos para darle rienda suelta a su amor mientras escuchaban la voz de Ricardo llamarla sin cesar.

—Perdona, he subido al dormitorio de mi padre. Sabía que tenía esto en la gaveta de la mesita de noche.

Le mostró una carpeta azul que contenía innumerables dibujos hechos a lápiz. Algunos no eran más que cuadrados engarzados con círculos, pero las últimas hojas reflejaban la obsesión de Mateo: el hombre disfrazado.

Lo caracterizaba con una cabeza ovalada sin apenas pelo, una boca deforme y unos ojos que destacaban sobre todo el diseño, ya

que se había tomado la molestia de pintarlos con un bolígrafo rojo; la única huella de color en toda la ilustración. Yeray examinó uno por uno la docena de dibujos que Mateo se había esmerado en realizar. El hombre retratado tenía los brazos y las piernas largas y flacas en comparación con el tronco, más estrecho y abombado.

Arrugó la nariz, porque era evidente que el viejo no tenía nociones de proporciones y las artes plásticas no era uno de sus talentos. Hizo bien al dedicarse a la agricultura; como pintor no se habría ganado la vida.

—¿Te referías a esto? —La curiosidad de Diana iba incrementándose al tiempo que él plasmaba muecas desconcertantes en su rostro.

—Supongo que sí. Pero ¿qué demonios son? Quiero decir, si se trata de un vecino cabreado que salía con su disfraz para asustarlo, ¿por qué lo ha pintado así?

—¿Como un ser sacado de una pesadilla? No lo sé. —Se encogió de hombros conforme pasaba las hojas de la carpeta—. Mi padre estaba muy mal en estos últimos meses, y ahora estoy pensando que tal vez tendría alucinaciones.

—No, él no ha sido el único que lo ha visto —aseveró con firmeza —. No se trata de una alucinación. Es una representación de alguien. Pero ¿quién?

—Es imposible determinarlo con estos dibujos. Sé que estaba obsesionado con los cernícalos, y de ahí podrían venir las alas y esa mirada acechante. Después de todo, el cernícalo no deja de ser un ave rapaz —dedujo, haciéndose la detective.

—En eso tienes razón. Tal vez con este dibujo quería transmitir que el hombre disfrazado no era inocente, sino un depravado, un *voyeur* —intuyó convencido.

—¿De verdad crees que existe un tipo así en el Valle? No lo sé, me parece retorcido. Además, ¿por qué estaba espiando a mi padre? — Soltó un leve suspiro, en el que quedaron reflejadas todas sus dudas.

—Puede que tu padre fuera el único que se diera cuenta de su presencia, aunque no solo lo vigilara a él. Puede que haya estado observando a todos los vecinos —soltó, acentuando el drama en sus frases.

—Pues eso no me deja más tranquila.

Escucharon la voz de Ricardo llamar a Diana, y esta, como una cría que temía ser descubierta, cogió la carpeta, la cerró y la escondió

detrás de una bolsa de fertilizante. Se sacudió las manos y se encaminó hacia la puerta con paso ligero. Sin embargo, fue demasiado tarde, ya que Ricardo apareció en el umbral con cara de pocos amigos.

—¿Qué estás haciendo aquí? Tenemos la casa llena de gente que pregunta por ti. —Entonces, el hombre elevó la mirada y lo descubrió en el fondo de la estancia, apoyado en una de las repisas con las manos en los bolsillos—. ¡Vaya! Ni el día en el que entierran a mi padre eres capaz de mantener tu sucia boca alejada de la de mi hermana.

—Ricardo, por favor —le rogó Diana.

—Estábamos hablando entre amigos —se defendió Yeray molesto.

—Ya. Pues los amigos no se esconden en los trasteros —añadió, convirtiéndose en el matón que los espiaba cuando eran unos adolescentes—. Deberías guardar el luto por tu mujer al menos unos meses más, por respeto.

—¡Ricardo! —lo reprendió su hermana.

Yeray apretó los puños y quiso aliviar la rabia de sus entrañas enterrando las uñas en las palmas de las manos. Si ese estirado no se hubiera marchado segundos después, los surcos en la piel le habrían sangrado. Era eso o estamparle uno de sus puños en la nariz.

Aguantó la ofensa con estoicismo, y después de reunirse con Olivia, abandonaron la casa para dirigirse a la parroquia de Los Santos Reyes. Por lo visto, Mateo y su mujer eran fieles devotos de la patrona de Valle Gran Rey y jamás se perdían la misa de los domingos que oficiaba un párroco que era primo segundo de la mujer de Mateo.

Tanto Martín como Airam tuvieron que aligerar el paso para alcanzarlo, ya que él los aventajaba varios metros.

—Pero ¿qué bicho te ha picado de repente? —oyó comentar a su padre—. Los familiares todavía no han salido. Deberíamos ir detrás de ellos.

—Cumplamos con las normas morales del pueblo y luego volvamos a casa —soltó sin dar más explicaciones, aún molesto por las palabras de Ricardo.

Llegaron antes que nadie a la parroquia y tomaron asiento en uno de los bancos de la nave central. Era una iglesia con una fachada principal sencilla y simétrica, de estilo neocolonial y con mucha influencia de la arquitectura española representativa en América. El

edificio había sido construido con materiales tradicionales canarios, como la piedra y la madera, y la cubierta a dos aguas, con tejas de cerámica. Era un templo que había sido erigido en honor a los Santos Reyes Magos, por eso su festividad se celebraba el seis de enero y en su interior albergaba varias imágenes religiosas dedicadas a Baltasar, Gaspar y Melchor.

Cuando el féretro por fin desfiló hacia el altar aupado por cuatro hombres del pueblo, entre los que se encontraba Ricardo, Yeray no pudo evitar una mueca de desagrado. Después, entornó los párpados para calmar su malestar y los abrió de nuevo para sonreírle a Diana a su paso. Esta le devolvió el saludo con una mirada que penetró en lo más hondo de su alma, y de nuevo se sintió miserable. Sin embargo, apenas tuvo tiempo para desgranar el motivo de ese sentimiento, pues justo detrás de ella avanzaba Idaira, resuelta, con la cabeza bien alta y luciendo un vestido con un escote discreto pero que apenas le cubría sus tersos muslos.

Lo miró con una sonrisa pícara al llegar a su altura, y no apartó sus ojos avellanados y repletos de un brillo hipnótico de su rostro hasta que no pudo estirar el cuello más hacia atrás. Incluso se atrevió a humedecerse los labios y a mordérselos de una manera que a Yeray se le antojó provocativa.

—¿Por qué Idaira está ahí? Quiero decir, ¿por qué camina con los familiares de Mateo? —le preguntó en voz baja a Martín.

—¿Eres idiota? Es su nieta. La hija de Diana.

Yeray creyó que se abría una grieta enorme bajo sus pies y que caía sin remedio en el agujero. Su cerebro estaba a punto de estallarle mientras se esforzaba en hallar las conexiones perdidas que lo habían hecho ignorar ese detalle tan significativo. Él había supuesto erróneamente que la muchacha tendría unos veinte años, dado su desarrollo físico evidente. Además, trabajaba para su padre, y nunca habría imaginado que Martín contrataría a una menor de edad. Porque, si no recordaba mal, Diana le había dicho que tenía una hija de dieciséis o diecisiete años.

Se masajeó la frente para aliviar la carga de todos los pensamientos que ahora mismo turbaban su mente. Idaira le había confesado que su padre había muerto, cuando en realidad no había sido así. Era el exmarido maltratador de Diana, y aunque podía entender que usara esa expresión para definir el estado de su padre después de las innumerables palizas que habría recibido su madre, le extrañaba que se lo hubiera dicho con ese desparpajo propio de

las personas a las que les importa todo un carajo. Después de todo, aunque fuera un miserable cabrón, continuaba siendo su padre. Podría haberle comentado que no tenía trato con él porque su madre se había divorciado y no quería verlo ni en pintura.

Exhaló el poco oxígeno que le quedaba en los pulmones y cayó en la cuenta de que él era un completo desconocido para la joven y que en ningún momento tenía que contarle nada de su vida.

Él tampoco lo habría hecho. Nadie necesitaba saber que imaginarse a Claudia en la cama cada mañana lo hacía sentirse desgraciado.

Al terminar la misa, los presentes se concentraron en la salida para volver a presentarle sus respetos a la familia. Sin embargo, Yeray prefirió apartarse de la multitud al tiempo que observaba a Airam jugar al caballito con Olivia y hacer una carrera ficticia por la plaza. Para Martín, no era el comportamiento adecuado en un funeral, pero a él le importaba un soberano pepino lo que la gente pudiera opinar al respecto. Olivia había sufrido, y ojalá hubiera tenido con quien dejarla en la casa para que no presenciara el drama con el que alguno de los presentes se dirigía a la familia.

Se apoyó en un árbol y esperó con paciencia a que Martín hablara con alguno de los vecinos.

En ese momento, de reojo, observó que Idaira se acercaba a él con una mueca socarrona mientras movía las caderas como si fuera una tigresa marcando sus dominios.

—Vaya, el pijo de ciudad ha sabido cómo vestirse para la ocasión, aunque para mí te has pasado un poquito.

—Podrías haberme dicho que eras la hija de Diana —le espetó.

—¿Por qué? ¿Era necesaria esa información?

—Seguro que tu madre te ha hablado de mí —le insinuó, sin que esa frase tuviera el efecto deseado en ella.

—Te crees que eres el ombligo del mundo —le dijo riendo—. Sabía que existías porque Martín me hablaba de ti. ¿Por qué se supone que mi madre tendría que haberlo hecho?

Apretó los labios con ganas y sacudió la cabeza sin saber muy bien qué responder a eso. Puede que Diana nunca le hubiera hablado de su relación con él. Después de todo, Idaira no dejaba de ser una chiquilla.

—¿Sabe tu madre que tienes un novio que es mayor que tú? —desvió el tema hacia otro asunto que no fuera él.

—¿Y eso qué más da? —le soltó con desparpajo—. Estamos en el siglo veintiuno.

—Y tú eres menor de edad —le recordó.

—Eres un remilgado de mierda.

—Y tú una descarada a la que no le vendrían mal un par de azotes.

—Oh, ¿quieres dármelos tú?

Yeray chasqueó la lengua y desde la distancia observó a Diana, tan elegante, tan correcta, con ese moño recogido a un lado y que amarraba sus deseos de libertad, pero que en ningún caso le restaba atractivo a su rostro delicado y armonioso. Después, volvió a mirar a Idaira, quien apenas había heredado ese estilo y finura. La joven era condenadamente hermosa, excitante, aunque con una lengua demasiado brusca y afilada.

—Si yo fuera tu padre, ya te habría castigado un mes sin móvil y sin salir —añadió, sin cortarse un pelo ante el continuo desafío de la muchacha.

Idaira se atrevió a dar un paso al frente y a desafiarlo con su rostro cándido y a la vez salvaje.

—Si yo fuera tu hija, me habría fugado antes de que me pusieras la mano encima —le aseguró con tono amenazante.

—Yo no soy Enrique.

Ella soltó una carcajada histérica que lo descompuso unos segundos. Después se dio media vuelta, se dirigió a la multitud y se refugió en los brazos de su tío, quien le dio un beso en la frente al tiempo que no perdía la oportunidad para escudriñarlo con su semblante insidioso.

Capítulo 7
LAS PLATANERAS



Las noches de la semana siguiente transcurrieron con normalidad en el Valle. No hubo desfiles de luces que sobresaltaran a los vecinos al oscurecer ni extraños que se introdujeran en sus propiedades. Parecía que después del funeral de Mateo todo había vuelto a una calma tensa. Tensa, quizá, porque de alguna manera todo aquello había quedado enterrado con el cuerpo del pobre hombre, bajo tierra y en un ataúd bien cerrado para que el eco de su fantasma no transitase por las calles del barrio. Sin embargo, la confusión se extendía como un parásito silencioso que bloqueaba las mentes de sus habitantes. Todavía existían preguntas a las que no se encontraba respuesta, preguntas que nadie quería pronunciar en voz alta, como por qué lo había hecho, quién lo seguía esa noche y por qué ese supuesto acosador no había impedido que se suicidara.

Incluso a Yeray le inquietaba que la autopsia no revelara ningún dato destacado. No existían signos de lucha en su cuerpo, no había rastro de ADN que pudiera involucrar a otro sujeto. Mateo, simplemente, se había suicidado.

No obstante, esos dibujos que Diana le había mostrado continuaban revoloteando sobre su cabeza: el hombre con alas y ojos rojos. Esa figura esperpéntica con las extremidades más largas que el tronco le preocupaba sobremanera. Ya existían muchos rumores en el pueblo acerca del origen de las luces del cielo, que la mayoría achacaba a la presencia de ovnis en la isla, y ese dibujo de Mateo aumentaría aún más la ridícula creencia de que los extraterrestres los vigilaban. El hombre lo había retratado como un monstruo, y puede que en cierto modo lo fuera, ya que estuvo acechándolo durante semanas seguidas sin intercambiar una palabra con él, o al menos no tenían conocimiento de que se produjera ese contacto directo. Pero el hecho de quitarle su humanidad en el papel lo hacía parecer alguien siniestro y depravado, cuando lo más lógico era pensar que algún vecino del Valle se aprovechaba de la confianza de sus paisanos para salir disfrazado, protegido por la oscuridad de la noche para... ¿hacer qué? No estaba seguro de que robara nada en las casas ni destrozara los cultivos o los dañara de alguna manera. ¿Qué hacía? ¿Por qué los vigilaba?

Quería creer en su primera opción: no era más que un pobre diablo que disfrutaba asustando a los vecinos, pese a que con Mateo, ya de por sí sensible por todo lo que le había ocurrido, se había pasado tres pueblos. Entonces supuso que el acosador se había asustado y se había escondido en su madriguera, por eso nadie había vuelto a verlo. Nadie. Y él se alegraba de ello. Por fin, podía disfrutar de unas vacaciones merecidas con Olivia antes de dedicarse a buscar un trabajo en la isla, si es que decidía quedarse al menos un tiempo en el Valle.

En aquel momento no quería pensar en ello. Había matriculado a Olivia en el colegio y estaba dispuesto a ser el mejor padre: el que no faltaba a las actuaciones navideñas, el que la llevaría y la recogería cada día y el que la ayudaría con los deberes, como solía hacer Claudia. Todo eso mientras él sanaba las heridas profundas de su alma. Solo necesitaba tiempo, aunque sintiera que este se le diluía entre los dedos de las manos.

Ese día, después de tomarse el café de la mañana, salió por la puerta trasera y observó cómo el grupo variopinto que su padre

había reunido se dedicaba al amarre de los racimos de las plataneras. La tarea consistía en apuntalarlos bien para evitar que por su propio peso se cayeran y en realizar su posterior embolsado con el objetivo de aislarlos de las plagas o posibles enfermedades que pudieran contraer y propiciar al mismo tiempo la distribución uniforme de la fruta.

Yeray arrugó la frente. Le había dedicado gran parte de su vida al cuidado y cultivo de las plataneras. Muchas personas desconocían que estas no se reproducían por semillas ni mediante la polinización, sino que lo hacían gracias a la clonación natural; es decir, por el nacimiento de pequeños rebrotes llamados hijos que aparecían en el tallo de la planta madre. Estos podían ser separados de la madre y plantados en un nuevo lugar.

—¿Piensas quedarte ahí mirándonos como un machango, o vienes a echarnos una mano? —le reprochó Martín, quien continuó con la faena al ver que no se inmutaba—. Esto no es un hotel, hijo. Si quieres cama y comida, tienes que ganártelo, como todos los demás.

Sí, ya había tenido en cuenta que cualquier día su padre lo obligaría a trabajar de nuevo con él. Lo llevaba en los genes. Martín no podía ver a nadie de brazos cruzados intentando disfrutar de unas vacaciones o, en su caso, de una pausa en su vida. El destino lo había puesto en jaque y esperaba encontrar la jugada magistral que lo sacara de ese aprieto de forma mágica. Afortunadamente, tenía unos ahorros en la cuenta bancaria y no necesitaba buscar trabajo de inmediato, y aunque pensó en ofrecerle dinero a Martín para cubrir sus gastos y los de Olivia en la casa, pronto desechó esa idea. El viejo se sentiría insultado y pondría el grito en el cielo.

Con resignación, miró sus vaqueros nuevos y nada adecuados para la faena. Bufó, y tras comprobar que Olivia jugaba con Toby en los alrededores de la casa, se adentró en las plataneras. Buscó a Airam con la mirada y no tardó en hallarlo con un horcón entre las manos.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó.

Su hermano titubeó un segundo y examinó la vestimenta con la que se había presentado en la finca.

—Te vas a en-ensuciar.

—Bah, no importa. Una lavadora y listo.

Airam le pasó el horcón. Era un palo de madera en forma de Y y de tamaño considerable, puesto que tenía que alcanzar la altura de la platanera. Su punta debía ser afilada o estar lo suficientemente

pulida para facilitar su inserción en la tierra. Después, su hermano sostuvo la platanera mientras Yeray colocaba el horcón en la posición adecuada para que esta no se inclinara por el peso del racimo, que a ojo le parecía que podría llegar a los sesenta kilos. Lo apuntaló bien, y después de clavarse una astilla, cayó en la cuenta de que no se había puesto los guantes.

Se llevó el dedo a la boca y comenzó a chuparlo en el punto en el que sentía un resquemor más grande que si le hubieran asestado una puñalada en el estómago. Luego, con el dedo índice de la otra mano acarició la piel para detectar la maldita intrusa. No era muy grande, pues si no la habría localizado a simple vista. Escuchó entonces una risita burlona a su izquierda. Desvió la mirada hacia ese lado y no le sorprendió descubrir a Idaira con una bolsa plástica.

—No tiene gracia —le dijo, con semblante muy serio.

—Y yo no puedo creer que antes te dedicaras a esto —se burló ella.

—Lo hice. Durante muchos años, antes de que tú nacieras. —Mantuvo sus ojos marrones sobre el rostro de la muchacha, que ahora no le resultaba tan angelical.

Tenía unos pequeños pantalones vaqueros que apenas le cubrían las nalgas y una camiseta roja a la que le había hecho un nudo a la altura del ombligo. Yeray contempló con recelo las dos largas trenzas en las que había recogido su cabello esa mañana. Cualquiera habría supuesto que estaba frente a una jovencita inocente y de claras intenciones. Él no. Ya había comprobado cómo se las gastaba, cómo le encantaba rizar el rizo y tener siempre la última palabra.

—¿Quieres qu-que te traiga alco-hol? —Airam lo miraba preocupado, como si un vampiro le hubiera hecho un agujero en el dedo a su hermano. Él negó con la cabeza—. ¿Seguro?

—Es una astilla. Nada más.

—Lo que necesitas son unas pinzas —le sugirió Idaira— y a una experta en su manejo. —La joven se acercó a él con paso suntuoso.

—Deberías seguir embolsando los racimos —le aconsejó Yeray—. Si Martín te ve, te quitará la paga de hoy.

Ella hizo caso omiso de lo que le decía. Llegó hasta él, se quitó uno de los guantes y le sujetó el dedo sin preguntarle siquiera. Con el pulgar, lo acarició de arriba abajo de una manera tan sensual que Yeray no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espina dorsal. Inspiró hondo y la miró mientras ella pronunciaba el veredicto:

—Aquí está. No es tan pequeña como te creías. Es larga y gruesa. Y se te ha enterrado mucho.

—Ahora me dirás que llevas unas pinzas en el bolsillo del pantalón.

—¡Claro que no! —Rio con picardía—. Pero mis uñas son prodigiosas.

Yeray prestó atención a sus uñas. Estaban bien cuidadas y no parecían las de una agricultora: cortas y llenas de tierra. Y aunque no eran kilométricas, tampoco eran las de una pianista: discretas y bien pulidas. Además, estaban pintadas de rosa; detalle que no quiso obviar, puesto que se la había imaginado escapándose por la ventana de su cuarto, vestida de negro y con las uñas del mismo color, dispuesta a arrancarle el corazón a todo aquel que decidiera regalarle su confianza.

Idaira hurgó en el dedo con una de sus uñas y él sintió un ligero pinchazo. Luego intentó sustraerla colocando el pulgar y el índice en forma de pinza. Agarró varias veces la maldita astilla, pero cuando tiraba de ella para extraerla, la perdía. Entonces, ni corta ni perezosa, acercó sus dientes al dedo. Yeray estuvo a punto de retirarlo temiendo que se lo mordiera y se lo tragara de un bocado, sin embargo, no supo por qué se mantuvo inmóvil. Quizá necesitaba hacerse el valiente delante de una muchacha que lo retaba continuamente.

La joven rozó la astilla con la lengua y un sentimiento contradictorio lo asoló. Sin duda, era placentero, pero a la vez incómodo y algo desagradable. Cuando estuvo segura, la atrapó entre los dientes y Yeray percibió el ligero mordisco. Después, sin dudarlo ni advertirlo, la arrancó de cuajo provocándole una pequeña lesión. Entonces, él miró la sangre con repugnancia, con cierta distancia, como si ese líquido rojo no fuera suyo, pero en cuanto Idaira juntó sus labios y se inclinó para chuparlo, se lo impidió.

—No. Es mi sangre.

Ella lo observó como si le hubiera quitado una golosina: desconsolada y, en cierta medida, herida. Estaba seguro de que esa joven de trenzas rebeldes disfrutaba provocándolo, llevándolo al límite y estudiando su reacción como un ornitólogo al analizar los diferentes comportamientos de las aves en su vuelo cotidiano, aunque no comprendiera por qué lo hacía.

De pronto, escucharon un grito agudo rebotar en cada tallo de las plataneras. Un grito que lo devolvió a la realidad, pues era el de Olivia.

Sin pensárselo dos veces, corrió hacia el lugar donde la había visto por última vez. Estaba jugando con Toby y pensó que quizá el perro

la habría mordido, pese a que el animal le había cogido cariño a la niña en las dos semanas que llevaban allí.

No había terminado su recorrido cuando escuchó la voz de su padre maldecir a voces. Sin embargo, sus insultos no provenían de los alrededores de la casa, sino del interior de las plataneras. Se dio media vuelta, giró a la derecha y corrió mientras observaba las zancadas de su hermano avanzar en sentido contrario. Decidió seguirlo. Airam conocía mejor el intrincado de plataneras que año tras año su padre iba renovando y ampliando.

—¡Por aquí! —escuchó exclamar a Idaira, quien lo alentaba a seguirla con gestos de una mano.

Al llegar, distinguió a Olivia en los brazos de Julia. La niña gimoteaba al tiempo que se presionaba los ojos con fuerza. Martín estaba en cuclillas junto con el otro joven que trabajaba para él, Pedro, frente a una platanera. Su padre removía con un pequeño palo algo en la tierra, puede que un conejo o tal vez una rata. Desde su posición, no alcanzaba a distinguirlo. Fue acercándose poco a poco, y entonces tuvo una visión más clara de lo que había asustado a Olivia. Era un pájaro. Tenía en el vientre un agujero del tamaño de una pelota de tenis y todas sus vísceras interiores se habían desparramado por la tierra.

—Es un cernícalo —certificó su padre al tiempo que él asentía con interés—. Puede que haya muerto durante la noche.

—¿Y qué demonios lo ha matado? —le preguntó Julia—. ¿Un cazador? Parece que le hayan pegado un tiro.

Yeray acarició los cabellos de la niña y esta se abrazó a él con rapidez.

—Tranquila, ya ha pasado todo —le susurró.

—No, esto no es obra de una escopeta, sino de otro animal —le aseguró el viejo.

—Pero ¿no se supone que los cernícalos son aves rapaces? Son ellos los cazadores —insistió la mujer.

—Todos estamos presentes en la cadena alimenticia, y el cernícalo también cuenta con sus propios depredadores, como el halcón tagarote. Normalmente, suelen vivir en los acantilados, pero en los últimos años se los ha visto en los barrancos y riscos del interior. — Martín se levantó y estiró las piernas, no sin que antes estas le crujieran—. La edad no perdona.

—¿Estás seguro de que fue un halcón? —Yeray continuaba observando al pájaro con espanto.

—¿Escuchaste algún disparo anoche? —Su padre le dio la espalda y se encaminó hacia el lugar donde había dejado a medias su trabajo—. Pedro, coge una bolsa y mete dentro al pájaro. Luego tíralo a la basura.

Antes de que su hermano siguiera los pasos de su padre, Airam se aproximó a él con sigilo, miró a la niña algo asustado y acercó la boca a su oreja para que Olivia no pudiera escucharlo:

—No fue un halcó-ó-ón.

Después, se marchó como todos los demás, exceptuando a Pedro, quien con repulsión procedió a retirar el cuerpo del animal de las tierras de su padre.

Yeray concluyó su jornada laboral en la finca en ese preciso momento. Con Olivia, se dirigió al interior de la casa y juntos se sentaron frente a la tele para ver otro matinal de los *Looney Tunes*. No volvieron a pisar las plataneras, ni siquiera a asomar la cabeza por la finca. Tras el almuerzo, bajaron a la playa como habían estado haciendo la última semana. Se tomaban un helado y paseaban tranquilos, y así recogían la energía del mar, serena y reconfortante, mientras inspiraban profundo e intentaban olvidar el caos que se había adueñado de sus vidas.

Olivia no le mencionó el incidente con el cernícalo y él tampoco quiso ahondar en la herida sangrante de su corazón. Imaginó que ver al pájaro en ese estado había reactivado los recuerdos de la muerte de su madre, pese a que la niña jamás la vio en la calle tirada, en una posición antinatural, con una pierna casi desencajada de la cadera y la cabeza retorcida hacia atrás. Pero no hizo falta que la contemplara en ese estado, ya que algunos compañeros de su clase se lo habían contado después de escuchar a sus padres hablar del asunto. Y, entonces, Olivia la imaginó indefensa, con la lengua por fuera y los ojos abiertos de par en par, aunque fuera mentira, ya que Claudia luchaba para que los párpados no se le cerraran y balbuceaba palabras que a él le costaba comprender mientras la sujetaba entre sus brazos.

Por la noche, cuando estaba arropándola, le dio un beso en la mejilla y se sintió afortunado, pues Olivia tenía la sonrisa dulce de Claudia, además de sus extraordinarios ojos verdes. Había heredado su mirada astuta, esa con la que tantas veces escudriñó su rostro para adivinar su estado emocional antes de que se atreviera a decir una palabra. Pero esta vez fue él quien se adelantó a sus pensamientos:

—Mamá no sufrió.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó la niña mientras se sorbía la nariz.

—Porque yo estuve a su lado, la cogí de la mano y hablamos hasta que su voz se apagó. Estaba tranquila, relajada, a pesar de que iba a dejar este mundo, y me dijo que te cuidara, que te ayudara a convertirte en una gran mujer. Pero ¿sabes qué más me dijo?

—Sí, lo sé —afirmó en un hilo de voz que apenas voló por el dormitorio—. Te dijo que me quería mucho.

—Me dijo que te quería mucho.

La abrazó y presionó los labios con fuerza para ahogar un quejido antes de que naciera. No quería que Olivia contemplase su fragilidad, porque ahora él era el único timonel del barco. Y aunque se había perdido en la tormenta, tenía la esperanza de recuperar el rumbo antes de que ambos naufragaran.

—Pero Mateo se murió solo, y el pájaro también. —Se secó las primeras lágrimas que anegaron sus ojos.

—Bueno, Olivia. Mateo escogió estar solo, y el cernícalo puede que al principio estuviera acompañado. No lo sabemos. Y aunque no lo creamos, los animales son más fuertes de lo que pensamos.

—¿Me prometes que si me ocurriera algo no me dejarías sola? —Lo miró sin parpadear, aguardando una respuesta que pudiera relajarla.

—Cariño, no va a sucederte nada. Eres todavía una niña.

—¿Es que los niños no se mueren?

Yeray arrugó la nariz y luego la movió de un lado a otro, como si le picara. Esa maldita pregunta lo había deshecho por dentro, creando un agujero que lo sumergía en un nuevo vacío. No quería asumir el hecho de que quizá su hija también partiera antes que él, y aunque sabía que existía esa posibilidad y no quería mentirle, tampoco deseaba entristecerla más de lo que estaba.

—No ha llegado tu hora, cariño. Te quedan muchos años por delante. Y con un poco de suerte, conoceré a mis nietos e iré a visitarte todas las semanas dondequiera que estés.

Olivia inspiró aire con fuerza, tanta que Yeray advirtió cómo penetraba por sus fosas nasales y descendía por la faringe hasta relajarla.

—Pero, si pasa algo, ¿vendrás a sujetarme la mano como hiciste con mamá? —La miró asustado, como si existiera algo en los pensamientos de la niña que no quisiera verbalizar, y quiso

averiguarlo escudriñando en sus ojos, como Claudia y ella solían hacer—. Prométemelo.

—¡Claro! Eso no lo dudes. Estaré siempre que me necesites.

No quiso entornar los párpados hasta que Olivia se durmiera. Por alguna razón que no lograba comprender, sentía que tenía que protegerla de la noche, de las horas más oscuras y de las pesadillas que pudieran agobiarla. Pensó que la experiencia de encontrar al cernícalo muerto la había afectado más de lo esperado, pero ahora no estaba tan seguro de que tuviera que ver con la muerte de Claudia. La niña le había mencionado a Mateo, y aunque él evitaba pronunciar la palabra suicidio delante de ella, las habladurías del pueblo tenían las patas cortas y los brazos largos. Corrían endemoniadas agarrando a todos sus habitantes sin darles tiempo a esconderse.

Después de la tregua que había conseguido tras el funeral de Mateo, esa noche se le antojó eterna. Estuvo leyendo un buen rato para intentar que sus ojos sintieran el mismo agotamiento que su cuerpo, pero no lo lograba. Esa pesadez en el ambiente había regresado y él no había descansado lo suficiente para enfrentarse a lo que estaba por venir. Aun así, la extenuación consiguió derribarlo y más pronto de lo que esperaba se rindió a su sueño.

No obstante, un sueño perturbador que no fue capaz de recordar hizo que se sobresaltara y terminara otra vez sentado en la cama. Miró el despertador digital y bufó al ver que marcaba las dos y nueve de la mañana. Estaba hartándose de que su cerebro estuviera programado para abrir los ojos a esa hora desde que había llegado a la isla. Aprovechó para ir al baño y despejarse delante de un espejo que se sinceraba con él y le susurraba que sus ojos ya no irradiaban la seguridad de antes, mientras sus finos labios tremaban sin poder ocultar su tristeza. Al regresar al dormitorio, se percató de que había una luz encendida en el piso de abajo.

Quiso ignorarla, refugiarse de nuevo bajo las sábanas y esconder la cabeza debajo de la almohada, pero no pudo. Se llevó las manos a la nuca, y después de un resoplido que reflejaba su desgana, descendió los peldaños de la escalera. No le asombró en absoluto corroborar que la luz provenía de la cocina, y menos aún encontrar a su hermano de pie, observando la finca a través de la ventana.

—¿No puedes dormir? —le preguntó para romper el silencio, pero Airam no le respondió; continuaba mirando el cristal como si él fuera el protagonista de un hechizo donde hubiera perdido su voluntad—.

¿También te has asustado con el cernícalo? —Se llenó un vaso de agua y se colocó junto a él para intentar descubrir qué le llamaba tanto la atención—. Olivia se ha quedado muy impactada. Es muy difícil hablarle a una niña sobre la muerte, y más si es la de su madre. A veces tengo la sensación de que no soy un buen padre. No soy capaz de consolarla, de hacerla sentir segura, de protegerla como se merece.

—Está ahí.

Yeray dejó el vaso a un lado, se restregó los ojos y poco a poco fue examinando el terreno, haciendo un sobreesfuerzo humano para no cerrar los párpados. Estaba exhausto, agotado de los pequeños incidentes que estaban asolando la finca.

—¿Ha vuelto? —le preguntó con asombro, pues todavía le era imposible creer que ese loco con disfraz de pájaro volviera a las andadas después de la muerte de Mateo.

—Nunca s-s-se ha ido.

Entonces, cogió el vaso, se bebió el agua de un trago y lo depositó sobre la mesa que estaba a su espalda.

—¿Cómo sabes que no se ha ido? Las últimas noches hasta yo te he oído roncar.

—P-p-pero yo sé qu-que ha estado a-qu-quí.

—¿Cómo? —De reojo, Yeray se percató de que el perro estaba agazapado en la parte posterior de la nevera. De vez en cuando, emitía un ligero gemido, agudo y no demasiado largo, que le certificaba que estaba asustado—. ¿Lo has visto? —Airam negó con la cabeza—. Entonces, puede que no esté ahí fuera. Estás predispuesto a que algo malo vaya a ocurrir, pero no tiene por qué suceder otra vez. Mateo ya murió.

—No me p-p-preocupa Mateo. Ya sé qu-que está m-m-muerto.

—Entonces, ¿qué? Lo más probable es que ese chalado esté muerto de miedo en su casa y no quiera salir más a asustar a la gente. Se ha dado cuenta de que hizo algo grave, llevó a Mateo al suicidio y no querrá que pase de nuevo. Sobre todo, porque si el pueblo lo pilla, va a tener un gran problema. No serán los policías quienes se ocupen de él. —Le dio unas palmaditas en la espalda y lo animó a volver a la cama—: Será mejor que duermas un poco. Mañana hay muchas cosas que hacer en la finca y no quieres que padre te eche la bronca porque no estás espabilado.

Airam se lo pensó dos veces antes de aceptar la propuesta. No quería dejar la casa sin la protección necesaria, pero tampoco podía

asegurar que el monstruo se encontrara allí. No lo había visto. Toby lo había despertado muy agitado, y él sabía lo que ocurría cuando el perro se ponía nervioso: el hombre alado había llegado y se disponía a recorrer cada palmo de la finca como si fuera suya. Él lo sentía en su piel cuando miraba por la ventana. Estaba ahí fuera, vigilándolo. Pero ahora se le hacía imposible discernir entre el miedo y la intuición, y eso le ocasionaba aún más pavor.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Martín entró en la cocina con un pijama de rayas amarillas y bostezando sin parar—. Estaba escuchando a un par de gallinas cacarear que no me dejaban dormir. ¿Se puede saber por qué no están en la cama?

—Airam creía que había alguien en la finca —comenzó a excusarse Yeray.

El padre los observó como si fueran dos imbéciles apostados detrás de una vidriera en pleno bombardeo, dispuestos a morir los primeros en manos enemigas.

—Si fuera un tirador, los dos estarían muertos. —Maldijo por lo bajo y sacudió la cabeza, insatisfecho—. Mateo está muerto, y los muertos no se levantan de la tumba para ir a visitar a sus vecinos. Ahí no hay nadie.

—No estábamos hablando de Mateo, sino del otro, el que va disfrazado y al que estaba intentando coger —volvió a intervenir Yeray, para asombro de su padre.

—¿De verdad estás alimentando las paranoias de tu hermano? ¡Hay que joderse! Airam no te necesita para que le llenes el cerebro de pajaritos preñados. Eso sabe hacerlo solito.

—Sabes que estuve persiguiendo a alguien que no era Mateo el día de su muerte. Lo sabes —le recalcó.

—¿Y dónde se metió luego? ¿Por qué no ayudó a Mateo? ¿Por qué lo dejó morir? Tu historia no tiene sentido, sobre todo porque nadie vio a ese individuo.

—Puede que yo no lo viera bien. —Yeray no apartaba la vista del cristal—. Pero Mateo llevaba días, puede que semanas, tratando de cazarlo. Incluso hizo dibujos donde lo retrataba con una especie de disfraz de pájaro.

—Esas son tonterías.

De pronto, una piedra impactó contra la ventana ocasionando una abolladura en el cristal. Los tres se sobresaltaron y Airam corrió detrás de la mesa, muy asustado. Con un dedo que le brincaba como un resorte descontrolado, señaló hacia fuera y exclamó:

—¡Está ahí! ¡Está ahí!

—¡Me cago en todo! —gritó Martín enojado al tiempo que encendía la luz del exterior.

No alumbraba demasiado y apenas los dejaba entrever la primera línea de plataneras, pero allí no había nadie, pese a que Airam se empeñaba en exclamar lo contrario.

Yeray cogió un par de linternas y le lanzó una a su padre. Luego se giró hacia su hermano, quien continuaba temblando de arriba abajo.

—No quiero que salgas. Y si Olivia se despierta, quédate con ella.

Padre e hijo abrieron la puerta y salieron. Pese al bochorno de esa noche de agosto, pegajoso y sofocante, Yeray pensó que se le habían congelado los pulmones al tomar la primera bocanada de aire. Dirigió el haz de luz hacia distintos puntos de la finca, sin encontrar nada significativo, mientras Martín recogía del suelo la culpable del estropicio.

Era una simple piedra del tamaño de un puño cualquiera, y al viejo le irritó aún más pensar que eran víctimas de una broma. Habría preferido que se tratase de un ladrón torpe, porque así podría estrangularlo con sus propias manos y alegar defensa propia, pero ¿una maldita piedra? Alguien había querido asustarlos y lo había conseguido.

—Los fantasmas no tiran piedras —le comunicó a su hijo al tiempo que la lanzaba lejos.

—¿Qué haces? Podría ser una prueba.

—¿Una prueba de qué? ¿De que alguien casi consigue que nos meáramos encima? —le dijo su padre, visiblemente cabreado.

—Sé que hemos tenido nuestras diferencias, pero créeme cuando te digo que esto no es cosa de chiquillos. Alguien estuvo acosando a Mateo varias noches seguidas y ahora nos toca a nosotros.

—¿Y qué pretende ese fiera? ¿Que me cuelgue del poste eléctrico que hay en la carretera?

—No lo sé —le respondió entre dientes—. Pero que te quede claro que no voy a quedarme sentado esperando.

De pronto, la platanera que tenían justo enfrente comenzó a agitarse de forma violenta. A continuación, la que estaba detrás imitó su comportamiento, y luego la otra, y la de más atrás. Toda una hilera de plantas se movía de forma alocada, como si alguien las zarandeara desde la raíz y quisiera arrancarlas de cuajo.

Martín y Yeray retrocedieron varios pasos a la vez que contemplaban con estupor cómo solo una fila de plataneras

convulsionaba de atrás hacia delante, simulando sufrir una crisis epiléptica. Después, los horcones que habían colocado para su amarre cedieron, se rompieron por la mitad, y algunos racimos de plátanos terminaron en el suelo.

—¿Y dices que esto está haciéndolo un hombre disfrazado? —Yeray detectó cierto sarcasmo en la pregunta de su padre y se preguntó cómo era capaz de mantener el humor en un momento como ese—. ¡Mierda! ¿Qué cojones?...

Atónito, Airam se unió a la fiesta y se colocó entre ambos mientras pasaba sus brazos por los hombros de los dos.

—Ya no sé qué pensar. Deberías hablar con la policía —le sugirió Yeray—. Alguien nos está acosando y no tenemos ni idea de quién.

—¿Y qué les digo, hijo? ¿Que un fantasma la ha tomado con mis tierras y se ha cargado él solo una fila de plataneras?

—No es un fantasma-ma ni una persona. Es un m-m-monstruo —afirmó Airam rotundo.

Entonces, todo paró. Las plataneras afectadas se sosegaron y no volvieron a mover ninguna de sus hojas, aunque ya el estropicio estaba hecho. Algunas estaban dañadas desde la raíz y varios racimos yacían en el suelo con los plátanos destrozados, demasiado verdes para poder venderlos en el mercado.

Con ojos húmedos, Martín contempló la finca y cómo todo el trabajo de una vida se había echado a perder en un escaso minuto.

Capítulo 8
LAS DOS Y NUEVE



Martín salió a primera hora de la mañana hacia el cuartelillo de la Guardia Civil. Ni él mismo tenía claro qué decir, pero creyó que su hijo tenía razón: si había un vándalo en El Retamal, tendrían que pillarlo antes de que ocasionara un desastre mayor, y si era verdad lo que Yeray sostenía, ese malnacido volvería a introducirse en la finca para continuar divirtiéndose a su costa. Sin embargo, una cosa era pasearse disfrazado entre las plataneras de los vecinos, y otra, destruir el trabajo de una vida. Veinte plataneras habían sido afectadas, pero como el perro viejo que era, sabía que la próxima vez podrían ser cincuenta. Ya estaba ahogado con un préstamo como para que empeorara su situación y tuviera que declararse en ruina total, así que no iba a permitir que ese malnacido, fuera quien fuese, lo pusiera contra la espada y la pared.

Era Martín Darias, hijo de Manuel Darias y nieto de Francisco Darias. Agricultores. Trabajadores incansables y con una mala leche que era bien reconocida en el Valle.

Antes de marcharse, les dejó instrucciones claras a sus hijos: no acercarse a la zona ni tocar una sola hoja de platanera, por si los agentes querían sacar alguna fotografía del lugar. La limpieza la realizarían luego.

Airam fue el encargado de comunicarles a los tres empleados lo sucedido la noche anterior. Incluso Olivia, con la boca semiabierta y los ojos reflejando una galaxia entera en su interior, le prestaba atención a su tío. Yeray no estaba seguro de que ese fuera un buen ambiente para una niña tan pequeña, sobre todo por si cualquier tipo de cuerpo policial, ya fuera la Policía Local, la Nacional o la mismísima Benemérita, se presentaba en su casa para recoger pruebas. Él no tenía ni idea de a cuál de todas se le encargaría llevar aquel asunto, ni tampoco tenía ganas de quedarse para averiguarlo.

Le dijo a Olivia que subiera a cambiarse, ya que iban a desayunar al bar, mientras él tomaba los últimos sorbos de su café matutino frente a las plataneras destrozadas.

Las miraba con cierta distancia, como si fueran ajenas a él, cuando en realidad había crecido entre ellas. Había aprendido a quererlas, a mimarlas, a consolarlas cuando una plaga de cochinillas estuvo a punto de condenarlas, pero también a odiarlas. Por ellas, no pudo tener la adolescencia que habría querido. Por ellas, discutió en innumerables ocasiones con su padre. Por ellas, casi no fue a estudiar a Madrid Ingeniería Aeroespacial.

Soltó un resoplido y quiso tranquilizar su corazón. Esos frutos de allí lo alimentaron durante años, lo vistieron, lo calzaron, y más de una vez escucharon sus sollozos cuando su padre lo castigaba y lo dejaba encerrado en su habitación todo un día para que pudiera reflexionar sobre lo que, según Martín, había hecho con intención.

Frunció los labios y las observó con pena. Algunas habían logrado mantenerse en pie y resistir hasta el final los continuos embistes de... ¿de quién? Era imposible que un hombre solo hubiera sacudido una veintena de plataneras al mismo tiempo, ya que las plantas más maduras rondaban los ochenta kilos. Alguien más tuvo que ayudarlo o usar algún tipo de dispositivo que fuera capaz de causar semejante vibración en el subsuelo. En ese caso, ya no podría hablar de un perturbado mental que se escondía detrás de un disfraz con alas para gastar bromas pesadas. Tendría que admitir la posibilidad

de que se tratara de alguien astuto, que fuera experto en tecnología y que actuaba con premeditación. Pero ¿de verdad existía alguien en Valle Gran Rey con conocimientos sobre ondas electromagnéticas?

—Vaya, pues sí que le tienes manía a tu padre.

Yeray observó de reojo a Idaira y estiró una de las comisuras de los labios fingiendo que su comentario le había hecho gracia, cuando en realidad le había molestado de una manera que jamás lograría entender.

—¿De verdad crees que derrocharía mi mala uva arruinándole el negocio a mi padre? Olivia y yo también vivimos aquí.

Ella ignoró su defensa.

—Debes tener unos poderes sobrehumanos para arrancar las plataneras de esta forma. Aunque en la playa no me pareciste un tipo musculoso, más bien del montón. —Se acuclilló y comenzó a examinar el lugar como si fuera una experta—. Bueno, por mucho que me hubiera gustado comprobar en directo tu lado de malote y asqueado de la sociedad, es evidente que esto no lo has hecho tú.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo estás segura de eso?

—Mira los horcones —afirmó, segura de sí misma—. La mayoría se han roto después de que las plataneras se inclinaran hacia la izquierda. Ese de allí incluso ha salido volando, lo que me hace suponer que no estaba bien enterrado en el suelo.

—No comprendo adónde quieres llegar.

Con los brazos en jarra, la muchacha lo encaró con semblante serio y decidido.

—No todos los horcones sujetaban al racimo por la parte izquierda. Algunos se encontraban en la parte derecha. Lo más lógico es pensar que si quitas el palo que mantiene en vertical la platanera, esta caiga por el lado donde se mantenía la sujeción. Pero en todos los casos han cedido hacia la izquierda. Puedes comprobarlo tú mismo en aquellas que han quedado en pie. Incluso estas tienen una ligera inclinación hacia la izquierda.

—¿Y eso qué significa?

Yeray le prestaba la atención que siempre le había requerido la muchacha. Ella no dudó en levantarse, estirar el cuello y mostrarse más interesante aún, si cabía.

—Yo no tengo ni idea. Pero es evidente que tú no eres el responsable. Cualquier idiota habría partido primero los horcones, así no habría hecho falta ejercer una fuerza descomunal en las plantas.

Se rascó la coronilla al tiempo que lograba ponerles palabras a sus pensamientos:

—¿Y si esto no lo hubiera hecho un hombre, sino una máquina? Puede que con ondas electromagnéticas o de presión. —Se humedeció los labios y desoyó la orden de su padre al internarse en el caos—. Tanto la presión atmosférica como las ondas de radio pueden hacer vibrar las raíces de la planta. Es como la que ejerce una excavadora cuando está abriendo un hueco en el asfalto. Si el suelo es duro y denso, la vibración podría sentirse hasta unos veinte metros a la redonda.

Idaira no dudó en seguirlo. Se paseó la lengua por la dentadura y con aire interesante la posó en una de sus muelas traseras. Después, se plantó delante de él con las manos apoyadas en las caderas.

—Es una buena teoría. Pero, que yo sepa, anoche no había obreros perforando las carreteras de la zona. Y la posibilidad de que uno de nuestros vecinos haya fabricado una especie de máquina arrancaplataneras para amargarle la vida a tu padre me parece más sacada de una película de ciencia ficción.

Observó su sonrisa pícara, casi embaucadora, y desvió la mirada de inmediato. De alguna manera, esa niña malcriada y desobediente lo intimidaba. Estaba convencido de que le gustaba ponerlo a prueba, desafiarlo con sus continuas pullas, para luego reírse del viudo pobre y solo que había tenido que volverse con el rabo entre las piernas a casa de su padre.

—¡Papá, ya estoy lista!

Yeray alzó la vista y distinguió a Olivia en la entrada saludándolo con una mano. Había llegado la hora de largarse de allí, y aunque, por un lado, no quería dejar a su padre con ese marrón, por otro, prefirió pensar que su presencia le resultaría más un estorbo que una ayuda. A Martín se le subirían los colores si él comenzaba a hablar de hombres disfrazados de pájaros y ondas electromagnéticas delante de la policía. Si su declaración era imprescindible como testigo del incidente, ya lo encontrarían.

Llegó hasta el bar de Dulce de la mano de la niña y con la cartera en el bolsillo del vaquero. No necesitaba más. Todavía no era mediodía, pero la maldita calima ya asomaba por todos los rincones del Valle. Esa masa de aire caliente y seco iba a acompañarlos hasta la tercera semana de agosto y no les facilitaría la vida en absoluto. La disminución de la humedad en el ambiente y la maldita visibilidad

reducida, causada por las partículas de polvo, lo condenaban a sentirse más enjaulado que nunca en la isla.

—¿Qué les pongo a mis clientes favoritos? —Desde detrás de la barra, Dulce los recibió con los brazos abiertos y una sonrisa de oreja a oreja mientras ellos ocupaban una de las mesas.

—Algo ligero y bien fresquito.

—¿Ya no te acordabas de lo que era sufrir el aire de los moros en los pulmones? —Miguel alzó la jarra de su cerveza bien fría en su honor y luego bebió de ella.

—Tampoco creo que eso te ayude a primera hora de la mañana —le aconsejó él.

—¡Oh, no me seas puritano!

Dulce se acercó a la mesa con dos vasos de limonada casera y un par de sándwiches apenas tostados.

—Pareces cansado —le dijo la mujer—. Tengo a mi nieto en la casa con mi marido. Mi hija trabaja hoy de mañana y nos lo ha dejado aquí. ¿Te parece bien que Olivia vaya a jugar con él cuando termine el desayuno?

—Sí, papi, porfa —le suplicó la pequeña, con las palmas de las manos bien unidas.

—Te prometo que te la llevaré yo misma a casa por la tarde, así que no tienes que volver al bar bajo este sol.

Yeray arrugó el rostro y escudriñó en los ojos ilusionados de su hija. La niña necesitaba un respiro. Primero, el cernícalo muerto, y luego, las plataneras destrozadas, sin contar con el mal trago del funeral de Mateo; porque, aunque no se quejó, él sí que pudo apreciar ese halo de tristeza que la envolvía cuando se sentía pequeñita. Sí, necesitaba alejarse de todo el caos en el que parecía que se había convertido su vida en un suspiro, así que asintió con levedad. Olivia se abalanzó sobre él para agradecérselo con un montón de besos.

—Pero pórtate bien y llámame si quieres que te recoja antes.

—Sí, sí. ¿Puedo terminarme el sándwich luego? —le preguntó, visiblemente agitada.

—Tranquila, puedes comértelo en la casa. —Dulce recogió el plato y acompañó a la niña hasta la puerta que daba a la vivienda. Desde allí, llamó a su marido.

Yeray aprovechó para estirar los brazos y entrelazar las manos en la nuca. No obstante, su descanso duró unos segundos, pues Toño, el taxista, entró en el bar dando voces:

—¡He oído que alguien entró en tu propiedad anoche! —Yeray arrugó la frente y lo miró con resignación—. Bueno, soy taxista. Menos los turistas, que no hablan ni papa de español, al resto suelo darles una buena conversación, y resulta que mi primera carrera esta mañana ha sido para llevar al ayuntamiento a Domingo, tu vecino.

—¿Y cómo lo sabía él? ¿Oyó algún ruido anoche?

Toño se encogió de hombros y se acercó a la barra.

—Ni idea. Imagino que algo habrá oído. Es tu vecino.

—¿Y te ha robado algo? —intervino Miguel, quien después de su jarra de cerveza se había pasado a la limonada.

—No, no llegó a entrar en la casa. Destrozó algunas plataneras —quiso aclararles a los presentes, pues ya todos estaban poniendo la oreja.

—¡Malnacido! A esa clase de personas hay que cortarles las manos para que les quede claro que lo ajeno no es suyo. —No se sorprendió encontrarse con Alfredo, el vecino de Diana, en el bar.

—¿Y a qué hora fue? —le preguntó Dulce en cuanto volvió a la faena—. ¿Conseguiste verlo?

Yeray negó con apatía. No le apetecía ser el centro de atención en el bar, aunque comprendía que, después de lo que le había sucedido a Mateo, todos se mostraran algo inquietos, pese a que nadie era capaz de pronunciar una palabra al respecto.

—No lo vi. Algo me sobresaltó a las dos y nueve de la mañana y me hizo bajar al primer piso. Luego, todo sucedió muy rápido. Mi padre y mi hermano también estaban levantados, pero ninguno vimos a nadie con claridad.

—¿Has dicho a las dos y nueve de la mañana?

Dulce había palidecido, y escondía su nerviosismo tras el paño para secar la losa. Se frotaba las manos en él al tiempo que mantenía la cabeza gacha.

—¿Estás seguro de que esa era la hora exacta? —Alfredo entornó los párpados, meditabundo.

—Sí, es la hora que marca el maldito despertador. Siempre la misma —aseveró desconcertado al percibir la reacción de algunos.

—¡Oh, Señor bendito!

—¿Qué ocurre, Dulce? —le preguntó con delicadeza.

—Después de que Mateo muriera, mi marido y yo comenzamos a escuchar un golpe grande y seco en la azotea, como si una piedra enorme se estrellase contra ella. La primera noche, subimos los dos aterrados para comprobar qué había ocasionado ese estruendo, pero

no vimos nada. La segunda y tercera noche nos armamos con palos y un garrote que guarda mi Juan detrás de la puerta por si a alguien se le ocurre entrar a robarnos al bar. Sin embargo, al salir a la azotea, no encontramos nada. ¡Nada! —Todos la observaban como si estuviera narrando un cuento de miedo, expectantes y a la vez temerosos—. Pero la cuarta noche fue la más rara. Oímos el golpe, y esa vez Juan decidió subir solo, ya que nunca veíamos nada. Entonces, me di cuenta de que el reloj de la mesita de noche se había encendido de repente y marcaba las dos y nueve minutos. Me asusté mucho. Llamé a Juan a gritos... Me dio un ataque de ansiedad y el pobre Juan terminó tirando el reloj a la basura.

—¿Por qué dices que se encendió de repente? ¿Lo tenías apagado? —Toño mantenía la nariz arrugada y sus ojos pequeños irradiaban desconfianza.

—Lo tenía desenchufado. —Se escucharon varios sonidos de asombro en el local—. Mi hija me lo había regalado por mi cumpleaños. Es uno de esos digitales y que también tienen despertador, pero yo no conseguía conciliar el sueño. Los números me encandilaban demasiado... Así que, primero, le puse un paño para que no iluminara el cuarto como si fuera Navidad, y luego, una noche, cansada de él, decidí arrancar el cable del enchufe de un tirón.

—Entonces, ¿cómo pudo encenderse solo? —le preguntó Toño receloso—. Seguro que lo enchufaste tú misma y no te acuerdas. Ya sabes que cuando llegamos a cierta edad, se nos van las cosas de la cabeza —añadió riendo.

—No, no, no —negó una y otra vez.

—¿Y qué crees que ocurrió? —Yeray prestaba atención a todos los gestos de la mujer, incluidas las distintas muecas que se dibujaban en su boca y que no solo expresaban asombro y algo de vergüenza, sino también miedo.

—Lo he hablado con Juan muchas veces —susurró con tensión. Aunque de nada le sirvió que hablara en voz baja, pues todos los presentes en el bar inclinaron sus cuerpos hacia ella para escucharla mejor—. Creemos que se trataba de Mateo. Estamos seguros de que quería decirnos algo. —Hizo una pausa dramática en la que se enderezó, y a continuación apoyó los brazos en la barra—. Ustedes no lo saben, pero nos debía dinero y creemos que vino a pedirnos perdón para poder descansar en el cielo.

Un murmullo creciente se extendió por todo el local, y Yeray supo que esa historia, que rayaba la fantasía, pronto se propagaría por todo el Valle. Sin embargo, él no estaba en una posición donde pudiera emitir un juicio más científico; al menos, no todavía. Desde que había llegado a la isla, sucesos incomprensibles para la mente humana estaban adueñándose de su vida diaria.

—Los espíritus no existen —rechistó Toño al comprobar que nadie era capaz de llevarle la contraria a la mujer—. Son boberías de viejos.

—Que no hayas visto ninguno no significa que no existan —insistió ella—. ¿Has visto alguna vez un tiburón?

—¡Claro que no! —contestó Toño, burlándose de esa pregunta tan disparatada.

—¿Y cómo sabes que viven en el mar?

—Porque hay estudios biológicos y marinos y... ¡Joder! —Toño se sintió como si estuviera examinándose con los niños de tercero de Primaria—. Existen fotografías de submarinistas y gente experta... Y muchas personas los han visto. Algunos han sido atacados por ellos...

—Como los espíritus —sentenció ella—. También hay fotos. Hay expertos que se meten en las casas con aparatos raros para poder escucharlos, y a veces han experimentado hechos asombrosos. ¿Por qué tengo que dudar de su palabra?

—¡Porque esa gente está chalada! —Toño estaba desesperándose. No comprendía por qué Dulce le hablaba de tiburones y los comparaba con fantasmas.

—Deberías tener una charla con tu madre. Lala sabe de lo que hablo —sentenció la mujer y se dio la vuelta para prepararse un buen café—. ¿Quieres uno? Todavía no has pedido nada.

Toño resopló y buscó apoyo en el rostro de Yeray, quien parecía ser el único de los presentes que no creía en espíritus. Después de todo, había estudiado en una gran universidad de la Península. Sin embargo, a Yeray no le preocupaba que se hablara de fantasmas, sino el hecho de que todo había sucedido a una hora precisa y que, casualidad o fatalidad, coincidía con la suya.

—Vale, centrémonos en lo importante. —Hizo una pausa en la que consiguió la atención de Dulce—. ¿Habéis vuelto a experimentar un suceso parecido?

—Pues sí que se te ha pegado el tonillo godo. ¡Habéis!, ha dicho el gomero.

—¡Cállate, Toño! —lo silenció Dulce al tiempo que observaba muy seria a Yeray—. No. Desde que fuimos a llevar un ramo de flores a la tumba de Mateo, no hemos vuelto a escucharlo. Y eso fue hace tres noches. ¿Crees que Mateo se ha presentado ahora en tu casa?

Presionó los labios hasta que una línea muy fina se dibujó en su rostro.

—No creo que sea Mateo, Dulce. Pero, desde luego, algo extraño está ocurriendo en el Valle. —Miró a todos los presentes, uno por uno. No eran muchos. Si no contaba a Dulce y a Toño, quien acababa de llegar, allí solo estaban Miguel y Alfredo, ya conocidos habituales en el local, y dos personas más: Reyes, la directora del colegio y que había permanecido callada pero con los ojos bien abiertos, y Pancho, un señor que llevaba siendo monaguillo desde que él tenía uso de razón—. ¿Hay alguien más que sepa de una historia similar en el Valle? Puede que entre todos podamos descubrir qué está sucediendo o coger al culpable de todas estas bromas de mal gusto... ¿Nadie?

Un silencio perturbador recorrió cada esquina del local como si el mismísimo diablo se hubiera presentado en ese momento y hubiera escrito con sangre la palabra «cobarde» en las paredes no tan inmaculadas del bar.

Dulce lo agarró de la mano y se la acarició mientras lo observaba con cierta tristeza. Quizá era su manera de apoyarlo ante unos clientes medrosos que preferirían que les cortaran la lengua antes de hablar. Entonces, Yeray reparó en sus dedos todavía inflamados.

—¿No has ido al médico todavía? —le preguntó en voz baja y de forma cariñosa.

—Ya te dije que no era nada. Una pomada y estaré como nueva en nada.

Dulce retiró la mano avergonzada y él aprovechó para sacar la cartera del bolsillo y pagar la cuenta.

De pronto, Reyes se acercó a él, con sus pantalones de tela beis y una camisa de botones holgada, y colocó la palma de su mano sobre la suya.

—Lo invito yo, Dulce. No le cobres.

Escudriñó en sus ojos perlados para leer sus verdaderas intenciones, aunque su semblante serio y disciplinado no le permitía adentrarse en las profundidades de su alma. Con un gesto, ella le pidió que la siguiera, y no fue hasta que estuvieron en la calle, lejos

de las miradas de los que continuaban en el bar, cuando le dirigió la palabra:

—Caminemos un poco más. No quiero convertirme en la comidilla del Valle. Bastante tuve cuando encontraron a mi ahora exmarido paseando de la mano con una jovencita por La Calera. —Observó de reojo el rostro sorpresivo de Yeray—. Sí, hay que ser idiota para dejarte ver con tu amante en el pueblo. ¡Cabrón!

Reyes rondaría los cincuenta años, aunque aparentaba diez menos. Lo sabía porque la conocía de toda la vida, y aunque jamás entablaron una conversación más allá de los saludos pertinentes en las distintas fiestas del pueblo, debido a su diferencia de edad, siempre supo que llegaría donde se lo propusiera.

Y así lo había hecho.

Podría dirigir cualquier colegio de la isla, incluso alguno de Tenerife, pero ella jamás poseyó esa ambición aventurera de probar una vida diferente lejos del Valle, como sí siempre quiso hacer él.

—La verdad es que ha sido poco inteligente —señaló él.

—Un idiota con mayúsculas... Pero no es de mi divorcio de lo que quería hablarte. —Bajó la mirada y se metió las manos en los bolsillos, ruborizada—. Has dicho las dos y nueve, ¿verdad? —Asintió, sin poner mucho énfasis en ese gesto. Era evidente que Reyes estaba incómoda. Y no quería presionarla, para que así pudiera hablar con total libertad—. No sé si sabes que vivo en La Vizcaína. Me compré una casa en esa zona para estar cerca de mis padres y también de mi trabajo. Julián estaba de acuerdo. A ese machango le daba igual dónde viviéramos mientras yo pagara la hipoteca. —Se calló al caer en la cuenta de que de nuevo hablaba de su exmarido.

»En fin... Tengo el coche en el garaje. Y las últimas noches ha comenzado a dispararse la alarma sola. Si no voy yo, es uno de mis hijos el que baja al garaje y la apaga. Al principio, pensamos que era un ladrón que había logrado entrar en la casa, y al intentar robar el coche, sonaba la alarma. Pero es evidente que, después de varias noches seguidas, esto no tiene sentido. Un ladrón no vuelve al mismo sitio noche tras noche sin conseguir llevarse nada.

—Y supongo que todo esto está ocurriendo a las dos y nueve de la mañana. —Yeray quiso adelantarse al relato de la mujer.

—Sí, al principio no le presté mucho asunto a la hora. Me daba igual. Yo quería dormir, nada más. Sin embargo, con el paso de los días, vas fijándote en detalles que no veías al comienzo. —Vació los

pulmones de improviso y sacudió la cabeza—. No soy una histérica. No creo en historias de fantasmas, pero cuando Dulce ha dicho que todo empezó con la muerte de Mateo, me he dado cuenta de que mi pesadilla también... Quizá debería llevarle flores en lugar de instalar una cámara de vigilancia.

—No, no creo que esa sea la solución. —Apoyó la mano en su hombro para darle consuelo y ella se giró hacia él con lágrimas en los ojos—. Sin embargo, puede que sea una buena idea lo de las cámaras. Si existe en el Valle un acosador, deberíamos averiguar de quién se trata.

—¿Y cómo puede atacarnos a todos a la misma hora? ¡Eso es imposible! Un solo hombre no puede presentarse al mismo tiempo en diferentes casas. ¿Y si es un grupo organizado? —planteó, muy segura de sí misma.

—No podemos certificarlo, como tampoco tenemos idea de qué tiene que ver todo esto con la muerte de Mateo. —Frunció el ceño, meditabundo.

—Puede que él haya descubierto quiénes eran los responsables y al hacerlo se haya suicidado porque no soportaba la idea de que algunos vecinos se hubieran organizado para quitarnos nuestras tierras —se aventuró con otra teoría.

Reyes frenó en seco y, convencida, cruzó los brazos por debajo de los pechos. Estaba molesta, indignada, y en ese momento, Yeray deseó tener el instinto del que tanto presumía Claudia.

—¿Has recibido una oferta por tu casa? —le preguntó ojiplático.

—Sí, y no he sido la única en La Vizcaína. Y estoy segura de que en El Retamal también han recibido esa clase de ofertas. Puede que estemos ante una trama de corrupción y coacción inmobiliaria —aseveró convencida, alejándose de su primera versión más visceral que racional, la de que el fantasma de Mateo siguiera pululando por el Valle.

—Está bien. Lo investigaré. ¿Me dejas el número de tu móvil? Voy a hacerte una llamada perdida con el mío y así podrás guardarlo —le dijo al tiempo que desbloqueaba el teléfono—. Si averiguas algo más o si la alarma de tu coche sigue sonando a las dos y nueve, no dudes en llamarme.

—Gracias por escucharme. —Ella le dictó su número y aguardó hasta que le hizo la llamada perdida.

Se separaron a la altura del supermercado Unide, donde Reyes había dejado aparcado el coche antes de hacer la compra. El

cansancio y la monotonía la habían llevado hasta el bar de Dulce, el cual no solía frecuentar pero del que había salido esperanzada y con un motivo para continuar con sus batallas nocturnas.

Yeray no se dirigió a casa. No tenía ganas de enfrentarse al semblante duro y enojado de su padre, quien ya debería haber vuelto de la comisaría y probablemente con más malas pulgas que con las que se había marchado. Así que prefirió tostarse un poco bajo el cansino sol y caminar mientras daba rienda suelta a sus cavilaciones.

«Una trama inmobiliaria», había sugerido Reyes.

No era una mala idea, aunque le faltaban muchos flecos que atar.

De pronto, se encontró frente a la casa de Diana, e imaginó que su subconsciente lo había traicionado de alguna manera. Llevaba días sin verla, puesto que estaba inmersa en solucionar todo el papeleo administrativo tras el fallecimiento de su padre, incluidas las cuentas bancarias.

Dudó un instante en acercarse a la puerta y hacerle una visita, o pasar de largo y continuar con la maraña de pensamientos que llegaban a anudarle su cabellera morena. Ese tic de masajearse el cuero cabelludo cuando estaba estresado, o incluso rascárselo, estaba acelerándole la caída del pelo. Estaba casi convencido.

Al final, inspiró hondo y tocó el timbre con la esperanza de encontrarla en casa. Escuchó unos pasos precipitados en el interior y luego cómo se dirigían más sosegados hacia la entrada. Diana lo recibió sin abrir del todo la puerta. Tenía unas gafas de sol que supuso que se había puesto para que nadie la juzgara tras llorar y llorar la muerte de su padre. Después de todo, siempre estuvo muy unida a él, y ese vínculo le había suscitado cierta envidia cuando era un chaval.

—No es un buen momento —se disculpó.

—Perdona, no quería molestarte. Pasaba por aquí y pensaba que quizá te apetecería charlar un poco. No es bueno que te encierres en tu propia agonía. —Se arrepintió al momento de esa frase al verla tensarse como un palo de escoba. Así que añadió, con una tímida sonrisa—: Te lo dice alguien que sigue haciéndolo.

Ella estiró una de las comisuras de los labios y abrió del todo la puerta. Después se giró, avanzó por el pasillo y se detuvo a la altura de la sala para esperarlo.

—Son momentos muy duros. Y Ricardo está dejándome sola con toda esta mierda. —Señaló una pila de papeles que había en la

mesita de la sala—. Lo siento. Ya te he dicho que no estoy en mi mejor momento.

—Puedo echarte una mano, si quieres.

—No, no te preocupes. —Entró en el salón y se dejó caer en el sofá frente al montón de papeles—. Te ofrecería algo de beber, pero no he ido al supermercado. ¿Quieres un vaso de agua?

—No, tranquila. Vengo del bar de Dulce y he perdido la cuenta de cuántas limonadas me he tomado. Hace un calor de mil demonios y Martín no tiene intención de instalar aire acondicionado en la casa.

—Ni él ni nadie. Aquí aguantamos las olas de calor con sudor y chanclas. Parece que lo has olvidado.

—No, no lo he olvidado. —Clavó sus ojos rasgados en su rostro, que pretendía ser impasible, aunque a duras penas lograba una actitud serena por momentos—. No es necesario que lleves las gafas conmigo. No tienes por qué esconderte.

Ella giró la cabeza hacia la derecha, algo ofendida mientras fruncía los labios.

—Precisamente, delante de ti, tengo que mantener la entereza. No quiero que me veas así.

—Diana, nos conocemos desde hace muchos años.

—Y llevamos muchos sin vernos —insistió.

No obstante, él ignoró su último comentario. Se levantó, se sentó a su lado y, después de acariciar su espalda, colocó las manos en sus gafas de sol. Al principio, Diana evitó que comenzara a retirárselas sujetando una de sus muñecas. Al cabo de unos segundos, tras una exhalación resignada, permitió que continuara sin apartar los dedos de su piel. Le gustaba ese contacto. Siempre la había reconfortado, y quiso mantenerlo hasta que sus ojos fueron visibles para él.

Yeray tragó saliva, pues sabía que su reacción no la dejaría indiferente. Arqueó las cejas y las hizo desaparecer bajo sus mechones morenos y revueltos, los cuales le caían sobre la frente. Sus labios quisieron despegarse tan rápido que pudo percibir los leves tirones de su mucosa rosada y algo reseca por la calima. Se echó hacia atrás para observarla mejor, y luego, sobresaltado, negó con la cabeza repetidas veces sin llegar a comprender por qué tenía un ojo morado.

—¿Qué te ha ocurrido?

Capítulo 9

LAS LLAMAS OCULTAS EN LAS CENIZAS



—No lo sé. Me he levantado así —le respondió, encogiéndose de hombros.

Él se tomó unos segundos eternos en los que se pellizcaba los labios mientras deambulaba por el salón. Diana evitaba mirarlo directamente a la cara, avergonzada, inquieta, así que se mantenía cabizbaja y entrelazaba los dedos de las manos para apaciguar su nerviosismo. No la creería jamás. Era imposible que alguien que observara su ojo morado no sacara conclusiones rápidas y, sobre todo, lógicas. Incluso ella misma, al contemplarse al espejo, se había sobresaltado. Después había examinado mejor toda la zona del párpado izquierdo, la cual parecía que había perdido su brillo tras un guantazo premeditado.

Arqueó una de las cejas y de reojo espió los gestos nada alborotados de Yeray. Estaba llevando el asunto de una manera tan disciplinada que le resultó sorprendente. En otra época, su fuego incontrolable lo habría llevado a poner el grito en el cielo, a soltar palabras malsonantes y a amenazar sin escrúpulos al responsable de marcarle la cara de una manera tan cobarde.

Sin embargo, él mantenía la calma mientras de vez en cuando observaba la pequeña ranura que dejaban las dos cortinas. Por allí entraba la claridad de la mañana y desde allí podía alzar la vista hacia las montañas. O quizá al cielo; no estaba segura. Se abstraía del presente, refugiándose en una naturaleza magnífica, y tal vez esperaba a que alguien le ofreciera una señal para afrontar la situación de forma sosegada.

Entonces, tras despertar de esa ensoñación ilusa, se volvió hacia ella, resuelto aunque algo nervioso. Se mordió el labio inferior y después de un leve carraspeo le habló:

—¿Cuándo lo has visto? Ha tenido que ser en estos días, en los que estabas arreglando los papeles de tu padre. ¿Fue en San Sebastián?

—No lo he visto.

—Tienes un ojo morado. Es evidente que te ha pegado y... —Yeray bufó, se mordió la lengua para contenerse y comenzó a rascarse la coronilla—. Ya eres libre. No tienes que defenderlo. Esa historia es pasada.

Diana soltó una risita histérica.

—Para él no existe la palabra pasado; en eso te equivocas. Enrique vive el presente y le interesa el futuro que se ha creado en su cabeza. Pero no...

—Tienes que ir a denunciarlo y yo puedo acompañarte —la interrumpió—. Puede asaltarte en cualquier momento, y la próxima vez quizá no estés sola. Podrías estar paseando con Idaira.

—No estás escuchándome —insistió, sin elevar el tono de voz—. A ti no te mentiría jamás. No ha sido él. No lo he visto desde hace meses. Creo que por fin ha conseguido un trabajo fijo en Tenerife.

Yeray arrugó el rostro, contrariado. Se acuclilló frente a ella y le retiró un mechón castaño que le ocultaba la lesión. Después, con ternura, le pasó la yema del dedo pulgar por todo el contorno del golpe.

—Alguien te ha hecho esto, y no puedes negarlo —aseveró, apretando la mandíbula.

—Lo sé, pero no fue él.

—Entonces, ¿quién? —le preguntó confundido.

—No lo sé. He intentado explicarme y no me has dejado. Esta mañana, después de levantarme, he ido al baño, y cuando me he mirado en el espejo tenía el moretón. Sé que es poco creíble, pero es la verdad. No sé lo que ha podido pasarme. No me he golpeado con la mesita de noche, no me he caído al salir de la cama ni me he estampado la cara contra el suelo. ¡Nadie me ha pegado! —Negó con la cabeza al tiempo que se masajeaba el entrecejo—. Sé que puede ser de locos. Ni yo misma me he reconocido en el espejo. He llegado a pensar que tal vez estaba sufriendo algún tipo de reacción alérgica. Sabes que la calima hace que te lloren los ojos y que son muchos los que sufren conjuntivitis cuando el maldito polvo se queda asentado varios días...

—Esto no es una conjuntivitis —sentenció, sin darle tregua a una posible réplica.

—Lo sé también. Pero ¿qué es?

Yeray se encogió de hombros. No le parecía que Diana estuviera mintiéndole ni tratara de ocultarle algo que la avergonzara aún más, pero ese ojo morado era tan visible que le era imposible creer que no existiera algún culpable.

—Es mejor que vayamos al médico —le aconsejó.

Diana saltó como impelida por un resorte y lo miró como si hubiera enloquecido.

—¿Se te ha ido la pinza? Nadie va a creerme, ni tú mismo lo has hecho. Abrirán un parte de lesiones y puede que llamen a la policía. No pienso ir a ningún sitio. No quiero pasar por esto de nuevo. ¡No! Me niego. —Con los brazos en jarra, dobló la cintura y quiso tomar un oxígeno que se le resistía—. Tengo pomada antiinflamatoria e ibuprofeno para el dolor. Se pasará en un par de días.

Él frunció los labios, poco convencido.

—¿Te ha visto Idaira?

—¡No! No, claro que no. Ha salido a trabajar cuando estaba en la ducha. Me he quedado unos minutos más en el baño adrede para que no me viera. Se pondría histérica.

—Normal. Pensaría que su padre podría aparecer en cualquier momento y darle una paliza —afirmó, sin ponerle filtro a sus palabras.

Ella torció el gesto y entrecerró los ojos como pudo, pues el párpado izquierdo le dolía una barbaridad.

—Enrique no es el padre de Idaira —afirmó con tal seguridad que a Yeray le temblaron las rodillas y apenas pudo dar un paso hacia atrás.

—Ah, ¿no? —Sacudió la cabeza, confundido. Su mente comenzó a nublársele y sus pensamientos a torpedearlo como si fueran un submarino dispuesto a hundirlo—. ¿Quién es el padre? —le preguntó con timidez.

—Entiendo que hayas pensado que era Enrique. Me casé con él cuando Idaira apenas tenía meses y todavía no había terminado la carrera. Ahora pienso que lo hice más por el qué dirán que por ese arrebato pasional que nos llevaba continuamente a la cama. —Se llevó las manos a la boca, dejó salir un prolongado suspiro íntimo y se dejó caer de nuevo en el sofá.

»Nos trataba muy bien a las dos, al menos al principio. Después de que te fueras, tuve un pequeño lío con un compañero de clase que apenas duró tres meses, pero fue suficiente para que me quedara embarazada. Él se marchó y luego apareció Enrique, dispuesto a ser el padre que Idaira necesitaba, el marido que yo ansiaba... Y me ayudaba mucho... Demasiado, a veces. Hasta que caí en la cuenta de que todo ese control no era sano y... sucedió lo que sucedió. Pese a ello, mi hija tuvo que cumplir los catorce para que empezara a darme cuenta de que no vivía un sueño, sino una pesadilla.

Yeray respiró aliviado y no ocultó esa sensación de desahogo en cuanto ella había comenzado a hablar.

—Por un momento, he notado que el corazón se me paraba y que mi cuerpo no me respondía. He llegado a pensar que Idaira era mi hija. —Entrelazó las manos a la altura de la nuca, todavía impactado, pues su cerebro lo había engañado de manera pueril. Soltó una carcajada repleta de frescura y, con los brazos en jarra, resopló varias veces mientras contemplaba la sonrisa de complacencia de Diana.

—Siempre has sido muy listo, pero también un poco ingenuo. Esto no puedes negarlo.

Lo admitió, moviendo la cabeza de un lado a otro, aunque esa inocencia la había dejado atrás hacía demasiado como para recordarla. Sin embargo, La Gomera lo había hecho retroceder en el tiempo, como si no hubieran transcurrido todos esos años desde que decidió abandonar la isla, y por eso volvía a sentirse algo vulnerable, pese a que era consciente de que ese niño se había convertido en un hombre firme y seguro de sí mismo.

Observó su rostro, todavía juvenil y fresco, y un extraño calambre recorrió cada centímetro de su piel. Ella había sido su todo en los momentos más duros, su guía, su cántico hacia la libertad. Y estaba allí, sentada en el sofá y con las comisuras de los labios estiradas, mostrándole su mejor sonrisa.

Le tendió las manos y Diana lo observó con curiosidad, aunque no tardó en depositar las suyas sobre las de él. Yeray tiró de ellas hasta que consiguió auparla y la atrajo hacia su cuerpo sin darle tiempo a reaccionar. Colocó una de las manos al final de su cintura y con la otra la instó a estirar el brazo.

—¿Recuerdas cómo bailábamos en las verbenas de las fiestas? —le preguntó con una sonrisa pícara.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Me pisabas un montón de veces.

—Eso no es verdad. Era un gran bailarín.

Comenzó a tatarear *Ojalá que llueva café en el campo*, de Juan Luis Guerra, al tiempo que bailaba con pasitos cortos. Le daba una vuelta para que ella luciera su figura y volvía a agarrarla por la cintura.

—Estás loco. —Rio.

—Mucho. Ya me conoces.

La condujo por todo el salón sin que tropezaran con ningún mueble. La música sonaba en sus cabezas como si ambas fueran un disco único y armónico conforme sus pasos cubrían los mosaicos del pavimento con gracia.

En ese momento, Yeray se olvidó de los reproches de su padre, del hombre extraño que se colaba en las fincas del Valle, de la muerte de Mateo y del rostro ensangrentado de Claudia, quien le rogaba que cuidara de su hija. Olvidó su pasado, su presente y su posible futuro. Porque, mientras bailaban, los relojes se detuvieron y algunos comenzaron a derretirse como en el cuadro de Dalí: *La persistencia de la memoria.*

Y su memoria lo llevaba una y otra vez a los momentos en los que la amó con locura, en los que no existía nadie más que ella, en los que se escondían para darle rienda suelta a su pasión sin que nadie fuera testigo de su amor. Porque tendrían celos de ellos, envidia de su relación, pues iba más allá del simple roce de cuerpos. Nunca la poseyó. Diana siempre fue libre en sus brazos; por eso caminaron juntos con rebeldía, por eso exploraron sus límites con ansias de adquirir conocimientos y mantener la llama de su complicidad encendida.

Y ahora la tenía delante, de nuevo en sus brazos, mientras se movían retando a la música invisible para que tocara acordes más complicados y salvajes. Ella reía con ese albedrío de antaño, y entonces quiso hacerla suya, como hombre que había viajado y se había instruido en muchas artes. Ya no era ese niño, a veces inseguro, a veces impulsivo.

Era Yeray Darias, ingeniero aeroespacial e hijo de agricultores.

Era Yeray, un hombre repleto de cicatrices que lo habían condenado y, al mismo tiempo, salvado.

Era él y era ella.

La detuvo en la última vuelta, sujetando su cintura con ahínco y atrayéndola hacia su cuerpo sin permitir que ni una pizca de ese magnetismo que habían conseguido se esfumara. Diana soltó un leve gemido al comprobar que sus senos permanecían apretados contra su pecho y se humedeció los labios con descaro, previendo lo que estaba a punto de ocurrir.

Yeray la besó. Enterró su boca en la de ella saboreando cada milímetro de sus labios rosados y expectantes. No tardó en enroscar su lengua con la suya y que ambas se movieran al ritmo frenético de una melodía imaginaria. La deseaba. La deseó desde el primer momento en el que volvió a verla, aunque su mente le chillara que era un insensato, que ambos estaban viviendo un duelo insuperable en ese presente y que ninguno de los dos estaba preparado para dar un paso semejante.

Con cuidado, la despojó de la camisa de tirantes, evitando que le rozara el ojo morado al sacársela. Después le quitó el sujetador y se entretuvo unos segundos en acariciar sus pechos, que rebosaban en las palmas de sus manos. Mordisqueó uno de sus pezones y luego lo succionó como solía hacer cuando era un chiquillo. Era su rito de iniciación: recrearse en ellos hasta que ella volvía a llamarlo con su boca ardiente.

—Aquí no —le susurró a la vez que le señalaba las cortinas—. Pueden vernos. Subamos.

Corrieron escaleras arriba como si fueran dos adolescentes divirtiéndose con un juego peligroso mientras se quitaban las prendas de vestir y las lanzaban lejos. Diana se cubrió los pechos con ambas manos y corrió por el pasillo de la segunda planta vivaracha y osada. Se adentró en su dormitorio y, allí, se detuvo con cierta inquietud frente a la cama, pero Yeray no le dio tiempo para meditar. La empujó por detrás y la hizo caer al colchón como quien

se sumerge en una piscina. Y antes de que pudiera asomar la cabeza para tomar una respiración, percibió el peso de su cuerpo sobre el de ella.

Jugaron a ser adolescentes de nuevo y a ser adultos.

Jugaron a amarse como solían hacer, y no solo fundiendo sus pieles, sino también sus almas.

Diana gemía con cada embestida con la que él la obsequiaba mientras lo acompañaba en cada movimiento como si fueran un dueto. Se había cansado de que sus relaciones más recientes la relegaran a actuar como si fuera un instrumento más de la orquesta y solo sonara cuando el solista le daba la señal. Pero Yeray estaba regalándole su propia actuación: un solo con las complejidades que eso conllevaba, puesto que se había olvidado de cantar sola. Le susurró con su mirada que se atreviera a ser ella misma, y por eso quiso colocarse arriba, apretando los muslos contra él y dibujando unos movimientos circulares que la llevaron al mismísimo éxtasis. ¡Cómo lo había echado de menos! Con él se permitió sentir, ser de nuevo mujer y volver a explorar esos límites prohibidos de su sexualidad.

Permanecieron abrazados en la cama hasta bien entrada la tarde. Habían disfrutado de sus cuerpos, no una, sino varias veces, y así olvidaron el mundo que había detrás de las paredes de la habitación. Eran los únicos habitantes de una isla paradisíaca con altas palmeras y montañas majestuosas como únicos testigos de un amor que había renacido de las mismísimas cenizas.

En ese instante, no existió el arrepentimiento, y el dolor no se atrevió a asomarse a sus vidas de nuevo. Había complicidad, una serenidad que ambos creían haber perdido y unas ganas infinitas de que las manecillas del reloj no retomaran su ritmo habitual, sino que permanecieran embebidas tras presenciar a dos amigos, a dos amantes que jamás habían dejado de serlo.

De pronto, un golpe brusco sobre el cristal de la ventana los sobresaltó. Yeray apartó las sábanas finas que lo cubrían de cintura para abajo y se aproximó desnudo a la ventana, bajo la atenta mirada de Diana.

Había sangre en el vidrio, y al deslizar su mirada hacia el balcón, descubrió un ave muerta. No una cualquiera: un cernícalo. Arrugó la frente, contrariado, y luego la miró, todavía conmocionado.

—Un pájaro se ha estrellado contra tu ventana.

—¡Oh, Dios! —exclamó ella al tiempo que saltaba de la cama—. ¿Está bien?

—Creo que está muerto.

Alarmada, se vistió con rapidez y fue en busca de una pala y un escobillón. Apenas tardó unos minutos en regresar, aunque a él le parecieron horas. Se preguntaba qué demonios estaba ocurriéndoles a los cernícalos de la zona y por qué este se había desorientado de tal manera como para terminar empotrado en el cristal de una casa. Pensó que, tal vez, el que había muerto en su platanera también habría perdido el control de su vuelo. Pero ¿por qué?

Los cernícalos eran ágiles, capaces de cazar durante el vuelo y mantener la posición en el aire mediante el movimiento de las alas y la cola. Eran acechadores natos y no se lanzaban contra una presa a no ser que la hubieran estudiado con precisión con sus ojos oscuros y avispados.

—Será mejor que te vistas —le sugirió ella—. Voy a salir al balcón y no quiero que ningún vecino cotilla te vea como viniste al mundo.

—Sí, claro.

Lo hizo mientras ella recogía al ave y acariciaba su cabeza como si así pudiera resucitarla. Recordó entonces su sensibilidad y las veces que tuvo que consolarla cuando encontraban un animal atropellado en la carretera o corrían hacia el veterinario con su perrita Chispas. Chispas la había acompañado durante toda su niñez, pero cuando ella cumplió los quince, la perra comenzó a sufrir los achaques propios de su edad. Fue una muerte anunciada, aunque Diana no quiso rendirse jamás. Ni siquiera cuando le pusieron la fatídica inyección. Permaneció horas con Chispas rezando para que ocurriera un milagro; un milagro que nunca llegó, pues la perrita expiró horas después. Siempre pensó que Chispas tampoco quería dejarla y que por eso se resistió tanto a exhalar su último aliento.

Ya vestido, la contempló desde la ventana mientras introducía al cernícalo en una bolsa. Se la veía angustiada, puede que rememorando la muerte de Chispas, o tal vez la de su padre. Un suicidio marcaba a cualquier familia, los hacía sentirse culpables por algo que ni ellos mismos llegaban a comprender del todo. Pero Mateo era diferente. Mateo se había visto forzado a hacerlo por alguien a quien llevaba siguiendo semanas. Y él iba a encontrarlo. Diana no se merecía vivir con esa incertidumbre, con esa angustia que le chillaba que no había hecho todo lo posible para evitarla.

Salió al balcón para consolarla, para confesarle, colocando la mano en su hombro, que él continuaba allí, y ella se lo agradeció con una tímida sonrisa.

En ese momento, escucharon un grito agudo proveniente de la casa de al lado. Fue corto pero intenso, y ambos se miraron sin necesidad de que las palabras apoyaran sus deducciones más aterradoras.

—Es la casa de Toño —afirmó ella.

Corrieron sin mirar atrás, sin contar las zancadas que los separaban de la casa del vecino. Yeray llegó a la puerta y golpeó la madera varias veces, pero no obtuvo respuesta. Diana inspeccionó las ventanas del primer piso por si alguna estuviera abierta. Mantenía la esperanza de que alguna dejara pasar un hilo de aire, aunque fuera denso, pese a que los canarios, cuando llegaba la calima, cerraban a cal y canto las casas para que ni el polvo ni el calor agobiante contaminaran sus hogares. Las abrían casi al caer la noche, cuando irrumpía una brisa fresca como un ángel piadoso para darles una tregua.

—¿Has conseguido ver algo? —le preguntó Yeray en cuanto la vio regresar, después de inspeccionar los alrededores.

—No. Las cortinas me lo impiden.

—Vale, pues vamos a tener que romper un cristal o forzar la cerradura —soltó con aplomo.

—¿Qué?, ¿estás loco? No podemos entrar en una casa ajena sin permiso.

—¿Y qué pretendías hacer si veías una ventana abierta?, ¿llamar hasta que alguien te contestara y te diera permiso? —Examinó el nerviosismo de Diana. Ella no estaba preparada para manejar un asunto como ese, ni siquiera él lo estaba, así que la cogió de las manos y la obligó a mirarlo a los ojos—. Tú has escuchado lo mismo que yo. Puede que haya alguien en apuros ahí dentro. Puede que nos necesite.

—Voy a llamar a Toño —insistió ella.

—Si está con el taxi, tardará unos minutos antes de llegar a la casa. Y esos minutos pueden ser decisivos. ¿Quién puede estar ahí dentro?

—Su madre, Candelaria. La llamamos Lala.

—¿No vive con nadie más?

—Ahora mismo, la mujer de Toño y sus hijos están pasando unas semanas en Gran Canaria con los padres de ella.

Otro vecino se acercó a ellos jadeando. Parecía que hubiera corrido la maratón de San Silvestre. Las gotas de sudor se agolpaban en su frente y mantenían húmedos el par de bucles que le colgaban hasta las cejas. Era mayor, como su padre, así que debía conocerlo. Sin embargo, había un blanco enorme en su memoria y le era imposible ubicarlo en el Valle, como a los demás.

—He escuchado el grito. Estaba en la azotea arreglando la piedra de lavar cuando lo he oído —afirmó, con la respiración entrecortada —. ¿Lala está bien?

—No lo sabemos. Nadie responde. —Diana creyó que en cualquier momento le reventaría el corazón dentro del pecho.

—¡Lala, abre la puerta! ¡Soy Kiko! ¡Abre la puerta! —gritaba el hombre al tiempo que la aporreaba con el puño—. Mi mujer está llamando a emergencias. Puede que no sea nada, pero es muy mayor. Es mejor asegurarnos. Los bomberos echarán la puerta abajo.

—Puede que no haya tiempo —insistió Yeray.

El viejo arrugó la frente y unas cuantas gotas se desprendieron de ella y cayeron al suelo.

—Está bien. Tengo una escalera grande que podría llegar hasta el balcón, y desde ahí, acceder al interior.

—Pero la puerta del balcón podría estar trancada —dedujo Diana desesperada.

—No, tienen un problema con la cerradura. Toño vino ayer para ver si podía echarle un vistazo y le dije que había que desmontarla e instalarle otra. Hoy teníamos que ponernos manos a la obra cuando regresara del trabajo y hubiera comprado la nueva.

—Kiko es el carpintero de la zona —lo presentó ella, como si ese detalle fuera relevante en ese momento.

Yeray asintió varias veces al tiempo que observaba la altura del balcón. Dos metros y pico. No sería tan difícil saltar la balaustrada y aterrizar en él.

—Muy bien, usemos la escalera —concluyó animoso.

—También deberíamos llamar a Toño y comentarle lo que pensamos hacer. —Kiko estaba asustado, y Yeray no supo discernir si era por lo que se encontrarían en el interior o por las represalias de Toño al enterarse de que habían entrado en la vivienda sin permiso.

—Vale, está bien.

No se opuso porque no quería perder más tiempo. No iba a entretenerse con batallas que solo retrasarían lo inevitable. Aunque Toño les respondiera desde el móvil que no tenían el permiso para acceder, él iba a hacerlo igual. Tenía una corazonada que no era muy halagüeña, y eso le había causado un agujero enorme en la barriga. «Mal asunto, mal asunto», se repetía. Primero el cernícalo; luego, el grito. Su mente le decía que no había conexión posible entre ambos hechos, pero su intuición le vociferaba que entrara en esa casa como fuera.

Llegaron otros tres vecinos más y Kiko los reclutó para que lo ayudaran a trasladar la escalera desde su casa hasta allí. Apenas fueron minutos los que tardaron en afianzarla sobre el pavimento y colocarla en una verticalidad disparatada que nadie pasó por alto. El terreno no era llano. Los desniveles en el Valle eran frecuentes, por mucho que los lugareños se hubieran empeñado en acondicionar sus huertos y casas para conseguir una estabilidad aparente aunque engañosa.

Sin embargo, Yeray conocía los peligros del Valle y no dudó en presentarse voluntario para escalar los peldaños inclinados hacia la izquierda. Su sentido del equilibrio jamás le había fallado, ni siquiera cuando trepaba por las palmeras para podarlas o alcanzaba la cima de los papayos para recoger sus frutos. No concebía que un gomero tuviera miedo a las alturas, pues se habían curtido con ellas. Riscos imposibles, senderos al borde de los abismos, acantilados que le recordaban al ser humano que ellos estuvieron primero allí...

Alcanzó el balcón sin mucha fatiga mientras cuatro pares de manos sujetaban la escalera para que no se desestabilizara. Alzó un pulgar en cuanto sus pies tocaron el suelo. Luego empujó la puerta entornada y se introdujo en uno de los dormitorios de la vivienda.

—Lala, ¿estás por aquí? Si me oyes, no te asustes, soy Yeray, el hijo de Martín.

No obtuvo respuesta y eso lo alarmó en demasía. Podría suceder que la mujer no se encontrara en la casa y él estuviera cometiendo un allanamiento en toda regla, o quizá algo terrible había ocurrido y la pobre mujer hubiera pasado a mejor vida, como solían decir por allí. Recorrió todas las habitaciones de la segunda planta en pocos segundos a la vez que la llamaba por su nombre.

De pronto, cerca del rellano de la escalera, oyó un bisbiseo leve. Parecía que alguien rezaba en voz baja, así que se puso en guardia y dirigió sus pasos hacia las escaleras.

Entonces la vio.

Lala estaba tumbada bocarriba sobre los peldaños en una posición esperpéntica. Uno de sus brazos estaba estirado hacia arriba, mientras que el otro estaba atrapado por el peso de su propia espalda. Las piernas parecían encontrarse en una diagonal perfecta con respecto al tronco, y su cabeza permanecía en hiperextensión cervical, con los ojos amedrentados mirando al techo como si este estuviera a punto de derrumbarse.

Bajó con celeridad los escalones que lo separaban de ella y tuvo miedo de moverla. Su estado era grave, muy grave. Debía de haber tropezado cuando se dirigía a la primera planta y haber caído sin llegar a sujetarse a la barandilla de madera.

—Lala, estoy aquí. Todo va a ir bien. Hemos llamado a una ambulancia —trató de consolarla.

—¿To... ño? —le preguntó con dificultad.

—También viene de camino —le aseguró, sin tener la certeza—. Ahora procura no hablar ni hacer mucho esfuerzo. Voy a abrir la puerta para que entre la caballería.

—No... Espera.

Apenas llegó a rozarle el brazo; sin embargo, esa súplica logró que se quedara paralizado frente a ella, cuando en realidad deseaba escapar de allí. No quería que la mujer muriera en sus brazos, no como su Claudia. No lo soportaría, así que apretó los párpados con fuerza al tiempo que se resistía a mirarla. Sabía lo que venía a continuación. La mujer querría darle un mensaje para su hijo por si no llegaba a tiempo, y eso lo sumergió en un bucle en el que una y otra vez la imagen de Claudia tendida sobre el pavimento lo sobresaltaba. Era en ese instante, cuando una persona sabía que estaba al borde de la muerte, cuando las palabras cobraban vital importancia. Tenía la obligación de recordarlas. Tenía que hacerlo por su familia. Pero tenía miedo de que esas frases de esperanza o de amor para los demás se le quedaran grabadas en el recuerdo para siempre, como las de Claudia. No debió presentarse voluntario. Ahora lo sabía. La muerte lo rondaba para someterlo a pruebas a las que no estaba preparado.

—He visto a un... un hombre... con alas...

—¡¿Qué?! —Yeray abrió los ojos de par en par.

—Había un... —la mujer tragó saliva a duras penas— agu... agujero en... la pared.

Con los ojos, Lala deslizó la mirada hacia el muro blanco que estaba a espaldas de Yeray, y este no tuvo más remedio que girarse. No había ningún orificio allí. Nada. Ni grande ni pequeño. Aun así, quiso interrogarla:

—¿Has reconocido al hombre?

—Nooo —afirmó alargando la vocal, pues ya le costaba hablar.

—¿Él te ha empujado por las escaleras? —La mujer entornó los párpados con suavidad—. ¿Te ha empujado, Lala?

—El viento...

De repente, Diana apareció en el rellano de las escaleras con un semblante que reflejaba su desconcierto y también cierto enfado. Lo había seguido y se había introducido en la casa por el balcón.

—¿Qué haces? ¿Por qué no has abierto la puerta?

No supo qué responder. Miró a Lala con la esperanza de que continuara hablando, pero ya había perdido el conocimiento. Entonces, Diana saltó sobre ambos y abrió la puerta. Él se levantó y descendió los últimos peldaños mientras los vecinos pedían agua y paños calientes. A lo lejos, escuchó el sonido de las sirenas y supo de inmediato que no llegarían a tiempo.

Capítulo 10
LA FAMILIA ES LO PRIMERO



Tampoco durmió esa noche. Se quedó sentado en la cama observando las oscuras montañas del exterior, como si fueran sombras fantasmagóricas dispuestas a deslizarse cuando nadie las viera y a arreadles un zarpazo a todo aquel que se hubiera atrevido a profanarlas. Y ahora mismo, él se sentía una de esas personas que caminaban al borde del abismo, esperando su turno para ser empujado y absorbido por los mismísimos acantilados que lo habían protegido cuando era un niño.

Estaba moviéndose en terreno peligroso y era consciente de ello, pero no pudo dilucidar si ese hombre disfrazado lo había invitado a la fiesta con conocimiento o había sido él el que se había entrometido en sus asuntos con arrogancia. Ya no había vuelta atrás. Primero Mateo y después Lala. Un suicidio y un accidente, así los había catalogado la investigación policial. Y él no quiso echar

más leña al fuego. No les nombró a los agentes al hombre alado al que había hecho referencia la mujer antes de cerrar los ojos, sobre todo porque carecía de sentido.

El acechador tendría que haberse colado en la casa sin que nadie advirtiera su atuendo a plena luz del día, con la puerta y las ventanas cerradas. Él mismo había tenido que usar una escalera para acceder al interior, así que la madre de Toño no pudo haberlo visto dentro de la casa. Tendría que haberlo hecho desde uno de los cristales, quizá mientras vigilaba el pequeño huerto de papayos que tenía en la parte posterior de la casa. Eso coincidía más con el modus operandi del acechador. Se habría introducido en la propiedad por la parte de atrás y habría recorrido el huerto unos minutos al tiempo que vigilaba a la mujer. Lala tuvo que percatarse de su presencia desde una de las ventanas del segundo piso y quiso bajar a toda velocidad para ahuyentarlo de sus terrenos. Pero no llegó a pisar la primera planta, puesto que se había tropezado y caído de las escaleras de forma terrible.

Sí, esto fue lo que debió de suceder.

Pero, entonces, ¿qué tenía que ver el agujero de la pared?, ¿qué había querido transmitirle con eso? Se rascó el cuero cabelludo y luego se masajeó la barbilla, pensativo. Lala tampoco le había negado que el hombre disfrazado la hubiera empujado escaleras abajo, por mucho que a él no le cuadrara esa versión. No tuvo tiempo de decir nada más, así que tampoco podía descartar del todo la teoría.

Los sanitarios trataron de devolverle la vida con una reanimación cardíaca que duró unos veinte minutos. En ese tiempo, ya había llegado Toño a la casa y quizá pudo despedirse de ella antes de que declararan su muerte oficial. Él había permanecido fuera junto a Diana mientras otros vecinos, apenados por el trágico accidente, se reunían en el salón de la vivienda a la espera de noticias. Ni los policías pudieron sacarlos de allí, ya que se encontraban improvisando un padrenuestro cuando los hombres de la ley se presentaron en la casa, y como no molestaban a los enfermeros, los custodiaron en el salón para que ninguno de ellos se acercara a las escaleras.

Toño salió poco tiempo después y se dirigió a él con la cara enrojecida y unos surcos que definían las carreteras por las que las lágrimas habían decidido transitar. Eran tantas que el rostro del taxista se le antojó hinchado.

—Me han contado que has sido tú el que ha entrado por el balcón e intentado salvar a mi madre —le dijo con voz rota.

—Hemos sido todos.

El hombre asintió con rapidez, como si ese detalle no le importara.

—¿Estaba consciente cuando la has visto? ¿Has conseguido hablar con ella?

Yeray miró al cielo contaminado de partículas amarillas, exhaló apresurado y se mordisqueó los labios antes de responder:

—Me ha dicho que te quería mucho..., que ahora tenías que ser fuerte y... sacar a la familia adelante.

El taxista lo abrazó y rompió a llorar sobre su hombro, devastado y a la vez algo esperanzado, puesto que las últimas palabras de su madre habían sido para él. A Yeray no le costó mentir. Sabía lo que una persona necesitaba escuchar en un momento como ese, donde la pérdida creaba un vacío tan negro que apenas dejaba hueco para la esperanza. Era consciente de que no podía mencionar a un hombre previsiblemente con un trastorno mental que se dedicaba a asustar a los más ancianos del barrio en ese instante. Así que quiso enterrar el asunto unos días; aunque no verbalizarlo no significaba que no estuviera dándole vueltas a todo aquel embrollo en su cabeza.

Ahora, sentado allí en el colchón, temía por la seguridad de Olivia y de toda su familia. Airam había sido de los primeros que lo había visto ocultarse detrás de las plataneras, y temió que por su fragilidad fuera la siguiente víctima. Pero ¿de qué?, ¿de un susto espantoso que lo llevaría al suicidio o a tropezarse mientras corría tras el intruso? ¿De qué? ¿De qué podía protegerlo?

Esa noche, el monstruo, como lo llamaba su hermano, no volvió a salir. Quizá porque se había cobrado su segunda víctima y estaría en casa sentado en el sofá disfrutando de una película de dudosa calidad al tiempo que se jactaba de su hazaña.

Era el asesino perfecto.

Ninguna de las muertes había sido calificada como crimen, así que debería sentirse orgulloso de sí mismo, satisfecho comiendo cotufas mientras planeaba encontrarse con la tercera persona a la que arrebatarle la vida de un susto. Estaba divirtiéndose, y eso lo convertía en un ser peligroso.

Se recostó sin ninguna intención de dormirse, pese a que había descartado que el acechador volviera a hacer de las suyas esa noche. Su mente divagaba de aquí para allá, sin llegar a una

conclusión fructífera. Entonces recordó las palabras de Reyes: «Esto tiene que ver con una trama inmobiliaria». Y aunque le parecía que unos hombres enchaquetados jamás se disfrazarían de un hombre pájaro, tampoco quiso descartar esa opción. O ese payaso estaba bien cuerdo y no elegía las víctimas al azar, o era un demente con ganas de notoriedad.

Se levantó tarde esa mañana. Las cavilaciones de la noche apenas lo dejaron descansar lo suficiente, y no se sorprendió de que Olivia ya no estuviera en la cama. Bajó arrastrando los pies hasta la cocina, se sirvió un vaso de leche frío, lo revolvió después de introducirle varias cucharadas de cacao y se lo bebió de un trago.

Desde la ventana, advirtió que todos estaban en plena faena, con grandes sombreros de paja para evitar una insolación repentina. Distinguió a Olivia junto a Idaira. Ambas terminaban de recoger el destrozo ocasionado por esa fuerza desconocida en la finca, y en ese momento pensó que la trama inmobiliaria podría explicar algunos sucesos más, como que el suelo vibrara hasta reventar una fila concreta de plataneras. Ellos tenían recursos. Seguro que estaban forrados hasta los dientes y no les importaría meter sus sucias garras en los terrenos de agricultores honestos.

El hombre pájaro tendría que ser una distracción.

De reojo, observó que su padre entraba en la cocina acusando un dolor de lumbago. Llevaba una botella de agua vacía que pretendía rellenar para seguir con el trabajo.

—Deberías tomarte algo para el dolor. Así no podrás continuar —le sugirió.

—Gracias por tu consejo, pero no me interesa. Tengo que entregar un pedido en fecha. Eso nos ayudaría a no estar tan ahogados —le respondió con retintín.

Yeray frunció los labios e ignoró la pulla sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Padre, ¿alguien te ha hecho alguna oferta por los terrenos?

—¿Quién te ha dicho eso? —le respondió el viejo con otra pregunta, visiblemente mosqueado.

No contestó con rapidez, para desesperación de Martín. Se sirvió un vaso de agua y no quiso hablar hasta que refrescó su garganta:

—Se rumorea en el Valle que una inmobiliaria ha estado tanteando a algunos agricultores de El Retamal, La Vizcaína y El Lomo del Moral —insistió—. No le he preguntado a nadie de Los Granados,

pero apostaría mi vida a que alguien quiere hacerse con estos cultivos.

—No apuestes tu vida tan a la ligera, podrías sorprenderte. —Martín torció el gesto y contempló las plataneras desde el cristal.

—Entonces, ¿es mentira?

El viejo bufó. Le molestaba que su hijo se metiera en cuestiones que no eran de su incumbencia. Y la finca no lo era.

—No voy a vender, si así te quedas más tranquilo. Estas tierras eran de mi abuelo.

—¿Mateo te contó alguna vez que le ofrecieran dinero, o Lala, la madre de Toño? —perseveró él.

—Sé lo que estás haciendo y no me gusta. No te metas donde no te llaman. La gente habla. ¿Crees que no lo sé? Fuiste tú el que descubrió a esa pobre mujer, que en paz descanse, agonizando. No quiero que metas a esta familia en líos. Ya no eres un chiquillo y no puedo responder por ti. Así que, sea lo que sea que se te pase por tu cabeza de chorlito, déjalo correr.

Yeray estiró una de las comisuras de los labios y chasqueó la lengua para demostrarle su desacuerdo.

—¿No te extraña todo lo que está ocurriendo en el Valle?

—Yo solo sé que tú encontraste a Mateo colgado de un árbol y ahora a Lala en las escaleras. Si a la gente le diera por atar cabos, a saber a qué conclusión llegarían.

Yeray abrió los ojos de par en par.

—¿Y a qué conclusión crees que llegarían? Cuéntamelo, porque no lo entiendo. —Martín elevó la barbilla y lo acribilló con sus ojos nada piadosos—. ¿Crees que me relacionarían con ambos incidentes? ¡Por Dios! Eso no tiene ni pies ni cabeza. ¡Y soy tu hijo!

El viejo lo miró con sus ojos hundidos e incisivos.

—Por eso mismo. Desde que has llegado, parece que la tragedia persigue al pueblo. Soy un viejo chocho o como quieras llamarme, pero no olvido.

Yeray ladeó la cabeza para esquivar el golpe de su padre, aunque en realidad ya lo había pillado con la guardia baja y su dardo venenoso se le había clavado en el mismísimo pecho.

—Fue en defensa propia —se excusó.

—No tendrías que haberte defendido si no hubieras ido a buscarlo —le dijo con los dientes apretados.

—Sabes por qué lo hice —trató de justificarse, pero su padre continuaba con todos los músculos de la cara tensos.

—No importa lo lejos que te hayas ido: el Valle recuerda. Las montañas olfatean la sangre y no han apartado la mirada de ti desde que has llegado. Los árboles te vigilan y los caminos cuentan tus pasos. Estás marcado en la isla, y eso no lo cambiarán tus suéteres de cocodrilo ni los zapatos caros que te empeñas en ponerte.

Yeray apretó los puños con rabia y quiso desahogarse con el viejo, pero aguantó ese impulso adolescente que volvía a habitar en sus entrañas. Ya no era ese. Ya no.

—¡¿Y qué querías que hiciera?! ¡Lo hice por Airam!

—Tu hermano no te pidió que fueras a por él. Es más, te rogó que no salieras a buscarlo. —Martín dio dos pasos al frente y no le importó que su nariz estuviera a dos palmos de la de su hijo.

—¿Te acuerdas de cómo le dejaron el ojo? ¡Casi perdió la visión! —le reprochó enfadado.

—Tendrías que haber esperado a que yo llegara a casa. Habría tratado el asunto de otra manera.

—¿Cómo?, ¿hablándole a sus padres para que lo castigaran? —Hizo una pausa en la que el aire se le atragantó—. Iban a volver a hacerlo. Siempre se ensañaban con él y tus palabras nunca sirvieron de nada. Alguien tenía que hacer algo.

El viejo lo agarró por el cuello de la camisa sin pestañear. Estaba enfurecido. No quería volver a tener la misma discusión otra vez. No quería escuchar sus excusas, sus gimoteos otra vez, el sonido de su respiración agitada mancillando el apellido de la familia.

—Casi lo mataste —le dijo entre dientes y con una rabia que transformaba sus fosas nasales en aletas de tiburón. Hambrientas. Enajenadas por el olor a sangre fresca—. Si no llego a aparecer, ese chico estaría muerto. Y fui yo quien tuvo que limpiar toda tu mierda. ¿Recuerdas eso?

Se miraban a los ojos, como si fueran dos boxeadores en el asalto final de un combate amañado de antemano, cuando el teléfono de pared sonó. Ni siquiera el sonido amenazante de su timbre consiguió que alguno se moviera de su posición. Era el enfrentamiento entre dos titanes del que Yeray ya conocía el resultado. Martín siempre ganaba. Ignoraba cómo lo hacía, pero siempre resultaba vencedor, aunque no tuviera razón. El viejo era más testarudo que una mula de carga y jamás se bajaría del burro, aunque esta vez, quizá, tendría que admitir que tenía parte de razón. El transcurrir de los años se lo susurraba cada vez que recordaba ese momento: «Ese no eras tú».

Martín había evitado que los agentes de policía se entrometieran y el consiguiente castigo, pues él ya contaba con dieciséis años. Los padres de los involucrados lo dejaron estar como una pelea de críos que se les había escapado de las manos. Así, él pudo retomar el instituto, y el acosador de su hermano, Dailos Martínez Dorta, iniciar una vida lejos del Valle, bajo las faldas de sus tías en San Sebastián. Ese fue el trato al que llegaron. Dailos jamás se acercaría a Airam, pero entonces comenzaron las llamadas.

El viejo lo soltó y, sin apartar sus ojos pardos de él, descolgó el auricular.

—¿Quién es? —preguntó en tono autoritario.

Yeray estudiaba cada gesto de su padre, cada segundo de silencio en el que hablaba sin decir nada, pero fue una gota de sudor grueso en la frente, una única gota, la que logró inquietarlo.

—Pásame el teléfono —le rogó.

Martín lo ignoró y le dio la espalda.

—Voy a dejártelo muy claro, Dailos: acércate a mi hijo y esta vez no la contarás, porque seré yo mismo el que te rompa el pescuezo. —Colgó con violencia y luego posó sus ojos avispados en el rostro intranquilo de su hijo—. Esta misma tarde le haré una visita.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada. Ya sabes que no dice nada. Respira fuerte y de vez en cuando suelta una risotada. Eso es todo lo que se atreve a hacer.

Yeray inspiró hondo y, más relajado, arrugó el entrecejo, mostrando su desconcierto.

—¿Y cómo estamos seguros de que es él?

—Por el amor de Dios, estuvimos años recibiendo esas llamadas anónimas. Es Dailos. Cada vez que viene de visita al Valle, coge el teléfono para asustarnos, para recordarnos que pudiste ir a un reformatorio. Es su venganza por lo que le hicimos.

—Él también habría terminado ahí —reflexionó—. No era una hermanita de la caridad. Era un matón.

—No empieces con ese tema. Zanjamos el asunto como pudimos. Se fue lejos y sus padres estuvieron de acuerdo.

—A cincuenta kilómetros —matizó—. No tan lejos.

—Los suficientes para que no se meara encima de tu hermano.

Yeray lanzó un resoplido y se masajeó la frente para aclarar sus ideas. Si Dailos había regresado al pueblo hacía poco y las llamadas habían comenzado días después, ¿qué posibilidades había de que Dailos fuera el acechador? Airam había empezado a verlo en la finca

semanas antes de que él llegara a la casa con Olivia. Eso coincidía en fechas con el inicio del verano, a finales de junio. Puede que esta vez no solo se centrara en las llamadas, sino que quisiera acercarse hasta la mismísima finca para observar desde allí a su padre y a su hermano. Pero, entonces, ¿cómo es que Mateo no lo había reconocido en cuanto se topó la primera vez con él?

Tenía tantas preguntas... Tantas dudas...

—No tiene sentido —afirmó, arrugando el rostro—. Tú has dicho que las llamadas pararon hace más de siete años. ¿Qué edad puede tener ahora Dailos?, ¿treinta y cinco? Era un maldito repetidor en la clase de Airam y...

—¿Y qué más da los años que tenga ahora? —lo interrumpió Martín.

—Porque la gente cambia. Muchos cogemos al vuelo esa segunda oportunidad que nos da la vida y tratamos de hacerlo lo mejor posible.

—¿Y para eso tenías que irte a Madrid? —le reprochó con dureza.

Yeray volvió a encajar el golpe, pero quiso mantenerse en pie antes de que su padre lo tumbara en la lona. Quiso resistir con todas sus fuerzas, aunque ya le costaba pensar.

—¡Me ahogaba!

—¿Y cuánto tengo que esperar para que una ola te dé otro revolcón y quieras salir huyendo de aquí? —lo increpó Martín.

Otro golpe directo al mentón. Bajó la barbilla y se la masajeó como si de verdad le escociera. Luego negó varias veces hasta que apretó la barbilla y quiso mirar a los ojos a su padre.

—Sabes que eso no es justo —murmuró.

—Me da igual que no sea justo. Di la cara por ti —escupió con rabia—. No tienes ni idea de todos los culos que tuve que besar para que no se presentara una denuncia contra ti. Dejaste al chaval inconsciente. Tuve que llamar a una ambulancia y esperar a que llegara mientras le secaba la sangre con mi camisa. Sí, sé que era un mierda, pero hasta un cabrón como él no se merecía morir así. Esa no era la justicia que quería para Airam. ¡Esa no!

Yeray tragó saliva y asintió, cabizbajo. Harto de luchar. Noqueado con el convencimiento de que Martín tenía razón. Se extralimitó y se negó a admitirlo durante muchísimos años.

—Lo sé ahora —admitió, sin una defensa que endulzara su confesión—. Quería que sufriera como estaba haciéndolo Airam y no medí las consecuencias.

—Se te fue el baifo. Te volviste loco —prosiguió Martín.

Yeray tragó saliva. Con rostro arrepentido, intentó ablandar a su padre:

—Por eso quiero acompañarte a casa de sus padres.

—¡Ni hablar! Por eso mismo no puedes venir.

Bufó. Sabía que Martín jamás le permitiría poner un pie en esa casa. El viejo temía que se descontrolase de nuevo y volviera a darle una paliza de muerte. Sin embargo, él tenía que estar presente en esa conversación. Había cambiado. Ya no era ese adolescente impulsivo e irracional. La ciudad lo había domado, le había enseñado que todo hombre tenía que enfrentarse a su padre para salir de su yugo. Él lo había hecho; quizá no de la mejor manera posible, pero lo había conseguido. Martín había cometido muchos errores con él, y él también con su padre. No obstante, quería demostrarle que ya no era ese chiquillo rebelde y contestón que podía enfrentarse a su pasado sin agravarlo. Además, tenía que saber si Dailos estaba metido en el ajo y trabajaba para alguna inmobiliaria. Si él no era el responsable de lo que estaba sucediendo en el Valle, quería escucharlo de su propia boca. Así podría pasar página y seguir otra línea de investigación.

—Si es Dailos quien ha retomado las llamadas, tengo que saberlo —insistió, seguro de sí mismo.

—¿Por qué?

—¡¿Por qué?! Porque esta es mi familia. Ahora vivo aquí con mi hija y quiero que esté a salvo. Y si no es él, pues le pediré perdón por lo que le hice en el pasado. No quiero que sentimientos como la venganza puedan aflorar en el Valle ahora que he vuelto. Olivia no se merece esto.

Su padre lo miró con recelo y después asintió con levedad. Sus ojos pardos, más enterrados que nunca, olfateaban la debilidad como un sabueso avispado.

—Te conozco, y sé que estás escondiéndome algo, pero ni por todo el oro del mundo me perdería tus disculpas. Iremos después de almorzar. —Se encaminó hacia la salida, pero antes de abandonar la cocina se detuvo sin darse la vuelta—. Eso sí, hijo, si él es nuestro acosador, no quiero que salga de tu boca un «Lo siento». A cada cerdo le llega su San Martín.

Lo sabía. Su padre sabía que estaba sospechando que Dailos, trastornado después de que lo obligaran a marcharse del Valle, hubiera vuelto transformado en el hombre pájaro. Aun así, todavía

no llegaba a comprender por qué no había sacado fuera esa furia antes, ya que, según Airam y el mismo Martín, muchos veranos regresaba al pueblo para visitar a sus padres.

¿Por qué ahora, Dailos?

No conocía mucho la vida del acosador de su hermano desde que se había marchado de El Retamal, ya que dos años después lo había hecho él. Se había tropezado con su padre y su hermana varias veces en la carnicería, pero ninguno fue capaz de decirle nada. Agachaban sus miradas, avergonzadas y algo temerosas, esperando a que él soltara una frase malsonante. Nunca lo hizo. Así que en cuanto les entregaban la carne, salían del local disparados. Podría haberles preguntado por Dailos, preocuparse por su estado; aunque, para ser sinceros, en esa época no le importaba demasiado lo que le ocurriera. Lo había alejado de su hermano, y su grupito de burros amaestrados jamás se atrevió a ponerle una mano encima a Airam. Les había lanzado un mensaje del que se sentía orgulloso: quien se mete con mi hermano, lo hace conmigo.

Supo que su madre se trasladó poco tiempo después con sus hermanas a San Sebastián para cuidar de él. Después de salir del hospital, estuvo en rehabilitación algunos meses, pues acusaba cierta cojera, pero, por lo que oyó decir, nada que no tuviera solución.

Algunos en el barrio celebraron el escarmiento, ya que su grupo de matones les tiraba piedras a los turistas o asustaban a las niñas enseñándoles sus partes íntimas para que salieran corriendo. Recordó que Diana fue una de sus innumerables víctimas en una ocasión. Pero ella no huyó. Se quedó mirándolos, señalándolos con el dedo y riéndose de ellos. Después, al llegar a casa, ni corta ni perezosa se lo contó a su hermano y a Mateo. Este no dudó en hacerle una visita poco amistosa a los Martínez. Tal vez fuera ese el motivo por el que el padre de Dailos no se acercó jamás para increparlo o amenazarlo por lo ocurrido. En el fondo, sabía que era un maldito abusador.

Sin embargo, le costaba imaginar que después de tanto tiempo Dailos no hubiera rehecho su vida de alguna manera. Las chiquilladas del pasado se quedaban en el pasado y en la memoria de los protagonistas, puesto que eran pocos en el pueblo los que se acordaban del incidente. Aunque no podía calificarse de otra travesura sin importancia. Además de que la vida de Dailos había estado pendiente de un hilo, le costó una buena reprimenda de su

padre y que desde ese día lo mirara como si se hubiera convertido en un asesino. Su madre fue incapaz de dirigirle la palabra durante días, ya que lo único que hacía era llorar. Y Airam, en lugar de verlo como el héroe que esperaba, lo contemplaba como si fuera un ser sin alma, sin corazón. Solo Yaiza lo había felicitado, y le había asegurado que si no lo hubiera hecho él, ella lo habría molido a palos.

Su reputación de chico centrado en los estudios y con notas excelentes había cambiado a la de rebelde sin causa. Y eso lo había marcado sobremanera. Tenía un tachón en el corazón que era imborrable, y muchos lo miraban con recelo, como si dentro de él habitara un monstruo oscuro y maligno dispuesto a aflorar cuando menos lo esperaran. Se había convertido en una especie de Dr. Jekyll y Mr. Hyde.

Imprevisible. Violento. Irascible.

Puso un caldero de agua a hervir, decidido a cocinar un arroz blanco y a freír algunos plátanos. En ese momento, era lo mínimo que podía hacer por la familia. No se encontraba con ánimos de ayudar en la finca. Su padre le había despertado recuerdos que tenía enterrados bajo varias capas de tierra, olvidados para que no pudieran dañarlo cuando quisieran, pero se habían escapado y ahora lo torturaban de nuevo, veinte años después. Así que prefirió distraerse moliendo en el pasapuré los tomates para hacer una buena salsa que acompañara su arroz.

Ya por la tarde, cogieron la furgoneta y se dirigieron a la casa de los padres de Dailos, quienes vivían en La Vizcaína, a pocos metros del tanque de riego El Molino. La función era la de almacenar el agua proveniente de los barrancos para su uso posterior en el riego de los cultivos, como la mayoría de la zona.

Yeray distinguió la casa rosada y se revolvió en el asiento. Demasiados recuerdos ingratos lo devolvían a una fotografía donde él dejó de ser él por unos minutos largos. Recordaba los gimoteos de Dailos, las súplicas y cómo llamaba a su madre desesperado mientras él se ensañaba con su rostro ensangrentado. No ocultó su pesar. Le disgustaba tener que verlo cara a cara por primera vez después de aquel incidente, pese a que los años habían diluido aquella fotografía en su memoria y apenas podía contemplarla en su totalidad. Inspiró hondo antes de avanzar hacia la entrada del caserío.

Aurora, la madre de Dailos, les abrió la puerta y dudó unos segundos si dejarlos pasar. Había resentimiento en las líneas definidas de su rostro, las cuales trataba de ocultar tras una sonrisa fingida. Martín insistió en que necesitaba hablar tanto con Felipe como con ella, y a Aurora, después de unos segundos de batalla interna, no le quedó más remedio que dar un paso al lado y permitir que entraran en su casa.

—Felipe ha salido un momento. Creo que no tardará —se excusó la mujer, de largos cabellos grises recogidos en una castaña poco favorecedora.

—No pasa nada, Aurora. Podemos esperarlo en la sala.

No tomaron asiento hasta que ella se lo indicó con un gesto de la mano. Yeray percibía su disgusto, incluso cuando les sirvió dos vasos de agua fresca como buena anfitriona. Le temblaba el cuerpo de arriba abajo y evitaba mirarlos a los ojos, sobre todo a él. Y podía comprenderla. El monstruo que casi mató a su hijo estaba sentado ahora en su sofá con una actitud predispuesta a un diálogo, el cual le inspiraba un profundo recelo. No solo se lo decían sus dos iris azules, que se movían con desconcierto y al mismo tiempo con curiosidad. Sobre todo, la delataban sus músculos tensos y un ligero tic en su barbilla redondeada que saltaba de vez en cuando.

—¿No está Dailos por aquí? —Yeray rompió el silencio afilado con una pregunta que enfrió aún más el ambiente.

—También ha salido.

—Entonces, ¿está en el Valle? —insistió, sin dejar de estudiar el rostro de la mujer.

Aurora palideció y se frotó las manos, nerviosa.

—Sí, viene algunos veranos cuando el trabajo se lo permite. Pero eso ya lo sabe tu padre. —Le lanzó una mirada inquisidora al viejo que este recibió con indiferencia—. No soy tonta. ¿Qué es lo que pasa?

—Podemos esperar a que llegue tu marido —le aconsejó Martín.

—No, podemos hablar ahora y puede que zanjar este asunto antes de que Felipe llegue. No está muy bien de salud y no quiero que se sobresalte lo más mínimo. Tu hijo no habría venido hasta aquí si no se tratara de algo importante, Martín. Y yo empiezo a estar cansada de que todos los males de este mundo sean culpa de Dailos. Muy harta.

Martín carraspeó y ocultó su malestar inicial llevándose el vaso de agua a la boca. Necesitaba humedecer el paladar, puesto que no le

hacía gracia tratar con Aurora directamente, por muy enfermo que estuviera Felipe. Los asuntos de hombres era mejor que los llevaran hombres, y él había hecho un trato con su marido en el pasado, no con ella.

—Hace unos ocho años, si mi memoria no me falla, Ángela y yo vinimos a hablar contigo. Felipe tampoco estaba y tú nos prometiste que solucionarías el problema. No lo hiciste. Y ahora han comenzado las llamadas anónimas de nuevo —le contó el viejo, sin que le temblara el labio.

—No es Dailos —dijo de forma rotunda.

—Tampoco lo creías en ese entonces, y era él. Lo sabes. —Aurora frunció los labios, preocupada. No había querido sentarse hasta ese momento y lo hizo con cierta desgana—. Nos prometiste que hablarías con tu marido, pero no lo hiciste. Lo sé porque a la semana siguiente coincidí con él en la panadería y no tenía ni idea de nuestra conversación.

—Dailos ya había recibido suficiente castigo. Lo apartamos de nosotros para que tus hijos pudieran crecer tranquilos en el Valle. Yo nunca estuve de acuerdo con ese trato y se lo dejé bien claro a Felipe —los informó, con un rostro que no mostraba arrepentimiento —. Era solo un niño que se divertía haciendo alguna trastada o gastando alguna broma.

Yeray abrió los ojos de par en par, incrédulo por la vaga defensa que estaba haciendo de su hijo.

—Me alegra saber que tenga en tan alta estima a Dailos, pero ese adolescente bromista y juguetón, como usted insiste en calificarlo, perseguía a mi hermano día tras día hasta mi casa. Airam trataba de huir de él y de su grupito de animadoras sin cerebro —le recordó, esforzándose en no transmitir ninguna emoción, aunque estaba resultándole casi imposible—. Y mi hermano terminaba corriendo por el borde de los barrancos con la esperanza de que esos tres animales no se atrevieran a ir tras él por esos senderos peligrosos. Pero lo hacían. Y lo cogían. Entonces, le daban una paliza, lo dejaban en calzoncillos y se meaban encima de él. ¿Y usted está hablándome de bromas entre chiquillos? ¿De verdad se sentía mejor por las noches cuando se acostaba pensando que su hijo se había divertido como cualquier niño del barrio?

Ella tragó saliva, incómoda, y evitó mirarlo a la cara.

—No es culpa mía que el retrasado no supiera defenderse —soltó con una lengua cargada de tanto veneno que hasta Martín fue

salpicado con su inquina.

El viejo se levantó como impelido por un resorte. En una zancada, llegó hasta ella y la acorraló contra el respaldo del sillón.

—¿Retrasado, dices? No me extraña que tu hijo haya crecido torcido, dada la mala hierba que tiene a su lado —le dijo entre dientes mientras inclinaba el torso hacia delante—. No contaba con nadie que le enseñara a quitársela de encima y chupó de su mismo veneno. Eres una víbora.

Yeray abandonó el asiento y agarró a su padre por el brazo para separarlo de la mujer. Se interpuso entre ambos, y con las manos empujó a Martín hasta devolverlo al sillón, aunque el cabezota de su padre se negó a sentarse. Luego se dio media vuelta y observó a la mujer con la barbilla bien alta, tenso, lleno de rabia y procurando que el temblor de sus labios no se hiciera más evidente. No quería que ninguno de los dos apreciara su debilidad.

—Por suerte, yo sí sé defenderme y tomé cartas en el asunto. —Yeray chocó varias veces el puño derecho contra la palma de la otra mano al tiempo que ella se tapaba la boca horrorizada. Sabía que no tendría que haber hecho ese gesto impropio de él, pero en ese instante pensó en la familia.

—Si no se van ahora mismo de mi casa, llamaré a la policía —los amenazó nerviosa y con la voz entrecortada.

—Llámala —la alentó Yeray—. Estoy deseando presentar una denuncia por acoso y solicitar una orden de alejamiento.

—¡Mi hijo no es el responsable de esas llamadas! —les gritó histérica—. No es él. Esta vez, no es él.

—¿Por qué está tan segura? —Yeray se apartó y le dejó el espacio que necesitaba para que se levantara y no se sintiera acorralada. En ningún momento se le pasó por la cabeza pegarle, ni siquiera se había presentado en su casa con el ánimo de amedrentarla, pese a que había insultado a su hermano de una manera tan cruel—. ¿Sabe quién está llamándonos?

Ella negó con la cabeza.

—No, pero nosotros también empezamos a recibir esas llamadas —le confesó—. Comenzaron el día que tú llegaste a la isla.

—¿Qué? —Yeray no lo comprendía. ¿Qué trataba de insinuar con esa afirmación?

—Eso no tiene ningún sentido, Aurora —afirmó el viejo, con el entrecejo arrugado—. ¿Para qué querría mi hijo llamar a esta casa después de veinte años?

—¿Para amenazarnos como lo ha hecho ahora? —La mujer, aunque menuda, se cuadró resuelta frente a los dos hombres.

—Eso es una estupidez —se defendió Yeray—. Yo no he venido aquí para nada de eso.

—¿Seguro? Dicen que encontraste al viejo Mateo colgado de un árbol y que te colaste por el balcón de Lala para empujarla por las escaleras —se atrevió a decir la mujer, con una lengua que hablaba más rápido que sus intensos ojos azules.

Yeray soltó un bufido y se lamentó de que los cuchicheos ya hubieran comenzado.

—Eso no ocurrió así. —La miró con incredulidad y, luego, con el desprecio propio de una bruja sacada de los cuentos infantiles: maligna y cruel.

—Eres tú el que nos llama para que nos caguemos de miedo —lo acusó con el dedo índice—. Has planificado un plan de venganza casi perfecto, y ahora tu próxima víctima será mi hijo, pero no vamos a permitírtelo.

Martín se llevó las manos a la cabeza, sin dar crédito a nada de lo que estaba soltando la mujer.

—Pero ¿qué machangadas estás diciendo? Mi hijo puede ser muchas cosas, pero no es un asesino.

Yeray tuvo que parpadear varias veces para que no se produjera un cortocircuito en su cerebro. Había llegado a la casa con el ánimo de facilitar un diálogo que le aclarase algunas dudas, ya que en el fondo no creía que Dailos fuera tan estúpido de disfrazarse de cernícalo e ir asustando a los ancianos, pero aquello estaba convirtiéndose en una caza de brujas, donde él era la persona que iría directamente a la hoguera. Quiso dirigirse a la salida, pues no estaba dispuesto a escuchar más sandeces, sin embargo, ella continuó:

—Mateo no quería que tú salieras con Diana, decía que no eras bueno para ella, y Lala fue testigo de la paliza que le diste a mi hijo. Entonces, cuando tu padre se enteró y supo que yo había hablado con ella para que me acompañara como testigo, le pagó para que no hablara.

—¿De qué está hablando? —Yeray posó sus ojos triturados como el cacao en el rostro impasible de su padre.

—No la escuches. Está loca. Ahora sé por qué jamás le contó a Felipe que nos reunimos con ella ni lo de las llamadas, ¡nada!... Está como un cencerro.

De pronto, escucharon el sonido de unas llaves introducirse en la cerradura y Aurora aprovechó el momento para correr hacia el pasillo y gritar ayuda con el mismo desespero que si unos ladrones armados hasta los dientes hubieran entrado en la casa.

—¿Qué ocurre?

Martín escuchó la voz conciliadora de Felipe y los continuos gimoteos de su mujer, a quien no se le entendía nada de lo que quería verbalizar. El viejo se metió las manos en los bolsillos con paciencia y aguardó a que Felipe entrara en el salón. No quería que lo viera como una amenaza, sino como un vecino que había ido a aclarar ciertas dudas. Sin embargo, no fue Felipe el primero que se adentró en el salón, sino Dailos. Empujaba un carrito con un bebé que apenas tendría un año. Tenía los mismos ojos negros y grandes que su padre, aunque su cara era más agraciada que la suya.

—¿Por qué estás en mi casa? —Ignoró la presencia de Martín y se enfocó en el rostro de Yeray, todavía apabullado por la teoría esperpéntica de Aurora.

—Estamos haciendo una visita cordial. Nada más —le respondió, sin querer ofrecerle más detalles.

—No hay nada cordial que pueda salir de ti.

Yeray apretó los labios y dibujó una sonrisa teatral. Ya le habían dejado claro que, a pesar de los años, no era bien recibido en la casa.

Su padre intentó apelar al buen sentido común que siempre había caracterizado a Felipe y añadió:

—No estamos aquí para armar jaleo. Desde hace unas semanas, han empezado las llamadas.

Felipe no respondió. Se limitó a sacar a su nieto del carro y cogerlo en brazos mientras le acariciaba la espalda. No quería intervenir en la charla amistosa, sino escuchar las palabras de la boca de su hijo que habían sido silenciadas durante años:

—Se dice en el bar que hay un pájaro enorme sobrevolando tu finca —comenzó Dailos—. Creo que es un cernícalo. Por lo visto, acecha a todos los miembros de tu familia desde el aire y posa sus pies grandes en el suelo para darse una vuelta por tu finca y así poder mirar mejor a través de las ventanas de la casa de los Darias. —Paseaba por el salón con aires de grandeza, con esa actitud prepotente de la que alardeó mucho cuando era un adolescente—. ¿No te parece curioso? El cernícalo es un ave diurna, pero a este en particular le gusta la oscuridad de la noche. Jugar al escondite

contigo. Reírse de ti. Y sacarte de tus casillas. ¡Un monstruo ha vuelto al Valle! —anunció pletórico al tiempo que alzaba los brazos —. Pero no sabemos quién se comerá a quién. ¿Quieres que hagamos una apuesta? —La punta de su zapato cruzó el límite de la distancia personal moralmente admitida. Yeray la observó y luego alzó la mirada para encontrarse con el rostro fresco de Dailos—. Ahora, lárgate de mi casa. Yo no soy el culpable que estás buscando. Esta vez, tendrás que moler a palos a otro.

Yeray percibió cómo una de las venas de las sienes se le hinchaba de manera evidente. Podía contar sus palpitaciones, arañar la superficie hasta hacerla sangrar, pero se contuvo. El rostro tierno de Claudia emergió de las profundidades para recordarle que nunca fue ese chico en el que todos insistían que era en realidad. Si Diana había conseguido que se reconciliara y abrazara su parte más pasional, Claudia lo había hecho con su parte más dulce. Las dos lo habían ayudado a su manera. Y ahora Diana había logrado que ese trozo de su corazón que él había dado por muerto volviera a la vida.

Dailos no tenía ni idea de lo que estaba hablando, y por primera vez Yeray sintió pena por él. Imaginó que fueron muchos los años donde la inquina y la frustración lo llevaron a odiarse a sí mismo, aunque el destinatario de su rabia era él: Yeray Darias.

No obstante, apenas le dedicaba unos segundos a la semana para acordarse de él. Quizá, al principio, su memoria le gastaba malas pasadas, pero su recuerdo fue enterrado en el olvido como el último puñetazo que le profirió. Había sido afortunado. Conoció a Claudia, terminó sus estudios de ingeniero, consiguió empleo y luego llegó Olivia. Nunca quiso regresar al Valle, porque allí tenía todo por lo que siempre había luchado. No existían los Dailos ni los hermanos como Ricardo, dispuestos a perseguir a la joven pareja para castigarlos. Y aunque echaba de menos a su madre y a Airam, tenía que reconocer con el dolor de su alma que tampoco existían los Martín en su nuevo hogar.

Su padre le dio dos palmaditas en la espalda y le susurró que era mejor abandonar la casa. Había llegado dispuesto a obtener respuestas sobre lo que estaba sucediendo en el Valle, pero tenía que salir con el rabo entre las piernas y un sinfín de dudas en los bolsillos.

No podía asegurar que Dailos fuera su hombre pájaro.

No podía asegurar que esa pesadilla estuviera llegando a su final.

No podía asegurar que su vida ya no corriera peligro, pues de alguna manera esa familia de chiflados lo había amenazado.

Se encaminó hacia el pasillo, cabizbajo, con cierta sensación de derrota, cuando quiso dirigirse a Felipe por última vez:

—¿Has recibido alguna oferta por tus terrenos?

—Creo que eso no es de tu incumbencia —le respondió con una frialdad que heló las paredes estrechas del corredor.

De pronto, escuchó el sonido de un teléfono retumbar en el salón que apenas habían abandonado. Chillaba exaltado. Y fue imposible evitar un intercambio de miradas donde todos exponían sus argumentos. El de Yeray estaba claro: estoy aquí, así que yo no soy tu acosador.

Aurora pareció leerle el pensamiento y se adelantó a cualquier deducción errónea de los presentes:

—Puede ser Marita. Dijo que me llamaría hoy.

La mujer se internó en la sala y descolgó el teléfono ante la expectación de los cuatro hombres.

—¿Quién es? —Hizo una pausa que a todos les pareció interminable, para luego añadir—: ¡Basta ya de bromas! Voy a denunciarte, maldito Yer... —No terminó de pronunciar el nombre, puesto que Yeray había regresado al salón y se encontraba justo enfrente de ella. Aun así, no quiso desperdiciar una buena acusación —: Puede que sea el subnormal de tu hermano —se excusó de forma nerviosa y apresurada al tiempo que colgaba la llamada.

Entonces, escucharon otro teléfono sonar. Venía desde el interior de la pared. No, desde el interior no, sino del otro lado. Su soniquete era estridente, y por eso les daba la sensación de que se trataba de otro teléfono que tuviera la familia.

—Es el fijo de Irene, nuestra vecina. Tiene un ruido escandaloso.

De improviso, el teléfono de los Martínez comenzó a vibrar de nuevo; no obstante, esta vez Yeray no aguardó a que respondieran, sino que salió a la calle empujado por los latidos recién recuperados de su corazón y descubrió que su pálpito no se equivocaba: todos los teléfonos fijos de las casas de los alrededores sonaban al unísono, fruto de un contagio invisible que los obligaba a emitir un retintín impropio de ellos, ya que muchos parecían gritar como las alarmas de los coches al saltar sin ton ni son.

—¿Qué demonios está ocurriendo aquí? —preguntó Martín mientras su mirada se movía de casa en casa—. ¿Es que los teléfonos se han vuelto locos?

Yeray extrajo el móvil de su pantalón y constató que no estaba siendo afectado por lo que fuera que estuviera sucediendo en el Valle en ese instante. Buscó rápido el número de su hermano y lo llamó.

—Venga, contesta, Airam. Contesta.

Las sirenas de dos coches policiales lograron que ambos apartaran la vista del móvil y siguieran a los vehículos. Desfilaron por la calle San Antonio hasta que giraron por el camino Cerco Rey. Desde allí podrían alcanzar el colegio público de El Retamal o también internarse por el camino El Coquillo para dirigirse hacia el mismo centro de El Retamal. Es verdad que podrían escoger otras carreteras para llegar a diferentes puntos, como Los Jardines de La Molina o tomar rumbo hacia La Rinconada, pero, en ese momento, tanto Yeray como su padre pensaban en su casa. En Olivia y Airam.

—Esto no me gusta nada —masculló Yeray.

—Hay muchas casas por ese camino. No tiene por qué haber ocurrido algo en la nuestra.

—Lo sé —admitió al tiempo que se subía en la furgoneta—. Pero esto no puede ser obra de Dailos solo. Él estaba en la misma habitación que nosotros mientras todos los teléfonos se volvían locos.

—¿Has visto el odio en sus ojos? —le preguntó Martín, sin abandonar del todo la inquina—. Yo no lo descartaría tan a la ligera. Podría contar con cómplices.

—¿Capaces de hackear la red fija? —Yeray soltó un resoplido incrédulo—. Ese tío es un idiota.

Martín entornó los párpados y sus ojos hundidos casi desaparecieron tras un rostro lleno de arrugas.

—¿Y en quién estás pensando, hijo?

Yeray observó el semblante sincero de su padre y sufrió un ligero mareo. Tuvo que esforzarse en abrir bien los ojos y concentrarse en la carretera para no terminar derrapando y caer en el fondo de cualquier barranco. Su padre, el gran Martín Darias, le pedía su opinión, y entonces supo que de verdad estaban jodidos.

Capítulo 11
LA FOTOGRAFÍA



Apresurados, abrieron la puerta de la casa de manera brusca, pese a que ya habían comprobado que los vehículos de los policías se encontraban lejos de la finca. Se desgañitaron llamando tanto a Airam como a Olivia mientras rebuscaban en cada habitación de la casa. Yeray pensó que le daría un infarto, pues sentía una opresión en el pecho semejante al dolor provocado por el aplastamiento de una platanera. No lo dejaba respirar y le impedía que la voz le saliera con normalidad. Aun así, continuó llamando a su hija.

Se tambaleó hasta llegar a la cocina y se agarró a los bordes de la mesa hasta que recuperó la serenidad. Controló la inhalación y la exhalación. Poco a poco. Paso a paso. Tenía que pensar con claridad, dejar atrás el miedo que lo devoraba por dentro. Y entonces se preguntó: «¿Dónde se escondería Airam si intuyera algún peligro?». La respuesta se le presentó de inmediato en la mente, como el

fogonazo del flas de una cámara vieja: en el armario de su dormitorio o en el cuarto de aperos que tenía su padre cerca de la finca. Pensó que la segunda opción era la más viable, ya que Airam había estirado mucho y apenas le cabrían los pies en el armario. Además, los habían llamado tantas veces que era imposible que ninguno de los dos contestara o saliera del escondrijo al escucharlos.

Sin dudarlo, abrió la puerta de atrás y se dirigió hacia la pequeña construcción donde Martín guardaba todas sus herramientas. Le parecía increíble que todavía no la hubiera encalado y adecentado con un techo que no fuera más que una plancha de zinc mal atornillada, aunque al menos contaba con una puerta de madera gruesa para que a nadie se le pasara por la cabeza entrar a robarles.

Giró el pomo con rapidez y dio un respingo cuando los encontró agazapados en el fondo del cuartucho. No se hallaban solos: Toby estaba con ellos. Movió la cola en cuanto lo reconoció y se acercó a él para que le acariciara el hocico. No obstante, Yeray ignoró al perro y con ojos perplejos observó que tanto su hermano como su hija llevaban puestos unos casquetes de papel de aluminio confeccionados a mano en la cabeza. Además, Airam sostenía un pequeño transistor a pilas en una mano, y en la otra, un tercer gorrito que supuso que le había hecho a Toby. Deslizó la mirada hacia el suelo y distinguió un par de linternas, varios jugos y chocolatinas y la pequeña caja de primeros auxilios que su padre guardaba en la cocina por si alguno se cortaba o sufría una lesión mientras trabajaban en las plataneras.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—¡Oh, papá! Menos mal que has llegado. —Olivia se abalanzó sobre sus brazos y él la miró todavía confuso.

—¿Qué llevas en la cabeza?

—Es para que los alienígenas no escuchen nuestros pensamientos —le respondió con una seguridad que lo dejó aún más pasmado—. El tío Airam lo vio en una película y dice que funciona.

—¿Qué alienígenas? —preguntó con temor.

Airam se levantó, se sacudió sin mucho esmero el polvo de los pantalones y se aproximó a su hermano con paso tímido.

—Hola, Yeray. Lo vi en *Señales*. Una pelí-lícula donde una familia se t-t-tiene qu-que proteger de los extra-te-te-terrestres.

—¿Desde cuándo padre te deja ver esa clase de películas? —le reprochó al tiempo que su mirada se posaba en el ridículo gorro.

—Así que estaban aquí. —Martín entró aliviado en el cuarto de aperos y luego posó su mirada escandalizada en el rostro de Airam —. ¿Qué te has puesto en la cabeza?

—Vale, vamos a dejar eso para luego y centrémonos en lo importante. —Yeray quiso quitarle hierro al asunto para evitar que comenzara una discusión que no los llevaría a ningún lado—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

Airam, visiblemente nervioso, se quitó el gorro y comenzó a estrujarlo mientras se aclaraba la garganta.

—El teléfono —consiguió desvelar al fin—. No ha pa-parado de sonar. Lo he co-cogido la pri-primera vez y no había nadie. Ruidos. M-m-muchos ruidos.

—Y luego ha vuelto a sonar sin parar. Cinco o seis veces, no me acuerdo —continuó la niña—. Y la tele se ha vuelto loca. Los canales han comenzado a cambiarse solos, y de dibujos ha pasado a documentales, luego a una película del Oeste, luego a...

—Está bien —la interrumpió su padre—. Entonces, ¿la tele también se ha visto afectada?

Los dos lo miraron con las bocas semiabiertas y sin comprender del todo a qué se refería.

—Quiere decir que la tele también se ha vuelto loca, no solo el teléfono. —Martín hizo un gesto con la mano para que ignoraran las sutilezas de Yeray—. ¿Y qué ha pasado después?

—Hemos tenido mucho miedo, así que hemos dejado el teléfono descolgado y hemos apagado la televisión —les explicó Olivia, gesticulando de forma exagerada—. Y entonces, hemos escuchado más teléfonos.

—Pero no eran de aqu-quí. —Airam respiraba intranquilo. Se guardó el gorro en el bolsillo trasero del pantalón y comenzó a frotarse las manos, nervioso—. S-s-sonaban por todo el Valle. Y entonces he sabido qu-que ya estaban cerca.

—¿Quiénes? —Yeray ya no podía abrir más los ojos.

—Los extraterrestres, papá, que no te enteras —le aclaró la pequeña.

Incrédulo, entornó los párpados y dejó escapar un leve suspiro. El día no había comenzado como esperaba y había continuado aún peor, como para luchar ahora contra extraterrestres salidos de la imaginación desbocada de su hermano.

—Cariño, no hay ninguna invasión de platillos volantes ahí fuera. La red telefónica ha debido sufrir una sobrecarga o un jaqueo para

que sonaran los teléfonos del Valle al mismo tiempo.

—¿Y la televisión? —insistió ella.

Yeray buscó apoyo en los ojos pardos de Martín, quien tampoco se creía demasiado la explicación de su hijo.

—A mí no me preguntes, yo no soy el ingeniero. —El viejo levantó las manos y se encogió de hombros.

—Pero el tío Airam le sacó una foto hace unos días a uno de esos extraterrestres con el móvil. —Yeray escudriñó en los ojos titilantes de su hija y supo que no mentía. En ese momento, todo el vello de su cuerpo se le erizó y no pudo despegar los labios—. ¿Quieres verla?

Miró a su hermano con la esperanza de que negara lo que Olivia le había revelado, pero solo encontró miedo y desazón. Era evidente que Airam no quería que nadie conociera esa información, aunque no había dudado en enseñársela a una niña de nueve años.

—¡Eso es imposible! —exclamó Martín—. Le habrás sacado una foto a una cabra desorientada.

—¿Dónde la tienes? —Yeray ignoró a su padre y se centró en su hermano. Si existía la posibilidad de tener una foto de quien él imaginaba que sería el acosador disfrazado, tal vez podrían ir a la policía con ella.

—En mi móvil. Lo he dejado en la casa p-p-para escondernos aququí —afirmó con un aire de inocencia—. Pueden escu-cuchar nuestras conversaciones.

Yeray tomó la delantera y se dirigió a la casa con zancadas firmes. Esa supuesta fotografía podría suponer un antes y un después en aquel caso enrevesado, por eso tenía que verla con sus propios ojos. Esperó en el salón a que su hermano regresara del dormitorio, donde había ocultado el móvil en un lugar secreto. Era consciente de lo que suponía para Airam contar con pequeños escondrijos por toda la casa para guardar lo que se le antojaba, desde una moneda que consideraba antiquísima hasta una piedra amarilla que se había encontrado en la finca. Todo era un tesoro para él, y esos lugares eran su forma de mantenerlo a salvo de las manos negras y, en cierta manera, de protegerse a él mismo.

Por eso calmó sus nervios y aguardó con una paciencia aparente junto a su padre. A Olivia sí le había dado permiso para seguirlo, así que supuso que confiaba en la niña más que en cualquier ser humano que hubiera conocido hasta ahora. Y eso era algo positivo. El carácter amable y social de Airam se había visto perjudicado con

la muerte de su madre, ya que era esta la que siempre estaba pendiente de él y la que fortaleció su personalidad después de que sufriera esos episodios de acoso en la niñez.

—Te pido que si no hay nada en esa foto que pueda ser importante, no le sigas el juego. Airam necesita tener los pies puestos en la tierra. —Martín estaba intranquilo, lo que no dejaba de ser una sorpresa, puesto que siempre estaba con la vara en la mano, dispuesto a dejarla caer sobre quien lo incomodara.

—¿Y si hay algo? ¿Qué me sugieres que haga entonces? —Por primera vez, su padre no supo qué responderle y agachó la cabeza —. Tú mismo has visto que están sucediendo cosas inusuales en el Valle, incluso aquí, en nuestra finca. Yo no creo que sean alienígenas. Hay una persona de carne y hueso detrás de todo esto. Y si queremos ponerle fin, tendremos que atraparla. Solo quiero saber si esta vez puedo contar con tu ayuda.

—Siempre la has tenido, pero no has sabido verla.

Antes de que Yeray pudiera responder a su observación, Airam irrumpió en la habitación con el móvil en la mano. Lo sostenía como si le escociera, como si esa fotografía digital de la pantalla estuviera ardiendo o mordiéndole los dedos para escapar de allí, de esa prisión tecnológica, y aparecer frente a los cuatro como un ser verdadero.

Le entregó el aparato a su hermano y, a simple vista, Yeray no distinguió nada anormal. La foto estaba oscura y con un encuadre muy poco acertado, aunque habría que decir a favor de Airam que la sombra que le señalaba con el índice estaba centrada, y eso era todo un triunfo. El grandullón solía presionar el botón de la cámara una y otra vez sin tener en cuenta el objetivo.

—¿Solo tienes esta? —le preguntó desilusionado.

—No, hay dos más. Me-me asusté m-m-mucho y luego salí co-corriendo.

—¿Cuándo las hiciste? —le preguntó al tiempo que deslizaba la imagen y se situaba en otra que parecía más nítida.

—Hace dos noches.

—¿Y por qué no me has dicho nada? —Airam guardó silencio y torció el gesto para que no pudiera ver su rostro. Yeray supo que estaba asustado, que en lo más hondo de su ser continuaba siendo ese niño temeroso que se escondía en el armario cuando creía ver a un monstruo—. No se aprecia muy bien. Veo un borrón en el medio de las plataneras y poco más.

Su hermano deslizó con un dedo la pantalla y se colocó en la última foto.

—Esta es la m-m-mejor —le aseguró.

Yeray percibía el aliento expectante de tres bocas sobre su nuca: Martín situado detrás, a su derecha; Airam, en su lado izquierdo, y Olivia, quien se había subido a uno de los brazos del sillón y se apoyaba en sus hombros.

—Veo una silueta en el fondo, pero podría ser un animal.

—Ya te he dicho que sería una cabra —insistió su padre—. No es la primera vez que le llamo la atención a Domingo. No hay mes que se le escape alguna y aparezca en la finca.

—No es una cabra —aseveró Yeray.

Entonces, con los dedos índice y pulgar agrandó la imagen hasta que obtuvo un mejor encuadre de la silueta. Era larga y enjuta, como si fuera una sombra proyectada en una pantalla blanca de un cine. A pesar de lo estilizadas que eran sus piernas, no lograba diferenciar los pies del suelo. Parecían un borrón en la tierra, por lo que no conseguía ver sus zapatos. Sus manos estaban entrelazadas por detrás, a la altura de lo que parecía ser su trasero, así que tampoco podía discernir sus dedos. Sin embargo, desde los omoplatos hasta la mitad de sus muslos contaba con una especie de armazón que le recordó al de las tortugas. No, no era eso. La foto estaba muy oscura. No se trataba de un escudo protector engarzado con huesos. Había algo más.

Aumentó aún más el tamaño de la imagen, centrándose en esas protuberancias que le sobresalían de la espalda. Y entonces lo vio: ¡eran alas! Unas alas que, aunque replegadas, estaban bien definidas en todo su contorno.

—¿Tiene plumas? —preguntó Olivia al aire, deseosa de que cualquiera de los tres adultos le respondiera.

—No se ven muy bien —le contestó mientras jugaba con el tamaño de la foto.

—Pues ahí lo tienes —sentenció su padre—. ¡Tu hombre pájaro! Tenías razón, hijo. Hay un cabrón acechándonos cuando nos vamos a la cama. Ahora intenta fijarte en su cara, a ver si podemos averiguar quién es el acosador.

Yeray siguió las instrucciones de Martín y quiso estudiar primero su barbilla, puesto que su rostro quedaba enmarcado entre dos plataneras y apenas se diferenciaban sus líneas. Pudo determinar que tenía un mentón anguloso, no obstante, fue incapaz de

distinguir sus labios. La nariz, a simple vista, podría ser aguileña, pero tampoco podía afirmarlo con seguridad. Tendría el cabello corto o recogido en una castaña, ya que no sobresalía en la fotografía, o bien podría ser que la hoja de una de las plataneras tapara su cabellera. Al igual que sus pies, la cabeza se reducía a un manchón poco fiable, a excepción de la barbilla y la nariz. Tampoco le vio las orejas, y al llegar a los ojos, dio un respingo.

Había dos puntitos rojos en el lugar de las pupilas. De hecho, eran tan pequeños que, si no hubiera agrandado la fotografía, no los habría apreciado a simple vista.

—Te dije que era un monstruo —le repitió su hermano.

—No hay duda, papá. Es un extraterrestre.

—¡Bobadas! Es un idiota disfrazado que se ha puesto lentillas rojas para asustarnos más —sentenció Martín—. Bien hecho, hijos míos. Tenemos al culpable.

Yeray sacudió la cabeza y miró a su padre como si hubiera perdido la razón.

—No tenemos nada. No podemos ir con esto a la policía. No tenemos ni idea de quién se trata.

El viejo bufó. No estaba dispuesto a tirar la toalla, ahora que tenían la evidencia de que un perturbado se colaba por las noches en su propiedad.

—Pero la verán, y sabrán que no es la primera vez que alguien se mete en mis plataneras. El otro día presenté una denuncia, y ahora tienen la prueba —afirmó tajante mientras colocaba las manos en la cintura, como si fuera el sargento de un pelotón—. Que se dediquen a hacer su trabajo y que hagan más rondas nocturnas. Un chiflado anda suelto.

—Esto no explica lo de las llamadas ni lo de Mateo —murmuró, sin apartar la vista del móvil.

—Explica lo de Mateo —lo contradijo al tiempo que ensanchaba el pecho, orgulloso de sí mismo—. Este demente estaba colándose en su finca para asustarlo mucho antes que a nosotros. Lo siguió varias noches hasta la nuestra, por eso el pobre hablaba de cernícalos. Perseguía a un hombre disfrazado de pájaro que él creía que era verdadero, y como su mente estaba débil por el duelo de su mujer, creyó que era un fantasma que venía a por su alma. Por eso se quitó... —Miró a Olivia, quien atendía a su conclusión con un gran interés, y se calló. No era bueno hablarles a los niños de muertes

horribles, sobre todo cuando su madre había sufrido una—. Ya me entiendes.

—¿Y qué hay de las luces en el cielo y de la hora del despertador? —insistió Yeray.

—Basura espacial. No nos quedamos tranquilos ensuciando nuestro planeta, que también tenemos que contaminar el universo entero. No estés buscándole los tres pies al gato, hijo. Mañana me presentaré en el cuartelillo y que ellos atrapen al culpable.

Yeray se rascó la coronilla y arrugó el rostro, poco convencido. Sí, sin duda había un loco suelto que se creía un pájaro y que había precipitado las muertes de Mateo y Lala. Sin embargo, la foto, aunque probaba su existencia, no arrojaba luz a su identidad, y eso seguía convirtiéndolo en un hombre anónimo y peligroso. Continuaría con sus escapadas nocturnas en busca de víctimas inocentes.

—Podrías instalar cámaras de seguridad —le sugirió—, por si no dan con él tan rápido.

Martín lo torpedeó con la mirada y luego frunció los labios, pensativo. Nunca sintió la necesidad de convertir su finca en un enjambre de cables y pantallas que vigilaran hasta sus propios pasos, ni siquiera cuando años atrás se produjo en el Valle una oleada de robos de papayas.

—Me lo pensaré. —Se dio media vuelta, pero antes de abandonar la sala, se atusó los cabellos grises con una mano que luego se limpió en los pantalones—. Ahora voy a darme una ducha. Tengo el cuerpo pegajoso gracias a la maldita ola de calor que tenemos encima.

Yeray se dejó caer en el sofá. Tanto Airam como Olivia repitieron la acción y se sentaron a ambos lados. Lanzó un resoplido cansino y los dos volvieron a imitarlo.

—¿Y ya está? —dijo la niña, algo decepcionada—. ¿No hay invasión alienígena?

—Pues yo me qu-quedo más tra-tranquilo.

—Es mejor que no tiremos los gorros de aluminio, por si acaso —le recomendó Olivia.

Airam se incorporó para sacárselo del bolsillo del pantalón y lo miró con extrañeza, pero con convicción.

—¿Crees qu-que tenemos que reunir más co-comida?

—Creo que sí. Esto no ha terminado —predijo la niña muy segura —. Yo tampoco creo que sea un hombre con lentillas rojas. Nos lo dicen para que no nos asustemos, pero nosotros somos más listos.

—Eso s-s-seguro.

Yeray se limitó a escuchar la conversación mientras su mente vagabundeaba, cansado de todos los flecos sin rematar del maldito caso. De pronto, sin previo aviso, soltó una sonora carcajada que al principio sorprendió a los otros dos, pero que segundos después acompañaron con sus risotadas. Rio tanto que le dolió toda la musculatura abdominal y parte de la mandíbula. Ya no recordaba cuándo había sido la última vez que se había desternillado de esa manera, ni tuvo interés en que su memoria se lo refrescara, porque estaba disfrutando ese momento como un niño en un parque de atracciones ante la verborrea disparatada de Airam y Olivia.

Entonces el sonido de su móvil quebrantó una alegría que rápidamente se transformó en alarma. Después, al descubrir que se trataba de una llamada real y que de verdad había alguien detrás del auricular, regresaron las risas.

Yeray les indicó con la mano que se dirigía a la cocina para escuchar mejor y ellos permanecieron en el sillón, elaborando estrategias para afrontar la inminente invasión.

—Hola, Diana —la saludó casi en susurros al tiempo que cruzaba el pasillo y se internaba en la cocina.

—Vaya, parece que tienes una fiesta en tu casa.

—Algo así. ¿Ocurre algo?

Ella mantuvo un silencio discreto que pronto convirtió en una risa nerviosa. Yeray apretó los párpados y cayó en la cuenta de que no había hablado con ella desde que habían descubierto a Lala moribunda en la escalera, justo después de haberse acostado en su casa. ¡Joder! Podría haberse acercado hasta allí o enviado algún que otro mensaje en lugar de desaparecer sin dejar rastro.

—Solo quería saber si estabas bien.

—Sí —se apresuró a contestar—. De hecho, pensaba llamarte hoy... para quedar otro día, por si te apetecía... Pero entonces los teléfonos se han vuelto locos.

—¿También el tuyo? No pensaba que fuera algo general. —Había duda en su voz, y no supo discernir si era porque creía que estaba dándole una excusa cualquiera o si de verdad le preocupaba el asunto de los teléfonos.

Yeray decidió interrogarla aprovechando que mostraba cierto interés, aunque fuera falso:

—¿Has llegado a descolgarlo? ¿Has escuchado algo?

—Nada fuera de lo común. Interferencias... —Titubeó unos segundos antes de proseguir—: Y silbidos.

—¿Silbidos? —Chasqueó la lengua y se concentró en esa palabra.

—Sí, ¿por qué me lo preguntas?

—No lo sé. Todo este asunto es muy extraño —le reveló sin pretenderlo—. ¿Sigues teniendo los dibujos de tu padre? ¿Esos donde retrataba al monstruo?

—Claro, no los he tirado —le respondió confusa.

Sintió esa pelusilla en el estómago, esa que le susurraba que quizá había pasado algo por alto la primera vez que observó los dibujos.

—¿Puedo acercarme ahora a tu casa?

—Mejor no. Idaira ya está aquí y no quiero que...

—Sí, sí, lo entiendo —la interrumpió.

Lo que menos necesitaba era que la adolescente averiguara que había tenido sexo con su madre y se lo restregara delante de Olivia o de Martín. No estaba preparado para una intromisión violenta de su intimidad, y esa jovencita era como un huracán descontrolado capaz de herir los sentimientos de cualquiera con tal de salir victoriosa. Eso hizo que recordara que le debía otra conversación a Diana sobre su hija. Su comportamiento rebelde estaba derivando en proposiciones o insinuaciones indecentes hacia su persona, y eso estaba incomodándolo.

—¿Vas a ir mañana a la reunión que han convocado en el ayuntamiento de Valle Gran Rey? Podemos vernos allí.

—¿Qué reunión? —Saltó del poyo al suelo y caminó alrededor de la mesa.

—No me lo puedo creer. Te interesas por unas llamadas anónimas y no por el hecho de que hayan desaparecido dos senderistas. —Él no respondió. Arrugó el entrecejo, desconcertado, y tamborileó con el pulgar la madera de la mesa—. No lo sabes, ¿no? ¿Al menos has escuchado las sirenas de la policía? Se les ha perdido el rastro a dos turistas alemanes. No regresaron al hotel ayer por la noche. Y esta mañana tenían contratada una excursión para visitar el parque de Garajonay, y al no presentarse en la guagua han preguntado en la recepción. Por lo visto han entrado en la habitación y allí siguen sus maletas. Y cuando su hijo ha llamado desde Berlín al hotel porque no lograba localizarlos, no han tenido más remedio que llamar a la policía.

—¿Y cómo te has enterado de todo eso? —le preguntó asombrado.

—Están diciéndolo los medios locales, tanto la radio como la televisión. Al parecer, la última foto que subieron a Facebook los sitúa en el mirador de San Antonio. Creen que después se dirigieron hacia la cascada de Arure, pero esto no se sabe con seguridad.

Yeray pestañeó varias veces, tratando de hacerse una idea aproximada de lo que podría haber sucedido. No eran los primeros turistas que se perdían en la isla haciendo senderismo. De hecho, sucedía cada vez que se alejaban de los caminos recomendados.

—Ya veo. Imagino que después de visitar la ermita de San Antonio habrán ido por la carretera hasta el mirador del Guro. Y desde allí habrán iniciado el ascenso por el barranco de Arure. —Lo dijo convencido, porque era lo que hacían los miles de visitantes que recibía al año la isla—. Han tenido que desviarse del camino.

La caminata por el barranco de Arure solía comenzar con la visita de Guro, un barrio encantador de estrechas y hermosas callejuelas y al que apodaban con cariño «El pueblo de los artistas», gracias a sus innumerables palmeras y frutales entremezclados con sus casas blancas con las puertas pintadas de añil. Decían que todavía se respiraba en sus calles ese remanso hippie de antaño, ya que fueron muchos los norteamericanos que para huir del reclutamiento de la guerra de Vietnam viajaron a la isla en busca de esa libertad. Después arribaron alemanes e ingleses que no solo escapaban del frío, sino de sus propias vidas, e hicieron popular el consumo de la Higuera del Diablo para probar sus efectos alucinógenos. Sin embargo, y para sorpresa de todos, contaban con un gran poder adquisitivo y esto impulsó el desarrollo turístico de Valle Gran Rey.

Yeray recordaba que la senda partía desde el coqueto caserío de Guro y transcurría a la par que el mismísimo cauce del barranco. Un ascenso no muy complicado, pero entretenido y repleto de rincones fascinantes que culminaban en la cascada. Un maravilloso salto del agua custodiado por las diferentes cuevas de la pared rocosa y que añadían belleza a ese espectáculo de la naturaleza.

Diana lo devolvió a la tierra y sembró dudas sobre su deducción:

—Eso no lo saben. La pista se pierde en la ermita de San Antonio y por eso van a organizar grupos de voluntarios que conozcan bien la zona, para ayudar con la búsqueda. Pensaba apuntarme. Nos conocemos ese mirador de cabo a rabo y sus desniveles.

—Lo sé.

Yeray enumeró en su mente la cantidad de veces que se escapaban de sus respectivas casas para dirigirse a una zona más

tranquila y que les diera la intimidad que necesitaban. También, las ocasiones en las que Ricardo se presentaba allí para darle una paliza, y cómo ellos huían serpenteando los precipicios, para luego esconderse detrás de los matorrales y aguardar allí hasta que él se largara. Habían recorrido metro a metro muchas veces esa zona, y aunque era recomendable acceder a ella en coche por la GM-1, ellos se arriesgaban a subir caminando.

—¿Sabes si habían alquilado algún vehículo? —le preguntó con una creciente curiosidad.

—Pudieron haber llegado en bicicleta. Hay muchos que alcanzan las pistas de los senderos en bici y luego se lanzan a caminar.

Yeray se frotó la frente con una mano y lanzó un resoplido.

—Estos turistas están locos.

—Las dejan aparcadas por ahí y al regresar las recogen.

No dijo nada más. Se mantuvo reflexivo, sin darse cuenta de que todavía tenía el móvil pegado a la oreja. Su cerebro se había puesto en funcionamiento y trabajaba a una velocidad que ni siquiera él conseguía procesar. Ni siquiera escuchaba la respiración impaciente de Diana, pues se centraba en resolver un puzle al que cada día le salían nuevas piezas. Imposibles de encajar. Imposibles de anticipar antes de que sucedieran.

—¿En qué piensas? —le preguntó por fin ella desde el otro lado del aparato.

—Ah, perdona. Estaba intentando aceptar el hecho de que, en una isla donde apenas ocurre nada de cierta gravedad, haya habido un suicidio, una muerte por accidente y dos desapariciones en el mismo pueblo en menos de un mes. ¿No te parece llamativo?

Ella expresó sus dudas con un soplido apagado.

—No sé dónde quieres llegar.

—Te lo diré en cuanto pueda ver de nuevo los dibujos de tu padre —afirmó convencido—. Hay algo que se nos está escapando, y puede que no estemos contemplando el problema desde todo su conjunto.

—Sigo sin comprenderte.

—No te preocupes. Te lo explicaré mañana.

Colgó la llamada y contempló desde la ventana cómo el cielo se teñía de un naranja que se le antojó apocalíptico. Era indudablemente bello, pero también aterrador. Y aunque no creía que ningún platillo volante fuera a aterrizar en las montañas, esas llamas coloridas que atravesaban unas nubes tardías le recordaron el

rastro que dejaban los motores de los cohetes espaciales al despegar. Intensas. Hambrientas. Expectantes.

A él no lo habían invitado a participar en esa partida de ajedrez que estaba librándose en el Valle. Puede que ni siquiera fuera un peón que ese temido monstruo de los sueños de Airam estuviera dispuesto a sacrificar. Desde luego, no había contado con que regresara a la isla tantos años después.

Era un mero espectador. Uno que observaba cómo las montañas alargaban sus sombras ahora que la noche caía sobre ellas.

Pero su familia no. Su familia no jugaba en esa partida siendo simples espectadores.

Airam era una pieza clave, estaba convencido de ello, y no iba a permitir que lo expulsaran del tablero antes de que alguien pronunciara el jaque mate.

Capítulo 12
SECRETOS QUE ESCUECEN



Se alegró al levantarse al día siguiente antes que su hija, quien continuaba durmiendo después de chantajearlo con un montón de besos en la cara para que le permitiera confeccionar un kit de supervivencia con Airam hasta las once de la noche. A ella la hacía feliz, y él lo único que quería era que se sintiera como en casa, después de las primeras semanas insufribles que le había hecho pasar su padre.

Pero incluso Martín había rebajado el tono de sus críticas. Ya no se quejaba tanto de su acento ni la llamaba niña repelente, sino que se esforzaba en enseñarle palabras canarias como guanajo, golifear o guata; esta última no era más que el algodón que se compraba en las farmacias.

Para Yeray era un avance significativo, aunque su padre no tuviera la misma paciencia con él. Continuaba llamándole la atención cada

vez que utilizaba la segunda persona del plural y conjugaba los verbos correctamente en castellano. Para el viejo eso sí que era un sacrilegio.

—Lo de Olivia es excusable porque ha vivido toda su vida en Madrid. Tú naciste en La Gomera, coño, que parece que sientes vergüenza de tu propia tierra —le reprochaba.

Encontró a su hermano en el salón viendo la televisión con una taza de leche con gofio en la mano. Estaba bien despierto para lo tarde que se había acostado y le llamó la atención la parsimonia con la que se llevaba la taza a la boca.

—¿No vas a trabajar en la finca?

—Es sábado. Los sábados y d-d-domingos, yo descanso.

—Ya no sé en qué día vivo. —Se rascó la coronilla y se rio de sí mismo—. ¿Y por qué te has levantado temprano?

—Estoy escuchando las noticias por si d-d-dicen algo sobre los desa-pa-parecidos. Pero, de momento, nada.

Subió el volumen de la televisión, como si así pudiera forzar a la presentadora del matinal a cambiar de suceso:

—El huracán Bertha, el primero de la temporada que ha alcanzado la categoría cuatro en la escala Saffir-Simpson, tocará las costas del sur de Florida en menos de veinticuatro horas. Se ha lanzado una alerta a la población que vive en las regiones afectadas para que se preparen para su arribo. En otro orden de cosas, los incendios que asolan el estado de California siguen sin ser controlados. Han sido muchos los que han abandonado sus casas en Riverside, Santa Ana y Long Beach...

—No dicen nada de La Gome-me-mera —dijo al tiempo que volvía a bajar el volumen.

—La mayoría del mundo no sabe ni ubicarnos en el mapa. Que hayan desaparecido dos turistas no es noticia hasta que... —Airam agrandó sus ojos miel y lo miró con curiosidad—. Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Vas a ir a buscarlos? Padre no me d-d-deja ir —admitió desilusionado.

—No lo he pensado todavía. Pero hace bien pidiéndote que te quedes en casa. Es muy peligroso, y si me decido a echar una mano, prefiero que te quedes cuidando de Olivia. Está convencida de que han sido abducidos por los extraterrestres. —Sonrió de medio lado y entrecerró los ojos para examinar mejor el rostro de su hermano—. Tú no crees eso, ¿verdad?

Airam torció el gesto y elevó el morro, haciéndose el interesante.

—No te lo voy a d-d-decir porqu-que no me creerías.

—¡Venga ya! Claro que lo haría. ¿Es que sabes algo que yo no sé? —Yeray era consciente de que tenía que ir con pies de plomo si quería sonsacarle algo. Si decía alguna frase que pudiera turbarlo, se cerraba en banda y ya no hablaba más. Odiaba que lo tratasen como un estúpido, aunque a veces sus teorías fueran disparatadas y fruto de su imaginación exacerbada—. Te apoyé cuando le dijiste a mamá que habías visto una serpiente amarilla al salir de clase.

—Y tenía razón —recordó molesto.

—Sí, se le había escapado al hijo de don Justo, el maestro. Se armó un gran revuelo en el pueblo. Todo el mundo se puso a buscar la maldita serpiente hasta que seña Maruca abrió la tapa del váter y se la encontró dentro.

Después de las risas, Yeray quiso que el silencio se adueñara unos segundos de la conversación para que Airam pudiera reflexionar, pensar con objetividad y tomar una decisión que le resultara favorable. Estaba seguro de que su hermano le ocultaba información, como la del enrojecimiento en el costado por el que todavía no le había dado una explicación. Puede que después de todo no fuera importante o siquiera tuviera la relevancia que esperaba, pero era evidente que para el grandullón de más de uno noventa la tenía. Y eso se merecía su atención.

Por fin, Airam habló:

—No está disfrazado. Es así.

Yeray se tomó ese testimonio con cautela.

—Así, ¿cómo? ¿Crees que es un cernícalo gigante?

—Frío.

—Entonces, ¿qué? —insistió, como si estuviera perdiendo el juego que su hermano acababa de inventarse—. ¿Un hombre que tiene alguna deformación?

—Un poco caliente.

—Creo que voy a rendirme. Sabes que no se me da bien hacer de detective. Eso siempre fue lo tuyo. —Le guiñó un ojo y se repantingó en el sillón al ver los dos hoyuelos que se le formaban a su hermano tras una sonrisa vencedora.

—No es humano, aunque p-p-pudo serlo algu-guna vez.

Asintió con levedad, pues no quería entrar en un debate conflictivo con Airam. Era evidente que él seguía apostando por un monstruo, por un alienígena o por algo indescriptible que no entraba en los

parámetros de la realidad. Y también era consciente de que no se movería de su posición hasta que alguien le mostrara pruebas razonables que lograran desmentir ese argumento.

—¿Sabes dónde está Martín? —le preguntó, cambiando de asunto.

—Ha ido a llevarles mi móvil a la p-p-policía. Así, ellos t-t-también sabrán que no es un hombre no-normal a quien tienen que perseguir —lo informó con total convicción.

—Sea lo que sea, hallaremos la manera de atraparlo —le aseguró, sin quitarle la esperanza de que jamás capturarían a un extraterrestre, por mucho que le hiciera ilusión.

Abrió la puerta de la entrada y se quedó anclado en el escalón, observando el extenso valle que iba desde las montañas hasta el océano Atlántico, y agradeció que el intenso bochorno comenzara a remitir. Continuaba haciendo calor, sin embargo, esa sensación de agobio había desaparecido de su pecho. Podía respirar con tranquilidad, sin asfixiarse con su propio aire ni tener esa sequedad de garganta que lo obligaba a carraspear de vez en cuando.

Le envió un mensaje a Diana, en el que le decía que no podría presentarse en el ayuntamiento, puesto que su padre se había llevado la furgoneta, y que la vería más tarde en la ermita de San Antonio. Así decidió pasar una mañana tranquila con su hija y su hermano, pese a que tenía unas ganas enormes de verla. Ya empezaba a sospechar que no solo era porque quisiera volver a echarles un vistazo a las fotos de Mateo. Se lo cuchicheaba esa sensación de inquietud que se le aposentaba en el estómago y le quitaba el apetito. Eran las malditas mariposas de las que le hablaba su madre cuando era pequeño y que él no experimentó hasta años después, cuando Diana dejó de ser Diana, su amiga, su vecina, y se convirtió en su todo. «No es el momento para estas tonterías. Ahora no», se repetía una y otra vez.

Después, se dirigió a la parte trasera y recorrió la pequeña finca con agrado, pese a que una insólita desazón se le instalaba en el alma cada vez que daba un paso hacia delante. Le costó identificar el motivo de esa molestia hasta que la imagen de Claudia, cándida y envuelta en una luz casi mágica, lo asaltó en el paseo.

Se sentía culpable.

No había transcurrido mucho tiempo desde su muerte y ya se había arrojado a los brazos de otra persona. Y aunque quiso calmar los latidos ya vivos de su corazón, repitiéndose que Diana no era cualquier mujer, que era su amor del pasado, no conseguía aliviar

esa pesadumbre. Continuaba amando a su mujer, a la madre de Olivia, continuaba queriéndola como el primer día en el que sus miradas se cruzaron en la universidad. Fue amor a primera vista. No se coció a fuego lento, sino que estalló en los fogones del laboratorio de Química mientras ella se aseguraba de cerrar la puerta para que nadie los viera.

En cambio, Diana fue siempre su amiga. La mejor. La que lo escuchaba, la que lo aconsejaba y la que lo ayudaba con la asignatura de Lengua que tanto detestaba. Su amor fue cultivándose con los mimos y la ternura con los que se riegan los rosales hasta que nace la primera flor, bella y enigmática, porque jamás habrías imaginado que alguien a quien veías todos los días pudiera presentarse como una auténtica desconocida para ti. Y entonces decides desentrañar todos esos misterios y embriagarte de ellos sin necesidad de pisar el acelerador, sino con una comodidad que le ofrecía seguridad al tiempo que una emoción excitante.

No obtuvo respuesta de Diana, y después de comer le pidió la furgoneta a Martín para acercarse a la ermita. Había escuchado en el barrio que una partida de la Guardia Civil había instalado allí un puesto de mando, desde el que controlaba y organizaba a los voluntarios.

Se despidió de su hija con un beso en la frente y le dio permiso para que construyera con Airam un refugio antiextraterrestres, así se mantendría distraída y no insistiría en acompañarlo a buscar a los turistas. Olivia quería participar en las batidas con el fin de rastrear la zona para hallar indicios del posible aterrizaje de una nave espacial. Airam salió en su ayuda proponiéndole rediseñar el cuarto de aperos y convertirlo en su base de operaciones, con agua y comida suficiente para aguantar un mes. A ella le pareció divertido y una misión mucho más importante, así que prefirió quedarse con su tío.

Condujo por las curvas endiabladas del Valle hasta alcanzar el punto de encuentro. La ermita de San Antonio había sido edificada en los años cincuenta después de una disputa por las aguas entre la parte alta del pueblo y los que habitaban cerca de las playas. El conflicto se resolvió el día de San Antonio, lo que los llevó a construirla en honor a ese santo.

Desde el mirador de Palmarejo, emplazado a poco más de tres kilómetros de la ermita y diseñado por el artista canario César Manrique, podía apreciarse la fuerza de la sencilla edificación,

desafiante frente a las imponentes paredes verticales y frondosos palmerales.

Aparcó como pudo en cuanto llegó a la plaza, ya que varios vehículos policiales ocupaban gran parte de la carretera, pese a que un agente de la Policía local trataba de organizar el tráfico con su silbato.

Se acercó al puesto de mando, donde dos guardias civiles mantenían desplegado un mapa de la zona sobre una mesa improvisada. Apenas repararon en él, ya que estaban más centrados en responder a través de sus transistores a sus compañeros, quienes estaban inmersos en la búsqueda.

—¿Ha venido solo? —le preguntó uno de los agentes—. Dejamos bastante claro en la reunión que pondríamos guaguas para los que quisieran participar y así no generar tanto caos en la carretera.

—No he podido unirme antes —se excusó.

—Pues los grupos de la tarde ya han salido y ahora no puede correr usted detrás de ellos. Es mejor que se vaya a casa y se apunte en el de mañana.

—Gracias, pero ya que la ermita está abierta, voy a rezar un rato.

El agente no le respondió y rápidamente se dirigió a una pareja de mediana edad que irrumpía en la plaza con bolsas llenas de comida.

Yeray elevó la mirada y se enterneció al contemplar las dos coquetas campanas que coronaban la iglesia. Hacía muchísimo tiempo que no se sobrecogía al escucharlas sonar, y un escalofrío proveniente del pasado lo sacudió por un segundo; un salto atrás en el tiempo que lo devolvió a esas tardes de invierno en las que después del instituto se escapaba para ver a Diana.

Tras un sentido suspiro, entró en la ermita. No le interesaba rezar. Ni siquiera resguardarse del sol, que continuaba picándole la piel como si los rayos fueran hormigas envalentonadas. Necesitaba meditar, reflexionar sobre todos los acontecimientos que le quitaban el sueño desde que había llegado a la isla. Comprobó que seguía sin noticias de Diana, y entrecerró los ojos sin admirar las tallas de San Antonio, de la Virgen de la Candelaria y del Ángel de la Guarda de las que todo el Valle presumía.

Creyó haber sucumbido ante el sueño, pues no recordaba haber pensado en nada trascendental, hasta que escuchó unos pasos que lo sacaron de su ensimismamiento y que parecían acortar distancias con él. Se enderezó en el banco y no quiso girarse. Eran decididos, presuntuosos y quizá pecadores, porque sin duda avanzaban desde

la entrada de la ermita con descaro. No le sorprendió reconocer a Idaira tras esos andares, y mucho menos que escogiera el mismo banco que el suyo para sentarse, cuando todos los demás estaban vacíos.

Él admiró sus largas piernas apenas cubiertas con una minifalda, la cual la obligaba a apretar los muslos para que no se le viera su ropa interior. Observó entonces a las culpables de romper su retiro espiritual: unas sandalias con una cuña exagerada y que estaban atadas a los tobillos con unas ligas rosas.

—No me imaginaba que fueras un hombre religioso —le susurró.

Yeray miró hacia la puerta de la ermita y descubrió al joven que la acompañaba en la playa el día que se encontraron allí. Parecía estar clavado al suelo con chinchetas mientras se comportaba como un guardaespaldas, vigilante y receloso, al tiempo que presionaba un casco sobre su cuerpo. En cuanto cruzaron las miradas, el chico se largó. Yeray sonrió para sí mismo, pues desconocía suscitar ese efecto en los más jóvenes.

—¿Es que tu novio es alérgico a las iglesias?

—Algo así. Es medio vampiro.

Idaira se acercó aún más a él y se dedicó a observarlo con interés. Yeray dirigió sus ojos rasgados al frente y evitó el contacto visual con ella. Lo incomodaba. Debía tener algo en la sangre que lo revolucionaba, y estaba seguro de que no procedía de sus genes maternos.

—¿A qué has venido? —le preguntó él—. No creo que con esa vestimenta vayas a colaborar en la búsqueda de los desaparecidos.

—¡Ni loca! No quiero que me salten las lagartijas encima ni otros bichos de campo. César y yo estamos recorriendo los lugares donde pudieron dejar aparcadas las bicicletas con la moto. Somos más prácticos —dijo, otorgándose una inteligencia superior al resto.

—¿Y habéis averiguado algo?

—No. Se las ha tragado la tierra.

Ella se recompuso en el asiento, y después de unos minutos en los que no recibía la atención que deseaba, miró al frente, descruzó las piernas y comenzó a acariciarse las rodillas dibujando círculos en ellas.

Yeray la observó de reojo y, aunque quiso hacer un comentario al respecto, se cruzó de brazos.

—Estoy muy cansada —le confesó ella en un tono victimista—. No creo que los agentes de la Guardia Civil los encuentren vivos.

Se inclinó hacia delante y casi pegó los pechos contra sus muslos, y desde esa posición comenzó a descalzarse para aliviar la fatiga de los pies. Después, los alzó sin ningún complejo y los apoyó en el respaldar del banco anterior.

—No estamos en el patio de un colegio. Esto es una iglesia —le reprochó Yeray, a sabiendas de que su poca fe había desaparecido el mismo día en el que un coche había atropellado a su mujer—. Si estás tan agotada, deberías irte a casa y darte una ducha.

—¿Podrías llevarme? —Se lo preguntó con un aire de inocencia que le resultó fresco e incluso inusual en ella.

—Tu novio está esperándote fuera, y no creo que le guste que un hombre que podría ser tu padre te acompañe.

—No eres tan mayor —le aseguró con cierto retintín.

—¡Oh, créeme que sí! —Se giró hacia ella y la miró directamente a los ojos—. Es más, hace unos días llegué a preguntarme si existía la posibilidad, por minúscula que fuera, de que yo fuera tu padre.

Ella dio un respingo en el banco que hizo que descolgara las piernas del banco y se agarrase a él con las manos al tiempo que se le ensombrecía el rostro. No parpadeaba. Se quedó muda al instante, para sorpresa de Yeray, quien esperaba un comentario jocoso por su parte.

Muy despacio, Idaira giró la cabeza y enterró su mirada de desconcierto en los ojos rasgados de Yeray.

—¿Y por qué ibas a pensar tal cosa? —le preguntó casi tartamudeando.

—¿Tu madre no te lo ha contado? Antes de irme a Madrid, éramos novios. Estuvimos unos años saliendo, prácticamente desde que cumplimos los quince. ¿De verdad no te ha dicho nada? —Lo había hecho adrede, ya que sabía que Diana no le había contado nada, pero había querido desestabilizarla y lo había conseguido. Idaira negó lentamente, sin creerse del todo la historia que escupía sin ningún filtro de su boca con la intensidad de las bolas incendiarias—. ¿En qué año naciste?

—En el 2008.

—O sea, que tienes diecisiete —calculó rápidamente.

—Los cumplí en mayo —admitió, sin dejar de tragar saliva.

Yeray cabeceó y arrugó el entrecejo, mostrando un interés que no le pasó desapercibido a la muchacha.

—Yo dejé la isla en el 2006 para ingresar en la universidad y no volví jamás —le contó con una seguridad aplastante—. Sí, recuerdo

regresar algunas Navidades para festejarlas con la familia, más por mi madre que por mi padre. Puede que también me presentara alguna Semana Santa, pero no vi a tu madre. Ni siquiera me despedí de ella el día que me fui. Por lo tanto, no soy tu...

Dejó de hablar. Nunca se había disculpado formalmente con Diana después de haber desaparecido de su vida como si no hubiera formado parte de ella jamás. Se había comportado como un auténtico capullo, con la testosterona a más de mil revoluciones por minuto y la cabeza pensando en su nuevo futuro. Y entonces recordó algo que lo hizo perder el color: sí que había ido a visitar a sus padres el verano siguiente y pasó con ellos unas cuantas semanas.

Se mordió el labio inferior mientras se esforzaba en recordar, pues ese verano fue el más terrible de su vida. Estaba pasándolo francamente mal y quiso enterrarlo en su memoria como si jamás hubiera existido. Pero existía. ¡Mierda! ¡Existía!

Ya conocía a Claudia, y su pasión por ella era innegable, además de que las ganas de estar juntos los consumían por dentro, pero había un problema: tenía novio. Un novio que era el hijo de unos amigos íntimos de sus padres, y por ese motivo a Claudia estaba costándole terminar la relación.

Había sepultado esa época de su vida entre otros recuerdos más banales o alegres, y no comprendía por qué. Quizá porque se había pasado más tiempo borracho que lúcido, y las constantes peleas con su padre no le daban tregua. Martín no le perdonaba lo que había sucedido con Dailos, y todo le servía como excusa para echarle en cara que se hubiera ido lejos a estudiar. Incluso su madre había discutido por primera vez con él, asegurándole que Madrid no estaba sentándole tan bien como esperaba. Claro que ellos desconocían que se había enamorado hasta las trancas y que Claudia le había prometido llamarlo todas las semanas ese verano. Promesa que no cumplió. Y entonces se imaginó que no había sido capaz de cortar con ese novio de pelo engominado y polos de cocodrilo, y tuvo miedo. Miedo de perder algo que todavía no tenía.

Aunque pudo aclararlo todo a su regreso a Madrid, los días se le hicieron insufribles en el Valle. Su padre lo obligaba como siempre a trabajar en las plataneras y su madre lo miraba como un auténtico desconocido. Tendría que haberles contado la verdad, al menos a ella. Lo habría comprendido porque Ángela no paraba de repetirle que las mariposas en el estómago, a veces, te llevan a la gloria, y

otras, a la perdición. Si volaban demasiado, dolían. Y el dolor era incurable hasta que no llegaras a controlarlas. Tenía mal de amores y un carácter insoportable.

Atravesó los ojos avellanados de Idaira, buscando algo en ellos que no deseaba encontrar. Y pronto lo halló. Porque ese maldito verano sí que se topó con Diana. Él mismo fue a buscarla a su casa y le lanzó una piedra a su ventana con la esperanza de que la abriera. Y lo hizo. Él estaba enojado, frustrado y muy borracho después de asistir a una fiesta en la playa a la que ella no había ido. Se alegró al verla. Ahora lo recordaba todo. Y en ese momento fue incapaz de confesarle que había conocido a otra persona, por eso quiso interesarse más por cómo estaba yéndole en su primer año en la Universidad de La Laguna. Y entonces... ¡Joder!

—¡Eres un cabrón! —El grito de Idaira retumbó por los muros de la pequeña ermita.

La joven corrió hacia la salida, pero cuando él quiso reaccionar fue demasiado tarde. Aun así, trató de alcanzarla en la plaza; sin embargo, ella se alejaba de él con el espanto propio de quien halla un monstruo donde antes hubo un hombre.

¿Lo era?

Había negado todo un verano porque le dolía demasiado, porque bebía demasiadas cervezas para calmar su tormento y porque se había comportado como un consumado capullo con todas las personas que lo querían. Las fechas le habían bailado en la mente con el ritmo lento de un desfile aburrido, donde el espectador bostezaba de vez en cuando y deseaba que la fiesta terminara para regresar a casa. Había deseado tanto olvidar esa época que jamás pensó que su deseo le fuera concedido.

Sí, lo era. Era un monstruo. Un completo idiota.

Y aunque Idaira ya se había subido en la moto de su novio, gritó su nombre varias veces. Desconsolado. Perdido.

Entonces, alguien lo sujetó por el brazo y no tuvo más remedio que detenerse.

—¿Qué coño estás haciendo? Te dije que te mantuvieras alejado de mi sobrina. Eres veneno, Yeray. Destruyes todo lo que tocas.

Alzó la barbilla solo un palmo, lo suficiente para encontrarse con la cara enfurecida de Ricardo. Se zafó del brazo de un tirón y lo miró con ojos desafiantes.

—¿Es mi hija? —le preguntó con ojos dolientes pero con el mentón fiero.

Ricardo retrocedió unos pasos, sin apartar su mirada asustada de su semblante aguerrido.

—¿Te lo ha dicho Diana? —A pesar de su voz temblorosa, Ricardo mantuvo un pulso con la mirada que sabía que perdería.

—Acabas de confirmármelo tú.

Y entonces, mientras abandonaba la plaza y se dirigía hacia la furgoneta, una maraña de pensamientos nubló su mente y se sintió estúpido. Idaira había nacido en el 2008, pero era evidente que Diana se había quedado embarazada nueve meses antes, en el verano del 2007, donde él no era más que un despojo de sí mismo. Un machango. Un crío que creía sabérselas todas pero que no sabía nada.

Por ese motivo, Ricardo lo había recibido de malas maneras en el funeral de Mateo. No era porque le guardara rencor después de darle esquinazo cientos de veces cuando eran unos chiquillos. Aquello pertenecía al pasado. Pero Idaira no. Idaira estaba en el presente de todos, incluido en el de él mismo, y Ricardo se sentía en el derecho de protegerla. No solo a ella, sino también a Diana. Yeray comprendió que le había hecho un daño muy grande a Diana, y ahora Ricardo quería evitar que se acercara a ellas. Pero él ni siquiera conocía la existencia de la niña. Nunca nadie lo hizo partícipe de su nacimiento, y eso produjo que se sintiera todavía más imbécil.

¿Quién más podría saberlo?

¡Joder! Martín lo sabía. No la había empleado porque se hubiera vuelto un buen cristiano de repente, sino porque era su nieta. Nunca la trataba con desprecio, pese a que la chica carecía de las facultades necesarias para trabajar en la finca. Era fuerte, sí, rasgo que probablemente hubiera heredado de los Darias; trabajadora, también, pero era insolente y descarada, y eso no le gustaba al viejo.

Golpeó varias veces el volante con el puño y llamó otras tantas a Diana desde el móvil, sin obtener la respuesta que deseaba. Aquello no podía estar sucediéndole a él. No podía ser real. ¡Era una auténtica pesadilla!

Detuvo la furgoneta metros antes de llegar a casa y comenzar las maniobras para introducir el vehículo en el garaje. No quería que nadie lo viera en ese estado de nerviosismo. ¡Dios mío! ¡Tenía una hija! Idaira era su hija.

Entonces, una cascada de lágrimas estalló en sus ojos y ya no pudo detenerlas. Lloró desconsolado. Lloró porque era incapaz de comprender los designios del destino o del mismísimo cielo, si es que había alguien allí arriba que estuviera guiándolos en la vida.

Si tenía un ángel de la guarda, este estaría desternillándose de risa porque le había asestado el golpe final.

Le habían arrebatado a la mujer de su vida de la manera más cruel que podía imaginar, y ahora le regalaban una hija insolente, sabelotodo y con mal comportamiento.

—Estarás riéndote de lo lindo ahí arriba. —Se sorbió la nariz y apuntó con el dedo índice hacia el cielo. Después, soltó una carcajada que volvió a ahogar con un nuevo llanto repentino y hundió la cabeza en el volante. Entonces, escuchó un trueno en la lejanía—. No soy tan idiota. Ya sé lo que quieres decirme. Esa jovencita rebelde es idéntica a mí cuando yo tenía su edad. Claudia lo llamaría karma; yo lo llamo una putada de las gordas. —El sonido apocalíptico de otro trueno volvió a sonsacarle una sonrisa burlona. Después, sacudió la cabeza, furioso—. ¡¿Y ahora qué se supone que voy a hacer con esto?! ¿Qué quieres de mí?

Salió de la furgoneta y no le importó mojarse con las primeras gotas de barro que devolvían el polvo amarillo al suelo. Era una lluvia sucia, deshonesta y carente de integridad. Y Yeray extendió los brazos y permitió que la tierra lo empapara. La recibió desafiante y al mismo tiempo aliviado.

Los secretos dolían, escocían. Eran el peso que cargaban sobre sus hombros las personas que habían decidido hacer ese juramento de silencio. Lo sabía, porque durante los primeros meses, su padre le prohibió hablar de lo que le había sucedido a Dailos. Nadie tenía que saber que había sido él quien lo había mandado al hospital después de una brutal paliza. Martín no quería que lo vieran como otro matón más, sin conciencia ni pizca de arrepentimiento. Cualquiera lo habría tachado de sociópata, mientras que él sentía que solo había ejecutado su venganza.

Volvió a introducirse en el vehículo, hastiado, vacío por dentro, y condujo hasta el garaje sin pensar en lo que estaba haciendo. Permaneció dentro de él unos minutos eternos que corrían como liebres por el monte, consumiendo un tiempo al que quería aferrarse, al que necesitaba para que fuera su amigo en ese momento de soledad. No obstante, no podría esconderse allí toda la

vida. Tenía que enfrentarse a sus demonios. Y el primero era su padre.

Chorreando y calado hasta los huesos, entró por la puerta trasera de la casa y creyó que lo mejor sería darse una buena ducha caliente antes de tratar ese tema tan espinoso con Martín. Debía prepararse algunas preguntas y puede que también varias respuestas. Después de todo, nadie ganaba al viejo en un combate dialéctico, y en aquel Yeray tenía mucho que perder. Su padre tenía recursos escondidos debajo de la manga como los magos del circo, y también disponía de la habilidad de usarlos cuando menos lo esperabas, dando un golpe de efecto que dejaba a su interlocutor fuera de juego.

Sin embargo, nada más poner un pie en el primer escalón, Olivia lo asaltó con una alegría desbordada que contrastaba con su más absoluta desidia.

—¡Papá, papá, tienes que venir a ver nuestro refugio! ¡Está quedando chulísimo!

Olivia lo interceptó a los pies de las escaleras y él temió que indagara en su rostro y adivinara que había estado llorando.

—Ahora no. No es un buen momento.

—Pero, papá, no te vas a creer lo que hemos conseguido. —La niña tiró de una de las mangas y lo miró extrañada al comprobar que estaba mojada.

—¡Olivia, basta! ¡Ya te he dicho que no! —Ella retrocedió cuatro pasos y se refugió en la mirada de su tío Airam, quien no paraba de torpedear a su hermano con sus ojos miel—. Cuando solucione lo que tengo que hacer, iré a verlo —le aseguró, rebajando el tono.

—Vamos, todavía nos qu-queda mucho qu-que hacer. —Airam le tendió la mano y la niña la agarró fuerte.

—¿Qué está pasando aquí? —Martín irrumpió en el pasillo tratando de sujetarse los pantalones con un cinturón viejo—. ¿Alguien piensa contármelo, o tengo que amenazar con cortar cabezas?

Tanto Airam como Olivia lo ignoraron y regresaron al exterior, únicamente afirmando que seguirían con su misión secreta hasta que fuera la hora de la cena.

—Y tú, ¿te has caído en un charco, o es que has hecho una excursión bajo esta mierda de lluvia?

—Lo sé todo, padre —se limitó a contestar mientras se quitaba los zapatos y los dejaba sobre una maceta para que escurrieran.

—¿Qué sabes? —le preguntó el viejo, enarcando las cejas—. ¿Ya han averiguado dónde se encuentran los turistas, o sabes quién es el estúpido que se viste de pájaro?

Yeray soltó una carcajada nerviosa y continuó quitándose los pantalones mientras negaba con la cabeza. Estaba calado de arriba abajo, pero no le importó. Martín estaba allí. Su padre, quien siempre le había dado lecciones de honestidad y que lo castigaba cada vez que una mentira salía de su boca, estaba allí. El hombre recto, el juez. Lo miró impertérrito y le respondió, masticando bien las palabras:

—Lo de Idaira.

El viejo no movió ni una arruga de su rostro, ni siquiera sus ojos hundidos comenzaron a echar llamaradas de fuego, solo emitió un leve carraspeo mientras se crujía los dedos.

—¿Te lo ha dicho Diana?

—¡No, no me lo ha dicho ella! —exclamó ofendido—. Lo he averiguado yo solito.

—Hombre, ya era hora.

Se dio la vuelta y se internó en el salón, obligándolo a perseguirlo si quería alguna explicación que arrojara luz a su reciente paternidad. Yeray se deshizo de la camiseta con rapidez y lo siguió en calzoncillos, perplejo por la reacción impasible del viejo.

—¿Eso es lo único que se te ocurre decirme? —le reprochó.

—Yo le hice una promesa a tu madre y tenía que guardar el secreto. —Ni siquiera intentó defenderse. Se sentó en el sillón y lo miró como el que habla del tiempo que habrá el fin de semana—. Así que esperaba que lo dedujeras con esa inteligencia que te dio Dios pero que has sabido utilizar bien poco.

—¿Mamá también lo sabía? —Yeray continuaba perplejo.

—Fue ella quien lo descubrió. —Martín soltó una sentida exhalación que le hizo pensar que todavía existía un corazoncito dentro de ese armazón viejo. Después, el viejo lo amenazó con una mirada inflexible por si se atrevía a sentarse en el sofá con el culo mojado—. Diana regresó a La Laguna para empezar su segundo año universitario, y no volvimos a verla hasta tres años después. Regresó al Valle con una niña de dos años en los brazos y con un novio que era el supuesto padre y con el que se casaría muy pronto, por culpa de las habladurías.

—¿Y Mateo se tragó ese cuento? —Yeray no daba crédito a ese relato. El padre de Diana no era tan severo como el suyo, pero era

muy astuto. Si su hija volvía con una niña de dos años, él tendría que saber de dónde procedía.

—No, supe después que tanto él como su hermano estuvieron pagándole el alquiler del piso en Tenerife. En cuanto dio a luz, se vio forzada a dejar los estudios, por eso nunca terminó Física, como ella quería. Con el tiempo, se matriculó en la universidad a distancia y se licenció en Magisterio.

Yeray se llevó las manos a la cabeza y comenzó a deambular por el salón como un fantasma con cadenas; unas cadenas que pesaban demasiado y condenaban su alma a un destierro para toda la eternidad. Supuso que la familia de Diana había inventado una historia para que las habladurías en el Valle no la sentenciaran a ella y a toda su familia en el juicio final, y de alguna manera no lo perjudicaran a él.

—Soy un idiota. Pensé que no había querido seguir en Física porque no me había matriculado con ella. Era nuestro sueño y... —Se mordió el labio inferior con saña—. ¡Joder! ¿Cómo no me di cuenta?

—Estabas en otro mundo. Apenas querías saber nada de nosotros y tus visitas eran cada vez más cortas. No volviste a encontrarte con Diana y no viste jamás a la niña. Al casarse, se fueron a vivir a San Sebastián. —Martín chasqueó la lengua y movió la cabeza de izquierda a derecha muy despacio—. Ángela estaba convencida de que, si le hubieras visto la carita a Idaira, te habrías reconocido en ella. Era igualita que tú cuando tenías esa edad. A tu madre no se le escapó el parecido y un día invitó a Diana a casa.

Yeray reprimió otro brote de lágrimas que amenazaba con romper el frágil equilibrio que había conseguido. Aquello no era justo. Le habían robado parte de su vida. Todos habían conspirado para que jamás supiera la verdad.

—¿Y ella vino?

—Sí, sí. Claro —le respondió Martín, algo afectado. No se le escapó que el viejo comenzaba a demostrar sensibilidad en esos recuerdos que lo llevaban a pensar en su mujer—. Creo que, en el fondo, Diana quería saber de ti, pero era incapaz de hacer una sola pregunta. Ángela le contó sus sospechas, y aunque al principio lo negó todo, luego no le quedó más remedio que confesarnos la verdad. Lo hizo prometiéndonos que jamás te diríamos nada. Y nosotros aceptamos con la condición de que aceptara un dinero

mensual de nuestros bolsillos para el cuidado de la niña. Después de todo, éramos sus abuelos.

Yeray se detuvo frente a su padre y lanzó una sentida exhalación que sonó a reproche. Estaba a punto de darle un infarto. Sentía los latidos de su corazón ahogarle los pensamientos, y corrían tan rápidos que no podía atarlos para que no se le escaparan.

—Me extraña que tú hayas aceptado un pacto de silencio así como así, cuando a ti no te calla nadie —le soltó, deseando que el comentario le doliera—. Te encanta restregarle las verdades al resto, y esto, para ti, sería como la dinamita a la que le faltaba la mecha. Solo tenías que encenderla.

—¡Oh, claro! Mi primer impulso fue llamarte y hacer que tu lindo trasero recorriera todos los kilómetros que nos separaban de ti con una zarza pegada a él —le dijo, entrando en su juego mientras se crujía los dedos. Después, hizo una pausa en la que el mentón se le relajó y lo miró con una piedad sincera—. Pero tu madre me lo prohibió.

—¿Por qué?

—Porque ella sabía, de esa manera que solo las madres conocen, que eras feliz y que esto te destrozaría la vida que estabas creando en Madrid —le confesó, rememorando las palabras de Ángela en ese mismo instante—. Además, pensaba que debía ser la propia Diana la que te contara la verdad, que ella era quien tenía el derecho y nadie más. Ya sabes cómo era tu madre... Después de todo, Ángela esperaba que ella también reconstruyera su vida de la forma que quisiera. —Hizo una pausa dramática y lo miró a los ojos—. No salió como esperábamos.

Yeray se sintió desarmado e, ignorando la orden de su padre, se dejó caer en el sillón. Tenía frío, mucho frío, pese a que la temperatura ambiente debía rondar los veinticinco grados y el aire de su alrededor quemaba. Ardía a la vez que lo hacían las mentiras, al tiempo que la verdad se imponía sobre él con un hacha dispuesta a cortarle la cabeza. Porque él, en su afán de dejar su pasado atrás, había olvidado todo un verano. Un verano en el que había hecho suya de nuevo a Diana y en el que la había amado como la primera vez, pese a que en su mente el nombre de Claudia pululaba radiante.

Su padre continuó con su discurso, el cual llegaba a sus oídos como agujas deshechas, fracturadas y ya sin el valor para continuar castigándolo:

—Siempre he opinado que un hombre tiene que comportarse como un hombre en todos los aspectos de su vida. Y tú habías dejado tirada a esa muchacha para irte a vivir la gran aventura de Madrid. ¡Claro que quería llamarte! Tirarte de las orejas y obligarte a cumplir con tus obligaciones.

—Yo no sabía que estaba embarazada —se defendió con una voz que apenas salía de su garganta.

—Y si lo hubieras sabido, ¿habrías cambiado algo? —Martín aguardó a una respuesta que se dilataba demasiado en el tiempo.

Yeray se encogió de hombros mientras que una lágrima se escapaba de su control y rodaba solitaria buscando un lugar cómodo en el que morir.

—No lo sé. ¿Me preguntas si habría regresado a la isla? Puede. No estoy seguro. Tenía una vida allí y estaba logrando grandes notas. Los profesores me auguraban un buen futuro y, ¡joder!, no se equivocaron. Nada más terminar la carrera, conseguí un trabajo como ayudante de diseño en proyectos de construcción de nuevos aviones y helicópteros. —Se frotó la frente para tratar de despejar sus dudas mientras mantenía la cabeza gacha, incapaz de enfrentarse al rostro de su padre—. No sé lo que habría hecho. Tenía un motivo para quedarme allí.

—¡Claudia! Ese era el nombre de tu motivo.

Se sobresaltó al escuchar su nombre de los labios de su padre. Se le hacía extraño, casi un sacrilegio, porque él jamás la hizo sentir parte de la familia, y ese fue uno de los motivos por los que no viajaron para pasar más veranos en la isla.

—¿Por eso la odiabas tanto? ¿Por eso le hacías la vida imposible cada vez que veníamos a visitaros?

—Ella no me caía mal. —El viejo se encogió de hombros e intentó recordar a la mujer de enormes ojos verdes transitar por su casa. No la odió. Simplemente le daba igual su presencia en ella—. Pero tenía una nieta pequeña que estaba sufriendo y su verdadero padre no podía ayudarla. ¿Crees que Mateo o Ricardo no se presentaron en San Sebastián con la amenaza de llevarse a Idaira de la casa? Ese tal Enrique era el demonio en persona. Mateo solía venir a casa para desahogarse y contarnos lo que estaba sucediendo. Yo quería intervenir, pero nadie me lo permitía. Nunca me he sentido más impotente en la vida y de nada me he arrepentido tanto. Era el abuelo que no estaba reconocido. Un cero a la izquierda.

Yeray abandonó el incómodo sillón y con los pies descalzos volvió a recorrer la estancia.

—Todo eso no es culpa mía. Yo no la obligué a casarse con otro, no la obligué a dejar sus estudios. ¡Yo no sabía nada!

—Te repito la pregunta: si tu madre me hubiera dejado contarte la verdad, ¿habrías regresado a por ellas? Si no querías quedarte aquí porque la isla te oprimía, ¿te las habrías llevado contigo? —Yeray se enfrentó a su mirada fría, esa que siempre le mostraba cuando no estaba de acuerdo con él en algo—. Deja de repetirte que no tienes la culpa de nada de esto. Yo no tomé la decisión de darle una paliza a Dailos que casi lo dejó en silla de ruedas. No tomé la decisión de salir corriendo de la isla cuando la gente comenzó a hablar y te miraban de otra manera. Yo no me acosté con Diana y luego me olvidé de ella. Deja de comportarte como un crío herido y asume tus responsabilidades. Soy tu padre, y lo único que he hecho en esta vida es limpiar tus cagadas.

Yeray no supo qué decir; en parte, porque su padre tenía razón. Pudo enfrentarse a las habladurías del Valle, a esa imagen de matón que muchos comenzaban a tener de él, y podría haberse ido a Tenerife a estudiar con Diana en la universidad como ambos habían planeado. Pero Tenerife se le antojaba demasiado cerca de su padre y del Valle en general. Él necesitaba aumentar la distancia que lo separaba del infierno.

Capítulo 13
DE SUEñOS ROTOS Y ANHELOS



Se disculpó con Olivia antes de darle un beso en la frente y arroparla con más ternura que nunca. No quería que su salida de tono se le quedara grabada en el alma, como a él, todas las veces que su padre le gritó que era un inútil. Los niños no solo guardaban en un baúl con candado en su memoria los momentos felices que vivían durante su infancia, sino que también escondían con más celo los reproches, las discusiones y esa inseguridad latente que sus propios progenitores habían ayudado a construir.

Lo sabía ahora que era adulto. Sus sueños de ser astronauta los rompió su padre una vez diciéndole que pusiera los pies en la tierra, que era en esta donde uno se ganaba el pan para comer. Martín no recordaba esa frase, pero él sí. Por eso cada vez que Olivia le confesaba que quería ser bailarina o veterinaria, se afanaba en repetirle que podría lograr lo que quisiera.

Se tumbó en el colchón junto a ella con las manos entrelazadas en la nuca y por un momento se centró en el blanco del techo. Estaba cansado de pensar, de recrear en la mente una y otra vez la conversación obligada que tendría con Diana. Y puede que luego con Idaira. Y a esta no tenía ni puñetera idea de qué decirle. Pensó que un simple «Lo siento» bastaría, o al menos quería creerlo.

Se durmió por agotamiento mental. Ya le costaba anticiparse a un diálogo del que no tendría escapatoria y las frases se difuminaban en el aire como los colores cuando los mezclabas con agua. Cerró los ojos y pronto se vio de nuevo en la escena del accidente de Claudia.

Volvía a correr por callejones desconocidos, angostos e interminables que no lo conducían directamente hacia ella. Gritaba su nombre al tiempo que escuchaba las sirenas de la ambulancia y de la policía acercarse al lugar. Sin embargo, él era incapaz de hallar el sitio. Se tropezaba con calles sin salida, con muros más altos que su hermano Airam y palmeras canarias que no tenían sentido en la ciudad de Madrid. Estaba a punto de darse por vencido, de detenerse y llorar en alguna esquina donde nadie pudiera verlo, cuando de improviso se encontró arrodillado en la acera y sujetándole la cabeza a Claudia.

—Has venido —le dijo ella en un débil susurro.

—Claro, no podía dejarte sola. No así. —Los ojos se le empañaron y gimoteó varias veces ante la sonrisa que mantenía su mujer en los labios—. No me dejes, por favor.

—Protege a tu hija. Prométeme que la protegerás.

Abrió los ojos con brusquedad. Los pulmones se habían despertado con él introduciendo todo el oxígeno que se encontraba en el dormitorio y casi le fue imposible respirar con normalidad. Tosió varias veces, y tras recuperar el aliento, de reojo, observó el reloj de la mesita de noche: las dos y cero nueve.

Enfadado, se levantó de la cama sin hacer ruido y tiró del cable tal y como había hecho Dulce. Estaba harto de las señales. Harto de todos esos pequeños detalles que le recordaban que era un ser insignificante, poco trascendental para un universo selectivo que escogía quién debía tener un nombre en el planeta y quién podía morir sin más porque no jugaba un papel clave en su juego perverso.

Regresó a la cama, pese a que escuchó los pasos de Airam descender por las escaleras y dirigirse al primer piso. Aquella noche no tenía ganas de perseguir a hombres disfrazados de pájaros que

se dedicaban a asustar a los vecinos. Esa noche no. No iba a correr detrás de fantasmas porque le dolía demasiado el alma.

Volvió a enfocar la pared del techo y, con las manos sobre su estómago, aguardó a que el silencio se alejara de él. Si ignoraba esas manifestaciones mudas, tal vez se olvidarían de que él existía.

A la mañana siguiente, y tras un desayuno ligero, decidió que se acercaría a casa de Diana para hablar con ella. Cuanto antes, mejor. Y dado que ella no le devolvía las llamadas ni le respondía a sus mensajes con un simple «Estoy bien», quiso comprobarlo sin darle opción a rechistar.

Sin embargo, cuando descendía el único escalón que lo separaba de la casa, se topó con el rostro sombrío de su padre. Llevaba en las manos las llaves de la furgoneta y las presionaba entre los dedos como si alguien quisiera arrebatárselas.

—Nos vamos a la playa —le soltó sin darle los buenos días al tiempo que enfilaba sus pasos hacia el garaje.

—¿Qué? No. Tengo otras cosas que hacer.

—Eso puede esperar —afirmó con voz cortante—. Ya le he dicho a Airam que se prepare.

—¿Y Olivia? —le preguntó mientras trataba de alcanzarlo.

—Los he dejado dentro de la furgoneta. Es una niña madrugadora. Se despierta antes que su padre.

—He pasado mala noche. No estoy durmiendo bien —se excusó, con la urgencia propia de un niño ante la mirada severa de un padre, y pensó que las viejas costumbres no se corregían de manera tan fácil—. Pero ¿qué bicho te ha picado para que se te meta ir hoy domingo a la playa? ¿Sabes la de turistas que tiene que haber allí un día como hoy?

Su padre abrió la puerta del vehículo y le hizo una señal con la barbilla para que hiciera lo mismo.

—No nos vamos de excursión —aseveró sin que le temblaran los labios—. Ha ocurrido algo extraño en el puerto.

—Define extraño.

Resignado y con ganas de saber más, Yeray se sentó en los asientos traseros junto a Olivia, quien le sonrió nada más verlo aparecer. Lo cogió de la mano y fue cuando se percató de que llevaba un sombrero de paja en la cabeza con un lazo hecho de papel de aluminio alrededor.

—¿Por qué te has puesto eso?

—Nos vamos de misión —le aseguró.

Airam, quien iba en el asiento del copiloto, se dio la vuelta y le guiñó un ojo a la niña. Él también tenía un sombrero ridículo del que le sobresalían unas tiras plateadas por detrás.

—¿Alguien va a contarme qué es lo que está sucediendo? —preguntó desesperado.

—He salido a comprar el pan. Ya sabes que los domingos, o eres de los primeros, o te quedas sin él —comenzó a explicarle su padre —. En la cola estaban comentando que las barcas pesqueras del Puerto de Vueltas habían aparecido destrozadas. Un par de vándalos se dedicaron a hacer trastadas anoche.

—¿Todas? —Su padre asintió con un leve movimiento de su barbilla—. ¿Se metieron en el agua y comenzaron a darle hachazos a las barcas? —comentó, todavía atónito—. Eso no tiene ningún sentido. ¿Quién haría algo así?

—Es evidente que algún loco. —Martín frunció el ceño y lo miró por el espejo retrovisor. No hizo falta que dijera nada más. Su padre estaba pensando en el hombre pájaro y eso lo inquietó—. Por eso llamé a tu primo Aarón. Ya sabes que él y su hermano se quedaron con el negocio de tu tío.

—Ni siquiera sabía que tenías el número de Aarón —dijo entre dientes.

—Bueno, lo importante es que hay algo más: las barcas han aparecido en la arena, apiladas con la disposición de las cajas en un almacén abandonado —continuó explicando el viejo.

—¡¿Qué?! —fue lo único que Yeray logró decir.

—¡Es un caso p-p-para los detectives de lo p-p-paranormal! —exclamó su hermano, mostrando su alegría.

Yeray volvió a recibir la mirada desconcertada de su padre desde el espejo retrovisor. No había muchas cosas que asustaran al viejo, además de los empleados del banco y los funcionarios de Hacienda, así que no tuvo más remedio que tragar saliva al comprobar que Martín estaba acongojado. Sus ojos parecían haber empequeñecido bajo un halo de angustia y temor que no era habitual en él. Y se preguntó hasta qué punto las paranoias de su hermano estaban afectándolo; incluso sus propias teorías descabelladas, ya que había sido él el que había apuntado a la presencia de un perturbado que se disfrazaba para amedrentar a los vecinos. Pero una cosa era asustarlos y otra muy distinta destrozar su medio de vida. Ya ellos mismos habían sufrido ese sabotaje en sus pieles, pues una veintena de plataneras eran del todo irrecuperables.

Permaneció callado durante todo el trayecto, tratando de dibujar un mapa cronológico en su mente de todo lo sucedido hasta ahora, pero por más que se esforzaba en trazar una línea común que los relacionara, no lo conseguía.

Además, en cuanto llegaron al puerto y se encontraron con la zona acordonada con el rigor propio de una escena de un crimen, Yeray fue invadido por un tsunami de impotencia. Apenas lograría dar respuesta a la maraña de preguntas que se le arremolinaban en el cerebro y desenredar al menos los primeros nudos de sus continuos interrogantes. Había muchos vecinos en el lugar, al igual que turistas que no paraban de preguntar por lo ocurrido ante el silencio mustio de los policías.

Sin embargo, pudo acceder a un montículo en la falda del acantilado más cercano y desde el que podía apreciar la playa de Vueltas, la cual era famosa por su escaso oleaje, ya que sus aguas estaban arropadas por un dique que la convertía en un lugar ideal para nadar y disfrutar de un baño apacible. De hecho, la playa de Vueltas carecía de grandes corrientes marinas que podrían arrastrar a los bañistas al interior del océano, y de la misma manera, era imposible que las barcas fueran empujadas por un intenso oleaje y terminaran de esa forma en la arena.

Yeray arrugó su rostro apesadumbrado al tiempo que su padre llegaba hasta él. Las barcas se encontraban apiladas en dos montones. No presentaban grandes desperfectos, simplemente parecía que alguien se había tomado la molestia de sacarlas del agua y colocarlas unas sobre otras por diversión.

—No permiten que los pescadores se acerquen a ellas hasta que no terminen con sus pesquisas —le comunicó en cuanto se situó a su lado.

—Esto no ha podido hacerlo una sola persona —expresó su pensamiento en voz alta para que su padre fuera partícipe de él.

—Ya lo sé, hijo. No soy idiota. —Extrajo un palillo del bolsillo de su camisa y se lo acercó a la boca. Después, comenzó a moverlo de un lado a otro a la vez que soltaba algún resoplido—. Esto nos lleva a pensar que tu hombre pájaro no trabaja solo. Tiene cómplices. He intentado hablar con uno de esos idiotas que llevan el tricornio en la cabeza. Les he contado lo de mi denuncia, lo de la foto de ese loco y que puede que esté relacionado con esto.

—¿Y qué te han dicho?

—Que los deje trabajar, que esto no es cosa de aficionados. —Martín refunfuñó y soltó algunas palabras malsonantes en voz baja.

—¡Machangos!

Su padre se alegró al escuchar cómo esa palabra canaria estallaba de los labios de su hijo con desprecio y sonrió, manteniendo el palillo prensado entre los dientes.

—Eso mismo he pensado yo.

Continuó con el rostro repleto de satisfacción hasta que presionó los labios para reprimir una mueca de dolor. Después, comenzó a masajearse el codo con la mano. Tenía una rojez del tamaño de una moneda de dos euros.

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó.

—Nada importante. Me he debido de dar un golpe cuando trabajaba en la finca. Gajes del oficio —afirmó simulando una risita.

Yeray negó con la cabeza al recordar todos los percances que había sufrido en las plataneras y miró al frente, frunciendo el entrecejo.

—¿Dónde están Airam y Olivia? —Preocupado, comenzó a tratar de localizarlos con la mirada.

—Haciendo algunas fotos. Ya les he dicho que no se alejen demasiado. Buscan huellas que no sean humanas en la arena.

El viejo soltó una carcajada sincera, aunque no le gustaba que Airam fantasease con sus teorías absurdas. Apreciaba el hecho de que Olivia lo acompañara en sus aventuras y esperaba que la niña supiera cuándo decirle que ese no era el mejor camino que seguir, o al menos avisarlo por si la cosa se desmadraba. Miró a su hijo de soslayo y contuvo una sonrisa de orgullo. Por fin estaban compartiendo una historia, pese a que fuera una que no tenía ni pies ni cabeza.

—¡A saber cuántos mirones se habrán acercado a las barcas antes de que llegara la policía! No creo que encuentren una pista fiable en las huellas —aseguró Yeray, imitando a un auténtico detective.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —Martín continuaba confuso y eso lo angustiaba. Siempre había sabido cómo manejar cualquier asunto, pero aquel le ponía la piel de gallina.

—Si ellos no pueden defender lo nuestro, lo haremos nosotros. Podríamos hacer grupos de vigilancia nocturna y turnarnos hasta que demos con el hombre pájaro.

—No todos se creen esa historia —le subrayó el viejo.

—Con una docena de personas nos basta. —Yeray ya estaba ideando un plan en su cabeza. Las patrullas nocturnas

amedrantarían al acosador y con un poco de suerte podrían atraparlo con las manos en la masa.

Observó cómo la marea alta se introducía en la arena y borraba la infinidad de pisadas matutinas que se aglomeraban alrededor de las barcas. Algunas olas comenzaban a salpicarlas para suplicarles que regresaran a la mar, pero estas continuaban inmóviles, mudas, sin arrojar luz al extraño suceso que las había convertido en las protagonistas de ese día.

—¿Sabes si antes de llegar nosotros había marcas de arrastre? Tuvieron que empujarlas una vez que las sacaron del agua. —Yeray miró de reojo a su padre, quien no paraba de jugar con el palillo.

—No lo sé —le respondió el viejo—. Pero estoy pensando que dos personas me parecen pocas para llevar a cabo esta tarea, y tampoco creo que lo haya hecho una panda de mocosos —se atrevió a señalar.

Yeray emitió un silbido de sorpresa.

—Pues si tus sospechas van dirigidas a una organización criminal, ya son palabras mayores. Además, ¿qué sacarían ellos apilando las barcas de los pescadores?

Martín se encogió de hombros, se sacó el palillo de la boca y volvió a guardárselo en el bolsillo.

—¿No fuiste tú el que me habló de una estafa inmobiliaria? —le recordó muy serio.

—Puedo entender que coaccionen a unos cuantos agricultores para vender, pero el mar no tiene propiedad. Eso no tiene sentido.

—Pero las barcas sí. Quizá no quisieran que los pescadores salieran hoy a faenar —continuó argumentando—. Sin pesca, no hay ingresos. Y sin ingresos, no se pueden pagar las facturas. Y por el revuelo que han causado, no creo que puedan salir a la mar en varias semanas. Algunas no tienen grandes desperfectos, pero sí diversos daños a tener en cuenta.

Yeray entornó los ojos y se preguntó qué clase de mafia querría arruinarles el negocio tanto a los agricultores como a los pescadores. Valle Gran Rey estaba creciendo. Los turistas que visitaban la isla aumentaban cada año, pero existían normativas en el municipio que regulaban la construcción masiva de hoteles, ya que trataban de preservar el entorno natural y garantizar la sostenibilidad. Entonces, ¿qué pretendían estos especuladores? ¿Y para qué iban a contratar a un chalado para que les hiciera el trabajo sucio?

De regreso a casa, estuvo dándole vueltas al asunto mientras Olivia y Airam se felicitaban por las fotografías hechas con el móvil. Su hermano había preferido sentarse esta vez en la parte de atrás para charlar mejor con la pequeña y hablar de sus averiguaciones. Ellos continuaban con la teoría de que un platillo volante había ejercido una fuerza succionadora con las barcas y que luego las había soltado en la arena con mucho cuidado, aunque tampoco lograban comprender para qué.

—Seguro que es un código para que lo descifremos —le oyó decir a Airam.

Sin embargo, él estaba librando tantas batallas en su cabeza que ninguna le permitía pensar con claridad. Y, al llegar a El Retamal, le pidió a su padre que lo dejara cerca de la casa de Mateo. El viejo lo miró con disconformidad, sin pestañear, pero tampoco le reprochó que quisiera aclarar el asunto con Diana.

Se despidió de Olivia con la promesa de entablar una seria conversación sobre una inminente invasión alienígena y se encaminó hacia el domicilio de Diana.

Tragó saliva varias veces antes de decidirse a tocar el timbre. También se frotó las manos de manera compulsiva al comprobar que no obtenía respuesta a su llamada. Entonces presionó el botón con más insistencia, hasta que su sonido chirriante le resultó molesto. No supo cuántos minutos estuvo en la puerta aguardando a que alguien se dignara a abrirle. Si Diana no se encontraba en la casa, esperaba que lo hiciera Idaira, aunque esta fuera un hueso más duro de roer que su madre.

Por fin oyó el sonido de unos pasos y cómo de mala gana alguien tiraba del manillar de la puerta. Se dijo que solo tenía que sonreír, mostrar la mejor de sus versiones y aguantar con la boca bien estirada para que supiera de antemano que iba con buenas intenciones. Por ese motivo, cuando Diana lo vio, se le antojó una caricatura del Joker. Parecía que le hubieran pegado esos labios tan tensos a la cara, y eso hizo que se cruzara de brazos con cierta alarma.

—Perdona, he estado llamándote desde ayer, y, como no sabía nada de ti, he decidido acercarme. ¿Puedo pasar? —Ella elevó la mirada y constató que la vecina de enfrente los espiaba desde la ventana, así que se hizo a un lado de mala gana para que entrara en la casa—. He querido venir desde primera hora, pero mi padre me ha arrastrado hasta el Puerto de Vueltas y no he tenido más remedio

que acompañarlo. No sé si te has enterado, pero han sacado las barcas del mar y las han amontonado en la arena.

—¿Para eso has venido a mi casa?, ¿para contarme las últimas noticias del Valle?

Diana se adentró en el comedor y él la siguió con torpeza, sin tener idea de cómo encauzar una conversación que había comenzado peor de lo que esperaba.

—No, no, no he venido para eso. Quería...

Antes de que pudiera continuar hablando, ella cogió una carpeta de la mesa y se la estampó contra su pecho, para su sorpresa.

—Aquí están los dibujos de mi padre —le dijo, visiblemente molesta—. Es eso lo que querías, ¿no? Ahora, por favor, lárgate.

—No, Diana. Espera. —Ella torció el gesto y Yeray contó hasta tres antes de proseguir. Necesitaba coger aire, y en esa casa no lo encontraba—. Claro que quería echarles un vistazo a los dibujos. Airam tiene una foto del hombre disfrazado, pero te juro que no he venido solo por esto... Quería hablar contigo. Necesito hablar contigo.

—Creo que ya has hablado más de la cuenta. —Lo miró a los ojos con inquina—. Le contaste a Idaira que mantuvimos una relación en el pasado, y no tenías derecho a hacerlo.

Yeray se humedeció los labios en un intento de alejar el amargor incipiente que se le había asentado en la boca y depositó la carpeta de Mateo sobre la mesa.

—Pensé que no era un secreto —se disculpó—. Lo sabe todo el pueblo. Y tu hija..., nuestra hija...

—No la llames así. No es nuestra —lo interrumpió.

—Es nuestra, Diana. Ya no puedes esconderlo más. Lo sé todo.

—Tú no sabes nada.

Yeray lanzó un profundo resoplido y luego entornó los párpados para despejar la cantidad de excusas que se le amontonaban en la mente sin coherencia alguna. Creyó que se desmayaría en ese instante, pues no tenía ni la menor idea de cómo proseguir con un discurso que, aunque lo había ensayado en su cabeza, se le antojaba torpe y difuso. Hacía menos de veinticuatro horas había averiguado que tenía una hija en el Valle y que además trabajaba para su padre como excusa perfecta para ayudarla a reunir un dinero y así obligarla a mantener un vínculo con la familia paterna que nunca tuvo. Y esa chica se llamaba Idaira, sobre quien debía

confesarle que no tenía una relación cordial y amigable, sino más bien tensa.

—Soy yo el que tiene que sentirse una mierda. De hecho, me siento así —se sinceró, abriendo su corazón marcado por tantas cicatrices—. Soy el último mono que se entera de esto y... Lo siento mucho. Siento todo por lo que has pasado. Pero creo que tendrías que haberme contado la verdad. El otro día hasta me reí de ello.

—¿Qué verdad?, ¿la que tú me ocultaste? —Diana arrugó el rostro, todavía más enfadada—. Estabas con otra y te acostaste conmigo. Sí, no pongas esa cara de idiota. No soy tonta. Lo supe las Navidades siguientes, cuando no regresaste y ni siquiera respondiste a mi mensaje de felicitación. Había otra mujer.

Él inspiró aire y quiso soltarlo con la misma rapidez con la que lo había tomado, pero no pudo. Se quedó dentro quemándole los pulmones, y ardían demasiado rápido para no soltarlo por la boca.

—No era yo mismo... Esa noche estaba borracho. Tenía un cacao en la cabeza...

—¿Esa es tu excusa? —lo interrumpió de nuevo—. Me prometiste que volverías todos los veranos, las Navidades y todos los puentes que hicieran falta para verme.

—Lo sé —admitió con torpeza.

Entonces apreció cómo sus ojos se nublaban y se llenaban de una tristeza que jamás habría querido contemplar en ella.

Diana desvió la mirada hacia la pared del fondo y quiso evitar que las primeras lágrimas regaran sus mejillas, ya deshechas.

—Pero tampoco te despediste de mí en condiciones el verano anterior. —Apretó los dientes para no dejar escapar un pequeño gemido. No podía permitírselo; no delante de él—. Estuve esperándote esa noche junto a la ventana y no apareciste, como me habías prometido. Te largaste sin más a Madrid cuando ya habíamos encontrado un piso en La Laguna para empezar los dos la universidad allí. Ni siquiera me dijiste que ya no te interesaba estudiar Física, solo que te había caído una gran oportunidad del cielo y no podías desaprovecharla. Y yo no pude decirte nada. ¡Nada!

—Lo sé.

—Me dejaste tirada la primera vez, y cuando regresaste al verano siguiente, pensé que lo habías hecho por mí, que me echabas de menos tanto como lo hacía yo —le confesó, dejando que un hipido la

hiciera temblar de arriba abajo—. Y volviste a desaparecer sin darme una explicación.

—Lo sé.

—¡Deja de decir que lo sabes, porque no sabes nada! —Se llevó una mano a la frente, pues creyó que una fiebre repentina estaba haciéndola tiritar. No se encontraba bien. Nada bien—. Me hiciste mucho daño, muchísimo. Tendría que haberle hecho caso a mi hermano y haberme alejado de ti, pero ya era demasiado tarde. Y luego... —Se tragó la última frase y lo miró creyendo tener delante al joven del que ella se enamoró, valiente y soñador.

—Vale, no digas nada más. —Quiso rodearla con sus brazos. Se aproximó a ella con cuidado, pero Diana se apartó—. Me he comportado como un cabrón contigo y no encuentro la manera correcta de decirte que lo siento sin cagarla más. Pero nunca he sido ningún ogro. Y podrías habérmelo contado, haberme llamado por teléfono y... —No pudo continuar hablando. Las frases se le atascaban en la garganta y temía soltar una que le hiciera más daño.

Diana le mostró una sonrisa fingida y luego se encogió de hombros.

—No son temas que se traten por teléfono.

—Si me lo hubieras pedido, habría venido.

—¿Seguro?

Lo puso a prueba con esa simple pregunta, y Yeray supo que no iba a estar a la altura para darle una respuesta que la consolara. Entrelazó las manos en la nuca y presionó los ojos con tanta fuerza que pensó que le sangrarían.

—No puedo viajar en el tiempo y deshacer todo lo que hice mal, pero ahora estoy aquí para lo que me necesites. —Con la mano en el pecho, la miró a los ojos, y con sus siguientes palabras, quiso regalarle toda la sinceridad que le había faltado cuando decidió marcharse lejos—: Lo del otro día, para mí, no fue un simple revolcón. No quiero que pienses eso... Sigo sintiendo algo por ti; aunque no lo creas, aunque yo mismo tenga que digerirlo porque no me encuentro preparado para dejar entrar a alguien en mi vida otra vez. Pero estos sentimientos están aquí. Existen.

Ella le dio la espalda porque no quería apreciar un atisbo de luz en su mirada. Eso le daría esperanza, y hacía mucho tiempo que esa palabra había dejado de tener significado en su cabeza.

—Puede que para ti fuera algo más, pero para mí no. Fue como volver al pasado y sentirme esa chiquilla que tú utilizabas cada vez que lo necesitabas.

Yeray entrecerró los ojos al intuir el puñal atravesándole el pecho y hurgando en él con saña. Ese golpe fatal lo había dejado quebrado, sin ganas de levantarse y seguir luchando. Sus labios temblaron y sus piernas se tambalearon hasta el punto de dejar de escuchar los latidos de su corazón otra vez. Sonaban distantes, alejados de toda opción para apelar a su sentido común, para rogarle que le diera una oportunidad y que así, de nuevo, lo contemplase como el chico que la amó con locura, y que volvería a hacerlo si ella se lo permitía, porque nunca la miró como una más. Jamás. Ella fue su baluarte cuando más lo necesitó, el timón de su barco en mitad de la tormenta, su guerrera más leal y su amante más sincera.

—Eso no es verdad. Nunca te utilicé. Yo te quería. Habría hecho lo inimaginable por ti —le confesó herido.

—¿Y por qué te fuiste?

—Tú lo sabes. Aquí me ahogaba. La historia de Dailos me dejó tocado y necesitaba escapar de mi casa.

—Teníamos planes para irnos a Tenerife. —Diana le hablaba con lágrimas en los ojos; unas lágrimas que no permitió que rodaran por su rostro porque el orgullo le pesaba más que el dolor—. ¿Por qué no continuaste con ellos y te viniste conmigo? Habrías escapado igualmente de tu tormento.

Yeray bajó la cabeza y observó las manchas de sus zapatillas. Todavía tenían restos de barro después de esa tormenta repentina. No las había limpiado bien, y al tomar una bocanada de aire, cayó en la cuenta de lo ridículo de ese pensamiento ahora que trataba de recuperar la confianza de Diana.

—No tengo respuesta para todo —dijo por fin—. Estaba confundido, desesperado, y apareció un primo segundo de mi madre brindándome una oportunidad que no esperaba. Tenía varios primos allí y... Por fin, los astros se conjugaban para regalarme algo.

—Tú nunca has creído en el destino —le dijo sin rabia, sin un maldito reproche que le hizo pensar a Yeray que todavía existía esperanza para los dos.

—Yo no, pero tú sí. —La sujetó de las manos con determinación, y Diana creyó que se desmoronaría allí mismo—. Y estoy seguro de que tú tampoco habrías desperdiciado una oportunidad como esa.

Ella sacudió la cabeza con levedad. No quería concederle la tregua que tanto ansiaba, pero estaba exhausta y no deseaba continuar luchando.

—No sé qué es lo que habría hecho. No lo sé. —Se sentó en una de las sillas del comedor y hundió el rostro entre sus manos.

Yeray le acarició los cabellos con una ternura en la que se mezclaban el amor y la compasión. No quería que sufriera, no quería contemplar su rostro enrojecido, y menos por su culpa. Ya había tenido que lidiar con un marido maltratador, escapar de sus garras como había podido e iniciar una nueva vida en el Valle. Se prometió a sí mismo que no le ocasionaría más angustia ni más dolor.

Arrastró una de las sillas a su lado y se dejó caer, afligido y derrotado. Entonces la atrajo hacia él y permitió que esas lágrimas contenidas cayeran sobre su camiseta. Permanecieron así unos minutos, en los que sintió que el remordimiento lo devoraba por dentro muy despacio para que fuera consciente de la agonía que Diana había soportado. Había sido tan egoísta aquel verano, tan cruel, que le llevaría toda la vida subsanar todos sus errores, y tal vez no lo lograría del todo.

—¿Dónde está Idaira? —le susurró antes de besarle la frente.

—No lo sé. Se ha ido a primera hora de la mañana con su novio. Está tan cabreada conmigo que no me habla desde que regresó de la ermita.

—Entonces, ¿lo sabe? —le preguntó, temiendo su respuesta.

—Sabe sumar dos más dos. —Se sorbió la nariz y se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Aunque tú le aseguraste que era imposible que fueras su padre. Lo leyó en tu cara.

Yeray bajó el mentón, convencido de que se había comportado como un idiota al tratar de demostrarle a la joven que nada tenía que ver con su paternidad. Ni él mismo pudo medir las consecuencias de sus cálculos erróneos ni de su memoria traicionera que le había hecho recordar todo un verano cargado de fatalidades.

—No me di cuenta hasta ayer, mientras hablaba con ella —admitió avergonzado—. No sé cómo había olvidado ese verano. Lo tenía mezclado con imágenes del anterior. Habría asegurado que fui a esa fiesta en la playa antes de irme por primera vez a Madrid, y por lo tanto, para mí, esa noche en tu dormitorio fue nuestra despedida. Una despedida bonita y mágica.

Diana soltó una risa amarga.

—La mente juega con nosotros para que nos creamos nuestras propias mentiras. Yo lo hice con Enrique. Cada vez que recibía un golpe, llegaba a pensar que era porque me lo merecía —se sinceró abatida—. Tú estabas viviendo una bonita historia de amor y no querías que tus malos recuerdos te la manchasen.

—Tú nunca fuiste un mal recuerdo —le aclaró.

—Ya sabes lo que quiero decir.

En ese momento, el teléfono comenzó a sonar y ambos se sobresaltaron.

Antes de levantarse y dirigirse hacia el salón, Diana lo miró con cierta resignación. No deseaba que la conversación terminara allí ni que sus brazos dejaran de arroparla. En los últimos años se había sentido tan sola, tan alejada de una realidad que amenazaba con destruirla, que jamás creyó que el regreso de Yeray le devolviera la luz a su vida y que también trajera consigo la oscuridad.

—Tengo que responder —se excusó—. Estoy esperando la llamada del notario para que se haga efectivo el testamento de mi padre.

—¿Y no te llama al móvil? —le preguntó Yeray mientras la dejaba levantarse.

—Probablemente me habrá llamado un par de veces, pero lo he dejado en el dormitorio cargando. No esperaba que me entretuvieras tanto —le dijo esbozando una tímida sonrisa.

Yeray dudó entre esperarla sentado en el comedor o seguirla hasta el salón, ya que, al fin y al cabo, solo una puerta corredera mantenía separadas ambas habitaciones. Finalmente, se decantó por darle la intimidad que necesitaba y aguardar como un caballero a su regreso mientras reflexionaba sobre cómo abordar el tema de Idaira sin terminar enzarzados en una nueva discusión. De alguna manera que todavía no tenía pensada, quería formar parte de la vida de la adolescente, pese a que imaginaba que esta no estaría en absoluto de acuerdo.

De pronto, escuchó que Diana alzaba la voz nerviosa:

—¡¿Qué quieres de mí?!

Se giró en la silla y observó su figura inquieta y asustada aferrarse al auricular. No se lo pensó dos veces y, antes de que ella le hiciera un gesto con la mano para evitar que se acercara, la alcanzó después de varias zancadas. Luego, con los brazos en jarra, arrugó la frente a la espera de una explicación que Diana se negaba a darle.

—¡He hecho todo tal y como me pediste! —le gritó al supuesto notario—. No eres tú. No eres tú... —Histérica, soltó el teléfono, y el cable cayó tan rápido que terminó estampando el auricular contra el suelo.

Yeray lo recogió con premura y se lo llevó a la oreja para descubrir quién la había agitado de esa manera, pero un pitido agudo impidió que lograra identificar al autor de la llamada. Lo apartó de él, y cuando quiso acercarlo de nuevo para interrogar al causante del malestar de Diana, ya no había nadie al aparato.

—¿Quién era? —le preguntó desconcertado.

—Es evidente que querían gastarme una broma —le respondió sin querer darle muchas explicaciones—. Me he puesto muy nerviosa y he perdido los papeles. Ya está. No puedo permitir que se burlen de mí.

—Ya, pero ¿quién? —insistió.

—No lo sé —le respondió, todavía afectada—. Me ha dicho que era... mi padre.

—¿Mateo? —Yeray abrió los ojos de par en par y desvió la mirada hacia el teléfono, incrédulo.

Diana quiso restarle importancia a ese dato tan significativo y comenzó a narrarle lo sucedido con tal rapidez que le indicaba que continuaba con los nervios a flor de piel:

—Es evidente que no era él. Farfullaba, y no he entendido la mitad de lo que ha dicho. Había un ruido infernal de fondo. Ha insistido en que tenía que dejar la casa y largarme de aquí antes de que fuera tarde. ¡Ese no era mi padre! —Negó con la cabeza repetidas veces autoconvenciéndose de que el fantasma de Mateo no la había llamado—. Mi padre me hizo prometerle tres días antes de morir que jamás la dejaría, así que nunca me pediría algo así. Y ese... —prosiguió señalando con el dedo índice el teléfono— quería que me fuera.

Yeray observaba el aparato con suspicacia y a la vez con intriga. No era la primera vez que alguien se identificaba como Mateo en una llamada telefónica, aunque el bromista sabía que el viejo había fallecido y nadie lo tomaría en serio. No obstante, sí que había conseguido asustar a Diana, quien continuaba temblando de arriba abajo mientras se esforzaba en impedir que las lágrimas volvieran a desfilar rabiosas por su rostro.

La estrechó contra su cuerpo y permitió que su corazón encontrara un respiro entre sus brazos.

—Llegaremos al fondo de esto —le prometió al tiempo que ahogaba un pequeño suspiro antes de que cobrase vida en su boca.

El hombre pájaro no pensaba detenerse. Continuaba con sus bromas sin importarle que hubieran causado dos muertes en el Valle, y tal vez la desaparición de los turistas alemanes, aunque Yeray no contaba con la pieza que lo relacionara con ello.

Pero estaba cansado de no ser considerado siquiera un peón en su juego macabro, y ya era hora de que saltara al tablero por sorpresa y acorralara al hombre pájaro.

Capítulo 14

EL VERDADERO ROSTRO DEL HOMBRE PÁJARO



Entró en la casa cuando caía la noche y le sorprendió que todos, incluido su padre, estuvieran esperándolo para cenar en el salón. Si alguien le hubiera asegurado que llegaría el día en el que Martín no estuviera enfadado por su tardanza y por saltarse la norma más absurda y familiar de todas las que tenía guardadas en la manga —«Se cena a las ocho y media como muy tarde»—, no lo habría creído jamás.

Pero allí estaba, escudriñándolo con sus ojos pardos como un lince que deseaba a toda costa interrogarlo y al mismo tiempo manteniendo ese supuesto talante que deberían mostrar todos los cabezas de familia. Martín se consumía por dentro, ya que no podía preguntarle sobre cómo había ido la conversación con Diana y si

debía prepararse para que Idaira no pisara jamás esa casa. El viejo no quería admitirlo, pero le había cogido cariño a la muchacha, y no era precisamente porque trabajara casi de sol a sol para ganarse un jornal. No obstante, era consciente de que no podría decir ni una palabra del asunto delante de Airam y Olivia.

Martín reparó en la carpeta que llevaba en las manos y arrugó el entrecejo con curiosidad.

—¿Todo bien? —fue lo único que se atrevió a preguntarle.

—Sí, sí —le respondió Yeray, sin darle una pista.

—Estábamos esperándote para cenar todos juntos —intervino animada la niña.

—Me lo he imaginado. —Soltó la carpeta en la mesa y aupó a Olivia para estamparle varios besos en la cara—. ¿Y ya has preparado la mesa?

—Todavía no. Pero que sepas que he ayudado al tío Airam a cocinar.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué habéis preparado? —Comenzó a hacerle cosquillas, impidiendo que la niña pudiera responder con fluidez.

—Unas ham-bu-burguesas con papas fritas —señaló su hermano.

—¿Y si hacéis una cosa y vais preparándolo todo en la cocina mientras yo hablo un momento con el abuelo Martín? —les sugirió y la dejó en el suelo.

Ambos asintieron y, sin rechistar, hicieron una carrera para ver quién llegaba primero a la cocina y se ponía manos a la obra.

Ni Martín ni Yeray dijeron una palabra hasta que comenzaron a escuchar el jolgorio en la otra estancia. Yeray tenía las manos en los bolsillos y miraba con decisión la carpeta que le había entregado Diana, mientras que Martín lo torpedeaba con su mirada incisiva esperando a que pronunciara una frase que no le gustara para iniciar una discusión que había ensayado muchas veces en su cabeza. Tenía claro que no quería perder la relación que mantenía con Idaira, por mucho que su hijo hubiera aparecido de repente en el Valle y quisiera ser el padre que nunca fue; o por el contrario, desentenderse de la muchacha, lo cual era la peor decisión que podría haber tomado. Sí, estaba preparado para escuchar cualquier estupidez que saliera de la boca de su hijo.

Sin embargo, observó cómo Yeray se rascaba la coronilla y arrugaba desconcertado el rostro a la vez que escudriñaba con sus ojos del color del chocolate más puro la maldita carpeta.

—No he podido echarles un vistazo en casa de Diana —manifestó Yeray, alzando ligeramente el mentón y apuntando hacia la mesa.

—¿A qué? —le preguntó su padre confuso.

—A los dibujos. ¿A qué va a ser? —Yeray comenzó a abrirla, percibiendo una extraña excitación que lo llevaba a acelerar el proceso—. Diana me los enseñó en el funeral, pero estoy seguro de que pasé por alto algo.

—¿Y a quién le importan los malditos dibujos? —le recriminó, visiblemente exasperado—. Yo quiero saber qué ha ocurrido con mi nieta.

—Idaira no estaba en casa —lo informó, sin darle mucha importancia—. He hablado con Diana y supongo que todo va bien.

—¿Supones?

Yeray elevó la mirada y se topó con los ojos hundidos de su padre que no solo le exigían una aclaración, sino también una promesa de que todo saldría bien.

—Sí, estábamos hablando y... —volvió a posar la vista en la carpeta, pues ya podía atisbar el primer boceto de Mateo— ha sonado el teléfono. Alguien nos ha interrumpido haciéndose pasar por Mateo y, como entenderás, Diana se ha agitado mucho.

—¡¿Qué?! —exclamó su padre, sacudiendo la cabeza.

—Que, como verás, no somos los únicos que estamos recibiendo llamadas extrañas. Ni los Martínez tampoco. —Desparramó todos los dibujos encima de la mesa del comedor y comenzó a estudiarlos, ignorando la presencia de su padre—. Tiene que haber algo... Mateo tuvo que averiguar quién era el que estaba disfrazándose de cernícalo. ¿Cuántas veces lo persiguió por el pueblo?, ¿una docena? Tuvo que intercambiar una palabra con él, descubrir quién era y por eso se suicidó. No pudo soportarlo.

—¿Y en quién demonios estás pensando? Mateo no se colgaría por cualquiera.

Yeray asintió muy rápido, dándole la razón.

—¿Y si fuera su hijo? ¿Y si Ricardo estuviera acosándolo para que el hombre se volviera loco y así poder internarlo? Esa sería una buena manera de llegar hasta la herencia.

—Ricardo vive en Vallehermoso, y no creo que tenga tantas dificultades económicas como para llevar a su padre al suicidio —objetó Martín.

—Pero la persona que ha llamado a Diana le ha dicho que tenía que abandonar la casa. —Con los brazos en jarra, soltó un resoplido

—. Diana no quiere venderla porque se lo prometió a su padre, pero Ricardo quiere su parte de la herencia. Le corresponde la mitad de la casa.

Martín se sorbió la nariz, incómodo por lo que Yeray acababa de transmitirle. Si él moría, no quería que sus hijos vendieran la finca. De hecho, trabajaba con Airam para que fuera su sustento en el futuro, pero tenía dos hijos más: Yaiza y Yeray. Y pese a que a ellos tenía pensado dejarles la casa, no esperaba que la vendieran sin más y se repartieran el dinero. Aunque, una vez muerto, no podría gritarles desde la tumba para que no dejaran a su hermano sin un techo.

Nunca pensó que Yeray regresaría al Valle y pudiera necesitar la casa, aunque él jamás permitiría que Airam se quedara en la calle. Su hijo podría ser el grano más grande en el culo que había tenido jamás, pero nunca actuaría de forma egoísta con su hermano. Y mientras Yaiza fuera feliz en San Sebastián, no regresaría al pueblo para exigirles dinero.

De pronto, comenzó a tener dolor de cabeza. Cada día se hacía más viejo, y aunque ya había hecho el testamento, las dudas lo acribillaron hasta que sintió un leve mareo.

Carraspeó con pesar y quiso centrar su atención en cualquier cosa que no fuera su último día en la tierra, así que cogió uno de los diseños y lo observó atentamente. Estaba sombreado a lápiz con una precisión que jamás habría supuesto de su querido vecino. No se había esmerado en terminarle los pies, pues se había centrado más en el tronco y en la cara. Las manos contaban con dedos alargados; demasiado, si tenía en cuenta la proporción del hombre que había querido plasmar. Sin embargo, su rostro ovalado carente de boca y nariz hizo que un escalofrío le recorriera la espina dorsal. ¿Por qué no había querido dotarlo de humanidad? Solo unos ojos huecos parecían otorgarle cierto aspecto de un ser implacable y con una frialdad que rayaba lo sobrenatural.

Reparó en esas supuestas alas que le cubrían la espalda, pero tampoco halló nada significativo en ellas, exceptuando que no las había dibujado con plumas como las que poseían los cernícalos, sino con una especie de membrana que le recordaba más bien a la de los murciélagos.

—¡Bingo! —le escuchó decir a Yeray.

—¿Qué has visto?

Su hijo le mostró otro dibujo donde el hombre alado tenía la cara perfilada con más detalles, y en ella, lo que primero pudo apreciar fueron los ojos rojos: el único punto de color que Mateo había querido darle a ese diseño.

—Sabía que lo había visto antes —le aclaró Yeray—. Estos malditos ojos rojos nos confirman que la fotografía de Airam no es un truco óptico. Al principio pensé que Airam había activado el flas del móvil al hacer la foto y por eso teníamos como resultado el color rojo de los ojos, fruto del reflejo. Sin embargo, Mateo los coloreó así porque se le presentaba con dos lentillas bien encendidas.

—Ya te había dicho yo que eran lentillas —le recordó Martín.

—Sí, pero ahora sabemos con seguridad que el monstruo de Airam es el hombre pájaro de Mateo.

—Perdona, pensaba que de eso no tenías ninguna duda.

—No la tenía, pero ahora tenemos pruebas.

—En la Guardia Civil van a reírse de nosotros —aseguró con tono resignado.

Yeray continuó indagando en los dibujos que se exponían en la mesa y, de vez en cuando, soltaba un resoplido, para desesperación de Martín, quien continuaba observándolos con cierto reparo. Yeray se percató de que muchos de ellos estaban firmados por Mateo Chinea, pero solo dos tenían una numeración debajo del nombre: cero, dos, cero, nueve.

¡Las dos y nueve!

Yeray dio un respingo y se apresuró a recoger los dibujos en cuanto escuchó desde el pasillo la voz de Airam llamándolos para ir a cenar. Su hermano se presentó en el salón con varios cuchillos para cortar la carne en la mano y los miró con estupefacción, pues ambos se habían cuadrado en cuanto irrumpió en la habitación y habían escondido las manos detrás de la espalda, pese a que no tenían nada en ellas.

—¡Santo Dios! —exclamó Martín—. ¿Quieres dejar esos cuchillos en la cocina?

Airam se aproximó a la mesa y soltó los cubiertos para poder tirar mejor de una hoja de papel con los dedos que sobresalía desde el interior de una carpeta mal cerrada.

—¿Qu-qué es esto? —le preguntó, convirtiéndose de pronto en un padre inquisidor.

—No es nada, Airam. Son cosas mías —trató de disuadirlo Yeray mientras se apropiaba de la carpeta—. Vuelve a la cocina, ya vamos.

Sin embargo, su hermano, quien no había soltado el papel, tiró más de él y logró sacarlo del todo. Lo sostuvo entre sus manos unos segundos en los que no dijo nada. Se limitó a escudriñarlo con sus ojos grandes e inocentes. Lo estudiaba con determinación pero con miedo.

—Es él —afirmó sin apartar la vista de la hoja—. ¿Lo d-d-dibujó Mateo?

—Sí —admitió Yeray en cuanto se vio sin escapatoria.

—¿Y por qu-qué lo t-t-tienes tú?

Yeray se paseó la lengua por toda la dentadura mientras inventaba una excusa plausible que no asustara a su hermano.

—Diana me los ha entregado. No quería tenerlos en casa. —Se sintió algo estúpido por no idear algo más ocurrente—. Y padre y yo estábamos estudiándolos para ver si Mateo había pintado algo que nos llevara al acosador real.

—Es real —aseveró Airam sin mover un músculo de su cuerpo—. Esto es r-r-real.

—Airam, no existen los bichos así. —Martín bufó—. Tú quieres creer que se trata de un extraterrestre, pero no es más que un hombre loco disfrazado de pájaro.

—¿Lo has b-b-buscado en internet? ¡Existe! —insistió.

Yeray se sorprendió de los recursos que podía utilizar su hermano para que su historia cobrara sentido. No se lo imaginaba sentado delante de un ordenador y alardeando de una paciencia de la que carecía.

—¿Tú lo has buscado? —Aun así, no quiso perder la oportunidad de conocer cuánto conocía Airam del tema o cómo demonios había elaborado esa teoría tan absurda—. ¿Has estado en alguna página que anuncie una invasión extraterrestre inminente?

Airam miró hacia otro lado y frunció los labios con aire de ofendido. No iba a responderle. Volvió a cerrarse en banda, sin permitir que una mirada piadosa derribara sus escudos. Entonces Yeray temió que sus teorías conspiratorias fueran algo más que un juego y le espantó la idea de que terminara siendo más peligroso de lo que había llegado a imaginar. Pensó en Olivia y en la confianza que su hermano había depositado en ella durante las últimas semanas y prefirió zanjar el tema para que Airam no sufriera una crisis histérica. Llegados a ese punto, no podría soportar los gritos ni los llantos de su hermano al tiempo que le pedía un abrazo. Ese día

no. Ese día no podía recoger más lágrimas. Así que, si debía interrogar a alguien, era a su propia hija. Olivia no le mentiría.

No pensó lo mismo Martín, quien estaba más preocupado por hacerlo entrar en razón y que no cometiera una estupidez persiguiendo él solo al hombre pájaro cuando todavía no sabían quién se ocultaba tras la máscara.

—No todo lo que dicen esos descerebrados es verdad —comenzó el viejo—. Te he educado para que utilizaras tu inteligencia y supieras decirme quién te miente y quién no. —Dio tres pasos al frente y quiso acercarse a él—. Hijo, sé que a veces soy un cabezota y que te digo las cosas de forma brusca. No lo hago para fastidiarte, es que soy así. Es mi carácter. Y no quiero que la gente te engañe ni que pienses que los monstruos son reales, porque no lo son. A lo único a lo que deberías tenerle miedo es a las personas de carne y hueso, como tú y yo.

Airam los miró de reojo mientras tragaba saliva repetidas veces.

—La comida se enfría —fue lo único que dijo antes de internarse en el pasillo y dirigirse hacia la cocina.

Yeray nunca creyó que una cena amenizada con el mutismo de Airam pudiera ser peor que una acompañada por el mal humor de Martín. Sin embargo, lo fue. Ni un concierto de piano habría distendido el ambiente, ni siquiera una lluvia fresca habría enfriado el corazón de Airam y lo habría devuelto a su estado emocional habitual. Estaba dolido; lo certificaban las decenas de arrugas que se le acumulaban en la frente y lo demostraba el sonido del cuchillo y del tenedor cuando cortaba la carne sin tener en cuenta que debajo de ella había un plato que estaba sufriendo su enojo.

Olivia los miraba a todos sin comprender qué había ocurrido y aceptando sin protestar el silencio tan mordaz que los amparaba esa noche. Su padre no tuvo que pedírselo dos veces para que fuera a la habitación en cuanto terminó, pues ella entendió que tenían que tratar asuntos de mayores y, aunque le desagradaba no participar, era consciente de que en ese preciso momento era mejor no estar.

No obstante, quince minutos después se llevó una sorpresa al atisbar por el rabillo del ojo a su padre mientras entraba en el dormitorio e imaginó que no se habían disculpado con su tío o que las excusas que le habían dado no habían sido suficientes para calmar la inquietud de Airam.

Se hizo la dormida y observó que se sentaba en la silla del escritorio de adolescente con la carpeta que había traído a casa bajo

el brazo. Se preguntó si esa habría sido la causa por la que Airam se había molestado tanto y cuál era su contenido para que su tío se convirtiera en un oso grande y herido. Aunque se moría de ganas por descubrirlo, no quiso interrumpirlo ni empeorar la situación, así que prefirió darse la vuelta y entornar los párpados.

Yeray miró a su hija, quien parecía dormir plácidamente, y tuvo envidia de ella, de su ingenuidad y de su manera de continuar sonriéndole a la vida, pese a todo lo que la había hecho sufrir. Él tenía tantos problemas que solucionar que nunca creyó que a estos se les sumaría la rabieta de su hermano. Había cometido el mismo error que Martín al no considerarlo una persona adulta y escucharlo como se merecía, y esto hizo que se sintiera aún más despreciable. Toda una vida gritándole a su padre que la opinión de Airam valía como la de cualquier otro, y él se había tragado sus propias palabras en dos ocasiones.

La primera, cuando actuó a sus espaldas y le dio una paliza a Dailos. Su hermano nunca llegó a perdonárselo del todo, pues siempre quiso solucionarlo a su manera y que le dieran una oportunidad, un voto de confianza. La realidad fue que Yeray se hartó de esperar, se cansó de las burlas y patadas, pero sobre todo de los lloriqueos cada vez que llegaba a casa, y decidió actuar.

Y la segunda había ocurrido esa misma noche, cuando no había considerado ni por un segundo la opción de Airam. Se había negado a valorar sus hallazgos, pues le parecían disparatados y propios de una mente infantil.

Se masajeó la barbilla con dureza a la vez que contemplaba los dibujos que había colocado con sumo cuidado sobre el escritorio. Soltó una exhalación, apesadumbrado, y cogió el móvil en un arrebato más propio del Yeray adolescente que del adulto e introdujo las palabras «Hombre pájaro» en Google. No encontró nada relevante en su primera búsqueda, pero no le sorprendió en absoluto. Continuaba pensando que los desvaríos de su hermano eran causados por su mente fantasiosa e ingenua.

Halló un artículo que hablaba de un preso llamado Robert Franklin Stroud y que contaba que durante su estancia en Alcatraz encontró consuelo en su aislamiento criando pájaros para luego venderlos. Los carceleros le permitían mantener jaulas de pájaros en la celda, donde el hombre estudiaba su comportamiento. Incluso llegó a escribir dos libros: Enfermedades de los canarios y *Stroud's Digest on the Diseases of Birds*. Y otra entrada donde resumían el *wingfly*,

un deporte extremo en el cual los participantes saltaban desde una altura considerable y conseguían planear gracias a un traje especial confeccionado con membranas sintéticas y que eran capaces de imitar el vuelo de los pájaros.

No había encontrado nada relevante, así que no tenía ni idea de a lo que podía referirse su hermano. Hundió el rostro entre las manos unos segundos y después se dio varias palmaditas en los cachetes para poder despejarse. Volvió a concentrarse en los dibujos, y entonces se le ocurrió una idea que no le resultó tan descabellada.

Una vez, mientras estaba en el campo disfrutando de un día de pícnic con su familia, Claudia quiso averiguar el nombre de un árbol con flores grandes y fragantes salpicadas de un lila sugerente, así que le sacó una foto con el móvil y la introdujo en Google Lens. Pronto aparecieron imágenes similares al árbol que tenían enfrente, con una larga explicación sobre su floración y su cultivo. Se trataba de una Magnolia Grandiflora.

Quiso repetir la hazaña de ese día, y ni corto ni perezoso le sacó una foto al dibujo que le resultaba más significativo y en el que podía apreciarse la figura completa del acosador. Imitó el procedimiento que Claudia había utilizado años atrás y estiró una de las comisuras de los labios al constatar que su extraño arrebato había tenido éxito.

Existía una cincuentena de dibujos parecidos a los que había pintado Mateo en la web. Eufórico, se echó hacia atrás, presionando los talones contra el suelo y elevando los brazos hacia arriba, pero la silla se desestabilizó y casi se cayó de ella. La arrastró con cuidado para acercarse más al escritorio y comenzar a comparar los varios diseños que le mostraba el móvil con los que tenía en la mesa. No cabía duda alguna. Eran iguales. Reflejaban al mismo ser.

Reparó primero en las distintas nomenclaturas con las que lo citaban en la web. Muchos se referían a él como el hombre polilla, no pájaro; otros lo llamaban hombre búho, y en los países anglosajones lo denominaban Mothman.

Le resultó extraordinario, y a la vez espeluznante, que fuera visto en numerosos países y que existieran reportes de sus apariciones. Lo describían como un humanoide que medía entre el metro ochenta y los dos metros de altura. Solía vestirse de negro o gris, y poseía dos alas gigantescas que llegaba a cubrirle la espalda y parte de los brazos. Algunos testigos hacían hincapié en que más que alas, podría tratarse de una capa de dimensiones considerables. Pero lo

que más les llamaba la atención eran sus ojos, tan rojos como sobrecogedores, y a los que se les atribuían facultades hipnóticas. Además, su cabeza poco definida y unida a un tronco sobresaliente le otorgaba al ser el aspecto de una polilla o un búho enorme.

Yeray se secó el sudor de la frente con el dorso de una mano y se tomó unos segundos para reflexionar. Aquello no podía ser real. Él no había contemplado a un bicho sacado de un cuento de terror, sino a un hombre disfrazado. No recordaba su altura con exactitud, aunque sí le resultó alto. Y en cuanto a las alas... ¡Por Dios, venían con el traje! ¿Es que a nadie se le había ocurrido pensar que unos cuantos desalmados hubieran escogido esa maldita leyenda e intentar burlarse de algunos aldeanos corriendo por los bosques o cerca de las casas con un disfraz?

Sacudió la cabeza y se maldijo por no tener un vaso de agua en la habitación. La boca se le había secado y un sabor parecido al de las almendras amargas llegó a aposentársele en los labios. Aun así, quiso seguir leyendo.

Algunos artículos atribuían su origen al hecho de que se tratara de una criatura extraterrestre venida del espacio y otros hablaban de un ser infernal. En cambio, otros de corte más científico exponían que en realidad el hombre polilla era una criatura criptozoológica real a la que, debido a las malas interpretaciones de los testigos, la habían dotado de características exageradas y sobrenaturales. A menudo, sus avistamientos se asociaban con la aparición de luces extrañas en el cielo que recorrían distancias enormes en tan solo unos segundos, lo que alimentaba aún más la leyenda de que ese ser era un alienígena capaz de volar y de emitir chillidos agudos.

—¡Joder! Esto es cosa de locos —se quejó en voz baja mientras de reojo comprobaba que su hija continuaba dormida.

Yeray recordó las luces que no solo él sino algunos vecinos habían identificado en el cielo y que incluso existía un artículo hablando de ellas. Su corazón comenzó a latirle con más rapidez porque, llegado el momento, podría argumentar que el hombre pájaro o polilla fuera un memo disfrazado, pero no podría encontrarle una explicación lógica al hecho de que las luces se presentaran en las noches en las que el loco de los pájaros decidiera darse un paseo por las fincas de sus vecinos. Esto no tenía ni pies ni cabeza y comenzaba a impacientarse.

Inspiró hondo, abrió la gaveta del escritorio y de entre un montón de trastos inútiles extrajo una pequeña libreta y un bolígrafo que

probó varias veces en la primera hoja. Estuvo dibujando círculos hasta que por fin el papel blanco se tiñó de azul. Después comenzó a anotar la descripción general del hombre polilla junto con algunas características que le habían llamado la atención, como las luces en el cielo y los chillidos agudos. No le había parecido escuchar ningún sonido que saliera de la garganta de ese... No sabía cómo calificarlo. ¿Ser?, ¿hombre disfrazado?, ¿extraterrestre?

Continuó investigando en la red y entonces llegó a un párrafo que le llamó la atención sobremanera: «Esta criatura legendaria suele aparecerse antes de grandes desastres».

¡Era un maldito pájaro de mal agüero! ¡Una especie de ángel de la muerte!

Prosiguió leyendo: «El lugar más famoso asociado con el hombre polilla es Point Pleasant, en Estados Unidos, pues varias personas informaron a los cuerpos policiales de haber visto a una criatura con alas y ojos rojos en los años 1966 y 1967. Un año después de los avistamientos, el puente del pueblo se derrumbó, matando a cuarenta y seis personas».

Pero ese informe no era el único.

Existían otros en los que trabajadores de la planta nuclear de Chernóbil, en Ucrania, aseguraban haber visto a ese extraño personaje poco antes del accidente nuclear en 1986, lo que alimentó la teoría de que esa criatura, en realidad, era una advertencia para desastres inminentes.

Había avistamientos en lugares tan dispares —Inglaterra, Chile, México o Escocia— que ya no sabía a qué incidente prestarle atención. Sin embargo, uno consiguió que de nuevo el pulso se le disparara particularmente: «Algunos testigos afirmaron haber visto al hombre polilla cerca del World Trade Center antes de los atentados de las Torres Gemelas, el 11 de septiembre de 2001». Incluso existía una fotografía tomada por un tal Steve Moran que mostraba a un ser parecido a un pájaro sobrevolando Greenwich Street.

Inclinó el torso hacia delante y observó con los ojos bien abiertos una especie de ave negra gigante volar entre edificios, pero la fotografía estaba tan difusa que no pudo llegar a ninguna conclusión. Podría ser el resultado de un efecto óptico o de un pájaro verdadero de dimensiones considerables, pero ¿el hombre polilla?

Negó con la cabeza y soltó un resoplido fastidioso. En ninguna fotografía podía apreciar con exactitud a la criatura como la que

tenía Airam. Desenfocada, poco nítida y con poca resolución.

Continuó escribiendo sus observaciones, y después de unos minutos soltó el bolígrafo una vez que anotó el último avistamiento de esa criatura en Chicago en 2019, aunque en esa ocasión no se la había relacionado con ninguna tragedia. Sí con el terremoto de Chile del 27 de febrero de 2010, que había dejado quinientas veinticinco víctimas y numerosos damnificados: más de dos millones. Y la epidemia de gripe en México de 2009, que había golpeado el país de forma brutal y ocasionado más de mil trescientas muertes.

Entrelazó las manos en la nuca y no dejó de observar la pantalla del móvil, todavía con cierto escepticismo. Ellos no estaban inmersos en una película de ciencia ficción ni eran los nuevos protagonistas de las advertencias de un ser poco convencional. Todas esas historias no podían ser verdaderas. Probablemente, eran el resultado de muchas mentes creativas y susceptibles de ser manipuladas de alguna manera.

—Histeria colectiva —masculló.

Sin embargo, cayó en la cuenta de que Valle Gran Rey no estaba tan alejado de las paranoias que habían sufrido los habitantes de otras ciudades o pueblos del mundo. Allí mismo había comenzado a hablarse de luces en el cielo y de seres extraños desde hacía varias semanas. Lo había escuchado en el bar de Dulce, donde las teorías sobre los visitantes del espacio estaban sobre la mesa. Incluso Dulce había asegurado que el fantasma de Mateo se le había aparecido en la casa para que no le tuviera en cuenta la deuda que le había ocasionado.

Fuera como fuese, el pueblo ya estaba inmerso en una especie de histeria donde nada parecía tener sentido, y más si tenía en cuenta esos timbrazos colectivos y chirriantes que habían provocado todos los números fijos de la comunidad al sonar al unísono. Había demasiadas incógnitas todavía por desvelar, misterios que un simple hombre disfrazado de pájaro no podía explicar.

Recogió todos los dibujos de Mateo y los introdujo en la carpeta junto con sus apuntes. Luego los guardó en la gaveta y deseó que nadie rebuscara en ella. No tenía ni idea de si era importante lo que había descubierto o si solo se trataba de un montón de anécdotas que no le servirían en absoluto.

Se levantó, se acercó a Olivia y le dio un beso en la frente. Por un segundo, creyó que se despertaría, pues la niña se giró hacia el lado contrario. Después se quitó la ropa, se quedó en calzoncillos, se

sentó en el borde de la cama y se dedicó a contemplar la noche por la ventana. Observó el cielo con recelo, temeroso de que le anunciara la visita de algún visitante extraño, y luego desvió la mirada hacia la palmera que tenía enfrente de su habitación. Estaba quieta, muda, envuelta en un silencio que se le antojó sobrenatural.

Esa noche no durmió. Aguardó a que el reloj marcara las dos y nueve para presenciar con sus propios ojos la aparición del hombre pájaro. Quería desenmascararlo, quitarle la careta y demostrarse a sí mismo que no existía ningún ser legendario detrás de ese disfraz, que era un hombre de carne y hueso que había leído los mismos artículos que él, como probablemente había hecho su hermano.

Sin embargo, el acechador no quiso pasarse por su casa, y después de esperarlo unas horas más, el sueño lo venció sobre las cinco de la mañana.

Capítulo 15
¿CRIATURA O FARSANTE?



Se despertó otro día más con dolor de cabeza y con el cuerpo molido a palos. Era consciente de que el pájaro carpintero que le martilleaba las sienes sin cesar era fruto de su insomnio voluntario. Había dormido poco y ahora se arrepentía de ello.

Se encerró en el baño unos minutos largos en los que trató de despejarse sumergiendo la cara debajo del grifo del lavabo. No le importó que el agua mojara también parte de sus cabellos oscuros ni que las gotas le descendieran rabiosas por el cuello. Se secó con una toalla al tiempo que bostezaba y luego contempló su rostro en el espejo.

Había tenido días mejores; eso era indudable. Todo su atractivo se había esfumado por el inodoro debido al cansancio que tenía acumulado después de tirar de la cadena del váter. Ni las ojeras querían disimular su agotamiento, o al menos difuminarse un poco

más para que los músculos de la cara no parecieran tan lánguidos y abatidos.

Regresó al dormitorio, se vistió muy rápido con unos pantalones beis cortos y una camiseta verde, se calzó y cogió el móvil. Entonces reparó en las tres llamadas perdidas que tenía de Reyes.

Inspiró fuerte, pues intuyó que la mujer no lo había llamado para tomarse un café. Algo le había ocurrido, y no tuvo que sumar dos más dos para adivinar de qué se trataba. Ya le había contado que el acosador se presentaba en su casa noche sí y noche no, y que conseguía hacer saltar la alarma del coche al intentar robarlo. Dato que le resultó curioso, ya que ese maleante nunca había tratado de llevarse nada de las casas de los vecinos, solo los espiaba.

Pulsó el icono verde para devolverle la llamada mientras se masajeaba la frente. Estaba exhausto y no tenía ni idea de cómo iba a sobrevivir ese día.

—Reyes, ¿todo bien? —le dijo nada más escuchar su saludo angustiado.

—Tienes que ver algo —le respondió con voz temblorosa—. ¿Puedes acercarte a mi casa esta misma mañana?

—Sí, claro. —Hizo una mueca contrariada que pronto se convirtió en un bufido silencioso.

—Te espero.

Colgó, y por unos segundos se quedó anclado en el pavimento dilucidando qué hacer a continuación. Había pensado visitar a Diana para ver cómo se encontraba y así averiguar si había hecho las paces con Idaira, pero tendría que posponer ese encuentro hasta que cumpliera con el reclamo de Reyes. Por un momento, pensó en meterse en la cama de nuevo y olvidarse de que existía hasta que los huesos de su cuerpo se recuperaran y no estuvieran tan entumecidos. Pero no podía.

El sol volvía a brillar, aunque en ese maldito pueblo parecía que sus rayos amarillos no lo iluminaban lo suficiente.

Abrió la gaveta, cogió la carpeta y descendió los escalones de dos en dos, pese a no tener las piernas en forma. Divisó a su padre en la entrada, con la puerta abierta, y a su lado, a Idaira. No supo por qué frenó la carrera y prefirió continuar bajando los peldaños con un ritmo más sosegado, más adecuado para su edad.

La muchacha lo miró con desaire y, sin saludarlo, se dirigió a la puerta trasera que conducía a la finca. Martín esperó a que

terminase de bajar el último escalón para interceptarlo antes de que se le ocurriera hacer alguna locura.

—Hemos llegado a un acuerdo —comenzó el viejo—. Necesita el trabajo y no quiere dejarlo —lo informó con tono autoritario—. Pero mientras esté aquí, no puedes dirigirle la palabra. No quiere tener trato contigo ni que te atrevas a mirarla de la forma en la que sueles hacerlo.

Yeray arqueó las cejas, confuso, y luego sonrió de medio lado.

—¿Y qué forma es esa? Que yo sepa, es ella la que me incomoda, la que intenta desafiarme y se comporta como una presumida egocéntrica. Esa chica necesita terapia.

—Esa chica es tu hija —le recordó.

Yeray lanzó un resoplido cansino y torció el gesto, ya que no tenía ganas de tratar ese tema espinoso a primera hora de la mañana.

—Lo sé. Lo sé —admitió, intentando zanjar el tema—. Ahora necesito que me prestes la furgoneta. Tengo un asunto urgente que resolver.

—¿Más urgente que tu hija?

El viejo lo miraba como si fuera un interesado despreocupado al que no le importaba lo más mínimo el concepto de familia.

—Dime, ¿y qué quieres que haga? Está enfadada conmigo y me has dejado claro que no quiere que me acerque a ella.

—¿Y ya está?, ¿piensas dejarlo así? —insistió Martín.

Yeray dibujó una mueca de desconcierto en su rostro y comenzó a rascarse la barbilla con impaciencia.

—No te entiendo. De verdad que no te entiendo. Cualquier cosa que haga, para ti, estará mal —aseveró irritado—. Si ahora mismo voy tras ella, me lo impedirías, pero si salgo por la puerta, me dirías que soy un flojo y un cagueta porque no tengo cojones para enfrentarme a mis problemas. ¿No lo ves? Es lo de siempre. Haga lo que haga, diga lo que diga, a ti no te vendrá bien.

—¡Hay que joderse! Ahora soy yo el que ha ocasionado todo este desastre. Yo no quiero que Idaira deje la finca, quiero que se sienta a gusto trabajando aquí.

—¿Y se lo has dicho? ¡Pues claro que no! Porque, en tu mundo idílico, todos tenemos que suponer tus palabras y tus emociones. Pero ¡por Dios!, ¿sincerarte? ¡Nunca! Que no se diga jamás que Martín Darias es un llorón.

Observó cómo su padre tensaba el mentón y temió que fuera capaz de darle un guantazo. En lugar de eso, introdujo la mano

derecha en uno de los bolsillos de su pantalón y extrajo las llaves de la furgoneta. Se las entregó sin mirarlo a la cara y después siguió los pasos de Idaira sin tanta determinación, más bien oliendo a derrota, y Yeray se arrepintió de haber sido tan directo con él. Martín también contaba con sus batallas internas, aunque fuera incapaz de expresarlo con un simple batir de pestañas o con un fruncimiento de labios. Eran sus ojos los que recibían la totalidad del impacto de sus pesares, pues cada vez parecían más hundidos.

Yeray condujo hasta la casa de Reyes en La Vizcaína, gracias a la ubicación que le había proporcionado por el teléfono. Era un barrio pequeño y pintoresco con una población que apenas superaba los cien habitantes. Toda esa zona, en la que también se incluía El Retamal, era conocida por su belleza natural y sus paisajes impresionantes y diversos. La Vizcaína, al igual que los barrios del lugar, contaba con varias rutas de senderismo que permitían explorar rincones repletos de estampas conmovedoras.

Yeray apenas tenía recuerdos de la joven Reyes. Aun así, la mujer que salió a recibirlo lo hizo con una mueca sincera en la que se reflejaba todo el nerviosismo vivido, y lo arropó en un abrazo sentido que los mantuvo unidos a un metro de la puerta durante unos segundos.

—¿Estás bien? —le preguntó Yeray, a sabiendas de que no lo estaba.

—He instalado cámaras de vigilancia porque la alarma del coche no me dejaba dormir. Ni a mis hijos ni a mí. No saltaba todas las noches, pero el hecho de esperar a que lo hiciera me creaba una angustia que no me permitía conciliar el sueño —le aclaró—. La semana pasada bajamos al garaje tres veces, y anoche... —Se mordió el labio y no quiso continuar con el relato. Le resultaba difícil desahogarse frente al pequeño Yeray.

Puede que él no la recordara, pero ella sí. Lo había defendido en el pueblo en varias ocasiones cuando saltó a la luz lo que había sucedido con Dailos. Muchos dejaron de saludarlo, pero ella no. Había sufrido las burlas de ese muchacho y su panda de matones por su sobrepeso. Dailos aprovechaba para insultarla cuando iba sola por la calle. La llamaba sebosa, vaca, tragabollos, y eso la había llevado a meterse los dedos en la garganta no una, sino demasiadas veces.

—¿Qué ha ocurrido?

Reyes volvió al presente tras escuchar la pregunta de Yeray y lo miró como a ese chico rebelde y justiciero del que estaba orgullosa.

—Creo que las cámaras han grabado por primera vez la cara del acosador.

La mujer se apartó el flequillo de la frente, se dio media vuelta y entró en la casa. Lo guio hasta una habitación que parecía una biblioteca con estanterías altas repletas de libros de diferentes autores, además de una colección de enciclopedias completa. Yeray dedujo que se trataba del despacho, pues prestó atención a la enorme mesa de madera gruesa, donde descansaba un ordenador y un bloc de notas con varios bolígrafos.

Sentado frente a la pantalla había un muchacho de unos dieciocho años, con el cabello revuelto y la cara salpicada por unos granos poco apropiados para su edad.

—Este es mi hijo Pablo. —El chico apenas despegó los labios para decir un hola—. Tienes que disculparlo. Lleva toda la noche examinando las imágenes, desde que hemos descubierto lo que ha grabado.

Yeray se acercó al joven y se colocó detrás de él sin ánimo de interferir en su trabajo.

—Entonces, ¿tenemos al culpable? ¿Por qué no has llamado a la policía? —le preguntó desconcertado a Reyes.

—Quería que primero las vieras tú —le respondió turbada.

La mujer le hizo un gesto a Pablo para que pusiera la grabación desde el principio mientras se tapaba la boca con una de las manos y se alejaba del ordenador. Yeray reparó en su incipiente agitación, y luego, muy despacio, posó los ojos en la pantalla.

Observó que la imagen estaba en blanco y negro y que en ella se apreciaba un Nissan Qashqai que bien podría tener una tonalidad gris, pero tampoco podría asegurarlo. No había mucho en el garaje que llamara su atención, además de unas repisas en el fondo que contenían diversos artículos de jardinería y herramientas de todo tipo y un par de cajas de cartón debajo de estas. A la derecha, había una puerta estrecha que probablemente conectaría la cochera con la casa.

Estudió la perspectiva desde la cual habían colocado la cámara y que le permitía distinguir parte de la puerta del garaje. Ahí quiso depositar toda su atención. Si el asaltante se disponía a entrar de un momento a otro, lo haría desde allí, desde el lugar por donde accedería más rápido al vehículo. Sin embargo, antes se fijó en la

hora que marcaba la pantalla: las dos y cinco, así que supuso que faltarían cuatro minutos antes de que forzara el coche y saltara la alarma. Quizá un minuto antes ya podrían individuarlo en la escena.

Durante ese tiempo que restaba, sus ojos bailaban desde la esquina de la pantalla, donde los minutos avanzaban lentamente, hasta la puerta del garaje, aguardando a que se abriera en cualquier momento.

Las dos y seis.

Tiró del cuello de su camiseta y se abanicó con él en un intento infructuoso por refrescarse. El calor iba a matarlo si no lo hacía su corazón antes. Escuchaba sus pulsaciones cerca, demasiado cerca para ignorarlas.

Las dos y siete.

No comprendía por qué Pablo no hacía avanzar las imágenes y lo detenía en el momento en el que el acosador irrumpía en el garaje. El chico debía de conocer la hora exacta, incluidos los segundos, en la que aparecería el visitante nocturno. Aquella espera estaba poniéndolo cardíaco.

De pronto, el muchacho señaló con el índice la pared del fondo de la imagen. Yeray dio un súbito respingo y entornó los párpados con precisión. ¡Había una sombra! Una maldita sombra caminaba con total libertad por una de las paredes del garaje, y eso solo podía significar una cosa: el acosador ya estaba dentro.

¿Cómo lo había logrado? Ninguna de las puertas, ni la del garaje ni la que conducía hasta la casa, se había movido un ápice.

Se humedeció los labios varias veces y con ambas pupilas trató de individuar a la figura que se había burlado de ellos. Era la silueta de un hombre normal. Alto, sí, y algo desgarbado, si tenían en cuenta la extraña peta que le sobresalía de los omóplatos. Carecía de una nariz prominente que se reflejara en la pared, pero tampoco podía deducir mucho más. Al fin y al cabo, la sombra no dejaba de ser una sombra.

Apretó los dientes hasta que le dolieron y continuó observando la extraña silueta. Caminaba de izquierda a derecha sin ningún objetivo claro, ni siquiera el de interesarse por el Nissan.

—¿Qué es lo que está haciendo? —se cuestionó desesperado.

—No lo sabemos —le respondió Reyes, como si la pregunta fuera para ella—. Pablo lleva horas analizando el vídeo para ver si consigue arrojar luz a toda esta locura. ¡Ha entrado y no ha sonado la alarma de la casa! ¿Entiendes por qué estamos preocupados? He

instalado un complejo sistema de seguridad y lo ha sorteado. Y luego entra y no hace nada. —Se encogió de hombros, visiblemente afectada, y miró a su hijo, quien continuaba con los ojos pegados a la pantalla.

Las dos y ocho.

—Todo esto es muy extraño —se sinceró Yeray, quien ya comenzaba a dudar hasta de su propia sombra.

—Yo que tú no apartaría la vista del ordenador —le sugirió Pablo—. Si esto te ha dejado descolocado, ya verás lo que viene ahora.

Yeray volvió a centrarse en la imagen y continuó observando cómo la sombra caminaba hacia delante y hacia atrás como si se tratara de un robot, sin comprender a lo que se refería el muchacho, pues el acechador no parecía tener intenciones de detener su bucle de movimientos.

Y, entonces, todo se precipitó.

El reloj de la cámara marcó las dos y nueve y la alarma del coche se disparó. Nadie lo había manipulado, ni siquiera rozado. Comenzó a sonar de forma histriónica, como si alguien la hubiera puesto en marcha con un mando a distancia.

De repente, la sombra se detuvo, pues el sonido discordante y retumbante había roto su concentración. Y sin esperarlo, el acechador reaccionó a la estridente alarma y corrió hacia delante desgañitándose. Asustado. Gritaba de manera demencial, emitiendo chillidos guturales que le fueron imposibles de reconocer. Yeray brincó hacia atrás, temiendo que esa criatura saltara de la pantalla hacia fuera y lo engullera. Después, la imagen se volvió negra. No grabó nada más. Los minutos seguían corriendo, pero ya no lograban ver nada ni escuchar la alarma del vehículo. Cuando reaccionó, se colocó la mano en el pecho e intentó calmarse para controlar su respiración. Se había llevado un buen susto.

—¿Qué era eso?

—¿Ahora entiendes por qué no hemos ido a la policía? —Aunque Reyes se había negado a volver a visionar las imágenes, había pánico en su mirada. Estaba aterrada—. ¿De verdad crees que hay un hombre disfrazado bajo esa piel grisácea?

—Podría ser verde —apuntó Pablo, sin que nadie le pidiera su opinión—. La gama de colores no se aprecia, pero, por lo que he estado averiguando, podría tratarse de un marrón verdoso o de un verde oliváceo.

Yeray se sorbió la nariz y se golpeó con suavidad la boca con uno de los puños.

—Tiene que ser un disfraz. Tiene que haber una persona oculta bajo esas capas de maquillaje —trató de convencerse.

—¿Tú lo has visto bien? —porfió el muchacho.

Yeray sacudió la cabeza, ignoró al joven y posó sus ojos chocolate en el rostro de Reyes.

—En el cine hay grandes maquilladores que te hacen creer que un monstruo es verdadero. Simplemente, lo que hay detrás son muchas horas de trabajo y baños de pintura a una careta magistral.

—¿Crees que en Valle Gran Rey existe alguien con esas facultades? —Reyes titubeó y con la mirada le pidió opinión a su hijo, quien se limitó a encogerse de hombros.

Más calmado, Yeray depositó la punta de su lengua en el último molar de la parte inferior de su boca y tampoco supo qué responderle. Permaneció durante unos largos segundos en silencio y estos se le antojaron minutos.

—Esta es la imagen más nítida que he logrado sacar de su carrera alocada. —Prestó atención al hijo de Reyes, quien le mostraba el perfil de lo que parecía ser un ser alado. Avanzó un microsegundo más y pronto obtuvieron el momento en el que la criatura miraba hacia la cámara—. Es verdad que esos ojos rojos podrían ser lentillas. No lo niego. Ahora te venden por internet cualquier cosa, incluidos ojos reptilianos de varios colores: amarillos, azules, violetas... Puedes pedir el que te dé la gana.

Yeray se aproximó más a la pantalla, dispuesto a estudiar el rostro del acechador. Era anguloso, de eso no tenía duda; sin embargo, era imposible distinguirle las cejas, la nariz, las orejas o incluso la boca. Todos los órganos parecían difuminados bajo una especie de nebulosa fantasmagórica, aunque no se desconcertó por ello, ya que todo eso podría ser perfectamente achacable a la mala calidad de la imagen. Pablo, en su entusiasmo por examinar cada detalle del acosador, había agrandado la secuencia y ahora resultaba demasiado pixelada.

En cuanto a los hombros, no había nada interesante en ellos, además del hecho de que estaban ligeramente inclinados hacia delante. No obstante, en las escápulas podía apreciarse el nacimiento de lo que parecían dos alas.

Yeray apretó los puños frente a la pantalla. Parte de él quería apagar el ordenador, fingir que nunca había visto nada, volver a la

rutina de la finca y al silencio del Valle. Otra parte, más profunda, le pedía que se atreviera a mirar de frente, que aceptara que ese ser era real. ¿Estaba perdiendo la cabeza, o acababa de encontrar la prueba de que siempre hubo algo más acechándolos en la oscuridad?

Un escalofrío le recorrió la espalda. La primera punzada fue de miedo; un miedo seco que le subió por la nuca y le secó la garganta. Quiso apartar la vista, cerrar los ojos, convencer a su mente de que era un reflejo. Pero la imagen permanecía, burlándose de toda lógica.

Entonces apareció la rabia, una furia confusa contra sí mismo por dudar de su cordura y contra ese ser que osaba vigilar su casa, su tierra y a su hija. Sintió la sangre arderle en las sienes y un impulso primitivo de salir corriendo y arrancar de raíz esa amenaza.

Y, sin embargo..., algo dentro de él lo detuvo. La figura lo atraía con un magnetismo extraño. Había en ella una calma imposible, un secreto enterrado en las sombras que lo llamaba a descubrirlo.

Sacudió la cabeza para alejar esa fascinación de su mente. Después de un ligero carraspeo, no quiso desvelarles su consternación a madre e hijo, así que afirmó, dejando escapar cierta duda:

—Sigo pensando que debe tratarse de un hombre disfrazado. Si no, ¿qué otra cosa podría ser?

—Pensé que tú podrías aclarárnoslo —afirmó Reyes categórica.

Yeray evitó mencionar al misterioso hombre polilla que le había provocado horas de insomnio la noche anterior. No había necesidad de asustarlos con leyendas pueblerinas que se extenderían por el Valle antes de que llegara la hora del almuerzo. Quiso evitarles ese malestar, así que, en lugar de enzarzarse en defender un argumento insistiendo en la teoría del hombre disfrazado contra un mito folclórico y completamente demente, prefirió cambiar de tema:

—¿Y qué opina tu otro hijo?

—Daniel no para de hablar con la compañía de seguridad que nos ha vendido todos estos aparatejos. Está muy cabreado, y con toda la razón del mundo. Les echa en cara que un intruso entrara en la casa anoche, tres días después de que nos hayan instalado todo el sistema de alarmas.

—Deberías solicitar que te revisen toda la instalación. Es evidente que algo ha fallado —le aconsejó.

Reyes se presionó los párpados con fuerza al tiempo que evitaba que una primera lágrima se le derramara.

—Y mientras, ¿qué hacemos? —Soltó un pequeño hipido y de nuevo ocultó la boca detrás del dorso de una mano—. No podemos quedarnos aquí. Esa cosa podría regresar en cualquier momento.

—Deberías ir a la policía y presentar la denuncia. Martín también lo ha hecho. Si somos varios los que los presionamos, puede que envíen un coche patrulla para recorrer las calles por las noches. —Agachó la cabeza, pues no estaba muy convencido de que esa fuera la solución. Un solo coche podría encontrarse en el Lomo del Balo mientras el acosador hacía de las suyas en La Vizcaína, en la casa de Reyes—. Había pensado en hacer varios grupos de vigilancia con voluntarios, pero ya no sé si es buena idea.

—¿Por qué? —Pablo se inclinó hacia atrás, apoyándose en el respaldo de la silla del escritorio, y se cruzó de brazos—. ¿Es que tienes miedo?

Yeray soltó una risita nerviosa.

—No tiene nada que ver con el miedo. Es que no tenemos ni idea de si esa persona es peligrosa o no, o de si va armada. No quiero que ningún vecino resulte herido.

—Es decir, que no estás del todo seguro de que se trate de un hombre disfrazado. —El joven se mostró desafiante desde la silla. Cabeceaba mientras uno de sus zapatos golpeaba los mosaicos del pavimento de forma rítmica—. ¡Admítelo! Has visto las imágenes como nosotros y te cuesta creer que un ser humano sea capaz de correr de esa manera. Es más, ese chillido se te ha metido en los oídos y no encuentras la manera de sacártelo.

Yeray se pasó la lengua por toda la dentadura antes de contestarle al hijo de Reyes:

—Mira, no quiero emitir un juicio sin tener todas las pruebas necesarias delante de la mesa. Ese tipo podría estar riéndose de nosotros en su casa imaginando esta conversación.

—¿Qué más pruebas necesitas? —Pablo se levantó y le dio un golpe a la mesa con un puño—. Llevo aquí toda la noche y media mañana buscando en ese ser algún gesto que lo haga humano, y no lo encuentro. Su forma de caminar, de correr, de gritar... Nada me lleva a pensar que se trate de una persona como tú o como yo. Mi madre me contó que te has topado con él en varias ocasiones y que incluso lo perseguiste antes de que encontraran a ese pobre viejo

colgado de un árbol. ¡Joder! ¿Es que no viste nada extraño en ese cabrón?

—Pablo, por favor, ese lenguaje —le llamó la atención su madre—. Y esa no es la forma de tratar a un invitado.

—No pasa nada —intervino Yeray, quitándole hierro al asunto.

—Sí que pasa —insistió el muchacho—. Me prometiste que nos ayudaría, que probablemente él tendría la clave para descifrar este embrollo. ¡Pero no sabe nada! Y si lo sabe, no tiene intenciones de decírnoslo.

Pablo lo torpedeó con la mirada, lo retó a que sostuviera el impacto de sus ojos castaños, a atreverse a mantener la cabeza bien alta mientras lo atacaba.

—¡Basta ya! —Reyes dio un paso al frente y se interpuso entre los dos al tiempo que sujetaba a su hijo por ambos brazos—. Si él supiera cómo ayudarnos, lo haría. Confío en Yeray desde hace muchos años y sé que haría todo lo posible para mantenernos a salvo. ¿Lo entiendes? —Pablo asintió levemente sin apartar la vista de él—. Ahora, vete a buscar a tu hermano. Puede que Daniel haya conseguido que vengan hoy mismo a revisar el sistema de seguridad.

—¿Y si no? —Pablo posó su mirada asustada en el rostro de su madre, el cual fingía una serenidad que no tenía.

—El acechador nunca nos visita dos noches seguidas. Podemos estar tranquilos.

El joven abandonó la habitación y Reyes se giró hacia él en cuanto su hijo desapareció por el rabillo del ojo.

—Siento mucho lo ocurrido. Nunca imaginé que se pondría así. Entiendo que ha sido fruto del agotamiento y del estrés que hemos vivido. Es un buen niño.

—Lo entiendo. No tienes por qué disculparte.

—Te invitaría a quedarte a comer, pero dada la situación... —Se sonrojó y bajó la barbilla, avergonzada.

—Tranquila, mi hija me espera en casa. No la he visto esta mañana. He salido disparado hacia tu casa y no he tenido tiempo de saludarla.

Se encaminó hacia la salida despacio, permitiendo que ella lo guiara.

—Lo entiendo —le dijo mientras lo acompañaba a la puerta. Se detuvo para abrirla—. Si... si descubres algo que pueda resultarnos de ayuda, por favor, no dudes en llamarme.

—Descuida, lo haré.

Yeray se dirigió al lugar donde había aparcado la furgoneta, se introdujo en ella y se alejó de la casa de Reyes con una maraña de sensaciones que turbaban y eclipsaban su buen juicio. Dudaba. Sí, ese maldito vídeo lo había hecho dudar por primera vez y plantearse cuestiones que jamás se habría planteado. Ni las continuas afirmaciones de Airam ni lo que había leído en Internet lo habían sumergido en un mar repleto de confusión.

Pablo tenía razón en algo: ese endemoniado chillido se le había metido en la cabeza y no lograba sacárselo.

Era diabólico. Monstruoso. Sobrenatural.

Y le había puesto la piel de gallina.

¿Qué clase de persona podría gritar de esa manera y llenarlo de un vacío que le perforaba las entrañas? Nadie que él conociera.

Por primera vez, sintió un miedo real. Un miedo a lo desconocido capaz de estrujarle todas las neuronas del cerebro y convertirlo en un despojo, en un contrincante débil.

Enfurecido por tales pensamientos, le dio varios golpes al volante con la palma de la mano.

¿Y si se había equivocado desde el principio?

¿Y si Airam tenía razón?

Capítulo 16
EL ENCUENTRO



Esa noche asaltó el pequeño botiquín de su hermano donde guardaba toda la medicación y le robó unas cuantas pastillas para dormir. Se las había recetado el médico para que se las tomara en las ocasiones en las que se agitaba mucho, hacía ya un tiempo. Recordó que su madre corría a buscarlas en cuanto Airam sufría una crisis, le colocaba una debajo de la lengua y lo ayudaba a relajarse acariciándole la mano mientras le susurraba palabras cariñosas.

Por ese motivo, rehuyó el insomnio y cayó dormido segundos después de que lo hiciera Olivia. Ni luchó contra molinos de viento ni su barco naufragó en una isla desierta. Simplemente, descansó.

Soñó que nadaba en las aguas tranquilas de la playa de Vueltas mientras disfrutaba de un sol radiante y cálido. Se atrevió incluso a bucear con los ojos abiertos y contemplar el fondo marino, limpio, salvaje y con alguna que otra mantelina queriendo imitar su

movimiento, para después concentrarse en su cometido y enterrarse en la arena.

Volvió a la superficie y sacó la cabeza. Extrañado, observó cómo las nubes empañaban un día brillante y cómo poco a poco iba oscureciéndose. Pronto, las olas se agitaron, se hicieron más grandes, y una de las barcas pesqueras se dirigió hacia él impulsada por la rabieta repentina del mar. Lo golpeó en la cabeza, y al llevarse una mano a la sien descubrió que un hilo de sangre descendía por su piel y se precipitaba contra el agua.

Entornó los párpados unos segundos, y al abrirlos, se encontró sosteniendo a Claudia entre sus brazos. La sangre de sus manos ya no era la suya, era la de su mujer, quien agonizaba con una leve sonrisa en los labios mientras intentaba por todos los medios no cerrar los ojos.

—Protégela, no permitas que le ocurra nada —le suplicaba, con su mirada verde cansada de permanecer abierta.

—No me dejes, por favor. Yo no puedo con todo esto solo.

—No estás solo —le dijo con una ternura que envolvió su espíritu.

Se despertó sobresaltado y se maldijo por haber tenido otra pesadilla. Revivir una y otra vez la muerte de Claudia lo torturaba, lo hacía añicos por dentro, lo abocaba a una muerte lenta de su alma. Sin embargo, tenía que reconocer que muchas de las conversaciones que tenía con ella en sueños no sucedieron jamás y se preguntaba por qué su imaginación tendía a crearlas. Pensó que tal vez su espíritu necesitaba un consuelo que no encontraba en el día a día, y ella, después de todo, siempre fue su ancla, tanto en los momentos victoriosos, donde le depositaba los pies en la tierra con dulzura, como en otros en los que el tormento lo asediaba. Allí le proporcionaba el aliento para continuar en el camino, encontrar la manera de levantarse cada mañana y seguir avanzando con sus objetivos bien claros.

—Claudia —musitó.

Miró el reloj y no le sorprendió que marcara las dos y nueve, incluso se rio de ello. Quiso entornar los párpados de nuevo. Las dos pastillas que se había tomado lo reclamaban para que cediera y regresara al sueño. Estiró un brazo para acariciar a su pequeña antes de volver a caer frito, pero no la tocó. Tanteó con la palma de la mano el lugar donde la niña debería estar descansando, y al no intuirla, abrió los ojos de par en par y se giró hacia ella.

Olivia no estaba en la cama.

Sobresaltado, se sentó y trató de tranquilizarse imaginando que se encontraría en el baño, pese a que no distinguía la luz encendida por debajo de la puerta. Hizo ademán de levantarse para ir a buscarla cuando su mirada atravesó la ventana y se dirigió hacia el patio delantero de la casa.

Olivia estaba allí. La veía de espaldas, con su pijama de verano y su peluche de *Teddy Bear* en una de las manos.

Alzó la cristalera, sacó la cabeza hacia fuera y le gritó con todas sus fuerzas:

—¡Olivia! ¡¿Qué estás haciendo ahí?! ¡Entra en la casa! —Pero ella no se inmutó. Era imposible que no lo escuchara desde esa distancia, y eso lo enfadó. La niña estaba ignorando sus órdenes—. ¡Olivia, vuelve a la casa ya!

La pequeña continuaba inmóvil, con la mirada fija en algún punto que él no lograba individuar, hipnotizada por algo o alguien que se encontraba oculto entre los mangos. Pensó en Toby, y que tal vez el perro se habría escapado por la puerta de la cocina si Airam no la había cerrado bien, pero pronto desechó esa idea. Si se tratara del animal, Olivia habría ido tras él y lo habría devuelto a la casa. Además, no escuchaba ningún ladrido.

De improviso, la niña dio un respingo y echó a correr hacia la parte trasera, hacia las plataneras.

Yeray no se lo pensó dos veces y, descalzo, salió del dormitorio, descendió los escalones a toda velocidad, se dirigió a la cocina y allí se detuvo para coger un cuchillo de carnicero. Distinguió a Toby escondido detrás de la nevera, gimoteando al tiempo que con una de sus patas arañaba la puerta que conducía a la finca. El pastor alemán estaba aterrado. No quería salir, aunque sabía que Olivia se encontraba fuera.

Pensó en encender la tímida luz del exterior, aunque apenas cubría el lugar donde se encontraba la pequeña. Si había alguien con ella, podría ahuyentarlo, o tal vez precipitar los acontecimientos de manera desastrosa. Mientras reflexionaba, atisbó desde la ventana la silueta de Olivia cerca de la primera fila de plataneras. No obstante, no le pareció ausente, abstraída como cuando la había visto desde la habitación. Gesticulaba con las manos y a veces asentía con convicción.

Ahora no tenía duda alguna. Olivia estaba hablando con alguien. Y él estaba seguro de que mantenía una charla con el acosador. Lo

que no llegaba a comprender era por qué la pequeña no había huido en cuanto lo había visto y lo había avisado.

De pronto, un brazo emergió de la espesura y se estiró hacia la pequeña para agarrarla. Yeray temió que en cualquier momento la arrastrara y terminara secuestrándola. Salió gritando su nombre y rogándole que regresara a la casa, pero en cuanto estuvo a metro y medio de ella prefirió detenerse.

Desde su posición, no lograba ver a su interlocutor, aunque de algo sí estaba seguro: había retirado el brazo. Quiso avanzar muy despacio hasta la niña al tiempo que inspeccionaba todos los lugares posibles donde el acechador podría ocultarse. No quería que saltase sobre él como un animal enfurecido o se sacara una pistola de debajo de la manga.

—Yo no te tengo miedo. Sé que no puedes hacerme daño —le escuchó decir a Olivia mientras dirigía sus pisadas cautelosas hacia ella—. Tú no eres tan malo como dicen.

—Olivia, ven aquí —le ordenó en voz baja para que el acosador no pudiera oírlo, aunque era evidente que ya lo habría visto con el cuchillo en la mano.

—Te entiendo. Tiene que ser muy duro ser diferente —continuó la niña—. Mi tío Airam tiene síndrome de Down y hay personas que lo miran como un bicho raro, pero tiene su corazoncito, como todos. Incluso tiene un corazón más grande que muchos de nosotros. ¿Tú tienes corazón?

—¡Maldita sea, Olivia! No hables con él y ven conmigo.

Por fin, la pequeña giró la cabeza y sonrió al verlo llegar. Yeray respiró aliviado al ver que rompía su extraño encantamiento y le ofreció la mano.

—¡Hola, papá! ¿Tampoco podías dormir? —La niña reparó en la hoja afilada que portaba y pronto mudó la expresión de su cara. Una mueca de consternación se dibujó en su rostro—. ¿Por qué llevas un cuchillo en la mano?

Yeray avanzó dos pasos cortos sin bajar la mano, aguardando a que de un momento a otro la niña la sujetara.

—Ven conmigo y te lo explicaré —le suplicó a la vez que sus ojos bailaban de un lado a otro de la finca buscando el escondrijo del perturbado. Sabía que todavía se encontraba allí. Lo intuía. Ese sádico estaba disfrutando de la escena que padre e hija estaban ofreciéndole, y eso lo enfureció aún más—. Ese hombre, sea quien sea, no es tu amigo.

Olivia arrugó la frente y lo miró desconcertada.

—No es un hombre —lo corrigió—. Airam y yo teníamos razón. Viene de otro planeta, pero no tiene malas intenciones. Es bueno, papá.

—¡Joder, Olivia! —exclamó desesperado—. ¡Ven aquí! Esa cosa no es ET.

—¿Quién es ET? —le preguntó con ingenuidad.

—Da igual. Es un bicho horrible que no quiere nada bueno para nosotros. ¿O es que no has visto su cara?

Ella retrocedió un paso y él lamentó haber sido tan duro con sus palabras.

—Siempre me has dicho que a las personas se las tiene que juzgar por su interior, no por su físico.

Desesperado, apretó los labios con impotencia y negó con la cabeza.

—Lo sé, cariño, lo sé. Tienes que perdonarme. Estoy muy asustado y no quiero que te ocurra nada.

En ese momento, las luces del segundo piso fueron encendiéndose una tras otra y pudo distinguir el rostro de su padre detrás de la ventana de su dormitorio. Martín lo habría escuchado vociferar de manera disparatada, incluso correr como un loco escaleras abajo.

Lo miró de reojo y le suplicó ayuda con la mirada. A continuación, el viejo se retiró del cristal y Yeray intuyó que bajaba a su encuentro. No pudo reprimir una mueca de alivio y aprovechó ese instante para saltar hacia delante, llegar hasta la niña sin dejar de observar el frente y cogerla en brazos.

—Lo siento, papá. No quería asustarte —le confesó mientras se aferraba a su cuello.

Fue entonces cuando reparó en una silueta oscura cerca de la segunda hilera de plataneras. No podía apreciar su rostro, pero sí esos enigmáticos ojos rojos que lo hicieron temblar de arriba abajo. No lo recordaba tan alto. El acosador tendría que medir casi los dos metros, e imaginó que cuando lo persiguió no pudo calcular bien su estatura. Tragó saliva varias veces, sin apartar la vista de él. No le resultó fiero, ni siquiera audaz. Sin embargo, ese vacío profundo que emanaba de su mirada lo aterraba más que la falta de intenciones claras. Desconfiaba de esa ausencia de emociones, de esa carencia de expresión en un rostro que se le antojaba fantasmagórico, porque lo convertía en un psicópata de manual, incapaz de mostrar

compasión, calidez o una brizna de empatía que lo hiciera rectificar sobre sus planes.

Sujetó con fuerza a Olivia con uno de los brazos y con la otra mano lo apuntó con el cuchillo en tensión, por si las pretensiones del monstruo fueran atacarlos en cuanto bajaran la guardia. Caminó hacia atrás muy despacio mientras buscaba el amparo de la casa a la vez que continuaba desafiando al maldito acechador. El pulso le temblaba y la hoja vibraba de un lado a otro, sin permitirle que pudiera mantener el objetivo fijo en el pecho de la criatura.

—¿Quién eres?

El ser inclinó la cabeza, como un ave que observa a su presa, analizándolo con meticulosidad y con una curiosidad que rayaba la ingenuidad.

—¿Quién soy? —repitió. Pero su voz no era eco ni palabra, sino un pensamiento que se deslizó en la mente de Yeray, quien dio un paso hacia atrás y apretó a su hija contra su pecho.

—¿Qué quieres de nosotros? —insistió, con la garganta seca.

El ser no respondió, solo se limitó a extender una mano larga y huesuda hacia la niña como si quisiera acariciarla.

Yeray apretó aún más el cuchillo y se lo mostró con rabia.

—No le hagas daño, papá —le rogó Olivia.

Por el rabillo del ojo, observó que su padre estaba en la puerta con Airam, quien mantenía al perro alrededor de sus piernas. Toby continuaba sin ladrar. Se movía en círculos en torno a su hermano, sin querer mirar hacia el lugar donde se encontraba el intruso. Martín le hacía señales para que corriera hasta ellos, y se preguntó por qué su padre no iba a su encuentro armado hasta los dientes. En esa situación, hasta el rastrillo que usaba para arar la tierra podría serles de utilidad.

Ignoraba lo que podrían ver desde su posición, aunque no había que ser muy inteligente para deducir que si él mantenía sujeto un cuchillo y apuntaba hacia las plataneras, era porque el intruso habría regresado. Y él necesitaba una ayuda más activa.

Depositó a la pequeña en el suelo lentamente, sin soltar el cuchillo y sin dejar de examinar el frente.

—Ve con el abuelo. Cuando te diga ya, corre todo lo que puedas y dirígete hacia el abuelo.

Olivia asintió asustada. No comprendía por qué se había armado tal alboroto, pero al ver a su familia tan agitada, tuvo miedo de

haberse equivocado, miedo de que ellos tuvieran razón y su extraterrestre fuera maligno, miedo de haberlos puesto en peligro.

Con el cuchillo en alto, Yeray dio tres pasos hacia delante y se situó muy cerca de la primera hilera de plataneras. El crujido de las hojas secas bajo sus pies descalzos sonó demasiado fuerte en el denso silencio que se había instaurado de nuevo en la finca. Cada fibra de su cuerpo esperaba que la criatura reaccionara, que atacara, que se desvaneciera. Pero no lo hizo.

El hombre pájaro permaneció inmóvil, como si estuviera esperándolo. Sus ojos ardían en la penumbra, fijos en Yeray, impasibles. Ese quietismo era más aterrador que cualquier movimiento. Era como si todo el peso de la noche se hubiera detenido, aguardando cualquier gesto.

De nuevo, las palabras del ser brotaron dentro de su propio cráneo:

—No soy tu enemigo, Yeray.

Contuvo la respiración y sintió que el filo del cuchillo se humedecía en su mano.

—¿Qué quieres de nosotros? —volvió a escupirle entre dientes.

Los ojos del ser se desviaron apenas hacia la casa y luego hacia las otras del vecindario.

—Ya han sido marcados. Y nada de lo que hagas podrá impedir lo que se acerca.

Yeray sintió que la tierra bajo sus pies se volvía más inestable. Era el eco de todo lo desconocido resquebrajándose con esas palabras. A pesar de ello, inhaló una bocanada de aire, repleto de arrojo, atisbó a la niña por el rabillo del ojo y le gritó:

—¡Ya!

Olivia acortó la distancia que la separaba de su abuelo y su tío en varios segundos. Corrió con el alma encogida pero con los pies ligeros, sin dudar ni un ápice de la meta, sin mirar atrás. Llegó hasta Martín, quien la aupó hasta que enroscó las piernas en su cintura y se fundieron en un sentido abrazo. El viejo la introdujo rápidamente en la casa con la ayuda de Airam y le pidió a este que se encargara de la niña.

Volvió a salir, pero entonces ya no vio a Yeray.

Su hijo había desaparecido.

Recorrió el interior de las plataneras de cabo a rabo, aunque no lo encontró. No había rastro de él en la finca ni en las inmediaciones de la casa. Pensó en avisar a la policía, aunque pronto apartó esa idea

de la cabeza. Hasta el momento, no habían sido de gran ayuda, incluso se habían reído de él cuando apareció en el cuartelillo con la foto que Airam le había sacado al supuesto acosador. Lo habían descrito como una gallina con patas gigantes. Estuvo a punto de romperle la nariz a uno de esos mocosos recién salidos de la academia, pero se contuvo. No tenía ganas de pasar una noche en el calabozo cuando en casa le esperaba un buen plato de rancho.

Con los brazos en jarra y después de un largo suspiro, Martín oteó el horizonte con cierto desánimo. En una noche sin luna, el paraje espectacular que amparaba al Valle se transformaba en montañas oscuras repletas de barrancos traicioneros y senderos que conducían al mismísimo infierno.

Carraspeó y escupió muy cerca de sus zapatos. Observó que las luces de la casa del vecino de enfrente se encendían y entonces lo tuvo claro. Sabía hacia dónde dirigirse.

A Yeray le costó una barbaridad abrir de nuevo los ojos. No supo en qué momento los había cerrado. Quizá fue en el instante en el que la criatura se abalanzó sobre él, o puede que mientras lo arrastraba camino arriba tirando del cuello de la camiseta de su costoso pijama corto. No lograba individualizar el segundo exacto. Le dolía demasiado la cabeza y los oídos le pitaban exaltados, inmersos en una carrera de silbatos que no tenían intenciones de parar.

Supo que estaba tumbado en la tierra porque percibía su trasero enterrado en ella y sus manos no dejaban de palpar malas hierbas o piedras de diversos tamaños. Se sentó y se llevó una mano a la sien. Después, quiso destaponarse uno de los oídos dándole golpecitos a la oreja con la palma de la mano.

Entonces, elevó la barbilla y cayó en la cuenta del lugar al que lo había trasladado el hombre pájaro: el llano en el que Mateo se había suicidado. Y justo enfrente se encontraba el maldito árbol.

Quiso levantarse con presteza y escapar de ese sitio antes de que a ese horrible ser se le ocurriera presentarse de nuevo, pero fue demasiado tarde. El hombre pájaro salió de detrás del grueso tronco y se aproximó a él con pasos de plomo. Arrastrándose, Yeray retrocedió un par de metros. No tuvo tiempo de más. La criatura se plantó frente a él con un rostro que le resultó imposible de interpretar y lo miró con esos ojos rojos que había visionado en casa de Reyes.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó aterrado al tiempo que se atrevía a examinarlo.

Tenía la cara ovalada y sin arrugas que pudieran determinar su edad. La nariz y la boca le resultaban insignificantes frente al tamaño de sus ojos oscuros, y enseguida reparó, al observarlos mejor, en que ese color escarlata no provenía de sus iris, sino de sus pupilas, las cuales parecían dilatadas. No quiso examinar sus orejas, sobre todo porque carecía de ellas, e intuyó que ese misterioso ser debía poseer otro órgano auditivo diferente al de los humanos.

«Joder, pero ¿qué estoy pensando? Es un hombre disfrazado con un traje. No es un demonio ni un alienígena».

Sus piernas eran firmes y tersas, largas como sus brazos fibrosos y capaces de estrechar distancias en pocos segundos. No quiso pensar si su velocidad sobrehumana se debía a ellas o a algo más que hubiera pasado por alto. No obstante, esa desproporción entre las extremidades y el tronco le hacía parecer un ser enjuto, casi famélico, cuando era todo lo contrario. Entonces, su mirada se posó en los dos misteriosos bultos que le sobresalían de la espalda, cubriéndola en su totalidad y llegándole hasta la mitad de las piernas. ¡Eran las malditas alas!

—¿Por qué me has traído aquí? —Su voz se rompió en un susurro cargado de rabia y miedo—. ¿Y por qué has dicho que ya es tarde para algunos?

El silencio pesaba. Solo el crujir de las ramas y el murmullo lejano del mar parecían responderle. De pronto, el hombre pájaro se inclinó hacia él y, sin abrir la boca, un eco apagado retumbó en su interior, surgiendo de sus propios huesos:

—Porque hay puertas que solo se abren cuando alguien no puede volver... Y Mateo fue uno de ellos.

El acechador se giró y le señaló el árbol. Yeray ahogó un grito de miedo y tragó una saliva que su boca apenas producía. ¡Iba a colgarlo! Iba a arrastrarlo hasta el árbol, pasarle una soga por el cuello y dejarlo caer como había hecho con Mateo.

La criatura alargó el brazo derecho y pudo contar cómo los cinco dedos huesudos trataban de alcanzarlo.

—No, por favor. Tengo una niña pequeña que acaba de perder a su madre. No puede perderme a mí también.

El ser desplegó sus enormes alas y Yeray, sobrecogido, rompió a llorar. Eran inmensas, imponentes y, al mismo tiempo, estremecedoras. Carecían de un plumaje que atenuara el impacto

brutal que había experimentado al encogerse los músculos de su cuerpo. Y reparó en que esas alas tan significativas se asemejaban más a las de las mariposas que a las de un cernícalo, aunque no brillaran por su colorido, sino por su opacidad.

Ahora lo sabía. No estaba ante una persona disfrazada, sino ante la maldita criatura legendaria que muchos habían jurado haber visto pero a quienes la mayoría habían tomado por locos fanáticos de los ovnis o entusiastas de lo sobrenatural. ¿Era un extraterrestre? Lo ignoraba. ¿Era una criatura como el monstruo del Lago Ness? Podría ser. No obstante, carecía de las pruebas suficientes para inclinarse hacia una postura u otra. Y, de hecho, le importaba un carajo, pues iba a morir.

Barajó la propuesta del ser de entregarle la mano motu proprio o aguardar a que se la sujetara de forma salvaje y forzarlo a que se pusiera de pie. Quiso humedecerse los labios por última vez, pero no lo consiguió. Estaba seco por dentro, y la culpa la tenía el miedo. Pensó en Olivia y en que no quería que viera su cuerpo destrozado por haberse defendido, luchado hasta el último segundo, así que se levantó sin necesidad de tocar sus dedos huesudos.

El hombre pájaro retiró la mano de acuerdo con su decisión. Después, lo animó a caminar hasta el árbol, y él, con una mueca absurda en su rostro, asintió. Caminaron los dos juntos en silencio, tras haber firmado un tratado de camaradería a la antigua usanza: nada de escaramuzas ni violencia gratuita hasta no alcanzar el objetivo. Se detuvieron cuando tenían la rama fatídica sobre sus cabezas. Entonces, la criatura se giró hacia él, lo examinó como si fuera una rata de laboratorio mientras Yeray contenía la respiración y, después de alargar el dedo índice, le dio un toque en la frente.

Cayó al suelo.

Sin esperarlo, su cuerpo se fue hacia atrás y escenas de su vida desfilaron por su mente antes de estamparse contra la tierra en cuestión de segundos. Se vio jugando con sus hermanos al escondite entre las plataneras siendo un niño, nadando en el mar mientras alentaba a Airam a mover los brazos para que no se hundiera, el día que conoció a Diana en el colegio, sus escapadas adolescentes cuando el amor brotó en ellos, las riñas con su padre, los abrazos de su madre, la paliza que le dio a Dailos, el día que decidió marcharse de La Gomera, su vida en Madrid, el primer beso de Claudia, su boda, el nacimiento de Olivia, el funeral de su madre y... la muerte de Claudia.

—Claudia —musitó, ya con el cuerpo en la tierra.

Ella apareció frente a él con un vestido de verano blanco y se arrodilló para rodearlo entre sus brazos y sujetarle la cabeza. Inclinó el rostro hacia delante y acercó la boca a uno de sus oídos. Entonces, le susurró:

—Protege a tu hija.

Una nueva oleada de imágenes lo invadió, pero esta vez nada tenía que ver con su vida. Había muerte, sangre, violencia, guerra, explosiones, muros que caían y otros que se levantaban, manifestaciones que terminaban con cargas policiales, terremotos, inundaciones, dos jóvenes que se retaban en una carrera improvisada con sus coches en pleno centro de Madrid. Escuchó las bocinas para alertar a los peatones y el grito de muchos de ellos, incluido el de Claudia. No tendrían tiempo de detener sus vehículos frente al semáforo en rojo, y después, el impacto.

Luego, todo se volvió negro.

Sintió paz, una paz que lo llevó a contemplar el mismísimo universo, y allí percibió los continuos golpes que estaba recibiendo su cara. Se estremeció, quiso defenderse, patalear, pero una nueva bofetada consiguió que abriera los ojos de forma repentina.

—Bien, hijo, muy bien. Estaba a punto de llamar a una ambulancia —escuchó la voz de su padre, inmerso en un eco lejano—. Parece que te has desmayado.

Él intentó negarlo, pero la cabeza iba a reventarle. Permitió que su padre lo ayudara a sentarse sobre los hierbajos secos y lo miró sin saber qué decirle. Estaba tan contento de que Martín lo hubiera encontrado, de que lo hubiera buscado, que lo abrazó sin más al tiempo que un sollozo inesperado le daba voz a su alma:

—Gracias —logró decirle.

—Sea lo que sea que te haya ocurrido, ya pasó. No está aquí —lo consoló como a un niño pequeño—. ¿Te ha hecho daño?

—No —balbuceó.

—Eso está bien. Está muy bien. ¿Crees que podrás caminar? No es por nada, pero ya soy muy viejo para cargarte al hombro, como comprenderás.

Se rio de la ocurrencia de su padre y a continuación lo miró con fijeza a los ojos.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

Martín soltó un resoplido y estiró una de las comisuras de los labios con picardía.

—No estaba seguro. Pero al ver la luz encendida de Domingo, recordé que Mateo, antes de venir a nuestra finca persiguiendo a ese ser, pasaba por la de Alfredo y luego por la de su otra vecina, la anciana de la que no recuerdo su nombre. Hacía el mismo recorrido todas las noches, y supuse que la última parada era el lugar donde lo encontraste muerto.

—Muy bien pensado —lo felicitó—. Ahora, llévame a casa, o volveré a desmayarme en cualquier momento.

Se despertó a media tarde, y cuando lo hizo, se llevó un susto al no ver a Olivia tumbada junto a él. Creyó que la historia se repetía, así que, agitado, se quitó el pijama, se puso unos pantalones de chándal, una camiseta que encontró en el armario y bajó hasta la primera planta con las zapatillas en las manos.

Martín lo había ayudado a meterse en la cama en cuanto llegaron a casa bajo la agitación de Airam y Olivia, quien estaba muy afectada por verlo sin fuerzas. La calmó como pudo y le pidió que se recostara con él. La niña obedeció y se tumbó sobre el colchón en cuanto Martín lo arropó con una sábana fina.

Un extraño sopor lo había envuelto desde que había despertado en la loma, quizá por la increíble aventura que acababa de vivir, puede que porque ese misterioso ser le hubiera suministrado alguna sustancia química. No podía asegurarlo con certeza. Solo podía afirmar que tenía unas profundas ganas de cerrar los ojos.

Se fue directamente a la cocina, pero al escuchar voces en el salón, se dirigió a esa estancia sin detenerse un segundo para averiguar de quiénes eran. Irrumpió en ella con el corazón acelerado y la respiración entrecortada, deseando encontrar a Olivia allí. Sin embargo, la niña no estaba en el salón, pero sí distinguió a Martín sentado en el sofá bebiendo de una lata de cerveza mientras charlaba animosamente con Diana.

—¿Y Olivia? —preguntó, obviando los saludos de cortesía.

—Está bien —le contestó su padre—. Airam se la ha llevado al bar de Dulce para que se distrajera un poco y jugara con su nieto. Puedes llamarlo al móvil si quieres.

Todavía nervioso, se atusó los cabellos y posó la mirada en el rostro comprensivo de Diana.

—Martín me ha contado la noche movidita que has tenido. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, sí, solo me duele todo el cuerpo —respondió, arqueando la espalda y sintiendo un latigazo lacerante que lo hizo marearse un segundo.

—Olivia tuvo que llevarse un gran susto.

—No te creas. —Yeray contuvo una mueca dolorosa cuando quiso sentarse junto a ella—. Parecía que había hecho un amigo nuevo... Quería hablar con ella del tema —afirmó, encañonando con la mirada a su padre—, pero no esperaba que no estuviera en la casa después de lo que ocurrió anoche.

—Creo que es mejor que esté fuera que dentro. Es más seguro —aseveró el viejo de manera contundente y le dio otro sorbo a la cerveza—. Hace un calor de mil demonios.

Yeray ignoró a su padre y quiso disculparse con Diana. Entre lo sucedido en casa de Reyes y su secuestro la noche anterior, no había tenido tiempo de llamarla.

—Perdona si no estoy del todo entero para recibir visitas —se excusó casi de manera formal. Con Martín delante de ellos, no podía hablarle con total libertad y confesarle que no se había olvidado de ella. Ni ese maldito hombre pájaro había conseguido sacarla de sus pensamientos—. Todavía estoy intentando recordar todo lo que ocurrió anoche. Tengo huecos en blanco que no consigo rellenar.

Diana frunció los labios y alargó la mano para cogerle la suya, sin embargo, la retiró al comprobar la mirada incisiva de Martín.

—¿En serio no te acuerdas de lo que te pasó?

—Bueno, tengo momentos claros y otros... más oscuros —reveló, percibiendo cómo los ojos pardos de su padre se posaban de nuevo sobre él.

El viejo no decía nada. No participaba en la conversación de forma activa, y eso lo incomodaba, ya que, después de lo vivido la noche anterior, esperaba algo más de comprensión por su parte.

—Imagino que lo recordarás cuando tengas que hacerlo —trató de calmarlo Diana—. No tienes por qué preocuparte. Sé que mientras ese acosador siga campando a sus anchas por el Valle, nadie dormirá tranquilo, pero tenemos que confiar en la investigación policial. ¿Qué te dijeron?

Entornó los párpados, confuso, y antes de que pudiera responder a esa cuestión, su padre se le adelantó:

—No los hemos llamado. No fue necesario hacerlo. El intruso se marchó y nos dejó a todos en paz. Hizo lo que siempre hace: espiarnos y largarse. —El viejo se encogió de hombros y continuó—:

Ya te he dicho que Yeray tuvo la mala suerte de toparse con él y que en su persecución se tropezó y se cayó. Nada grave. Lo que ocurre es que Olivia lo presenció todo y está asustada... Además, los agentes de policía ya saben que tenemos a un mirón. Lo hemos denunciado un par de veces. Pero, maldita sea, no hacen nada.

—¡Es una vergüenza! —exclamó Diana.

Yeray arrugó la frente y miró desconcertado a su padre. No comprendía por qué no le había contado la verdad. Se trataba de Diana. Se merecía saber que una criatura aterradora era la responsable de la muerte de su padre y que continuaba allí fuera, escondida entre la intrincada red de barrancos.

Él no se había caído. Si algo tenía claro, era que ese bicho se lo había llevado en contra de su voluntad, aunque no recordara cómo, y que previamente Olivia se había puesto en peligro al entablar un diálogo con él. ¡Todos se merecían conocer la verdad!

Cualquiera podría ser su próxima víctima.

Él se había salvado de milagro, pero ignoraba cómo reaccionarían los demás al tener a la criatura delante.

—Sí, es increíble que todavía no hayan cogido al idiota —reiteró su padre.

Se hizo un silencio incómodo en el que las miradas hablaban más que las palabras. Yeray fulminó de nuevo con la suya a Martín, quien continuaba con una mueca disgustada en el rostro, más forzada que sincera, pues el viejo había soltado una sarta de patrañas que lo habían dejado clavado en el sofá. En cambio, Diana deslizaba sus ojos avellanados del uno al otro con rapidez, sin saber muy bien dónde descansar la vista.

Por fin, ella se atrevió a romper ese mutismo embarazoso:

—Bueno, en realidad, tengo que admitir que he venido a hablar con Martín —reconoció, con una sonrisa tímida y algo avergonzada. Yeray asintió muy despacio, intentando averiguar cuál sería el motivo de esa conversación distendida antes de que irrumpiera en el salón —. Es por Idaira. Los dos estamos muy preocupados por ella. Desde que terminó el curso, apenas habla conmigo. Pero, ahora, cuando supo que tú... —No fue capaz de mencionar que era su padre, y eso significaba que todavía le escocía. Yeray se revolvió en el asiento con disimulo y continuó prestándole atención—. Entra y sale de casa sin decirme nada, casi no me dirige la palabra... Afortunadamente, tu padre me ha contado que no ha dejado de venir a trabajar, y eso es una buena señal.

—Yo... Mmm... —No sabía qué decir. Ahora mismo estaba inmerso en otra cuestión; una que lo había llevado a estampar la cabeza contra la tierra que rodeaba el árbol en el que se había suicidado Mateo y sufrir una serie de alucinaciones que todavía no había podido digerir y que de alguna manera tenía que recordar—. Vale..., eh... Ella no quiere hablar conmigo, así que no tengo ni idea de cómo ayudar.

—Sí, lo sabemos —le comunicó, como si los dos hubieran llegado a un acuerdo—. Martín se ha portado siempre muy bien con ella e Idaira lo estima. Creo que no le ha desagradado la idea de que sea su abuelo, y quizá podamos aprovechar esa ventaja. No ha venido a comer a casa después de terminar de trabajar ni me ha llamado para decírmelo.

Él trató de restarle importancia. Ya conocía el carácter indomable y desafiante de la adolescente.

—Estará con su noviete. El zángano ese que va en moto —soltó sin más—. Últimamente, parece que no hace nada sin él.

Diana dio un respingo en el asiento y arrugó el entrecejo, contrariada.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Creía que en el Valle, donde todo el mundo conocía la historia de sus vecinos, ya sabrían de la relación de Idaira con el motero. Se encogió de hombros y se vio obligado a responder:

—La he visto varias veces con él —admitió sin reparos—. ¿Cómo demonios se llama? Ah, sí, César.

—No me habías comentado nada —le reprochó con una dulzura que no le resultó indiferente a Martín.

Yeray se frotó la nuca, incómodo.

—Bueno, no creo que debas preocuparte por ese tal César. Idaira sabe ingeniárselas solita. —Ella lo miró escandalizada y él no comprendió el motivo de su disgusto. Era su madre. Tenía que conocerla para saber que era rebelde, manipuladora y que usaba su atractivo para conseguir lo que le viniera en gana—. Quiero decir que es... bastante madura para su edad... Lo siento, no estoy teniendo un buen día.

Se frotó las sienes con ambas manos y una imagen repentina invadió su mente: la criatura desplegando sus grandiosas alas cuando todavía estaba en el suelo. Se sintió pequeñito, demasiado diminuto para ser considerado alguien en un universo tan grande. Se

crujió los dedos y, con los párpados entornados, se masajeó la barbilla con dureza.

Entonces, otra imagen le sobrevino. El ser lo apuntaba con su dedo índice y al rozarle la frente visionó cómo caía al suelo. Se levantó como impelido por un resorte del sofá mientras escuchaba las voces de Martín y Diana en la lejanía. No sabía si hablaban entre ellos o se dirigían a él. Apretó los ojos con fuerza y procuró contar hasta diez mientras trataba de mantener el equilibrio. No quería desmayarse allí, en medio del salón, pues no quería que lo trataran como a una persona frágil o aquejada de un shock postraumático. No quería porque no le sucedía nada. Todo era producto de su mente. Nada más.

Otro desfile de escenas horrendas se introdujo en su cabeza y no supo cómo detenerlas. Empezaba a recordar, y aunque quería hacerlo, no imaginó que fuera tan doloroso. Se apoyó en el respaldo del sofá y trató de controlar la respiración alargando las inspiraciones y las exhalaciones. Ese condenado hombre pájaro le había atrofiado la mente, le había incrustado pensamientos que no eran suyos, que le hablaban de guerras y catástrofes.

Consiguió abrir momentáneamente los ojos y distinguió a Diana correr hacia él con un vaso de agua mientras su padre le hacía gestos para que se sentara. Sacudió la cabeza varias veces con brusquedad para deshacerse de esas endiabladas imágenes y, de nuevo, todo se volvió negro.

Entonces, vislumbró la señal en verde de un paso de peatones que lo animaba a ponerse en marcha y distinguió a Claudia al otro lado de la calle con su vestido de tirantes blanco. Corrió hacia ella al tiempo que escuchaba las bocinas de los coches increparlo sin razón, y cuando logró alcanzarla, Claudia volvió a susurrarle lo de siempre: «Protege a tu hija».

Abrió los ojos como el que se despierta de una terrible pesadilla y contempló a Diana sentada en el borde del sofá donde él permanecía echado.

—Te has mareado, pero estás bien.

—¡No, no estoy bien! —exclamó conforme se levantaba y trataba de mantener el equilibrio, después de un ligero tambaleo—. Algo está ocurriendo en este maldito pueblo y yo tengo que cuidar de Olivia.

—Trata de calmarte —lo aconsejó su padre—. Ahora mismo no estás en tus cabales.

Yeray fulminó a su padre con una mirada profunda, en la que podían apreciarse las distintas tonalidades de ese color chocolate del que presumían sus iris.

—Tú lo viste. Anoche lo viste desde la puerta de la cocina y por eso no viniste a mi encuentro. No hasta que pusiste a Olivia a salvo. Ella cree que es un extraterrestre pacífico y que viene en son de paz, pero no es nada de eso. ¡Lo he visto! Trae el caos, la destrucción.

Martín apoyó la mano derecha sobre su hombro para intentar calmarlo.

—Hijo, estás asustando a Diana. Te has desmayado y eso te ha afectado la cabeza. Tienes que tranquilizarte.

Él apartó la mano de Martín de un guantazo y lo apuntó con el dedo índice.

—¡No estoy loco! Sé de lo que estoy hablando. Fue visto en todas esas ciudades antes de que ocurriera una desgracia. Sí, es eso. Algo gordo va a suceder aquí. No sé cuándo ni el qué, pero va a pasar algo en el Valle.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Diana alterada.

Se aproximó a ella con ojos suplicantes. Tenía que creerlo. Confiar en él.

—Tu padre lo sabía. Sabía que no era un hombre de carne y hueso y trataba de hablar con él, que le contara qué era lo que iba a ocurrir. Y cuando lo averiguó, no pudo con la verdad y se quitó la vida. Sí, eso tuvo que pasar... No hay otra explicación. —Entrelazó las manos en la nuca y miró al techo mientras sus ojos se humedecían. Ahora todo cobraba sentido en su cabeza y sintió alivio. Después, volvió a posar la mirada en ella, confiado de que era su única esperanza. Si lo escuchaba, si compraba su versión, tal vez existiría una salida para todos—. Tienes que creerme, Diana. Él creía estar viendo a tu madre como yo veo a Claudia. Es un mensaje... Un mensaje que a nosotros nos resulta un jeroglífico incomprensible... Por eso quiere mostrarnos la verdad con imágenes.

—No estás bien, Yeray —le dijo, negando con la cabeza.

Esas palabras lo condenaron. Percibió una profunda herida cerca de su corazón y temió volver a perder los latidos cuando hacía poco que los había recuperado.

—No es verdad. Estoy mejor que nunca. —Rio enajenado—. Tienes que confiar en mí. Soy yo, Diana. Soy yo...

Quiso cogerle las manos, obligarla a mirar dentro de sus ojos para que viera que todo lo que estaba contándole era real. Sin embargo,

ella dio un paso atrás.

—¡Basta! —le gritó Martín—. ¡Déjala en paz! Se acabó esta historia. No quiero que vuelvas a hablar en mi casa de extraterrestres ni criaturas salvajes. ¿Es que no ves lo que estás haciendo? ¡Estás asustándola! Y esas teorías alocadas sacadas de Internet van a conseguir alterar a medio pueblo. Y te juro por Dios que este pueblo ya ha sufrido bastante. La gente de aquí no se lo merece. No nos lo merecemos.

Yeray lo encaró y lo torpedeó con una mirada cargada de inquina.

—Está bien. Si ni mi propio padre es capaz de escucharme, me marcho de aquí. Es lo que has querido desde que llegué —lo informó —. Para tu alegría, Olivia y yo nos largaremos de este pueblo. No voy a permitir que le ocurra nada. A ella no.

Capítulo 17
LA MARCHA



No tardó ni media hora en hacer las maletas y recoger la habitación. Lo más difícil fue encontrar billetes de avión para dos personas en plena temporada alta. Incluso valoró la opción de quedarse en el Valle unos cuantos días más y esperar a que llegara septiembre. Los precios para finales de agosto eran prohibitivos, ya que muchos aguardaban hasta el último momento para regresar a casa y aprovechar al máximo las vacaciones en la isla.

Se sentó en el borde de la cama un instante y reflexionó sobre ello. No quería quedarse ni un minuto más en la casa, ya que esa criatura podría presentarse en cualquier momento y, esta vez, optar por llevarse a Olivia. No podía permitirlo. Además, tenía claro que algo iba a suceder en el pueblo, aunque desconociera el qué y el cuándo, y este último interrogante estaba matándolo. Podría ser mañana, pasado mañana o la semana siguiente. Demasiado poco

tiempo para reunir pruebas y tratar de convencer a Diana de que no le mentía, de que tenía que coger a Idaira e irse de allí. Quizá a Tenerife, o incluso más lejos.

¿Por qué no lo había creído? ¿Por qué no le había dado un voto de confianza? «Porque nunca estuve cuando más me necesitó —se lamentó, llevándose las manos a la cabeza—. Y ahora no me he comportado bien con Idaira».

—¡Maldita sea! —Le dio un puntapié a la maleta y se levantó. Comenzó a deambular por la estancia mientras la frente le hervía.

No podía hacer nada más por ellas sino pasarles una pensión si sobrevivían a lo que estaba por venir. Tampoco por su hermano ni por su padre, aunque le habría gustado sacar a rastras a Airam de allí, pese a que Martín nunca se lo permitiría.

Después, no entendió por qué un sinfín de pensamientos sobre el futuro más cercano comenzó a agobiarlo. Pensó en la matrícula para el nuevo curso de Olivia, en que había puesto en venta la casa de Madrid y en que tendría que hacer unas cuantas llamadas para ver si los padres de Claudia o su hermana podrían acogerlos varios días hasta que él solucionara todo aquello. Luego estaba el tema del trabajo. Tendría que pedirles unos cuantos favores a sus amigos para que intentaran recomendarlo en algunas empresas conocidas.

Y resopló.

Se tumbó en la cama con los brazos en cruz y tomó aire muy despacio. Nunca creyó encontrarse de nuevo en la misma situación: una mudanza, búsqueda de trabajo y rogándole a un familiar para que les permitiera dormir en su casa. Y todo eso cuando apenas había transcurrido un mes y pocos días.

«Bravo, eres un crac. Un padre excelente», ironizó.

Escuchó el sonido de la puerta principal y supo que Olivia había regresado. No tardaría en enfrentarse a esos ojos transparentes y repletos de esa nueva vitalidad que había conseguido en el Valle. Por fin, su hija se sentía cómoda entre plataneras y su inusual familia, y él se lo arrebataría todo de nuevo.

Volvió a resoplar.

Pronto, la niña entró en la habitación, le saltó sobre la panza y comenzó a narrarle lo bien que se lo había pasado en el bar de Dulce, que había probado la leche asada y que también Airam se había sumado a jugar al escondite con ellos.

—¡Ha sido una pasada! —Rio—. Después, cuando Dulce cerró el bar, fue al patio y nos regó a todos con la manguera. Antes de que

te enfades, me dijo primero que me quitara el vestido, me bañó con el agua fría y luego me dio una toalla.

Yeray esbozó una media sonrisa.

—Sí, Martín también nos mojaba de esa manera cuando éramos más pequeños en los días de más calor —recordó con nostalgia.

Impulsó a la niña hacia delante y así la obligó a sentarse sobre sus rodillas.

—Tenemos que hablar, peque —le dijo con una mueca que probablemente hizo que ella temiera lo peor—. No podemos quedarnos más tiempo aquí. Tenemos que regresar a Madrid.

—¿Por qué? —Olivia abrió los ojos de par en par, sin comprender.

—Es muy difícil de explicar, pero le prometí a mamá que cuidaría de ti y puede que la isla no sea buena para una niña como tú.

—No lo entiendo —le dijo, arrugando la frente.

Yeray apretó los párpados e inspiró levemente para que ella no percibiera su desazón. También le había resultado muy difícil tomar esa decisión.

—Sé que te había prometido que pasaríamos el verano aquí y que si todo te iba bien en el colegio nos quedaríamos el curso entero, y si encontraba trabajo...

—No has buscado trabajo, ¿verdad? —lo interrumpió apenada.

—Han sucedido muchas cosas y apenas he tenido tiempo de hacerlo —se excusó tontamente.

Cabizbaja, Olivia abandonó las piernas de su padre y se retiró de él medio metro; la distancia justa para que comprendiera que no estaba nada de acuerdo con ese dictamen.

—Siempre podrías trabajar con el abuelo Martín en las plataneras —le sugirió sin maldad. Él no supo qué responderle. Desde luego, no era lo que tenía pensado cuando llegó a la isla. Se había prometido a sí mismo que jamás volvería a cargar con un racimo de plátanos, pero no quería decepcionar a la pequeña—. No quiero irme, papá —le confesó al tiempo que un primer gimoteo se le escapaba de la garganta—. No quiero volver a mudarme.

Trató de mantener la calma y de hablarle con la misma suavidad con la que solía hacerlo Claudia:

—Pero si tú no querías venir aquí —le recordó—. Me dijiste que la isla apenas se veía en el mapa y que tú no sobrevivirías en el fin del mundo sin el Vips ni el Starbucks, que ibas a echar de menos tu frappuccino de crema sin cafeína.

Ella contuvo las lágrimas y lo miró con labios temblorosos.

—Eso era antes. Pero ahora están el abuelo, Airam, Jonay, Dulce y también Idaira.

Yeray bufó al escuchar el último nombre. Algún día tendría que contarle que esa chica era su medio hermana. En ese momento, prefirió desviar el tema:

—¿Quién es Jonay?

—El nieto de Dulce, papá —le explicó como si fuera tonto—. Vamos a ir juntos al colegio, ¿te acuerdas? —Hizo una pausa en la que frunció los labios y desvió la mirada al suelo—. Quiero decir íbamos.

Entornó los párpados y meditó mucho las frases que debía utilizar para no asustarla más. Ya tenía que lidiar con una nueva mudanza, probablemente a la casa de la hermana de Claudia, quien vivía en Mejorada del Campo, a las afueras de Madrid, y eso suponía otro colegio distinto, al menos hasta que se asentara.

—Aquí ya no estamos a salvo y por eso no podemos quedarnos. ¿Lo entiendes?

La niña arrugó el rostro y permitió que de sus labios se escapara un hilo de aire cargado de arrepentimiento.

—¿Es por mi culpa?

—No, cariño, claro que no. ¿Por qué dices eso? —se apresuró a responderle.

—Porque estuve hablando con el extraterrestre y te dije que era bueno. Pero después te llevó y... —Los continuos hipidos impidieron que terminara la frase y luego rompió a llorar—. ¿Te hizo daño? El abuelo dice que no. Pero yo no sé si creerlo porque cuando apareciste casi no caminabas. El tío Airam y el abuelo te subieron hasta el cuarto y yo me preocupé mucho porque no decías nada. No parecías tú. Pasé mucho miedo y pensé que te ibas a morir.

—No, no voy a morirme. No me hizo nada. Quería charlar conmigo, eso es todo. —Le acarició la mejilla con dulzura mientras el corazón se le encogía. No imaginó que la niña se hubiera asustado al verlo pálido y descompuesto—. Pero no quiero que vuelva a esta casa y se dedique a corretear por las plataneras. No sabemos qué es exactamente ni si viene en son de paz, por eso no quiero que estés en peligro. —No le gustó mentirle, pero tampoco podía contarle que a esa criatura extraña la apodaban el hombre polilla y que solía ser un pájaro de mal agüero. Le secó con el pulgar las lágrimas que se le habían detenido en las mejillas y no habían caído—. No quiero

que te tropieces con él otra vez, por eso he decidido que lo mejor es marcharnos, lejos de estas plataneras.

—¿Y qué hay del abuelo y del tío Airam?

Desvió la mirada hacia la ventana y observó cómo poco a poco el atardecer colorido dejaba paso a otra noche sin luna, repleta de sombras oscuras entre las que caminaba ese ser. Titubeó antes de responder:

—Estoy seguro de que estarán bien. El abuelo Martín no se achica ante nada y conseguirá sacarlo a escobazos de la finca si es necesario —afirmó, con una mueca divertida. Luego depositó una mano sobre su hombro y la miró fijamente—. Ahora necesito que te comportes como una niña mayor, que seas fuerte, que bajes a cenar y te despidas del abuelo y del tío. Mañana nos iremos temprano.

Olivia se fundió con su padre en un largo abrazo y después se secó todas las lágrimas de la cara con el dorso de ambas manos. Tenía que hacerse la valiente, aunque su rostro enrojecido la delatara antes de llegar a sentarse a la mesa para comer.

—Otra cosa, mi niña —continuó él—. ¿Ese ser te dijo algo? Antes de que yo bajara, parecía que tenías una conversación entretenida con él. ¿Qué te dijo?

—Le pregunté por mamá y me dijo que estaba bien —le confesó de manera natural, sin apreciar una pizca de miedo en sus palabras—. Que los accidentes sucedían a diario y que eran inevitables. Y para que existiera la belleza, tenía que existir el horror. No entendí muy bien qué quería decirme. Pero creo que mamá está bien dondequiera que esté.

Olivia lo miró con sus enormes ojos verdes aguardando una confirmación que diera sentido a lo que acababa de decir.

—¡Claro! Mamá está en paz. De eso no tengo ninguna duda —consiguió decir con un nudo en la garganta—. Y cuida de ti desde arriba.

—¿Entonces por qué piensas que ese ser es malo? —La niña arrugó el rostro y Yeray chasqueó la lengua sin saber muy bien cómo proseguir—. Si no te hizo daño cuando te llevó, ¿por qué sigues pensando que es un monstruo?

—No lo sé..., Olivia. ¿Tú llegaste a verlo bien? —La niña asintió muy tranquila—. ¿Y no te pareció extraño?

—Ya lo había visto desde la ventana la noche que Mateo murió. Al principio, me dio mucho miedo, pero las otras veces no.

Palideció en ese instante y sujetó a la pequeña por los brazos.

—¿Qué otras veces? —le preguntó sin que el terror contagiara sus palabras—. ¿Qué otras veces, Olivia? ¿Cuántas veces has hablado con él?

—Anoche fue la primera. Pero lo vi alejarse cuando el cernícalo apareció muerto en las plataneras y algunas noches, cuando tú bajabas a la cocina, lo veía desde la ventana. A veces, me sonreía.

—¡Oh, por Dios! —Yeray la abrazó de nuevo y se sintió culpable por haber desplazado a su hija con este asunto—. ¿Por qué no me lo contaste?

—Se lo dije al tío Airam y me dijo que no me preocupara, que él cuidaría de mí. —Olivia le acarició los cabellos mientras él luchaba para que un torrente de lágrimas no empapara las mejillas de su hija —. Creemos que es un extraterrestre con buenas intenciones.

Él ahogó una carcajada y asintió sin mucha convicción. Ahora estaba más seguro que antes, tenía que sacar a su hija de la isla.

Fue otra cena sin mucha conversación y Yeray evocó el día que llegaron a La Gomera. Todos se sentaron alrededor de la mesa sobre las ocho y media, en un ritual que la familia Darias mantenía vivo incluso antes de que él naciera, cuando sus abuelos todavía compartían con ellos sus historias.

Solo Airam se esforzaba en darle conversación a la pequeña, al igual que esa noche. Ni Martín ni él se sentían con ánimos de hablar, y le extrañó que su hermano se mostrase con el buen humor de siempre. Ya tendría que saber que al día siguiente los dos se marcharían. Sin embargo, se desvivió en regalarle a Olivia uno de sus mejores recuerdos en la casa.

Antes de regresar al dormitorio, se despidió de ellos sin decir mucho más que el abrazo esperado y el consiguiente «Que te vaya bien». No hubo más. Tampoco lo necesitaba, pues, a pesar de que esas semanas habían sido caóticas para él, se le hacía duro decir adiós.

No obstante, no se imaginó que se encontraría a Martín y a Airam a la mañana siguiente esperándolos en el salón para despedirse antes de irse. De alguna manera, se sintió conmovido por esa iniciativa afectuosa que se repetía veinte años después, aunque esta vez su madre no estaba para insuflarle palabras de aliento y cariño.

Olivia soltó la maleta y corrió a abrazarse con su tío, quien pronto rompió a llorar, mientras Martín lo escudriñaba con la severidad de quien juzga un pecado capital. Ya le extrañaba que su padre no le

soltara alguna de sus perlas la noche anterior durante la cena. Claro que para Martín cualquier decisión que tomara siempre sería motivo para ir al confesionario corriendo, y aquella se llevaba la palma de oro.

—Vuelves a huir con el rabo entre las piernas —le soltó en cuanto se colocó junto a él para contemplar con pena la escena entre Airam y Olivia.

Yeray forzó una sonrisa de oreja a oreja y tragó saliva. Se había prometido no iniciar una discusión con su padre que le dejara un sabor amargo en la boca y un mal recuerdo de su visita.

—Tú también deberías irte de aquí —le aconsejó—. Sé que sabes que no estoy mintiendo. Tú también lo viste.

Martín lo miró de soslayo y luego volvió la vista al frente.

—No voy a dejar la casa ni la finca en la que he invertido tantos años.

—Pues permite que Airam se vaya.

El viejo soltó una risotada.

—¿Contigo?, ¿a Madrid? Sabes que es más testarudo que yo. Tu hermano solo conoce la vida en esta isla. No duraría ni un minuto en una ciudad tan grande y lejos del mar. Le daría un infarto nada más aterrizar.

—No estoy mintiendo, papá.

El viejo se estremeció al escuchar esa palabra demasiado cariñosa para sus oídos. Yeray jamás se había dirigido a él de esa manera. Prefería llamarlo Martín o padre en señal de respeto, tal y como había hecho él con su progenitor y este con el suyo.

Martín posó la mirada en Airam y Olivia y en ese sentido abrazo que se alargaba demasiado en el tiempo. Escuchaba los gimoteos de ambos, y presionó los labios con fuerza para que nadie viera que tremaban. No quería despedirse así de su hijo y su nieta. No era justo. Ahora que creía que estaba recuperando a su hijo pródigo como siempre quiso Ángela, volvían a alejarse de ellos.

—Te v-v-voy a echar m-m-mucho de m-m-menos —le dijo el gigantón al soltarla.

—Yo también. Y por eso pienso llamarte todos los días.

Yeray dio un paso al frente y quiso primero estrecharle la mano a su hermano antes de someterse a su apretón de brazos amorosos, pero este la rechazó. Él lo miró con desconcierto y entonces Airam le giró la cara.

—Estoy enfa-fa-dado contigo —le confesó.

—Vamos, Airam, no te pongas así. Sabes que volveremos a vernos.

—Eso me-me dijiste la úl-última vez y no fu-fue verdad. Te fuiste. No soy estúpido. ¡No v-v-vas a volver! ¡No me trates como a un t-t-tonto!

Yeray se mordió el labio inferior y trató de acercarse de nuevo a él, sin éxito.

—Sé que no eres ningún tonto —le aseguró con ternura—. Las cosas se torcieron un poco, pero esta vez no pasará. Te lo prometo.

—Me lo pr-prometiste la otra vez —le reprochó enojado.

Con los brazos en jarra, Yeray cogió aire al tiempo que buscaba ayuda en el rostro de su padre, a sabiendas de que este no se la daría.

—No sé qué decirte. Lo siento mucho.

Airam se cruzó de brazos como hacían los niños pequeños y frunció el entrecejo, malhumorado.

—Me v-v-vuelves a dejar s-s-solo.

—No estás solo. Martín se queda contigo —intentó contentarlo.

—Está v-v-viejo. ¿Y cuándo s-s-se muera? —insistió Airam.

—Sabes que dicen que mala hierba nunca muere —le dijo riendo—. A padre le quedan batallas que ganar.

Escuchó a Martín carraspear detrás de él y evitó girarse para no enfrentarse a su mirada reprobatoria.

—Eres mal he-hermano.

—Venga, Airam, por favor.

El gigantón lo empujó con el hombro al pasar cerca de él y abandonó el salón sin mirarlo a la cara. Después, se encaminó hacia las escaleras. Desde allí escucharon sus pisadas apresuradas subir hasta la segunda planta. Yeray reparó primero en la mirada de reproche que le dedicaba Olivia, y luego posó los ojos en el rostro acongojado de su padre.

—Ya sabes que tu hermano es muy sensible. Detesta los cambios —le recordó el viejo—. No soportó la idea de que te fueras hace veinte años y le costó un par de semanas superarlo. Ahora le pasará igual. Necesita tiempo.

Yeray soltó de una vez todo el aire que habían contenido sus pulmones para no desmoronarse delante de Airam y negó con la cabeza.

—No pretendía que se sintiera así.

—¿Y qué esperabas? Se ha encariñado con su sobrina y ha vuelto a depositar su confianza en ti. Siempre se sintió culpable de que te

fueras. Decía que si no... —Martín midió las palabras delante de la niña— hubiera ocurrido eso con Dailos, nunca te habrías ido.

—Sabes que no fue la única razón de que me marchara. Necesitaba vivir mi vida.

—Y ahora que lo has hecho, ¿te sientes mejor? —Se quedó mudo ante la pregunta de su padre y bajó el mentón—. Ni siquiera te has despedido de Idaira.

Escuchó la bocina del taxi y supuso que Toño llevaba un buen rato esperándolos. No deseaba iniciar otra conversación sobre su hija recién descubierta. Ahora no. Ni le apetecía ni contaba con el tiempo suficiente para que su padre comprendiera su postura. Tenía que salvar a Olivia.

—Tenemos que irnos. —No fue capaz de añadir nada más. Cualquier palabra que utilizara no le serviría para aliviar la presión que estaba sintiendo en el pecho y prefirió zanjarlo así. De lo contrario, jamás dejaría la casa.

Martín le dio un beso a la niña en la mejilla y le pidió que se cuidara mucho. Luego miró a su hijo y se despidió de él con una leve inclinación de la barbilla. No era hombre de frases elocuentes ni de achuchones encorsetados, y en ese momento una oleada de impotencia y frustración le impedía abrazarlo. Volvía a dejarlos tirados, a todos, a sabiendas de que tenía una hija que lo necesitaba.

Yeray no miró atrás al salir por la puerta principal como sí hizo la vez anterior. En aquel instante quería tener una fotografía mental de su casa y no olvidarse de su familia. Tanto sus padres como Yaiza y Airam se despedían de él moviendo una de las manos mientras se introducía en el vehículo de uno de sus vecinos que tenía que ir a San Sebastián esa mañana. Esta vez, en esa estampa, solo estaba su padre, y estaba seguro de que no lo saludaba con el entusiasmo fingido de antaño, porque él nunca quiso que se fuera y era consciente de que su madre lo obligaba a estar allí, en la puerta, como un buen padre. Tampoco ahora quería que se marchara, pero al menos no disimulaba su mal humor. Lo imaginó con las manos en los bolsillos y desahogándose con el palillo en la boca.

Subieron al taxi de Toño y este se apresuró a decirles que se abrocharan los cinturones en cuanto se sentaron en el asiento de atrás. Yeray no quería dejar sola a la pequeña durante el viaje en un momento como ese e ir de copiloto. Sabía que estaba triste, que una

flecha traicionera se le había clavado en su pequeño corazón. Y lo peor era que él había sido el tirador.

Circularon los primeros dos minutos sin decir una palabra, ni siquiera intercambiar alguna mirada cómplice. Yeray mantenía a la niña cogida de la mano al tiempo que contemplaba desde la ventanilla las montañas imponentes que los habían custodiado en su visita. Desafiaban al cielo azul con orgullo y cierta vanidad, sabedoras de que eran indestructibles y que ellas continuarían allí observando cómo los seres humanos iban y venían en busca de una necesidad de autonomía con la que ellas ya contaban: la ansiada libertad.

—Así que el famoso Yeray Darias no ha conseguido aguantar el verano con su padre. —Toño rompió un silencio sagrado que él aprovechaba para despedirse de la isla a su manera—. Yo había apostado por ti. Dije en el bar que siempre habías tenido un buen par de co... Ya me entiendes —rectificó al observar a la niña desde el espejo retrovisor—. Y que cuando te subiste a mi taxi te vi decidido y con ganas de comerte la isla como esos tiburones financieros que se pasean en sus cochazos por la costa.

—Yo no soy ningún tiburón ni he estudiado Economía —le aclaró—. Soy ingeniero.

—¿Y pensaste que aquí encontrarías un trabajo a tu altura?

—No pensé nada. Vinimos a relajarnos, eso es todo —le contestó de mala gana.

Toño lanzó un resoplido de disconformidad, pero no quiso entrar en el tema. Se concentró en la carretera y fingió masticar un chicle que no tenía. Luego cogió un caramelo del portavasos, le quitó el papel y se lo introdujo en la boca mientras sostenía el volante con la otra mano. A continuación, volvió a la carga:

—¿Te has enterado de la noticia? —Yeray negó con la cabeza—. Han encontrado a los dos alemanes muertos esta madrugada, cerca de la pista de Yorima. Ya sabes, la antigua carretera de Valle Gran Rey.

Frunció el ceño, extrañado.

—Eso está a apenas dos kilómetros de aquí. ¿Adónde iban?

Toño disfrutó al ver que ese tema despertaba el interés de su cliente. Odiaba las carreras donde apenas podía intercambiar un par de saludos con los viajeros. Por eso, cuando atisbaba en la parada de taxi a unos cuantos extranjeros, arrugaba la nariz, desanimado.

—Supongo que al mirador de La Curva del Queso —le explicó, haciéndose el interesante—. Hay muchos extranjeros que van parando sus coches de mirador en mirador. Tienen que verlo todo.

—Sí, pero ellos alquilaron unas bicicletas, si no estoy mal informado —objetó Yeray.

Toño asintió mientras chupaba el caramelo haciendo un ruidito desagradable.

—Tienes que saber pedalear muy bien si no quieres despeñarte por algún precipicio —apuntó—. ¡Es una locura!

—Bueno, imagino que las habrán dejado en algún lugar y que su intención era recogerlas en cuanto terminaran la caminata.

—Sí, es todo muy extraño.

A Yeray no se le escapó ese tono misterioso con el que había enfatizado la última intervención. Y aunque era consciente de que el taxista lo había hecho adrede, había algo que no le había contado.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó, inclinando el torso hacia delante para examinar mejor su rostro.

—Mi primo, que está en la Policía Local, me contó que la mujer había escrito en la tierra la palabra vogel antes de morir. Es una palabra alemana —susurró, temiendo que alguien más pudiera escucharlo. Una tontería, pues en el vehículo solo estaban ellos tres, y Olivia se había enchufado los auriculares para escuchar música casi desde la salida de la casa—. Significa «pájaro». ¿Por qué habrá perdido el tiempo en escribir esa palabra tan estúpida?

A Yeray se le erizó el vello de la nuca. Se echó hacia atrás y enterró la espalda en el asiento. Quería evitar que Toño advirtiera que había palidecido.

—Puede que para ella tuviera algún sentido —afirmó, tragando saliva.

—Pues yo no se lo encuentro, a no ser que tuviera un pájaro en Alemania y, al darse cuenta de que no saldría viva de allí, quisiera que alguien fuera a su casa y se hiciera cargo de él. En cualquier caso, y a la espera de la autopsia, creen que fue un accidente. Si hubiera sido un asesinato, yo habría escrito el nombre del asesino antes de morir. ¿Tú qué piensas?

Creyó que la cabeza iba a estallarle. ¡Pájaro! Había escrito la palabra pájaro antes de morir. ¿Qué posibilidades habría de que la pareja se hubiera tropezado con el hombre polilla?

—Sí, sí, es lo más lógico —afirmó al tiempo que parpadeaba sin parar y se llevaba una de las manos a la frente—. Si tuviera la

posibilidad de señalar al culpable, haría todo lo posible para comunicárselo a alguien.

—¡Exacto! —exclamó eufórico Toño. Por fin estaban de acuerdo en algo—. Y como tienen varios huesos rotos, lo más probable es que se hubieran caído mientras practicaban senderismo. Seguro que uno de ellos tropezó primero y, al intentar rescatarlo, cayó el otro también. ¡Es una lástima! Venir de vacaciones y encontrarte con la muerte de esa manera.

Yeray entrecerró los ojos al percibir que los latidos de su corazón volvían a disparársele.

—Encontrarte con la muerte... —repitió inquieto—. Es una pena.

Agachó la cabeza y de reojo observó a Olivia. Después de todo, eran unos afortunados. Ellos se habían topado con el hombre pájaro o ese hombre polilla, como quisieran llamarlo, y habían salido indemnes de la situación. Sin embargo, Mateo, la madre de Toño y ahora muy probablemente esos dos turistas habían muerto después de haberlo visto. ¿Cuántos damnificados más tendría que haber para que esa criatura se fuera del Valle? Pensó en Mateo y en que tal vez podría considerársele una víctima indirecta de la criatura, ya que durante su investigación terminó perdiendo la cordura, y tras no asimilar lo que había averiguado, había decidido quitarse la vida. Quizá, el hombre pájaro lo había llevado hasta la lomada, como hizo con él, para que descubriera con sus propios ojos quién era y la razón por la que se encontraba en el Valle. Y Mateo no pudo soportarlo.

Puede que viera con más claridad las escenas que le mostró la criatura, puede que descubriera qué era lo que iba a ocurrir en Valle Gran Rey. Pero, entonces, ¿por qué prefirió colgarse de un árbol en lugar de avisar a la población? Porque lo tomarían por loco. No había otra respuesta. Incluso existía la posibilidad de que hubiera intentado explicarse como había hecho él. No obstante, ¿quién iba a creerlo? Sufría una depresión profunda después de la muerte de su mujer y aseguraba verla cada noche. ¿Quién demonios iba a darle crédito a su verborrea?

Mateo prefirió reunirse con su difunta mujer, y ahora él estaba huyendo del pueblo como un cobarde.

Se humedeció los labios y desvió la mirada hacia las palmeras que serpenteaban con su belleza por todo el Valle. Tan elegantes, tan clementes al regalarles su sombra en los veranos tórridos. Fue despidiéndose una a una de ellas al tiempo que le arrebataban un

pedacito de su alma, porque parte de su vida, por mucho que quisiera negarlo, pertenecía a ese lugar.

De pronto, entre las palmeras surgieron edificios demasiado altos para contemplarlos en su totalidad desde la ventanilla del taxi. Eran demoledores, lóbregos y arrancaban las plantas sin piedad, desterrándolas de un paisaje donde ellos eran los nuevos dueños. El asfalto se convirtió en su nutriente, y las calles, en sus venas y arterias.

Estaba acorralado en la gran ciudad, anclado a sus vías, y había olvidado cómo moverse en ellas.

Entonces vislumbró a Claudia al otro lado de la calle. Estaba esperándolo. Ella ladeó la cabeza para mostrarle una mueca de complacencia y él cruzó sin aguardar a que el semáforo se pusiera en verde. Sorteó los vehículos, aguantó las bocinas y se resistió a los insultos de los conductores. Todo porque necesitaba verla de nuevo, porque necesitaba sentirla de nuevo.

Cuando llegó hasta ella, lo miró con ojos entristecidos y sin previo aviso lo devolvió a la vía con un empujón.

—Protege a tu hija —le dijo muy seria.

Confuso, abrió los ojos y cayó en la cuenta de que continuaba en el taxi. Se aferró con las manos al sillón delantero y quiso mirar por la ventana. No había edificios grises ni tráfico ni... Claudia. Había sufrido otra visión o una ensoñación de esas que consiguen alterar todos tus sentidos. No tenía ni idea de cómo referirse a ellas, pero tenía que evitar que aquello volviera a repetirse mientras estuviera despierto. Podría ser peligroso para él, para los demás, y consideró de forma urgente pedir cita con un psicólogo. La muerte de su mujer estaba afectándolo sobremanera y no podía permitirse un descuido como, por ejemplo, si se encontraba al volante o cruzando un paso de peatones con la niña al lado.

Se despejó la mente sacudiendo la cabeza con levedad y atendió a Toño, quien ya buscaba aparcamiento en la zona de taxis del muelle de Las Vueltas.

—Antes de que te vayas, quiero agradecerte otra vez que intentaras salvar a mi madre —le escuchó decir.

—No tienes que darme las gracias. Tú habrías hecho lo mismo por mi familia —le dijo, restándole importancia mientras avisaba a Olivia para que guardara los auriculares en su bolsito y le devolviera el móvil.

—Mi hija no deja de consolarme repitiéndome que al menos llegué a tiempo para despedirme de ella —le contó con la voz quebrada—. Sé que he vuelto demasiado rápido al trabajo, pero no soportaba el hecho de estar las veinticuatro horas en la casa y preferí coger el taxi. Es duro de admitir. Sin embargo, no encuentro consuelo en las palabras de mi hija. No paro de machacarme pensando que si yo hubiera estado en casa, la habría salvado. La habría protegido, ¿me entiendes?

Yeray se revolvió incómodo en el asiento.

—Sí, claro que te comprendo.

Pensó en su mujer y en las veces en las que había imaginado que si él la hubiera acompañado esa mañana, ahora no estaría muerta. Claro que no podría asegurarlo con una certeza absoluta, pero al menos habría intentado salvarla, detenerla antes de que aquel coche la arrollara.

—Todavía me pregunto a quién demonios habría visto para bajar las escaleras sin mirar y... —Calló. No pudo continuar.

Yeray dio un respingo y, atónito, abrió los ojos.

—¿Por qué estás tan seguro de que vio algo?

Toño soltó un suspiro que parecía haber estado atascado en su alma desde hacía semanas.

—Porque esa misma mañana me envió un audio para contarme que había un intruso en la propiedad. Parecía alterada. —Bufó y luego maldijo por lo bajo—. No escuché el mensaje hasta dos horas después de su muerte. No suelo abrir los wasaps hasta que hago una pausa, y ese día me llamó Kiko para que fuera corriendo antes del almuerzo. Te juro que pisé el acelerador tanto como pude... Había alguien allí... Estoy seguro... ¿Tú viste algo cuando llegaste?

Yeray negó con la cabeza muy despacio.

—No, no vi nada extraño.

—¿Te dijo algo más aparte de ese mensaje que te dejó para mí? ¿No te mencionó que había visto a alguien merodear por los alrededores?

Fingió recordar ese momento y luego miró a Olivia, quien lo observaba con sumo interés.

—No, te lo habría dicho, y también a la policía.

Toño detuvo el taxi y lo miró por el espejo retrovisor.

—Perdona si te he molestado con mis preguntas, tío. Necesito dejar el pasado atrás, o acabaré volviéndome loco. Ya tengo suficiente con las historias que se cuentan en el bar y eso de que

hay un alienígena suelto por el pueblo. ¡Chorradas! —Asintió una vez al tiempo que le mostraba una mueca cómplice—. Gracias, me quedo más tranquilo.

Toño se bajó del vehículo y fue directo al maletero para entregarles el equipaje. En cambio, Yeray permaneció unos segundos más en su interior acribillado por la intensa mirada de su hija.

—¿No le vas a decir que se vaya lejos del pueblo? También tiene una hija.

—Olivia, es muy complicado.

De nuevo, en su mente resonó la frase que Claudia no paraba de repetirle: «Protege a tu hija». Y aunque quiso alejarla de sus pensamientos, esa vez no pudo. Miró a Olivia fijamente y recordó todos los momentos en los que Claudia se refería a ella. Jamás usó el término hija para mencionarla, siempre utilizaba expresiones como «La niña ya está durmiendo», «Hoy llevo yo a la niña al colegio», «¿La niña te ha dicho qué quiere hacer en la fiesta de cumpleaños?». Además, solo la llamaba Olivia cuando se enfadaba con ella.

Aunque le disgustaba rememorarlo, evocó el instante en el que sus brazos la sujetaban tendida en el asfalto. No deseaba hacerlo, sin embargo, tenía que hacerlo. Tenía que recordar.

La sangre cubría su rostro y él trataba de apartársela antes de que alcanzara sus ojos verdes y ella no pudiera ver la claridad del día. Quería evitar que se sumergiera en una oscuridad de la que no lograra salir, desde la que no podría ayudarla. Sus labios temblorosos se movían buscando la posición adecuada en la que poder hablar sin sufrir demasiado. Él le aconsejó que no dijera nada, que ahorrara energías, pero ella insistió. Hizo un último esfuerzo y entonces le susurró:

—Cuida de la niña.

Se llevó la mano al pecho, conmovido por ese recuerdo tan ingrato, y entreabrió los ojos con alivio pero también con otro pesar. Claudia nunca pronunció la frase «Protege a tu hija» porque ella jamás diría algo así para referirse a su pequeña. Jamás. Una ola de pánico lo invadió y comprendió que ese mensaje, proviniera de donde proviniese, no estaba relacionado con Olivia, sino con Idaira. De alguna manera imposible de descifrar, su difunta mujer conocía la existencia de la joven y le repetía una y otra vez que tenía que salvarla. En ese momento, no iba a cuestionarse la existencia del

más allá, porque lo único que le importaba era que Idaira se encontraba en peligro.

Estremecido por la forma en la que había recibido el mensaje, tragó saliva con lágrimas en los ojos y se dirigió a la niña:

—Olivia, dile a Toño que vuelva a meter las maletas. No nos vamos. Regresamos a casa.

Capítulo 18
MI HIJA



Desde el cuarto de aperos, Martín oyó cómo un vehículo se detenía frente a la casa. Desconcertado, arrugó la frente, pues no esperaba visita. Les lanzó un silbido a sus trabajadores para llamar su atención y con un gesto de la mano los advirtió de que se ausentaría un minuto y que continuaran con sus labores. Después, dejó la azada a un lado, se sacudió las manos y se dirigió a la puerta principal. Aguardaba a que de un momento a otro sonara el timbre.

No tardó en hacerlo. Sin embargo, el viejo no aligeró sus pasos, sino que prefirió continuar con la calma con la que sus piernas se sentían cómodas y, así, que el inesperado visitante contara los segundos antes de que le abrieran.

Cuando lo hizo, dio un respingo y no pudo evitar esbozar una leve sonrisa. Olivia se abrazó a él como si hubiera transcurrido una eternidad desde la última vez que lo había visto, y ese achuchón

sincero consiguió desarmarlo. Después, miró a su hijo de arriba abajo, quien continuaba con una mueca tonta pegada a la cara.

—¿Qué ha pasado? ¿Han perdido el ferry? —les preguntó Martín con un acento canario más marcado de lo habitual.

—No, papá ha cambiado de opinión —se apresuró a responderle la niña.

El viejo escudriñó en los ojos rasgados de su hijo y no logró descubrir nada relevante que lo pusiera en antecedentes sobre el motivo de su vuelta.

—¿Vas a dejarnos entrar en la casa, o tengo que buscar un hotel?

—Ni de broma permitiré que mi hijo y mi nieta se queden en esas conejeras para guiris mientras yo viva en esta casa —le contestó al tiempo que se retiraba de la puerta y los invitaba a pasar.

Olivia dejó la maleta en mitad del pasillo y corrió hacia la puerta trasera para dirigirse a la finca y saludar a Airam. Lo llamó a voces y Yeray escuchó los ladridos de felicidad de Toby dándoles la bienvenida. Imaginó que su hermano dejaría lo que estaba haciendo y recibiría a su sobrina con una alegría desbordante, incluso no descartaría que derramase alguna que otra lagrimilla. Después de todo, Airam era un sentimental.

—¿Vas a contarme lo que ha ocurrido? —le preguntó su padre preocupado.

—Con pelos y señales.

Yeray forzó una sonrisa amplia. Después de soltar el equipaje al lado del de su hija, se encaminó hacia las plataneras. No quería perderse la cara de asombro y de regocijo de su hermano en cuanto los viera de nuevo en la casa, pese a que le debía una disculpa y puede que una explicación más honesta. De momento, ese tema no le preocupaba. Había otros más urgentes que resolver, y estaba convencido de que las paces con Airam casi estaban hechas desde que puso un pie en la finca.

Su hermano estaba feliz de ver a Olivia. La había cogido en volandas y daba vueltas con ella, perdiendo el eje como en un tiovivo desbocado. Con las manos en los bolsillos, fue partícipe de su entusiasmo, hasta que su hermano corrió hacia él y quiso repetir la misma hazaña. Aunque Yeray pesaba más que la niña, Airam logró levantarlo y darle un par de giros.

—Vale, ya, que vamos a caernos.

Su hermano lo depositó en el suelo, le agarró ambos cachetes y le estampó un beso cerca de los labios que él se precipitó a secarse.

—¡Estoy muy co-contento!

Yeray escuchó las risas de Martín desde la puerta, y por primera vez desde hacía meses se sintió parte de algo. No sabría decir si de una familia, ya que le parecía demasiado pronto para dictaminar si la relación con su padre se había limado del todo, pese a que el recibimiento fue mejor del esperado y eso lo insufló de esperanza. Poco a poco, Martín le había regalado momentos desprovistos de asperezas y cargados de una complicidad que jamás había gozado con el viejo. Por eso creyó que era el momento de darle una oportunidad y se llenó de confianza. Después, su mueca mudó a una más prudente en cuanto divisó a Idaira detrás del rolo de una platanera.

Lo espiaba. La joven le dedicó una mirada recelosa y él quiso saludarla alzando ligeramente la barbilla. Ella no se inmutó. Continuó observándolo con sus ojos desafiantes, para segundos después continuar con el trabajo.

—Dale tiempo. Necesita digerir la información —le escuchó decir a su padre.

Sin embargo, no tenía tiempo, o por lo menos no estaba seguro de los días con los que contaba para llevar a cabo su plan. Tenía que sacar a Idaira del pueblo y alejarla del Valle con una excusa que todavía no había inventado, ya que antes debería ganarse su confianza.

Los reunió a todos en el comedor sobre mediodía, después de que su padre les diera el día libre a sus empleados. Aunque le habría gustado que Julia, Pedro y la mismísima Idaira hubieran sido partícipes de su charla, debía admitir que en el pueblo no estaban preparados para escuchar lo que tenía que decir. Incluso dudaba de la reacción de Martín, siempre tan insospechada como tajante.

—Bien, no voy a escatimar en detalles ni condicionaros con mi opinión. Ahora, lo importante son los hechos.

Yeray depositó sobre la mesa la carpeta donde había guardado toda la información que había reunido en internet, además de los dibujos de Mateo.

No comenzó desde el principio, sino narrando la noche en la que fue secuestrado por la criatura y en la que un montón de imágenes desfilaron por su mente. No entró a valorarlas, solo a describirlas y a transmitirles la sensación de angustia en la que se vio envuelto. También cómo había pronunciado la palabra «marcados» e insistido en que era demasiado tarde para ellos, aunque seguía sin

comprender a lo que se refería. Les contó cómo había visto a Claudia en una de ellas y les confirmó que no era la primera vez que lo hacía.

No le quitó el ojo de encima a Olivia, quien se entristeció en cuanto nombró a su madre, y por eso quiso reiterarle que Claudia, estuviera donde estuviese, seguía preocupándose por ellos, velando por ellos y que no tenía motivos para sentir miedo.

A continuación, les enumeró las ciudades donde habían avistado al hombre polilla y lo que había sucedido después de los numerosos encuentros con lugareños en la zona. Nombró Chernóbil, las Torres Gemelas, el terremoto de Chile y la trágica caída de un puente en el estado de Virginia, en Estados Unidos.

Se humedeció los labios y comprobó que tanto Airam como su hija lo miraban con gran expectación sentados en las sillas del comedor. En cambio, su padre continuaba con los brazos cruzados, apoyado en la pared y mostrando un semblante severo, demasiado rígido para que dictara un veredicto favorable a su juicio. Porque de eso se trataba: valorar si lo que él estaba contándoles era una realidad que tendrían que asumir o una auténtica patraña.

Procuró no distraerse con la actitud de su padre y luego les entregó uno de los tantos dibujos que había realizado Mateo a cada uno. Martín lo aceptó con cierto remilgo y ahí fue cuando comenzó a narrar todo lo acontecido en el pueblo en las últimas semanas: la historia de Dulce, la de Reyes, la de Alfredo, a quien Mateo iba a visitar cada vez que tenía un encuentro con ese ente... No se dejó atrás las luces en el cielo y les mostró el artículo del periódico en el que las mencionaban y se cuestionaban su origen.

—En todas las ciudades que he nombrado antes, aparecieron esas misteriosas luces alumbrando la noche. Además, ocurrieron ciertos fenómenos considerados como paranormales —dijo, añadiendo un tono de intriga en su voz.

—¿Te refieres a las llamadas que el pueblo ha recibido? —Martín lanzó el dibujo sobre la mesa.

—Tú estabas conmigo, padre. Las escuchaste sonar por todo el Valle, como yo. Además, no somos los únicos que hemos sido acosados con esas llamadas. Diana es una de las afectadas, y ya viste que tampoco Dailos se libra de ellas.

Se produjo un silencio que nadie quiso romper. Si esas llamadas no las hacía un ser humano de carne y hueso, ¿quién entonces?, ¿y qué pretendían?

Olivia le dio la mano a su tío, quien parecía el más excitado.

—¿Y quién nos lla-llama? —le preguntó Airam temeroso.

—¿Quién crees tú que lo hace? —le respondió, entrecerrando los ojos y mirándolo fijamente.

Airam se encogió de hombros y observó a su padre para obtener su aprobación antes de escupir su opinión. El viejo asintió con un leve movimiento de barbilla, pese a que su recelo iba en aumento.

—Algunas veces d-d-dice qu-que es Mateo. —Escuchó carraspear a Martín—. Pero yo no-no lo sé. P-p-padre dice qu-que no puede ser po-porque está m-m-muerto.

El viejo soltó un bufido y, atónito, acribilló a Yeray con sus ojos pardos.

—¿Estás sugiriendo que Mateo quiere advertirnos desde la tumba? —El viejo abandonó la pared y se sentó en una de las sillas libres—. ¿Ya no hablamos de un monstruo, sino de fantasmas?

Yeray apoyó ambas manos en la mesa y apuntó con la mirada directamente al rostro de su padre, manteniendo los brazos en tensión.

—Le rogó a Diana que dejara la casa —afirmó, sin que le temblara una ceja—. Ella pensaba que se trataba de una broma y no comprendía quién estaba gastándosela. Además de estar enterrado, Mateo jamás le pediría tal cosa. Y a mí me ha costado entenderlo hasta hace unas horas. —Hizo una pausa en la que obtuvo la atención de los presentes—. Claudia también me ha hablado.

—¿Mamá te ha hablado? ¿Y qué te ha dicho? —Visiblemente nerviosa, la niña apretó la mano de Airam.

Yeray la observó de reojo, pues su intención no era asustarla, solo hacerla partícipe de los acontecimientos que estaban sucediendo en el pueblo, tal y como ella le había demandado. Además, si algo iba a ocurrir, era mejor que estuviera informada, así tomaría las decisiones más adecuadas.

—Que protegiera a mi hija —soltó por fin, bajando la cabeza.

—Por eso querías irte de la isla —masculló Martín—. Estabas intentando salvarla de esa supuesta catástrofe que está por venir.

Yeray asintió repetidas veces y señaló los folios esparcidos por toda la mesa. Allí estaba todo: artículos, fotos, testimonios... Puede que el hombre polilla fuera una criatura folclórica, pero para muchos de los habitantes de esos pueblos o ciudades había sido real.

—Algo va a ocurrir, algo que se escapa a nuestra comprensión, y necesito que me creas.

Analizó los ojos hundidos de su padre, tan opacos, tan inclinados a abrazar lo tangible que se desesperó mientras aguardaba una respuesta.

—Yo te cre-creo —aseveró Airam con firmeza.

—Y yo —le dijo Olivia al tiempo que alzaba el dedo pulgar en señal de apoyo.

—¿Padre? —Fue su último intento para descubrir lo que en realidad pensaba de todo ese asunto.

Martín cogió una bocanada de aire y la soltó sin hacer ruido. Luego frunció los labios, miró a Airam, a Olivia y por fin se detuvo para contemplarlo a él.

—No me gustan las teorías paranoicas, como tampoco creo en fantasmas o en bichos legendarios —lo informó con tono grave—. Pero has vuelto. Por primera vez en tu puñetera vida, no te has visto primero el ombligo, sino que has pensado en todos nosotros, y eso me hace suponer que tú crees en todos estos cuentos chinos lo suficiente para perder el dinero que invertiste en el ferry y en el avión. —Tamborileó sobre la madera un ritmo primitivo con los dedos y esbozó media sonrisa—. ¡Has vuelto! Así que voy a estar contigo, hijo. Como has dicho, yo también he visto a esa criatura. No sé qué es o quién es, pero en solo unas semanas ya ha sembrado la desgracia en el Valle.

—Gracias —le dijo Yeray, visiblemente emocionado. Miró hacia el techo y presionó los labios con fuerza—. No sabes lo que significa para mí tu apoyo.

—Ahora vas a tener que decirnos cómo podemos ayudarte —le recomendó el viejo, quitándole hierro al asunto.

Se frotó una sien y asintió con una mueca satisfecha.

—Sí, claro —afirmó, volviendo a la realidad—. Tenemos que mantener los ojos y los oídos bien abiertos. Si conocemos a algún vecino que haya sufrido la visita de un intruso, vamos a interrogarlo. Si escuchamos a alguien decir que ha recibido una llamada extraña, le preguntaremos. Tenemos que dejar constancia de las propiedades en las que ha irrumpido nuestro hombre pájaro y anotarlas todas. Puede que encontremos un patrón o alguna pista que nos lleve a descubrir qué trama esa criatura.

Olivia levantó la mano y, ansiosa, esperó el permiso para que la dejaran hablar.

—Dime —la alentó Yeray.

—¿No decías que lo llamaban el hombre polilla o el hombre búho? —le preguntó la niña.

—Para nosotros será el hombre pájaro —afirmó convencido—. Mateo creyó al principio que perseguía a un cernícalo gigante, hasta que se topó con la criatura. En honor a él, y a sus dibujos, lo llamaremos hombre pájaro, y cernícalo será nuestra palabra clave. Si estamos delante de otras personas y tenemos algo importante que comunicar, decid cernícalo. ¿Alguna otra pregunta más?

—Estoy m-m-muy emocionado —intervino Airam—. Tenemos una m-m-misión de verdad.

—Somos el equipo Darias —añadió la pequeña mientras chocaban sus puños—. Ahora vamos a nuestro cuartel general y recuperemos nuestros sombreros de platino.

Los dos se levantaron y se encaminaron a la puerta de atrás. En cambio, Martín permaneció con la cabeza gacha y las manos entrelazadas. Jugaba con los dedos de manera nerviosa. Luego sacó un palillo del bolsillo de su camisa y se lo introdujo en la boca.

—Y ahora vas a contarme la verdad y decirme por qué has vuelto. —Yeray dio un respingo y observó a su padre, quien lo miraba de soslayo—. No soy tonto, hijo. Y eso creo que lo sabes. A este viejo no se le escapa nada. Sé que he dicho lo que he dicho y que agradezco que hayas regresado, pero tenías la oportunidad de poner a salvo a tu hija, largarte de la isla y no volver nunca más. —Hizo una pausa en la que su memoria viajó al pasado y negó levemente con la cabeza—. Sé, como padre que soy, que a veces tenemos que hacer cosas por los hijos que contravienen nuestra manera de pensar y de ver la vida. ¿Por qué has vuelto? —le preguntó, mirándolo directamente a los ojos—. Y no me digas que querías proteger a Airam de lo que se nos viene encima.

Yeray titubeó unos segundos. No podía mentirle a Martín sobre algo tan importante como la vida de Idaira, pues no se lo perdonaría jamás. No le importaba si se creía toda la historia o le daba crédito únicamente a las partes que más le convenían. Sin embargo, era consciente del lazo estrecho que existía entre Martín y la joven, y se merecía saberlo. Avanzó hacia su padre y se sentó en una silla cercana a la de él.

—Claudia no hablaba de Olivia cuando me rogó que la protegiera. —Se tomó unos segundos para coger impulso y poder pronunciar la siguiente frase ante el desconcierto del hombre—: Estaba refiriéndose a Idaira.

El viejo entornó los párpados, envuelto en un aire pesaroso, y apoyó los hombros en el respaldo de la silla. Se hundió en ella, sin fuerzas para seguir luchando y mantenerse a flote. Se había mostrado enérgico durante la reunión improvisada que había organizado su hijo en cuestión de minutos. Pero la vida le pesaba demasiado. E ignoraba si contaba con las fuerzas suficientes para enfrentarse al mal que se avecinaba y del que tan seguro estaba Yeray. Porque él prefería que todo ese asunto sobre el hombre pájaro fuera una patraña, pero había presenciado hechos extraños y que carecían de lógica. Y aunque su mente le decía que su hijo estaba exagerando, su corazón le gritaba que lo escuchara.

—Pase lo que pase, saldremos de esta, padre —quiso consolarlo Yeray.

Le dio unas cuantas palmaditas en la espalda y el viejo no tuvo más remedio que asentir, aunque sus ánimos no eran los más optimistas. No era hora del consuelo. Era hora de guerrear. Y su corazón no estaba para sufrir más sobresaltos.

—Ahora tengo que hacer una llamada. —Yeray observó el rostro acongojado de su padre y supo que estaba más afectado de lo que él habría esperado. Martín siempre había sido una persona fuerte, con carácter, y recordó que únicamente lo había visto abatido en el funeral de su madre—. ¿Crees que estarás bien? ¿Quieres que te traiga un vaso de agua? —El viejo negó con la cabeza—. De acuerdo, vuelvo en un momento.

Se dirigió a la cocina y desde allí telefoneó a Reyes. Le debía una explicación y una disculpa después de lo ocurrido en su casa. Debió haberle contado que él ya había visto al hombre pájaro, y aunque no tenía la certeza, había encontrado imágenes en la web de alguien similar.

—¿Reyes? No tengo mucho tiempo. Solo quería decirte que Pablo tenía razón: esa criatura no es humana. No hay nadie debajo de ningún disfraz. —Escuchó el grito ahogado de la mujer y supo que se había tapado la boca para disimularlo—. Presta atención. Si tienes la posibilidad de irte a algún sitio, coge a tus hijos y vete del Valle. No importa adónde, solo vete lo más lejos de aquí. No sé qué, pero algo malo va a ocurrir.

Ella no cuestionó sus palabras. Suspiró repetidas veces y Yeray percibió que el miedo se apoderaba de su voz cuando le preguntó temerosa:

—¿Y tú qué vas a hacer?

—No puedo dejar a mi familia aquí —le confesó, con el alma encogida—. Dile a Pablo que lo siento, que debería haber sido más honesto, pero todavía ni yo mismo me lo creo del todo.

—Gracias por contármelo y mucha suerte.

Pulsó el icono rojo del móvil y permaneció unos minutos más en la cocina oteando el horizonte a través de la ventana. ¿Por qué era todo tan complicado? ¿Por qué no podía reunir a todos los habitantes del Valle en un salón y contarles lo que estaba ocurriendo? Mostró una mueca de consternación. Era evidente: si él fuera uno de los asistentes a esa reunión, no creería ni la mitad de lo que un loco que llevaba años viviendo en Madrid les contara sobre criaturas legendarias y fenómenos paranormales. Se largaría del salón echando pestes y exigiendo que lo encerraran en un psiquiátrico.

¡Por Dios! Ni él mismo era consciente de lo que estaba haciendo.

Regresó al salón y cayó en la cuenta de que su padre continuaba en la misma silla y con la mirada perdida. Avanzó muy despacio hacia él. Con las manos en los bolsillos, lo miró fijamente, a la espera de una reacción que se demoraba en el tiempo.

Finalmente, tuvo que intervenir él:

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, sí. No te preocupes por mí. —Se retiró el palillo de la boca y jugó con él pasándoselo de un dedo a otro—. He construido toda mi vida en este valle. Entregué mi alma a esas plataneras y a esos papayos. Entiéndeme, no hice un pacto con el demonio, pero le prometí a mi padre que daría mi vida por ellos, por el legado familiar. Ahora pienso que les dediqué todo mi tiempo, mi dinero y mi salud, sin darme cuenta de que no cuidaba de ustedes lo suficiente. ¡Claro! Estaba tu madre. Y ella estaba más involucrada en la educación, en guiarlos por un camino en el que pudieran convertirse en grandes hombres y mujeres. Mi misión fue siempre protegerlos, pero siempre estuve más preocupado de que tuvieran un plato de comida en la mesa que de lo que pasaba por tu cabeza o la de Yaiza. Con Airam fue más fácil. Sabía que se quedaría con nosotros toda su vida y me empeciné en enseñarle los trucos necesarios, como hizo mi padre conmigo, para que supiera llevar las plataneras él solito algún día.

—Has hecho lo que has podido.

Martín resopló, luego se encogió de hombros y estiró una de las comisuras de sus labios.

—Pero no ha sido suficiente. Tendría que haber desobedecido a tu madre y haber hecho esa llamada. Merecías saber que tenías una hija. —Apretó los labios al tiempo que examinaba su rostro. No obstante, Yeray permanecía impasible, sin decir una palabra—. No sé lo que habría conseguido con eso, pero al menos tendría mi alma en paz. Y puede que ahora Idaira no se encontrara en peligro. Ni ella ni todos nosotros.

Por fin, Yeray soltó un suspiro sonoro y colocó ambas manos a la altura de la cintura.

—Padre, ese ser no es divino. No viene a juzgarnos por nuestros pecados.

—¿Y cómo lo sabes? Es el ángel de la muerte y viene a condenarnos a todos. Por eso nos espía. Sabe que hemos hecho las cosas muy mal. Sabe que te exigí demasiado, que no supe manejar el asunto de Airam.

Yeray se acuclilló frente a él con semblante piadoso.

—Sabe que cuidaste de mamá hasta el final, que casi moriste con ella, que también lograste que Yaiza estudiara lo que quisiera y por eso es feliz con su familia en San Sebastián. ¿Por qué no te vas con ella hasta que todo esto pase? —le sugirió, sintiéndose responsable de todos los males de su padre.

Martín se enderezó en la silla y entrecerró los ojos.

—¿Por qué no ha venido a verte desde que estás aquí?

—No lo sé. Yo tampoco he ido a San Sebastián —le respondió con una excusa tonta.

—Yo te lo diré. Tu hermana te culpa porque no estuviste con tu madre en los últimos meses. Preguntaba por ti cada día. Pese a que Yaiza y Airam estaban con ella, solo decía tu nombre. Te culpa de su sufrimiento porque yo también te culpé —le confesó arrepentido—. Me escuchaba quejarme, insultarte, y a veces me enfadaba con ella porque era la que estaba. Yaiza pagaba los platos rotos de todos.

Yeray tragó saliva y desvió la mirada hacia el suelo.

—No vale la pena estar removiendo el pasado —le aseguró afectado—. Tenemos que centrarnos en el presente. Estar juntos.

—Lo sé, y lo siento, hijo. Lo siento mucho. —Enterró el rostro entre sus manos y lloró con una angustia que nunca supuso que existiera dentro de su padre.

Yeray lo atrajo hacia su cuerpo y lo abrazó. No podía hacer nada más sino acompañar su llanto, aunque este le despertara sentimientos contradictorios, sentimientos que ni él mismo estaba

preparado para manejar. No era solo la pena por contemplar a Martín de esa manera, pues esa congoja se mezclaba con la felicidad porque se había sincerado, con la frustración por no haberlo hecho antes y con la rabia por sentirse maltratado muchos años.

Él tampoco lo había hecho bien. No había sido un buen hijo. Su impulsividad lo había llevado a generar situaciones de las que no pudo salir, como la pelea con Dailos. Sin embargo, la carga que más soportaba sobre sus hombros era no haber estado con su madre cuando más lo necesitaba, inventarse excusas simplistas, pues en realidad tenía miedo de regresar a casa y no saber a qué se enfrentaba.

—Yo también lo siento, papá.

Tres horas más tarde y después de una comida copiosa, Yeray caminaba meditabundo hacia la casa de Diana. Su padre había insistido en acompañarlo, pero él había rechazado su oferta, ya que no se encontraba con fuerzas para enfrentarse a otra conversación delicada. Decía que su presencia suavizaría la ira de Idaira y que él podría ayudarlo a convencerla de que lo mejor era sacarla del pueblo cuanto antes.

Yeray no dudaba de sus intenciones. Probablemente, Martín tenía razón: la joven escucharía más al viejo que a él. Sin embargo, prefirió que descansara después de su atípico arrebato de honestidad y lo excusó argumentando que tanto Airam como Olivia necesitaban alguien que los cuidara. No quería que esos dos imprudentes se adentraran en algún barranco en busca de la criatura con sus gorras de platino.

Se dejó llevar por la leve brisa que le azotaba las mejillas e impedía que enrojecieran. Desvió la mirada a la derecha y posó sus rasgados ojos en el océano Atlántico. Lo encontró sereno, radiante y cautivador; todo lo contrario al torbellino que borboteaba en su interior. Estaba descentrado, apático, y no había repasado en su cabeza el discurso de reconciliación con el que tendría que ganarse su confianza. Para él, era indispensable que ambas lo creyeran, pero tenía que admitir que la excitación que lo había devuelto a casa de su padre se había desinflado.

Demasiados sobresaltos. Demasiadas verdades.

Llegó a la casa y tocó el timbre sin pensárselo dos veces. Diana debió hacer lo mismo, porque le abrió la puerta sin apenas mirarlo, se dio la vuelta y comenzó a desandar el pasillo. Iba descalza y con

un vestido ligero abierto por la espalda, donde no se apreciaban las tiras del sujetador.

—Pensaba que a estas alturas ya te encontrarías sobrevolando el Atlántico —le dijo con sorna.

—He cambiado de idea. —Entró en la casa, cerró la puerta y la siguió por el corredor.

Diana se repantingó en uno de los sofás de color crema que decoraban la sala, cogió un cigarro de la cajetilla que tenía sobre la mesa de cristal y lo encendió.

—No me mires así. Ya no tengo que rendirles cuentas ni a mi padre ni a mi hermano. Fumar consigue matar mis nervios.

Yeray tomó asiento frente a ella y se encogió de hombros.

—No creo que sea un buen ejemplo para Idaira.

Ella le dedicó una mueca divertida y luego se echó a reír.

—¿También la has visto fumar? —le preguntó con sarcasmo.

—No. ¿La has visto tú?

Diana depositó los pies descalzos en el suelo e inclinó el torso hacia delante.

—No lo sé. No me habla. Entra, coge lo necesario y vuelve a marcharse.

—¿Y tú no le dices nada?

Volvió a acomodarse en el sillón, recogió las piernas y descansó la cabeza en el sofá mientras le daba una nueva calada al cigarrillo.

—¿Para qué has venido? —le hizo la pregunta con los ojos bien abiertos, esperando una respuesta que pudiera sorprenderla—. No creo que sea para comprobar si hago bien el papel de madre. No tienes derecho a eso.

—Ya me lo has dejado bastante claro.

—¡Por Dios, Yeray! Vas a conseguir que me suba por las paredes. —Soltó el humo por la boca de forma lenta, relajándose al observar la dirección que tomaba sin remordimientos por si ensuciaba la tapicería del sofá.

—Aunque no lo creas, he venido a disculparme. Ayer no me expliqué del todo bien y me puse algo histérico.

—¿Algo? Afirmaste que mi padre estuvo persiguiendo a un monstruo y que se suicidó porque le hizo ver algo que no pudo soportar, que tú fuiste secuestrado por el mismo bicho y que de repente te salvó Claudia —le soltó de carrerilla—. ¿Tú te has escuchado? No creo que estés bien. Todavía estás intentando

superar el duelo por tu mujer. Lo sé porque vi los mismos síntomas en mi padre.

—Estoy bien. Y no, no fue exactamente lo que dije.

—Antes estabas convencido de que se trataba de una persona real que se disfrazaba y asustaba a la gente del pueblo. ¿Cuándo cambiaste de opinión?

Yeray inclinó el torso hacia delante para apreciar mejor la respuesta de sus pupilas antes que la de su boca.

—Lo vi, Diana —aseveró con firmeza—. Con mis propios ojos. Y de verdad necesito que me creas.

Ella lanzó un resoplido cargado de hartazgo.

—No sé por qué te he dejado entrar. ¡Soy una idiota! Creí que querías hablar de la situación de Idaira.

—¡Y quiero!

—¡Pues no lo parece!

Ambos se dejaron envolver por un silencio hiriente en el que ninguno se atrevía a ser sincero con sus sentimientos. Yeray necesitaba abrazarla, confesarle que estaría a su lado cuando lo necesitara. Herida, Diana quería sentirse amada, protegida por alguien que la deseara de verdad, pero dudaba de si Yeray podría ser esa persona. Claudia estaba todavía presente en sus pensamientos y temía convertirse en la sombra de una difunta.

Yeray entornó los párpados y se dejó llevar por los latidos de su corazón.

—Estoy preocupado por ella y por lo que pueda pasarle —musitó con una franqueza aplastante.

—Yo también. Tengo la sensación de que estoy perdiéndola —le confesó Diana—. Ya la había perdido antes, pero desde que sabe que tú eres su padre, la situación ha empeorado.

—Es normal. —Resignado, suspiró—. Está cabreada y siente que los dos la hemos engañado durante mucho tiempo. Le dijiste que su padre había muerto, y de repente aparezco yo. ¿Cómo crees que se siente? Traicionada. No confía en ningún adulto porque todos le hemos fallado. Incluso su padrastro resultó ser alguien despreciable.

Diana desvió la mirada hacia la ventana en busca de un rayo de luz que quisiera arroparla.

—Hablaba mucho con Mateo. Su muerte le ha pasado una gran factura —le reveló—. Aunque no lo creas, estaba muy unida a él.

—¿Y quién le queda?

—Tu padre —afirmó con la voz quebrada—. Pero también desconfía de él porque no fue capaz de confesarle que era su abuelo.

Yeray volvió a suspirar, esta vez con una sensación de alivio. Si todavía existía alguien a quien ella podría escuchar, no todo estaba perdido. Aun así, antes de recurrir a Martín, quería intentarlo él, hablarle con la mano en el corazón y expresarle lo que de verdad sentía.

—Déjame que hable con ella. Déjame, por favor —le suplicó.

—Te odia.

—Lo sé, pero tengo que intentarlo. Es mi hija. —Diana asintió y apagó el cigarrillo en el cenicero de la mesita—. Tengo que salvarla. Tienes que confiar en mí.

Diana escudriñó sus ojos del color del cacao más puro y supo que le ocultaba algo. Sin embargo, no quiso ahondar en esa historia. Estaba desesperada, hundida en un pozo del que ignoraba cómo salir, y el único que se había ofrecido a lanzarle una cuerda era él. Su verdadero padre. Asintió con levedad repetidas veces y esbozó una mueca que albergaba optimismo.

Yeray se levantó, se aproximó a ella y le dio un beso sentido en una de las mejillas. Entonces, Diana le sujetó la cara con una mano y lo atrajo de nuevo hacia ella para que ese beso no se desvaneciera tan rápido. Guio su boca para que se estrellara contra sus labios y con la otra mano lo rodeó por el cuello.

Lo besó con ansias, con esperanza. Bebió de su optimismo y quiso que todo su cuerpo se impregnara de su aliento. No quería pensar en el después, solo en el ahora. Y ahora deseaba que Yeray fuera únicamente suyo.

Yeray regresó a casa envuelto en una marea de contradicciones, con un regusto a victoria en el paladar y un martilleo incesante en una de las sienes que le repetía que no había conseguido lo que quería. Pero lo había hecho. De manera sorpresiva, se había acercado a Diana. Había disfrutado de ella con unas ganas joviales que lo habían hecho olvidar por un momento todos los pesares que soportaba su alma.

Sí, se encontraba más aliviado y, de alguna forma, esperanzado. Diana lo escucharía llegado el momento, sobre todo si la conversación con Idaira no resultaba ser un desastre.

Abrió la puerta principal y se dirigió a la cocina, donde todos ya estaban sentados, e intercambió una mirada de complicidad con Martín. No sabía muy bien qué decirle al viejo más que su nieta no se encontraba en la casa y que la charla con Diana había ido bien, pese a que no le había desvelado nada que tuviera que ver con el hombre pájaro. No obstante, él se sentía pletórico.

Después de la cena, le pidió a su padre que fuera a acostarse, que se encargaría de la vigilancia de la noche por si esa criatura decidía darse una vuelta por allí. Martín estaba exhausto, así que no quiso discutir sobre su oferta y, tras darle las buenas noches a Olivia, cogió una manta y se fue al salón. Allí estuvo viendo la televisión hasta altas horas de la madrugada y hasta que el cansancio lo venció.

Esa noche, el hombre pájaro no apareció. Y, en cierto modo, Yeray se sintió aliviado.

Capítulo 19
EL DÍA D



Se despertó en cuanto oyó voces en la casa, y supo que era demasiado temprano para que su cuerpo reaccionara y se pusiera en marcha. Levantó la cabeza y, después de corroborar que provenían de la cocina, se cubrió de nuevo con la manta.

Le duró poco el descanso, pues Airam irrumpió en el salón con una taza de leche en la mano y, en la otra, una libreta pequeña y un bolígrafo. No tardó en unirse a la fiesta Olivia, quien además portaba un paquete de galletas de chocolate.

Yeray retiró los pies para que la pequeña se sentara y pronto terminó encogido y con la manta enrollada entre los muslos.

—¿Qué vais a hacer?

—Padre me ha dado el día li-libre —le anunció Airam pletórico.

—Vamos a ver las noticias y a elaborar una lista con las posibles desgracias que puedan ocurrir en las islas Canarias —comenzó a

explicarle la niña—. Buscaremos señales, alertas... Cuanto más extrañas, mejor.

Yeray reparó en que ambos llevaban puestos unos nuevos gorros de platino en forma de cucurucho y arrugó la nariz, extrañado.

—Me das miedo cuando hablas así. Pareces una detective experta —le dijo—. Pero me parece una idea excelente.

—¿Tú qu-qué vas a hacer?

—Voy a intentar dormir un poquito más. —Recogió la manta, se levantó y enfiló sus pasos hacia las escaleras, no sin antes robarle un par de galletas a su hija—. Y Olivia, baja el volumen de la tele, o me estallarán los oídos.

Llegó al dormitorio arrastrando la manta y se esforzó en colocar bien las cortinas para que la claridad del día no impactara contra sus párpados. Le costaba mucho conciliar el sueño si no se encontraba inmerso en una oscuridad absoluta, y esa mañana no fue diferente al resto.

Se revolvió en la cama la primera hora, pues no conseguía la postura adecuada para que sus ojos se cerraran del todo. En la segunda, se dedicó a contar ovejas y a pintarlas de colores para intentar que su imaginación se cansara. Vencido, en la tercera, bostezó un par de veces, se desperezó y fue directo al armario para vestirse con ropa cómoda y ligera mientras pensaba que un buen *brunch* lo devolvería a la rutina cotidiana, pese a que una amenaza seria se cernía sobre sus cabezas.

Bajó las escaleras, pero antes de internarse en la cocina regresó al salón, donde atisbó los dos cucuruchos platinos asomar desde el sofá sospechosamente inmóviles. Se aproximó a ellos por detrás y descubrió que estaban ensimismados, atendiendo a cualquier noticia importante que diera el Canal 24 horas, incluso se percató de que había algunas anotaciones en la libreta.

—¿Cómo va por aquí la investigación? —les preguntó con semblante serio.

—Bien. Entre todo lo que hemos recogido, podemos destacar los siguientes puntos —le respondió Olivia, señalando con el bolígrafo los apuntes—. La guerra de Israel se extiende...

—Demasiado lejos —la interrumpió él.

—Una fábrica ha explosionado en Inglaterra y hay una nube tóxica —continuó, poniendo énfasis en la palabra «tóxica».

—Demasiado lejos.

—También han declarado la alerta por altas temperaturas en las islas y no podemos ir a los montes. Y hay un cinco por ciento de posibilidades de que un huracán de categoría uno impacte en las islas. Aunque también han dicho que por la trayectoria puede que pase de nosotros y se vaya a las Azores.

Yeray meditó sobre eso último unos segundos.

—Un cinco por ciento es muy bajo. Probablemente, soplará algo el viento pero nada más. Aunque un posible incendio... Eso no sería tan descabellado.

Recordó entonces el incendio que asoló la isla de La Gomera en el año 1984. Él no había nacido, pero todavía se escuchaban los ecos de aquella tragedia. Pese a que solo ardieron novecientas hectáreas, se convirtió en la mayor tragedia humana en un incendio forestal en el país, ya que perdieron la vida veinte personas. El fuego se inició en la Dehesa del Manco, en el caserío de La Laja, en San Sebastián de La Gomera. Aquel pequeño conato ni siquiera despertó a los vecinos, aunque se extendió dos horas después a la cumbre y saltó hacia el otro lado de la carretera. Se organizaron grupos de voluntarios al día siguiente, y cuando se creía que estaba dominado, un cambio del viento levantó las llamas desde el fondo del barranco y una bola de fuego emergió con tal virulencia que arrasó el asfalto donde se encontraban varios vehículos. Entre los fallecidos encontraron a Paco Afonso, quien había llegado a la isla para supervisar las labores de extinción. Tenía treinta y seis años y había ocupado su cargo de gobernador civil hacía solo cuarenta y cuatro días. Varios días después, murió el presidente del Cabildo tras no superar las cruentas quemaduras de su cuerpo.

—Luego queremos ir a la c-c-casa de algunos v-v-vecinos y preguntar si han visto algo extraño —lo informó Airam, como un buen soldado.

—Me parece bien.

Los dejó continuar con su misión. Prefería que se mantuvieran entretenidos de esa manera y no que se dedicaran a perseguir al hombre pájaro. La idea de imaginarse a Olivia de nuevo frente a aquel ser lo horrorizaba.

Suspiró para sus adentros y se internó en la cocina, valorando la idea de un posible incendio forestal. No podía descartarlo, ya que en los años posteriores a ese suceso fatal la isla había sido amenazada por demasiados conatos y otros incendios de magnitud considerada. Además, los inviernos estaban siendo cada vez más secos y cada

verano se registraba un récord de temperatura en algunas de las islas. Bufó pesaroso, ya que, cada vez que se producía un conato, el recuerdo de aquel episodio trágico se introducía en las mentes frágiles de todos los isleños.

Decidió prepararse un bocadillo, pues el estómago le rugía, y mientras lo hacía, distinguió a Julia en la finca. Llevaba un sombrero de paja tan grande como el de un mariachi, probablemente para huir del sol; sin embargo, no pudo evitar esbozar una sonrisa al imaginarla tocar las maracas mientras daba una serenata.

Se sirvió un vaso de zumo de naranja y se sentó en una de las sillas de la cocina para saborear el bocadillo mejor. Estaba riéndose de su pensamiento ridículo cuando Idaira irrumpió en la cocina por la puerta que llevaba a la finca. Tenía el pelo recogido en una coleta alta, la cual impedía que sus cabellos le cubrieran la nuca. Sus pantalones cortos le parecieron más pequeños que nunca, y le había hecho un nudo a una camiseta morada desvaída.

La joven lo acribilló con su mirada intensa antes de abrir la nevera y servirse un vaso de agua. Comenzó a bebérselo de espaldas a él y eso lo incomodó.

—No hace falta que te lo bebas de pie —le sugirió en un tono conciliador—. Puedes sentarte y descansar un rato. Martín no te dirá nada. —Ella se dio la vuelta y lo examinó de arriba abajo con recelo. Después de titubear unos segundos, aceptó la oferta con semblante desafiante—. ¿Cómo estás? —le preguntó, sin saber muy bien cómo iniciar una conversación con ella.

—Bien —le respondió cortante.

Él se tomó un sorbo más de jugo y se mordió el labio inferior al depositar el vaso en la mesa.

—Ya que estás aquí, quería aprovechar y hablar contigo un momento, si te parece bien. —Esperó un gesto de la joven que lo animara a continuar, pero no se produjo—. Tu madre está muy preocupada por ti y no se merece cómo estás tratándola. Es buena persona.

Idaira se puso en guardia y lo miró con rabia.

—Es una mentirosa.

—No, no es verdad. Ella... quería protegerte, nada más.

—¿De quién?, ¿de ti?

Yeray emitió un largo resoplido.

—Sé que también estás enfadada conmigo, y lo entiendo. Pero tienes que comprender que yo no sabía nada. Nadie me contó que

Diana estaba embarazada. ¡Nadie!... Ella no quiso que lo supiera.

Idaira se cruzó de brazos de mala gana y le mostró una mueca repleta de desprecio.

—¿Quieres hacerte la víctima conmigo ahora? —lo desafió, estirando el cuello—. No tienes ni idea del infierno por el que he pasado. No tienes derecho a juzgarme, y menos a consolarme. Nunca has formado parte de mi vida y no vas a hacerlo ahora, por mucho que mi madre me mande recaditos a través de ti.

Yeray apretó el mentón y valoró la rebeldía de la adolescente. «Muy propia de su edad y demasiado parecida a la mía», pensó, creyendo que si el karma existía, estaba cobrándoselas todas juntas con ella.

—Tu madre no me ha pedido que hablara contigo —le recalcó—. Estoy haciéndolo porque quiero. Y sé que, por mucho que quiera imaginarme la pesadilla que ha sido tu vida, puede que ni me acerque a ello. Pero tienes que saber que la gente no lleva la vida idílica que aparenta. Todos tenemos nuestros problemas y debemos vivir con la carga que nos ha tocado.

—Y ahora me vas a hablar de tu muj... —comenzó a decirle con desdén.

—No voy a hablarte de ella porque no te conozco lo suficiente para compartir contigo mis momentos de felicidad con Claudia —la interrumpió, sin darle tiempo para que replicase—. Son míos. Y yo decido quién es digno de ellos.

Idaira desvió la mirada al techo y se revolvió en el asiento, incómoda. No le había gustado que le hablara en ese tono tan seco.

—Yo tampoco sé quién eres. Pero, por mucho que te lo repitas a ti mismo, no vas a ser mi padre. Mi padre murió, ¿lo entiendes?

—No pretendo convertirme en tu padre de la noche a la mañana. Primero, porque no tengo ni idea de cómo hacerlo ni si me apetece enderezar a una chiquilla egoísta, narcisista y demasiado orgullosa para ver el daño que le hace a los demás. No sé si estoy preparado para eso —le confesó, vaciando su corazón—. Solo estoy pidiéndote una tregua, una relación cordial.

—¡Joder, tío! Pues estás empezando fatal. —Arrastró la silla hacia atrás y se levantó molesta.

—No he terminado de hablar contigo —le dijo con tono autoritario, y automáticamente ella se dio la vuelta para abrir la puerta—. Perdona, siéntate, por favor. Te lo ruego.

Idaira se quedó anclada al pavimento un instante y luego se giró lentamente.

—Hasta el otro día estabas flirteando conmigo, y luego me entero de que te acuestas con mi madre. ¿A qué juega, señor Darias?

—Yo no he flirteado contigo —le aseguró, estirando una de las comisuras de los labios—. Eras tú la que tonteabas conmigo descaradamente para llamar mi atención. Necesitas que la gente se fije en ti. Y no es malo, pero te equivocaste de persona. Viste a alguien que llevaba viviendo en Madrid mucho tiempo y que había prosperado. Tus ganas de salir de aquí te cegaron y quisiste jugar al gato y al ratón. Pero este ratón es demasiado viejo y astuto para caer en tu trampa. —Ella frunció los labios y movió los ojos de un lado a otro buscando un punto que le sirviera de apoyo—. ¿Qué pretendías?, ¿desplumarme?

—¿Tan poco te valoras? ¿No puedes creer que simplemente te encontraba atractivo?

Yeray arrugó la nariz y luego soltó una carcajada.

—Nooo —le respondió con voz burlona.

Idaira inspiró hondo, se sentó de nuevo y golpeó con sus puños la madera de forma acompasada.

—No pretendía nada —le confesó—. Quizá divertirme un rato, salir de la monotonía del pueblo. Esto a veces se me hace pequeño.

—Pero te da miedo lanzarte a buscar algo mejor, por eso no te decides sobre lo que quieres estudiar o hacer —continuó él.

—Sé que no quiero trabajar toda la vida en las plataneras —le aseguró riendo—. Me gustaría estudiar algo que me hiciera mejorar como persona, que me hiciera sentir bien.

Yeray inclinó el torso hacia delante y le susurró:

—En eso te pareces a mí. Odio los plátanos. —Idaira sonrió con timidez—. Sé que a mí no me debes nada, pero tu madre te quiere, te ha protegido como ha podido durante toda su vida. Para ella, eres su todo, como para mí lo es Olivia. —Entrecerró los ojos con pesar al recordar a Claudia—. Y ahora siente una soledad que le perfora el alma. Tienes que comprender que ella también está pasando por un duelo terrible. Ha perdido a sus padres en tres meses, y después de su divorcio tremendo, ellos se convirtieron de nuevo en su anclaje, en su luz en el túnel, en la única salida que tenía para construir un hogar contigo. Te necesita. Por eso te pido que no la hagas sufrir más... Si quieres hacer sufrir a alguien, házmelo a mí. Soy un capullo integral.

La joven terminó de beberse el vaso de agua, se levantó y abrió la puerta con un semblante más relajado.

Yeray bajó la barbilla y contempló el medio bocadillo que le restaba, ya sin apetito. Se masajeó la frente y quiso creer que había dado el primer paso para comenzar a entablar una relación normal con su nueva hija adolescente. Pensarlo le daba escalofríos, muchísimos más que enfrentarse a las advertencias del hombre pájaro sobre lo que estaba por venir. Después, fue en busca de su móvil, el cual había dejado en el dormitorio, y le envió un mensaje de buenos días a Diana. A continuación, pensativo, se echó sobre el colchón.

No tenía sueño.

Ni hambre.

Ni ganas de correr bajo ese endemoniado sol para sentirse en forma.

Prefirió darse una ducha y dejar que el agua sanara las continuas heridas que brotaban como la mala hierba en su corazón. Tenía que centrarse, idear un plan, pese a que no tenía ni idea de si debía ser uno de evacuación o uno en el que tendrían que atrincherarse en la casa. Puede que tuviera que realizar los dos.

Después de fingir que almorzaba, desplegó un mapa de la isla en la mesa del comedor, y mientras examinaba con Martín las carreteras, Airam y su hija seguían con las anotaciones en su libreta. La probabilidad de que se produjera un incendio aumentaba por segundos, ya que parte de la isla de La Gomera se encontraba en alerta naranja por las temperaturas. También otro hecho había entrado en la ecuación: un petrolero a la deriva estaba situado cerca de las costas canarias, lo que supondría un impacto medioambiental para el litoral de las islas, las cuales podrían verse afectadas. De momento, estaban conteniendo la pequeña fuga como podían, pero muchos vigilaban con cautela la primera mancha negra en el profundo azul del océano Atlántico.

—Si apostamos por un fuego, y considerando que el viento está soplando en el sureste estos días, el conato tendría que iniciarse en la zona de Arure y de Las Hayas. Desde aquí, el fuego podría bajar hasta el fondo del barranco —afirmó Martín convencido—. Aunque la vegetación es húmeda con el verano que estamos teniendo, podríamos encontrarnos con material muy inflamable.

—Si tienes razón, podríamos escapar por la GM-1 hacia el norte. Esto nos conduciría fuera del barranco hacia zonas más elevadas

donde el incendio aún no habría llegado —asintió Yeray trazando una línea en el mapa—. Podríamos llegar así hasta San Sebastián. ¿Qué otra zona consideras vulnerable?

Con los brazos en jarra, Martín resopló y volvió a examinar el mapa.

—Está la zona de Igualero o La Mérica, un poco más al este del barranco central, pero con capacidad para que el fuego cruce hacia Valle Gran Rey si tenemos el viento adecuado.

—Si empieza en La Mérica, el fuego descendería con rapidez hasta La Vizcaína y El Retamal, y llegaría también a La Calera y a la playa de Vueltas en cuestión de un suspiro.

—En cualquier caso, deberíamos hacer la evacuación por la GM-1 hacia arriba, en contra de la dirección del fuego. Refugiarse en la playa no es una opción. Pronto se convertiría en un embudo de humo y llamas.

Martín tenía razón. La vía de escape más segura sería la ruta del norte, pero incluso esta podría ser peligrosa si se diera un cambio de viento repentino. Podrían verse atrapados en la carretera con fuego a ambos lados. Era un riesgo que tendrían que asumir si la opción del incendio seguía en el primer puesto de desastres que considerar.

Por el rabillo del ojo observó que tanto Airam como Olivia lo miraban con rostros preocupados, y quiso relajar el ambiente:

—Esto no tiene por qué ocurrir, ¿recordáis, chicos? Estamos contemplando posibles escenarios, nada más. Pero ¿sabéis qué? Que toda esa comida y agua que habéis reunido en el cuarto de aperos puede ayudarnos.

—¿También las m-m-medicinas? —le preguntó Airam, orgulloso de sí mismo.

—También —le respondió con una media sonrisa. Después miró a Martín y le dijo—: Será mejor que descansemos un rato. Seguiremos con esto más tarde.

El viejo asintió y les comunicó que iba a darse una ducha, por lo que Airam y Olivia aprovecharon y corrieron hacia el cuarto de aperos para hacer inventario de todo lo que habían reunido.

Era ya media tarde cuando Yeray se sentó en el escalón de la entrada para despejarse, embelesándose con la nitidez del cielo. Las montañas relucían rabiosas bajo ese azul fulgurante, y se dejó mimar por los rayos de un sol menguante. No quedaba mucho para que comenzara el atardecer y que, así, la vegetación acogiera el resplandor anaranjado de un día que llegaba a su fin.

Otro día más se despedía.

Otro día más sin saber lo que le deparaba el destino.

Bajó el mentón al observar que alguien se dirigía a la casa, y no tardó en reconocer los pasos de Alfredo. El hombre caminaba torcido, apoyando el peso del cuerpo más sobre la pierna derecha que sobre la izquierda. Tenía un sombrero como el que solía llevar su abuelo en la cabeza: gris y anticuado, y que en gran parte le ocultaba la mirada. Aun así, imaginó por su actitud que no se trataba de una visita de cortesía. Parecía afectado y algo pensativo.

—Si buscas a mi padre, acaba de meterse en la ducha —lo informó en cuanto llegó al escalón.

Sin embargo, el hombre, con una mueca de dolor, se sentó a su lado.

—Venía a hablar contigo. Ya sabes que el bar está lleno de marujas. Alguien dijo que te había visto salir con las maletas de tu casa ayer, pero que a la hora de comer ya estabas de vuelta. Un viaje rápido, ¿no?

Yeray abrió los ojos de par en par y luego se echó a reír.

—No entiendo por qué sigo maravillándome por estas cosas.

—Estamos en La Gomera —le recordó.

Inhaló todo el aire que pudo hasta llenar los pulmones y lo soltó de una vez.

—No creo que hayas venido para satisfacer tu curiosidad y preguntarme el motivo de mi vuelta repentina.

—No, no he venido por eso. —Soltó una carcajada y apoyó los codos en el escalón—. Quería hablarte de Mateo —le confesó en un tono más serio.

Yeray se enderezó y lo observó, desconcertado.

—¿Ha ocurrido algo?

—No, el viejo sigue bien enterrado y no creo que vaya a resucitar —le dijo con sarcasmo—. No consigo quitarme de encima ese sentimiento de culpa. Tendría que haberlo escuchado, haberle ofrecido un vaso de vino cada vez que se presentaba en mi casa y me preguntaba por ese bicho. Pude haberlo ayudado, contarle a Diana que su padre había empeorado, pero no hice nada de eso y ahora está muerto.

—No es culpa tuya, Alfredo. Nadie lo vio venir.

El hombre lanzó la mirada hacia las montañas y buscó en ellas un sosiego que hacía semanas que lo había abandonado, desde que se había enterado del suicidio de su amigo.

—Aquel día, en el bar, muchos contaron historias que parecían sacadas de una serie para no dormir. Dulce está convencida de que el espíritu de Mateo se le presentó varias veces para pedirle perdón, muchos han visto las luces del cielo, y sé de buena tinta que algunos vecinos han experimentado sucesos increíbles después de que Mateo muriera.

Yeray asintió con levedad.

—¿Lo has visto?

—¿Al bicho? No, creo que no. —Se quitó el sombrero y lo agitó para que le suministrara algo de fresco—. Vi una sombra extraña recorrer mis papayos una noche desde la ventana de mi cuarto y a los cinco minutos Mateo tocó a la puerta de casa. Alejandrina, mi mujer, se ponía nerviosa cada vez que aparecía, y por eso le rogué que no lo hiciera, pero continuaba viniendo. —Hizo una pausa en la que Yeray le ofreció un café o una cerveza, pero él rechazó la oferta con un gesto de la mano. Necesitaba continuar con su historia—: Hace dos noches, mientras veía la televisión, comenzaron a parpadear las luces de la casa y pensé que tendría un problema con los plomos. Pero entonces la televisión se volvió loca. Los canales se cambiaban solos sin que nadie tocara el mando a distancia. Alejandrina se puso histérica, y mientras trataba de apagarla, me di cuenta de que los canales no cambiaban de manera aleatoria. Estaban siguiendo un patrón.

—¿A qué te refieres? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Estaban formando una frase con diálogos de películas, dibujos animados y lo que contaban varios periodistas de los informativos. ¡Joder! ¡Alguien estaba hablándome usando mi tele!

Yeray dio un respingo y lo miró con gran expectación.

—¿Y qué te decía?

—Habla con el chico madrileño. Mateo. Mateo... Repetía su nombre sin parar. —Alfredo percibió unas gotas de sudor en su frente y se las limpió nervioso con el dorso de una mano—. Por eso... estoy aquí.

Yeray se levantó de un brinco y comenzó a caminar de un lado a otro sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿El chico madrileño? —le preguntó, todavía atónito, sobre todo porque él había nacido en La Gomera. Era gomero, pese a que tenía que admitir que se había contagiado del acento peninsular—. ¿Mateo te pidió que acudieras a mí?

—Sí..., eso creo... ¿Sabes por qué?

Se encogió de hombros, maravillado.

—El hecho de que su espíritu esté tratando de contactar con nosotros es algo asombroso —le dijo, con una mueca de estupefacción que pronto borró de su boca, pues Alfredo continuaba suplicándole una respuesta creíble con sus ojos pequeños—. Pero... está avisándonos de algo, aunque no tengo ni idea de qué. Esa criatura a la que perseguía le dijo algo importante, algo que no pudo soportar, y por eso se quitó la vida.

—No, no fue por eso. —Alfredo extrajo un papel doblado del bolsillo derecho de su pantalón y poco a poco fue extendiéndolo—. Fue por esto.

Yeray contempló el dibujo con extrañeza. Sin duda, estaba pintado por Mateo, pero no seguía la pauta de sus modelos anteriores. En ese no estaba presente la criatura ni existía alusión alguna a ella. Arrugó la frente y se lo arrebató de las manos. Era el boceto de una explosión enorme. Una columna de humo, densa y oscura, se elevaba desde el punto de impacto, generando la figura de un hongo.

—¿Qué significa? —quiso saber Yeray.

—Mateo creía que el Valle estaba en peligro, que una bomba nuclear se detonaría muy cerca de aquí y que la isla sería devastada a causa de ello.

—No, no, eso no es posible. —Yeray continuaba examinando el dibujo.

—Ya se lo dije yo, pero insistía en que el bicho se lo había contado y que ahora lo perseguía para que se lo aclarase mejor. No estaba en sus cabales. Esa noche debí llamar a Diana —se lamentó el hombre—. No paraba de repetir que esto sucedería a finales de julio. Esos días estaba más nervioso, inquieto, se escapaba más de la casa y me hablaba de las guerras que había en el mundo y de que todo iría a peor.

—¿Dices que se lo contó la criatura? —le preguntó con interés.

—Eso me dijo. Y cuando no ocurrió nada, se suicidó. —Alfredo bajó la cabeza, arrepentido por no haberlo detenido—. Creo que en ese momento se dio cuenta de que se había vuelto loco de verdad, cuando la bomba no explotó.

Yeray negó con la cabeza al tiempo que su mente trabajaba a gran velocidad.

—No, Mateo no estaba loco. Esto podría ser la columna de humo de un incendio —afirmó, temiéndose lo peor. El fuego lo arrasaría

todo, incluyendo fincas y pueblos enteros. Sin embargo, pronto cayó en la cuenta de que esa imagen le recordaba a otra que ya había visto en internet—. Este dibujo no representa una imagen futura, sino una pasada. Mateo interpretó mal las señales que estaba dándole el hombre pájaro. Esto es una imagen gráfica de lo que sucedió en Chernóbil en 1986 —le aseguró, señalándole la forma de hongo del carboncillo con el dedo índice.

El hombre se llevó las manos a la cara, horrorizado. Después de presionarse los ojos con intensidad, extendió un brazo para que Yeray lo ayudara a levantarse.

—Entonces, ¿tú también crees que ese bicho trata de decirnos algo?

—¿Tú no lo crees? Ese ser misterioso ha estado presentándose en muchas propiedades, pero únicamente Mateo quiso escucharlo... Y ahora él te ha traído a mi casa.

—Ya no sé qué creer.

Yeray se compadeció del hombre. Llevaba semanas sintiéndose culpable por la muerte de Mateo; aunque, conociendo el estado de este, nadie habría detenido su obsesión, por mucho que Diana hubiera intervenido. Mateo estaba convencido de estar comprometido con una causa grande; una que se le escapaba de las manos, como ahora se le estaba escapando a él.

Se rascó la coronilla y de nuevo prestó atención al dibujo. Como en los otros, además de su firma, existía una numeración debajo de esta.

—Dos, cinco, cero, siete —leyó en voz alta—. Es diferente al resto. No es la hora que estuvimos comentando en el bar. ¿Sabes a qué hacen referencia estos números?

—Sí, al supuesto día en el que la bomba tendría que haber explosionado: el veinticinco de julio.

Yeray palideció. Se había equivocado desde el principio, errado en sus conclusiones de manera categórica. Las dos cero nueve no indicaban una hora, sino una fecha muy concreta: el dos de septiembre.

—Entonces, en los dibujos que tengo yo, Mateo hace alusión al dos de septiembre. Cambió la fecha a propósito —musitó, sin caer en la cuenta de que Alfredo lo escuchaba—. Él lo sabía. En algún momento, supo darse cuenta de su error y tal vez comenzó a creer que la explosión se produciría en septiembre.

El hombre le mostró una mueca cargada de incertidumbre.

—Entonces, ¿no se suicidó porque se equivocó en la fecha?

—Lo dudo mucho, Alfredo. Creo que lo hizo porque se vio impotente, solo y porque no podía detener lo que se avecinaba.

—¡Joder! ¿Y qué es peor que una bomba nuclear?

—No lo sé. Estoy a ciegas. Estaba valorando la posibilidad de un incendio como el ocurrido en 1984, pero no estoy seguro. —Nervioso, se dio golpecitos en el muslo con el puño izquierdo. Tenía que buscar una solución en la que todas las personas del Valle se tomaran en serio la advertencia de la criatura—. ¿Tu hija no trabaja como concejal en el ayuntamiento?

—Sí, en Cultura y Fiestas.

Se mordió el labio inferior con suavidad.

—¿Podría hablar con el alcalde y lanzar una alerta para ese día?

—¡La tomarían por loca! —Alfredo negó varias veces con la cabeza —. No quiero meterla en un lío, ¿o no recuerdas la que se armó en el bar cuando hablaron de luces alienígenas?

—Tienes razón —afirmó mientras se dejaba caer de nuevo sobre el escalón—. Nadie estará dispuesto a creernos.

—¿De qué otra manera puedo ayudarte? —le preguntó desesperado.

—Lárgate de Valle Gran Rey. —Lo miró fijamente a los ojos—. No estés aquí el dos de septiembre.

El hombre lanzó un resoplido sonoro.

—No puedo hacer eso. Tengo dos hijas y cuatro nietos. Ellos no vendrían conmigo, pensarían que me he vuelto loco como Mateo y yo no puedo dejarlos solos.

Yeray pensó en Diana e Idaira, quienes estaban en la misma situación, así que tendría que sacarlas a rastras del Valle si no quería que les ocurriera nada. También estaba el testarudo de su padre, que pese a que estaba colaborando, no se movería ni un ápice hasta saber con absoluta seguridad a qué estaban enfrentándose, ya que si existía la más remota posibilidad de salvar su medio de vida, lo haría sin dudarlo. Airam tampoco lo dejaría atrás.

¿Y él?

Ya estaba condenado. Había escrito su condena desde el momento en que decidió regresar.

Capítulo 20
DECISIONES PRECIPITADAS



Esa nueva mañana se despertó en la cama con un sobresalto que lo dejó sin aliento. Ni siquiera recordaba si había soñado, pero la sensación que se le quedó en el cuerpo logró que pensara que estaba cayendo por un precipicio y que iba a morir. Tal vez fuera así. Quizá él sería una de las víctimas del hombre pájaro.

Se llevó una mano al pecho, comprobó que Olivia ya no estaba a su lado y se maldijo por ello. El reloj corría demasiado deprisa y las agujas volvían a deshacerse en sus dedos sin la posibilidad de que fueran arregladas. No tuvo tiempo de bostezar ni de estirar las piernas antes de levantarse. La noche anterior apenas había dormido en el sillón, y en cuanto su padre se ofreció para hacer la guardia, ni rechistó. Por eso había descansado como un bendito, ya que su cuerpo llevaba pidiéndoselo a gritos desde hacía semanas. Y por fin

lo había conseguido, aunque ahora no fuera el mejor momento para disfrutar de los placeres de un buen colchón.

Recordó la cara del viejo cuando le comunicó la fecha supuesta de lo que fuera a ocurrir. Había palidecido hasta casi convertirse en un cubito de hielo. Se había quedado gélido y de un blanco espectral que llegó a asustarlo de verdad. Martín tenía miedo. Un miedo real. Y le afectó contemplar a su padre de esa forma tan vulnerable, tan alejada de los recuerdos que tenía de él: autoritario, osado y siempre determinante.

Corrió escaleras abajo y se encontró de frente con el viejo, quien ya le mostraba una mueca turbada desde primera hora. Este lo condujo a la parte trasera de la casa y deslizó su mirada de un lado a otro para comprobar que no había moros en la costa antes de comunicarle en voz baja y con aire pesaroso:

—Han encontrado las bicicletas de los turistas muertos.

—¿Dónde? —le preguntó Yeray medio dormido.

—Eso es lo más raro. —Chasqueó la lengua y alzó las cejas, mostrando su sorpresa—. En la playa de La Calera..., flotando en el mar.

—¿Cómo han llegado hasta allí? —Se presionó los párpados al tiempo que se masajeaba la frente con el pulgar e índice.

El viejo se encogió de hombros, pues esperaba que su hijo fuera capaz de darle una respuesta lógica, o al menos convincente.

—Los agentes de la Guardia Civil están investigándolo. Si alguien se deshizo de las bicicletas antes de que los turistas fallecieran, es que existió premeditación. Eso significa que fueron a por ellos. Tal vez se trate de un asesinato.

—No, no, eso no es posible. El hombre pájaro no es un asesino. —Quiso descartar esa opción de inmediato—. Es como dijiste tú: una especie de ángel anunciador, pero feo de cojones. Ni rubio ni alas blancas ni arpa ni mierdas de esas.

—Mató a Lala y a Mateo —aseveró Martín.

—Mateo se suicidó porque no aguantaba más la presión, y probablemente Lala, cuando lo vio en su propiedad, se asustó y bajó demasiado rápido las escaleras.

—¿Y por qué se presentó en casa de esa pobre vieja?

—No lo sé. No es la única vivienda del Valle donde se le ha visto. No sé si tiene algún significado para él —dijo, mordiéndose el labio inferior—. Puede que tengamos que señalar en un mapa las propiedades en las que ha estado. Podrían ser seis o siete, aunque

es probable que sean muchas más. La gente no habla porque tiene miedo de que los tomen por locos.

Con los brazos en jarra, Martín bufó por lo bajo.

—Ese mapa tiene que esperar —le dijo agobiado—. Ahora mismo he dado la orden de reforzar las plataneras. Quiero estar preparado para todo. —Le dio una palmada en el hombro y frunció los labios—. ¿Me echas una mano, hijo?

Yeray apreció su desesperación. No solo estaba presente en sus ojos hundidos o en las arrugas más marcadas de su rostro, sino que también reparó en los músculos de su cuerpo, tensos y alarmados.

—Sí, claro, voy en cuanto me eche algo al estómago y salude a Olivia.

—Está en el salón viendo la tele —le indicó.

Yeray no tardó en entrar en la cocina, servirse un vaso de leche fresca y coger algunas galletas. Después se dirigió a la sala, donde encontró a su hija sentada en el sofá junto a Toby. Ambos tenían el maldito cucurucho de platino en la cabeza, y aunque le sacaba de quicio, no quiso discutir con ella sobre su inutilidad.

—Buenos días, papá —le dijo en cuanto escuchó sus pasos.

—¿Airam no está contigo?

—Hoy no. El abuelo está preocupado por las plataneras.

—Sí, lo sé. ¿Cómo va la cosa? —se interesó. Se sentó sobre el brazo del sofá y engulló una de las galletas empapadas en leche.

Olivia cogió la libreta y, con la nariz arrugada, comenzó a señalar los puntos que había subrayado esa mañana.

—Continuamos con el incendio en el puesto número uno. Ya se ha producido uno en el norte de Tenerife y los bomberos están intentando apagarlo. —Yeray bufó al escuchar la noticia—. En el puesto número dos tenemos el petrolero al que no consiguen taponarle el boquete cerca de nuestras costas, y en el tres, el huracán Delia, de categoría uno, que rozará las islas, aunque con poca afectación el cinco de septiembre, con rachas de viento que pueden alcanzar los ciento cincuenta kilómetros por hora.

Yeray reparó en que su hija había copiado literalmente lo que había anunciado la presentadora de las noticias y soltó una pequeña risotada. Se empeñaba en hacer bien sus deberes, y eso era bueno. Al menos la mantenía entretenida.

—Ese huracán puedes descartarlo. Lo que tenga que suceder, sucederá el día dos. —La niña tragó saliva muy despacio y lo miró fijamente—. Perdona, se lo dije anoche al abuelo. Todo apunta a que

será el día dos, pero no tiene que ocurrir nada grave, así que no debemos tener miedo. Saldremos de esta, cariño. —Abandonó el brazo del sillón y le acarició la mejilla con la mano que tenía libre—. Estás haciéndolo muy bien, Olivia. Ahora tengo que ayudar al abuelo con las plataneras, ¿vale? Cualquier cosa, me avisas.

Asintió, todavía con el susto en el cuerpo, y fue cuando se percató de la gravedad del asunto. Estaba tomándoselo como un juego, como un jeroglífico que había que resolver antes de que el cronómetro llegara a cero. Pero no lo era. Estaban a treinta de agosto, y las posibilidades de salir huyendo antes de que se produjera el evento fatal se desvanecían en el aire como las pompas de jabón que solía hacer con su madre.

Yeray trabajó toda la mañana e incluso después de que se fueran los tres empleados de la finca. Colaboró reforzando con horcones aquellas plantas que lo necesitaban y con el embolsado de grandes racimos, mientras Martín valoraba el estado de los plátanos con gran interés. Señalaba los que estaban listos para ser cortados con sumo cuidado. Después, Julia e Idaira los sumergían en una balsa de agua para eliminar suciedades o residuos, para posteriormente reducirlos en manillas. Así que tanto Pedro como él se encargaban de cortar el falso tallo en pequeños trozos para facilitar su descomposición después de arrancar el racimo de la platanera. Dejaban los trozos de tallo en el suelo como abono natural para la siguiente cosecha. Entretanto, Airam se dedicaba al deshijado de la planta, que consistía en eliminar los retoños débiles o innecesarios para favorecer el crecimiento de los nuevos brotes.

Apenas pudo intercambiar un mísero saludo con Idaira, ya que el tiempo apremiaba y los descansos estaban milimetrados, aunque al menos se percató de que las miradas que le lanzaban no eran tan agresivas como los días anteriores. Incluso se le antojaron más suaves, más cercanas.

Martín no dejaba de mirar el reloj. Aun cuando los trabajadores ya se habían marchado a sus casas, se manoseaba la muñeca como si pudiera controlar el tiempo. Comprendía su desesperación: quería cortar el máximo posible de racimos antes de que llegara el día dos, pese a que no todas las plantas estaban preparadas para ello.

—Hemos hecho un buen trabajo, hijo —le dijo satisfecho conforme le daba sonoras palmadas en la espalda. Luego, el viejo se palpó con las yemas de las manos el pequeño enrojecimiento que tenía a la

altura del codo y reprimió un gesto de dolor—. No es nada. Lo he estado moviendo demasiado y ahora escuece.

Casi al final de la tarde, se situaron alrededor de la mesa del comedor y examinaron el caos que tenían en ella con mapas diversos, artículos, fotos y demás. Olivia los informó de que el incendio de Tenerife estaba descontrolado y que pronto llegarían los hidroaviones de la Península. Yeray se echó las manos a la cabeza y la inclinó hacia atrás hasta que todo el cuello le crujió.

—¿P-p-podría tratarse de un v-v-volcán? —le preguntó Airam nervioso. Tampoco le había gustado conocer la fecha catastrófica—. ¿Como en La P-p-palma?

—No, no ha habido movimientos sísmicos que puedan alertarnos de algo semejante. Tajogaite estuvo monitorizado desde el principio —le explicó.

Escuchó el sonido del timbre y, tras frotarse los ojos, enfiló sus pasos hacia la puerta. Se encontraba cansado. No, más bien exhausto, molido como una papa, como decían en su tierra. Por ese motivo, al abrir, mostró una mueca de sorpresa más que de alegría.

—¿Puedo pasar? —le soltó Diana al ver que se había quedado pasmado en la entrada.

—¡Oh, sí, claro! —le dijo como si acabara de despertar.

Ella se adelantó y se encaminó hacia el salón, pero al escuchar voces, giró la cabeza y le preguntó:

—¿Interrumpo algo?

—No, estábamos en el comedor haciendo..., ya sabes..., cosas familiares —se excusó con torpeza.

Lo miró con curiosidad y luego sus zancadas comenzaron a dirigirse hacia el comedor. Pero antes de entrar, se detuvo y volvió a posar esos ojos avellanados sobre su rostro.

—Esperaba que ayer te pasaras por casa, y como hoy tampoco has venido, he pensado que te vendría bien una visita y así agradecerte... —Hizo una pausa al no encontrar la frase adecuada—. Bueno, imagino que hablaste con Idaira. No sé lo que le dijiste, pero está más calmada. Se despide antes de salir e incluso me dice a dónde va.

—Me alegro mucho.

Diana asomó la cabeza y saludó al resto de la familia. Después, se percató de la existencia de un montón de papeles desparramados sobre la mesa. Con la frente arrugada, quiso observarlos mejor. Caminó hacia el centro de la estancia, le dio un beso a la pequeña y

distinguió los dibujos de su padre entre una gran cantidad de artículos de periódicos impresos y de fotos de mala calidad. Reparó en las cruces con las que habían decorado el mapa de La Gomera y con asombro se dirigió a ellos:

—¿Qué está ocurriendo aquí?

—Nada, estamos repasando los hechos. —Yeray se cruzó de brazos e intercambió una mirada de complicidad con su padre.

Ella examinó uno de los dibujos, y cuando finalizó su escrutinio, cogió otro, analizándolo como había hecho con el anterior. A continuación, sujetó uno de los artículos que había sobre el hombre pájaro y arrugó el rostro, desconcertada.

—¿Todavía sigues con esto? —quiso saber. Yeray soltó una risita nerviosa y posó sus ojos confundidos en Martín, buscando en quién apoyarse. Sin embargo, su padre desvió la mirada hacia la mesa—. Pensaba que estabas sufriendo una especie de crisis y que te desahogabas intentando solucionar este misterio... —Diana estudió a todos los presentes uno a uno, quienes mantenían un silencio que le resultó abrumador—. Pero no es así, ¿verdad?

Yeray se humedeció los labios y chasqueó la lengua mientras ideaba cómo afrontar la conversación sin que ella entrara en pánico. Lanzó un resoplido y decidió ir directamente al grano:

—He intentado explicártelo unas cuantas veces sin que me hayas prestado la atención que necesitaba. Por eso, después de lo sucedido el otro día en casa, dejé de insistir —le aclaró sin más—. Entiendo que tienes muchos problemas en la cabeza y que me he comportado de forma egoísta. Sin embargo, ahora esto es prioritario para mí y para todos ellos.

Diana se sentó en una de las sillas muy despacio, sin apartar la vista de todos los presentes. Asintió varias veces, volvió a coger uno de los dibujos de Mateo y con una sonrisa algo nerviosa le habló de nuevo:

—Vale, explícamelo a mí. Si ellos te han dado un voto de confianza, puedo dártelo yo.

Al principio, Yeray dudó si ponerla al corriente de todos los acontecimientos. No dudaba de su confianza, sino de su capacidad para asimilar en varios minutos lo que a ellos les había llevado días enteros. Aun así, y tras contemplar su determinación, decidió que era mejor ponerla en antecedentes, sobre todo porque necesitaba que el día dos se pusiera a salvo junto con Idaira.

No habló solo él. Entre todos le narraron cómo habían llegado a la conclusión de que el dos de septiembre sucedería algo terrible en el Valle. La piel de Diana mudaba de color cada vez que le contaban un acontecimiento trágico en una de las ciudades donde habían avistado al hombre pájaro, e intentaba respirar un oxígeno que no encontraba tan liberador. Junto con ellos, repasó las fechas de las visitas de la criatura al pueblo, sobre todo centrándose en el barrio de El Retamal y La Vizcaína, donde contaban con testimonios más cercanos. Ella volvió a relatarles las últimas conversaciones que había tenido con su padre, en las cuales insistía en que veía a su madre señalar el cielo antes de que aparecieran las luces en la noche.

Hablaron largo y tendido hasta que por fin ella se levantó. Después de observarlos uno a uno, les prometió que no le hablaría a nadie sobre la investigación demente que los Darias estaban llevando a cabo y que intentaría colaborar con ellos como fuera.

—Sabes que todo esto suena a locura —le confesó ella cuando la despedía en la puerta.

—¿Por qué has querido escucharme esta vez? —Yeray no podía evitar sonreír ante la disposición de Diana a ayudarlos.

—No eres el único que se ha comportado de manera egoísta. Estaba tan ensimismada en mis sentimientos que dejé de preocuparme por los de los demás.

Arrepentida, bajó la barbilla y Yeray se la alzó con el dedo índice.

—Ey, todos cometemos errores. —La besó en los labios con una calidez que quiso que se prolongara en el tiempo; un tiempo que ahora no tenían—. Vente el día uno con Idaira a cenar. Te juro que no se trata de ninguna encerrona y que además estarán Martín y Airam. Prefiero que estéis a mi lado esa noche.

—¿Y después nos obligarás a que durmamos en tu casa? —le dijo riendo—. No puedo prometértelo, pero lo intentaré. El día uno ya abre el colegio y se me acaban las vacaciones.

Volvió a juntar su boca con la de él, y aunque esta vez sus lenguas quisieron jugar un poco más, ella se retiró y le acarició el mentón con ganas de besarlo de nuevo.

—Tengo que irme a casa.

Yeray contempló cómo sus andares elegantes y sensuales se dirigieron con precisión hacia el coche. No dejó de mirarla hasta que los árboles de la carretera le impidieron contemplar su cabello castaño al volante. Después, elevó la vista al cielo y observó que un

puñado de estrellas se afanaba en eclipsar la luz de un sol moribundo. Otro día se apagaba. Otro sin ninguna pista fiable.

El día treinta y uno, todo comenzó como la mañana anterior. Olivia continuaba pegada a la televisión anotando todo lo que pudiera parecerle importante mientras ellos proseguían con las labores en las plataneras. Buscaban la manera de salvar la mayor parte de la finca, sin saber muy bien a qué atenerse, ya que, si se prendía una mecha en el monte, ni el agua lanzada desde un hidroavión conseguiría socorrerla.

Apenas llevaban dos horas inmersos en el trabajo cuando Olivia corrió hacia las plataneras para informarlos de que se había producido un pequeño incendio en el municipio de Vallehermoso. Yeray miró a su padre con preocupación, y este, con un asentimiento leve de la barbilla, le indicó que se marchara.

Cogió la furgoneta con premura y tomó la carretera GM-1, que lo conduciría hasta el mismo centro de la localidad: la plaza de La Constitución. En unos treinta y cinco minutos se presentó a unos vecinos que mantenían sus miradas fijas en el Roque Cano, el lugar donde uno de ellos había visto el fuego, e incluso intentó acercarse a la zona afectada, pero los accesos estaban cortados. Necesitaba saber qué dirección tomarían las llamas, si serían capaces de dirigirse hacia la población o cogerían rumbo al parque nacional de Garajonay.

Nadie le respondía, y eso lo desesperó aún más.

No entró en el vehículo hasta que los bomberos lo convencieron de que el fuego estaba controlado, y cargado de una impotencia que palpitaba en cada centímetro de su piel, regresó a casa. Sin embargo, al pasar cerca del bar de Dulce, decidió hacer una parada improvisada. No dejaba de sentirse culpable, de pensar en todas las vidas que podría salvar si diera el aviso. Puede que la mayoría dudara de sus buenas intenciones pero, también, algunas decidieran escucharlo. Y esa línea tan delgada que él mismo estaba trazando al desafiar al destino podría suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

Irrumpió en el local, y antes de que alguien pudiera saludarlo, comenzó un discurso que los dejó a todos patidifusos, incluida a la mismísima Dulce:

—No quiero entreteneros mucho, pero tenéis que saber algo. —Habló en voz alta y llamó la atención de los siete clientes que tenía Dulce esa tarde—. Vengo de Vallehermoso, donde, ya sabéis, ha habido un pequeño incendio que en principio está controlado. Tenemos que estar alerta en estos días porque algo parecido podría ocurrirnos a nosotros, sobre todo el día dos. —Estalló un murmullo en el que los unos miraban a los otros—. No podemos ignorar lo que ha estado sucediendo en el Valle. Esas luces del cielo, esas llamadas extrañas y ese hombre misterioso que se ha presentado en nuestras casas son solo un aviso. Alguien quiere advertirnos de que algo muy gordo va a ocurrir en el pueblo. Sé que ahora puedo parecer un loco chiflado y desesperado, pero no es así. Mateo lo sabía. Así que el que tenga la posibilidad de largarse del Valle, que lo haga. Cuanto más pronto, mejor.

—Pero ¿qué coño estás diciendo? —lo encaró Miguel, con una cerveza en la mano.

—Solo digo que Mateo no estaba loco.

—¡Mateo estaba como una regadera! —le gritó otro—. Y ahora tú has perdido la cabeza.

Yeray posó sus ojos rasgados en Dulce, quien lo observaba asustada.

—No he venido a discutir, pero si queréis contarles a todos que el hijo de Martín Darias ha enloquecido y asegura que el día dos pasará algo terrible, hacedlo. Me quedaré más tranquilo.

Abandonó el local, permitiendo ciertas salidas de tono y algunos insultos directos. No le importó. Ya había encendido la mecha, y no se extinguiría hasta llegar a la última casa del Valle.

Pese a todo, esa noche no durmió. Se quedó en el sofá aguardando a que el mismísimo hombre pájaro se presentara y le pidiera acompañarlo. Lo había decidido. Si existía la posibilidad de salvar el pueblo, lo escucharía. Lo seguiría hasta la loma y se pondría la soga al cuello si era necesario. No tenía intenciones de matarse, solo que ese maldito ángel de la muerte tuviera cojones de mirarlo a la cara y decirle en su idioma qué iba a ocurrir.

Pero no apareció, no volvió a verlo jamás, y esa duda fue un misterio que no pudo resolver.

Finalmente, sus ojos no resistieron el cansancio y de madrugada cerró los párpados, estando sentado aún. Lo despertó Olivia sobre las ocho. Tuvo que sacudirlo varias veces por los hombros para que regresara a la realidad.

—Tengo que encender la tele —se excusó la niña.

De reojo, observó que su padre y su hermano lo estudiaban como si él se hubiera convertido en un extraterrestre, abducido por sus propios pensamientos y preparado para presentarse en la casa de sus vecinos y freírles el cerebro.

—No ha venido. El hombre pájaro no se ha presentado —quiso informar a Martín—. Ya no hay tiempo.

—Nos queda un día —le dijo esperanzada la niña.

—No, esta medianoche ya será día dos. —Negó con la cabeza y se levantó de mala gana.

—Deberías descansar un poco —le aconsejó su padre—. Te avisaré si sucede algo.

—Gracias, pero voy a coger la furgoneta y darme una vuelta por los montes. Puede haber un pirómano suelto por ahí o que alguien lance un cigarrillo encendido en alguna cuneta.

Martín le dedicó una de esas muecas tan características en él y que expresaban su desacuerdo más absoluto.

—No estás para conducir. Lo que tenga que pasar, pasará... Nos quedaremos todos juntos —añadió—. Vamos a olvidarnos de las noticias y ver una película que nos guste a todos. Les he dado el día libre a los chicos y también les he dicho que es un buen día para estar con la familia.

A regañadientes, Yeray aceptó. Se quedó medio dormido viendo la película, que no era otra sino ET, una de las preferidas de su hermano y que Olivia estaba encantada de descubrir. Luego se entretuvieron jugando al parchís, y Airam no desaprovechó la ocasión para desempolvar su Hundir la Flota, aunque para eso tuvieron que organizar dos equipos. Continuamente, uno tras otro, miraban temerosos por la ventana por si alguna llama naranja aparecía en el horizonte.

Yeray se alegró de que Diana le confirmara que acudiría a la cena con Idaira y pasó parte de la tarde acondicionando el comedor, ya que después de todo lo habían convertido en su cuartel general en los últimos días. Olivia preparó la mesa con esmero, y hasta Martín se alegró de sacar la vajilla nueva al tiempo que Yeray ayudaba a Airam a cortar la ensalada y a pelar las papas. Sin embargo, era incapaz de quitarle el ojo de encima al reloj y de consultar el móvil, esperando un mensaje que le dijese que ya habían salido.

Esa noche era extraña, más que las anteriores, pues una calma aparente se había instalado en el Valle, permitiendo que los

lugareños se acomodaran tranquilos en sus hogares. Aun así, Yeray no dejaba de pensar en la cuenta atrás y en que sus invitadas no daban señales de vida.

A las ocho y media de la tarde, ni Diana ni Idaira habían aparecido por la casa, así que decidió llamarlas por enésima vez. A las nueve, todos se sentaron a la mesa. Después de la cena, Olivia decidió encender la televisión del salón, Airam se fue en busca de los gorros de platino y Martín decidió salir para comprobar el estado de las plataneras.

Yeray no sabía cuántos mensajes le había dejado en el contestador ni cuántos audios le había enviado. Estuvo tentado de acercarse hasta la casa de Diana y asegurarse de que todo iba bien, pese a que le había prometido a su familia que no los dejaría en un día como ese. Miró a Olivia y decidió desesperarse un poco más. Probablemente, Idaira habría llegado tarde a casa y allí habría comenzado la discusión, pero le extrañaba que Diana no lo hubiera avisado con antelación.

No supo cuánto tiempo llevaba contemplando la pantalla del teléfono cuando escuchó a Martín gritar. Agitado, corrió hacia el exterior mientras intentaba localizar a su padre con la mirada. No tuvo que caminar muy lejos. El viejo estaba al lado de uno de los papayos señalando con el índice el cielo.

Se acercó muy despacio a él manteniendo la vista en la dirección que le indicaba. Airam y Olivia no tardaron en unirse a él, y todos, con las miradas fijas en el manto de estrellas que alumbraba esa noche insólita, repararon en las cinco luces que parecían formar parte de una constelación errática. Se desplazaban sosegadas, sin romper su posición, sin desdibujar la forma inicial con la que se habían presentado: un romboide con uno de los puntos luminosos señalando su centro.

—¡Las lu-luces han vuelto! —exclamó Airam, tan excitado como nervioso.

—Papá, ¿qué va a pasar ahora? —Olivia se abrazó a él y no quiso soltarlo.

De pronto, el teléfono fijo de la casa sonó y todos se giraron hacia la cocina, temerosos.

—Voy yo —se ofreció Yeray, obligando a la niña a separarse de él.

No tardó en acortar la distancia que lo separaba del aparato, corrió como alma que lleva el diablo, y en cuanto lo tuvo al alcance, lo

descolgó. Inspiró dos veces seguidas y tragó saliva antes de preguntar quién era.

—Por favor, Yeray, tienes que venir. —Identificó la voz de Diana de inmediato. Estaba histérica y hablaba de forma atropellada—. Ha ocurrido algo. Por favor, ven.

—¿Qué sucede?

—¡Ven! Te lo suplico, ven.

Colgó el teléfono sin más y en cuestión de segundos regresó hasta donde se encontraba su padre. Estaba agobiado y apenas podía pensar. La cabeza estaba a punto de estallarle, y el corazón le palpitaba tan fuerte que casi no escuchaba lo que Martín le preguntaba.

—Tienes que dejarme las llaves —logró transmitirle—. Ha pasado algo en casa de Diana.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó alterado.

—No lo sé. Pero tengo que ir. —Se llevó las manos a la cara y volvió a observar las luces en el cielo—. ¡Malditas seáis! ¡¿Por qué justo ahora?! ¡¿Por qué?!

Airam comenzó a sollozar y se tapó los oídos con los dedos para impedir que los gritos de Yeray lo asustaran más. Olivia se abrazó de nuevo a él y le suplicó con voz atormentada:

—No, por favor, papá. No te vayas. Me prometiste que no me dejarías. Papá, por favor.

Angustiado, Martín sacó las llaves del bolsillo y se las entregó, agarrando bien su mano. Confiaba en él. Cualquier cosa que estuviera sucediendo, él podría arreglarlo. Después, sujetó a la pequeña y la apartó de su padre.

—Vete, ¡corre!... Yo cuidaré de Olivia.

—¡No, papá! ¡No me dejes!

Yeray no miró hacia atrás. No podía soportar el hecho de que su niña lo llamara desconsolada y él no pudiera confortarla. Pensó en Claudia y en que probablemente estuviera recriminándole su conducta desde el cielo, si es que estaba allí. Después, en que había sido ella misma quien lo había prevenido sobre Idaira y en que, tal vez, sí que aprobara su comportamiento.

No podía saberlo.

Arrancó la furgoneta, y al abandonar la propiedad, se percató de que una ventisca repentina sacudía sin piedad las palmeras de El Retamal.

«Viento... —pensó—. El maldito viento».

Capítulo 21
UNA TORMENTA INESPERADA



Desesperado, le echó un último vistazo al cielo antes de tocar la puerta de la vivienda de Diana. Las luces se habían desvanecido, volatilizado, al tiempo que continuas ráfagas de viento inestable comenzaban a azotar el Valle. No era un incendio lo que se avecinaba, sino una gran tormenta, y se maldijo por no haber sabido interpretar bien las señales. El condenado viento siempre había estado allí: en las continuas llamadas a la casa, en la maldita palmera que no lo dejaba dormir por las noches y en las últimas palabras de Lala.

Sí, ella se lo había dicho, le había susurrado la palabra viento antes de morir, y él pensó que deliraba. ¡Joder! Aparecía y desaparecía del Valle cuando se le antojaba. Por eso, por las noches y tras ser despertado por una palma, bajaba a la cocina, salía a la finca y el muy cabrón dejaba de soplar, porque en realidad no existía. No era

real. Era una especie de aviso, de alucinación, que esa criatura debía provocarle para que prestara más atención.

Sin embargo, no había sabido leer entre líneas. Y, ahora, todo le importaba un bledo. Lo único que le preocupaba era que de un momento a otro Diana le abriera la puerta. Contaba los segundos del reloj mientras rezaba para que se encontrara bien, pero cuando apareció en el umbral, bajo la luz tenue del pasillo, la cual parpadeaba chillando para no ser engullida por la oscuridad, su corazón volvió a parársele.

Diana se presentó con los cabellos revueltos y cubriéndole media cara. Había llorado. De hecho, continuaba gimoteando, aunque supuso que las lágrimas se le habían secado porque ya no humedecían su rostro. Pronto se percató de su vestido roto. Uno de los tirantes le colgaba hasta medio brazo, dejándole uno de los pechos al descubierto, y tenía los botones arrancados a tirones.

Ella se lanzó sobre él de forma inesperada. Yeray la acogió con ternura, le apartó los mechones de la cara y se los colocó detrás de la oreja. Fue entonces cuando apreció el morado en un ojo. Contuvo un alarido cargado de frustración, y sujetándola entre sus brazos cerró la puerta de una patada. Corrió hacia el sofá y la acomodó allí mientras se sentaba en el borde.

—Tenías razón sobre que algo malo sucedería —logró decir entre sollozos.

Yeray examinó cada rincón de la estancia buscando a Idaira, pero no estaba allí. Y no lo comprendía. Debería estar auxiliando a su madre, a menos que no se encontrara en la casa en el momento de la agresión.

—¿Quién te ha hecho esto? ¿Dónde está Idaira? —le preguntó confuso.

—No lo vi venir —comenzó a contarle a la vez que trataba de incorporarse—. Cuando le he abierto la puerta, no imaginaba que sería él. Pensé que serías tú, que habías venido a recogernos.

—¿Quién? —le dijo, visiblemente nervioso.

—Enrique.

Abrió los ojos de par en par y se retiró de ella, desconcertado.

—¿Tu ex? ¿Y qué está haciendo en el Valle? Me dijiste que se había ido a Tenerife.

Ella se encogió de hombros, sin saber muy bien por dónde empezar:

—No lo sabía con seguridad —le respondió conforme trataba de contener los sollozos—, pero se ha presentado aquí. Estaba borracho... Me ha dicho que estaba harto de que lo desplumara y de que tuviera que pasarme una pensión por una hija que no es de él... Adoptó a Idaira cuando cumplió los dos años y...

—Está bien. No pienses en eso ahora —la interrumpió—. Necesitas hielo en ese ojo para que no se inflame más. Y puede que tenga que llevarte a urgencias para que te valore un médico. ¿Has llamado a la policía?

—No. Te he llamado a ti.

Yeray se levantó y con los brazos en jarra caminó de un lado a otro para intentar ordenar sus ideas: primero, el hielo; luego, el 112. Ya se encargarían ellos de activar a los agentes y de enviar una ambulancia. No era así como tenía previsto pasar la noche; no una noche endemoniada como esa.

—Voy a la cocina a por el hielo —le comunicó con voz serena mientras enfilaba sus pasos hacia allí—. Después, llamaremos a la policía.

—¡No!... Estoy bien. De verdad que lo estoy. —Con las manos temblorosas, se apartó unas lágrimas que ya no existían y estiró un brazo para rogarle que volviera al sillón—. No puedes hacerlo. Por favor, no lo hagas... Idaira ha llegado antes y... ha cogido la escopeta de caza de mi padre. Se ha ido tras él.

Palideció. Su color de piel no era muy claro, pero en ese momento creyó que se había mimetizado con la pared. Incluso tuvo que detener una arcada que ya le asomaba por la garganta, y pensó que en cualquier momento se abriría una grieta en el suelo y se lo tragaría.

—¡¡¿Quéééé?!!

—Tenemos que ir a por ella. Puede cometer una locura. —Hablaba apresurada, escupiendo cada pensamiento que se le venía a la mente—. Se ha llevado mi coche y entiendo que se ha ido a La Calera. Imagino que Enrique está quedándose en un apartamento en la zona. Cuando veníamos a visitar a mis padres, siempre se quedaba en el mismo piso. No quería alojarse aquí con mi familia. —Se llevó una de las manos a la boca y lanzó un fuerte resoplido que se estrelló contra sus dedos.

—¡Tiene diecisiete años! ¿Cómo coño sabe conducir?

—Sabe desde que tenía dieciséis. Ya sabes lo importante que es sacarse el carné aquí a los dieciocho —se excusó Diana—. Vivimos

donde vivimos.

—¡Joder! ¡Me cago en la leche!

—No hace falta que digas tantas palabrotas, ya te he entendido. Ni tampoco que llames a la policía. Podrían detenerla... Conduce sin carné y lleva un arma.

Yeray trató de calmarse y cogió una bocanada de aire que retuvo unos segundos hasta que ideó un plan.

—Vamos, te dejaré en mi casa. Es mejor que no estés aquí por si ese malnacido decide aparecer. Martín cuidará de ti y yo iré a por nuestra hija.

—Ni de coña. Voy contigo.

No quiso pelearse con ella. La situación de por sí era lo bastante grave como para iniciar una discusión absurda que no los llevaría a ningún lado, así que accedió de mala gana. Se introdujeron en la furgoneta cuando las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer y Yeray miró el reloj con preocupación. Eran las once de la noche.

—¿La has llamado? —le preguntó, con un nudo en la garganta.

—Por supuesto que sí. Un montón de veces antes de contactar contigo. Pensé que si me contestaba, conseguiría detenerla.

Escuchó el sonido del móvil. Al mirar de reojo hacia el hueco que quedaba entre la caja de cambios y el salpicadero, comprobó que era el teléfono fijo de su casa, así que presumió que era Martín quien estaba al otro lado. Lo cogió y, sin detener el vehículo, le respondió:

—¿Todo bien por ahí? —Disimuló su nerviosismo como pudo, fingiendo una sonrisa que creyó que percibiría aunque no la viera.

—Sí, ¿y ustedes?

—Nada grave —se apresuró a responder—. Diana se ha cortado y tengo que llevarla al centro de salud. ¿Puedes encargarte de Olivia?

Hubo un silencio que Yeray no supo cómo interpretar. El viejo siempre fue astuto, así que pensó que había adivinado que ocurría algo más. Después, escuchó un sentido suspiro y unas cuantas maldiciones por lo bajo.

—Por lo visto, llevan diciéndolo todo el día —soltó al fin—. Ese jodido huracán ha cambiado el rumbo. No va a rozarnos, va a tragarnos enteros. Nos equivocamos. No era un incendio. Y ahora no paro de darle vueltas a la cabeza y ya entiendo por qué esa noche las plataneras fueron arrancadas de cuajo... El viento, hijo, el viento. Lo destrozará todo.

Observó cómo al parabrisas viejo de la furgoneta le costaba cada vez más apartar el agua del cristal y tuvo miedo de no ver bien el

asfalto. El maldito huracán no había llegado y ya descargaba con furia los primeros aguaceros importantes.

—No te preocupes por eso ahora. Las hemos reforzado, ¿recuerdas? Quédate en casa con Airam y Olivia.

—Debes tener cuidado y regresar lo más pronto posible. El centro de salud está en la calle La Alameda, así que no tienes por qué acercarte al mar. Se esperan olas de más de diez metros de altura.

«Las barcas», pensó. Ni los amarres las contendrían ante la fuerza del mar, y recordó la mañana en la que habían aparecido en la arena por arte de magia, cuidadosamente apiladas aunque con algunos desperfectos. Varias continuaban en talleres especializados en la reparación de barcos pesqueros; otras ya se habían hecho a la mar y probablemente no sobrevivirían a una tormenta semejante. Desde luego, había sido otro mensaje, aunque ignoraba si del hombre pájaro o de la mismísima Providencia.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Diana en cuanto colgó.

—Nos quedan unas horas para que se nos eche encima un huracán.

—¡Dios mío! ¿Y cómo no se han dado cuenta? ¿Cómo no nos han avisado antes?

Apretó la mandíbula y luego la obsequió con una mueca que reflejaba su desconcierto.

—Los desastres naturales en el planeta siguen cogiéndonos por sorpresa. Tenemos que encontrar a Idaira rápido.

No pudo pisar el acelerador tanto como quería. La visibilidad era reducida debido a la intensa lluvia y el viento ya afectaba a la estabilidad del vehículo. Consiguieron llegar a la rotonda de Las Orijamas y allí aminoró la marcha, pues apenas distinguía las líneas blancas de la carretera.

De pronto, divisaron una figura que corría por el arcén contrario. Estaba empapada de arriba abajo. Apenas podían atisbar su rostro, aunque llevaba unos vaqueros que debían pesarle como dos bolsas de cemento y aun así se esforzaba en seguir avanzando, con un brazo colocado a la altura de los ojos y obligando a sus piernas a continuar pese al viento. Entonces, a Yeray le dio un vuelco el corazón.

—Esto ya lo he vivido.

—¿Cómo dices? —le dijo extrañada.

—¡Es Toño! —Detuvo el coche agobiado y se agarró con fuerza al volante mientras intentaba controlar la respiración—. Estoy en una

especie de *déjà vu*. No sé por qué estoy reviviendo todo esto... Es como lo de las barcas y el viento. No eran más que señales que carecían de sentido, pero ahora... —La miró fijamente a la cara, le examinó el ojo morado y lo acarició con ternura—. Y esto también ha ocurrido ya. Antes, cuando te he visto en la puerta, me he preguntado cómo podía suceder una segunda vez, pero en realidad nunca sucedió una primera. —Hizo una pausa para comprobar que seguía su discurso y se giró hacia ella, impaciente—. Estoy hablando del día en el que creí que Enrique había vuelto y te había pegado. Tú me juraste que no había sido él, que no lo habías visto en meses, sin embargo, me costó creerte. Un moratón no aparece de la nada... Era otro aviso de lo que sucedería este día. ¡Joder! ¡Joder! —Golpeó el volante con impotencia y se presionó los ojos hasta que su memoria comenzó a armar un puzle inverosímil—. No solo fue tu ojo. También a Dulce se le hincharon los dedos de forma espontánea, y Airam tenía un golpe en el costado que pensé que se lo había hecho Dailos... y mi padre... en el codo... ¡Mierda! ¡Airam! El hombre pájaro habló de los marcados y que nada podíamos hacer por ellos. ¡Mi hermano está en peligro! Y mi padre también.

—No sé si consigo seguirte. Y estás poniéndome nerviosa. —Arrugó la nariz, desconcertada.

—Y antes de morir, Lala, además del viento, mencionó un boquete en la pared. No se cayó por ver al hombre pájaro. Lo hizo porque creyó ver que un agujero se abría en la pared cuando bajaba las escaleras. Y cuando yo llegué, ya no estaba el boquete. Creo que se trataba de una especie de visión futura, como Toño, como tu ojo, ¡como todo!

—Pero el morado de mi ojo no desapareció así porque sí —lo contradijo—. Nada de lo que dices tiene sentido.

Él tragó saliva muy despacio.

—¿Cuánto tardó en desaparecer?

—No lo sé —titubeó—. Puede que ya no estuviera cuando me fui a dormir.

—Pero la marca de mi padre sigue ahí —reflexionó en voz baja—. Quizá porque haya sido la última marca en aparecer, al menos que yo conozca.

Yeray asintió levemente y no tuvo que repetirle lo que pensaba. Perpleja, ella se tapó la boca con la palma de una mano y negó con la cabeza. Él miró por el espejo retrovisor hacia la carretera y luego volvió la vista atrás. Ya apenas distinguía la silueta de Toño. La lluvia

parecía haberlo engullido en un vórtice negruzco donde el hombre quedaría atrapado sin posibilidad de sobrevivir.

Entonces, un primer relámpago iluminó el Valle y a continuación un trueno resonó, trayendo consigo un silencio aterrador que condenó a todos sus habitantes.

—Tenemos que ayudarlo. No podemos dejarlo aquí.

—Pero ¿e Idaira? —Diana entró en pánico—. Has dicho que teníamos poco tiempo.

Puso el coche en marcha y dio media vuelta, ignorando las palabras de Diana. Su conciencia no le permitía dejarlo solo en medio de la carretera sabiendo que las condiciones meteorológicas empeorarían.

—Llama a mi padre y dile que no deje salir de la casa a Airam bajo ningún concepto, por mucho que las plataneras empiecen a volar. Y que tampoco él haga algo estúpido. —Resopló—. Y si tienes el número de Dulce, dile que no suba a la azotea. No puede subir ahí. Sus dedos.

—Lo tengo. —Asintió al tiempo que sujetaba el móvil y se disponía a buscar en la lista de contactos el número fijo de los Darias.

—Después, intenta contactar con Idaira. Sea como sea, tenemos que hablar con ella antes de que las líneas telefónicas se vayan al carajo.

Disminuyó la velocidad en cuanto tuvo a Toño a su alcance y, sin dudarlo, bajó la ventanilla, pese a que las gotas de agua comenzaron a salpicar el interior de manera salvaje.

—Toño, soy yo, Yeray.

—¡Gracias a Dios! —exclamó mientras se secaba la cara con el brazo, también húmedo—. Se me ha averiado el taxi. Tengo que llegar a casa como sea. ¿Puedes llevarme?

—Sube.

El hombre asintió con presteza. Tras abrir una de las puertas traseras, se acomodó en el asiento.

—Voy a dejártelo todo hecho un desastre —le dijo apurado.

—¿Vienes de La Calera?

—Sí, el motor ha empezado a echar humo justo cuando ha comenzado a llover y ya no he encontrado un alma caritativa. Han cerrado el paseo marítimo y algunas calles más. Por favor, tienes que llevarme a casa. Mi mujer y mis hijos están muy asustados.

—Aparte de tu casa, ¿tienes otro lugar donde podrías refugiarte? —El taxista lo miró con extrañeza—. Mira, sé que ahora lo que

menos deseas es una advertencia del loco que siguió a Mateo hasta la loma, pero tu madre me dijo algo más antes de morir. Si no quieres creerme a mí, créela a ella. —Toño permanecía callado mientras miraba a Diana buscando una explicación más clara, pero ella bajó el mentón—. Dijo que se abriría un agujero en la pared de la escalera. En ese momento no la entendí, pero ahora todo cobra sentido.

—¿Estás tomándome el pelo? ¿Qué sentido? —Se revolvió en el asiento.

—Que tienes que salvar a tu familia.

De repente, uno tras otro, los tres móviles presentes comenzaron a emitir un sonido estridente, una alerta. Diana, quien ya lo tenía en la mano, se atrevió a leerlo.

—Es una alerta roja. Nos recomiendan permanecer en casa ante la llegada del huracán Delia, de categoría uno. Se prevén vientos que podrían alcanzar los ciento cincuenta kilómetros por hora e inundaciones en las zonas costeras. Puede haber cortes en el suministro eléctrico debido a la caída de árboles.

—Vuelve a llamarlos a todos. Y tú tienes que escucharme. No dejes que tu familia se acerque a las escaleras.

—No entiendo lo que quieres decirme —le dijo agobiado Toño.

—Tu madre vio un agujero en la pared antes de morir —trató de explicarle de forma atropellada—. Algo va a ocurrir en tu casa, por eso el hombre pájaro estaba allí. Estuvo en todas las casas donde sucedería una desgracia.

Toño enmudeció, y Diana, visiblemente nerviosa, sacudió la cabeza.

—Idaira sigue sin cogerlo. —Los dedos le temblaban y apenas acertaba a pulsar los iconos de la pantalla digital.

—Inténtalo luego. Ahora, llama a Martín.

Por el espejo retrovisor, apreció el rostro temeroso del taxista. Con una de las manos, agarraba con brío un pequeño crucifijo que le colgaba del cuello mientras se afanaba en rezar un padrenuestro en voz baja que trataba de recordar.

—Tu padre está al teléfono —le comunicó Diana con entusiasmo.

Le acercó el móvil a los labios para que así él pudiera mantener la vista fija en la carretera. Tuvo que gritarle para hacerse oír:

—Papá, escúchame bien. No permitas que Airam salga o se acerque a muebles pesados. —Escuchaba la voz de Martín lejana, ingerida por un viento que cada vez se hacía más notable—. ¿Me

oyes? ¡Me he equivocado! ¡Nunca fue Dailos! —Las frases de Martín llegaban a sus oídos a medias, entrecortadas, y su cerebro no conseguía armarlas para que tuvieran sentido—. No te oigo bien. ¡Papá! ¡Cuida de Airam! ¡Que no salga! ¡Y pase lo que pase tú tampoco lo hagas!

La llamada se cortó y un gusto acibarado se le aposentó en el paladar.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le preguntó ansiosa Diana.

—No lo sé. Prueba con Dulce, y luego con Idaira, y... —Se calló. Se le estaban acabando las ideas. Ignoraba si su padre había entendido el mensaje o no, si se ocuparía de Airam y de Olivia, pese a que el destino parecía haber sentenciado a su familia entera.

Tuvo la tentación de regresar a casa, de dejar a Toño lo más cerca posible de la suya y luego correr hasta Olivia. Sin embargo, quedaba Idaira, a quien imaginaba apuntando a su padrastro con la escopeta bajo la intensa tormenta. Quizá debería rendirse. La adolescente no se lo había puesto fácil desde el principio y sus fuerzas estaban mermando. Tal vez no debería luchar por ella. Le había prometido a Olivia que estaría a su lado ese día y no había podido mantener esa promesa. Y ahora solo podía pensar en su pequeña y en su hermano. Su padre siempre había sabido arreglárselas.

En ese momento, el teléfono de Diana retumbó en el interior del vehículo. No era el timbre de una alerta, sino de una llamada. Era Idaira. Y ella se apresuró a hablar:

—¡¿Mamá?! No sé dónde estoy... Hay una cueva y... —De nuevo, se escuchaba mucho ruido de fondo— llueve mucho. Está muy oscuro.

—¿Has bajado a La Calera? —Yeray percibió la angustia en la voz de Diana.

—No, la cobertura va y... viene. He dejado el coche en el Guro y he caminado hacia la ruta del barranco de Arure.

—¡Dios mío! ¡Tienes que regresar al coche! Un barranco no es seguro ahora. Intenta desandar lo andado. Vamos a buscarte. ¡Aguanta, hija!

Pero Idaira no la escuchó. La telefonía comenzaba a fallar y, pronto, su voz se desvaneció entre los gritos amenazantes de la tormenta.

—Eso no está muy lejos de donde estamos, a unos tres minutos en coche —murmuró Yeray—. Toño, ¿te importa que te dejemos aquí? Creo que estás a un kilómetro de tu casa.

El hombre asintió sin rechistar. Ya había corrido varios kilómetros a la intemperie, así que uno más no le supondría un esfuerzo mayor que el anterior. Podía con ello.

—Estaré bien. Vayan a por Idaira. Y ojalá la encuentren a tiempo.

—Y tú recuerda no ponerte cerca de las escaleras —le repitió convencido antes de que bajara del coche.

Observaron cómo Toño se alejaba del vehículo y Yeray inspiró hondo. Volvió a dar media vuelta mientras se aferraba al volante y presionaba los labios con amargura.

—Y, ahora, ¿qué? —le preguntó Diana histérica.

—Vamos a por nuestra hija.

Martín colgó el teléfono y se maldijo por no haber comprendido bien lo que Yeray había querido decirle. Deseaba que tanto su hijo como Diana y su nieta se encontraran bien, e intentó recordar el mensaje de Yeray a medida que se dirigía al salón. Le había dicho algo sobre Airam, Dailos y que no salieran. De eso estaba totalmente seguro. Sin embargo, por mucho que se estrujara el cerebro, no le encontraba sentido alguno. Podía descartar de inmediato que quisiera prevenirlo de que Dailos, hecho un mamut, se dirigiera a la casa con intenciones de pegarle a Airam, sobre todo porque era un cobarde. No se atrevería a salir en una noche como esa.

Sin acercarse demasiado a las ventanas del salón, contempló cómo los rayos coronaban las montañas del Valle, otorgándoles un aspecto espectral.

De pronto, escuchó un golpe seco proveniente de la cocina y el grito de Olivia rasgar las nubes negras que cubrían la noche.

—¡Abuelo! ¡Abuelo, ven! ¡Corre! —Su nieta lo llamaba agobiada y él corrió a su encuentro con el corazón encogido.

Al llegar a la cocina, contempló cómo las bisagras de la puerta trasera de la vivienda habían saltado por los aires y cómo la niña se esforzaba en mantenerla en pie para que no cayera. Sin pensárselo, se colocó en su lugar y trató de ponerla en posición vertical, aunque el viento se lo impedía. Al comprobar que le era imposible, la dejó caer con cuidado sobre el pavimento al tiempo que la lluvia arremetía contra él.

—¿Dónde está Airam?

—Toby se ha escapado y ha ido tras él.

Martín palideció. Eso había querido decirle Yeray. Tendría que haber impedido que Airam saliera. En ese momento, el cielo se quebró con un trueno tan seco y violento que le pareció que partía su alma en dos. Desde el umbral, divisó el cuarto de aperos. La lluvia caía con furia sobre él y esa maldita cortina espesa tamborileaba una canción fúnebre sobre el techo de zinc.

—¡Airam! —gritó desde el umbral mientras el agua le calaba los huesos—. ¡Airam, vuelve, hijo!

Pero Airam no lo escuchaba. Había salido corriendo apenas unos minutos antes, descalzo, con una linterna en la mano y el nombre del perro en los labios. Su cara, redonda y dulce, desfigurada por la angustia, desapareció entre los racimos oscuros de las plataneras.

Martín, después de rogarle a la niña que se quedara en la casa y con los pulmones agotados tras décadas de trabajo en la tierra, agarró otra linterna y salió en su busca, maldiciendo la tormenta, a Airam y al jodido chucho.

El viento aullaba entre las hojas, sacudiendo los plátanos que lloraban porque no deseaban volar, y pronto sus zapatos quedaron enterrados en un laberinto de barro entre sombras temblorosas. De repente, escuchó un ruido metálico en la distancia, breve y frío, a la vez que un grito ahogado lo acompañaba. Avanzó con dificultad entre los charcos, resbalando y perdiendo el equilibrio, hasta que oyó un gemido.

Entonces, lo vio.

Airam yacía de lado, bajo una plancha retorcida que lo cubría del torso hacia abajo. ¡El maldito techo de zinc! Se culpó por no haberlo arreglado hacía años. Con los ojos húmedos, dirigió el haz de luz hacia el rostro de su hijo. La linterna le reveló la sangre que le corría por la frente y cómo se esforzaba en abrir los ojos.

—Padre... Toby —le dijo, con labios temblorosos.

Martín cayó de rodillas a su lado y apartó la plancha con las fuerzas que ignoraba que aún le quedaban. El cielo lloraba con ellos, sepultándolos bajo unas lágrimas dolorosas.

—Estoy aquí, hijo. Estoy aquí. Tranquilo... Ya te tengo.

A lo lejos, como un eco compasivo, escuchó un ladrido y Martín dibujó una sonrisa amarga.

—¡Olivia! ¡Olivia! —llamó a su nieta histérico—. ¡Llama una ambulancia!

Tras un grito de esfuerzo, Martín cargó como pudo a Airam entre sus brazos, enfocó con la linterna la casa y, aunque sus pasos le

pesaban como si sus piernas estuvieran forradas de hierro, se encaminó hacia ella. Poco a poco. Soltando un alarido cada vez que avanzaba. No obstante, y a pesar de su empeño, sus piernas cedieron y cayó a plomo con el cuerpo de Airam sobre él. El barro le salpicó la cara y lo escupió de su boca para dejar escapar un grito de impotencia.

Chilló de rabia.

Y después de dolor, pues el codo izquierdo se le había enterrado en la tierra húmeda y presumió que se lo había partido.

Entonces, discernió a su nieta, que corría a su encuentro alarmada y con el rostro desencajado por el miedo. Y supo que no estaba solo.

—¡Abuelo!

Martín tragó saliva. El dolor seguía ahí, clavado como una espina, pero algo más fuerte se alzó en su interior. La esperanza. Su nieta le daría la energía suficiente para alcanzar la casa.

Olivia se arrodilló frente a su tío y sus manos pequeñas buscaron el hueco para agarrarlo con fuerza. El viejo se puso en pie y entre los dos comenzaron a arrastrarlo. Centímetro a centímetro. Martín lo hacía con el brazo bueno e instaba a su nieta a continuar, pese a que el viento azotaba sus cuerpos para detenerlos. Para sepultarlos en las plataneras y que murieran allí.

Pero el viejo era más terco que una mula y había decidido que nadie moriría en su casa esa noche. La muerte ya vendría a visitarlos otro día, cuando estuvieran preparados para ella.

Así que avanzaron bajo la tormenta. Lentamente. Con dificultad y con la certeza de que no se rendirían.

Yeray y Diana localizaron el vehículo de ella con rapidez en el Guro. Era el único que tenía la puerta del conductor abierta, y la mujer se preguntó qué impulso habría llevado a su hija a cometer esa estupidez en una noche como esa, aunque ya conocía de sobra la respuesta: Enrique. Tendría que estar por los alrededores.

Inspeccionó el interior del vehículo con disgusto, pues el agua de la lluvia se había acomodado en los asientos y en las alfombrillas. Al no encontrar nada, más que un paquete abierto de papas fritas, cerró la puerta con brusquedad. Recordó que tenía un paraguas en el maletero, pero de nada le servía si no contaba con las llaves, y además no soportaría el intenso viento.

Ambos encendieron las linternas de sus móviles y se dirigieron al acceso del barranco. El cielo sobre el Guro se había convertido en una furia de polvo y relámpagos. Los alisios, usualmente amables, eran ahora látigos que arrancaban ramas, movían piedras y silbaban entre las laderas con las voces de los antiguos espíritus. Bajo esa tormenta infernal, Yeray y Diana avanzaban a trompicones por la vereda empapada, iluminados por la luz de los móviles y los fogonazos de los rayos.

—¡Idaira! —gritó Diana a la vez que su voz era tragada por un trueno—. ¿Por qué se metería por aquí?

—Tiene que haber seguido a Enrique —dijo jadeando Yeray—. Por eso ha dejado la puerta abierta. Puede que haya intentado huir hacia el barranco.

—¡¿Y por qué demonios Enrique haría tal cosa?! ¿Es que está loco?

—Idaira tiene una escopeta. ¿No es motivo suficiente? —Dibujó una mueca contrariada—. Pero ¿por qué pararse aquí? ¿Has visto el coche de Enrique en la calle?

—No, pero está muy oscuro y...

Diana quiso calmarse. Estaba calada hasta los huesos y temía que en cualquier momento un desprendimiento les interrumpiera el avance. Caminaron unos minutos que les resultaron eternos. El tiempo apremiaba y no conseguían distinguir a la joven entre charcos de agua y arbustos azotados por el viento.

Otro relámpago resquebrajó el cielo y por un momento el paisaje se convirtió en un grabado repleto de sombras funestas. Entonces, en la lejanía, advirtieron la silueta diminuta de Idaira. Estaba agazapada detrás de una roca, en lo que parecía ser la entrada a una cueva. Llevaba la escopeta en las manos, bien pegada al pecho. En ningún momento se había deshecho de ella, y Yeray se preguntó por qué.

Diana corrió sin pensárselo, resbalando sobre el barro una y otra vez, y Yeray fue tras ella. La ayudó a recuperar el equilibrio y ambos continuaron el ascenso. El eco de otro trueno se perdió entre las paredes de la cueva como un lamento agónico.

—¡Idaira! Estamos aquí —le gritó de nuevo su madre.

Pero ella no se movió. Miraba la entrada de la cueva aguardando a que un monstruo se abalanzara sobre ella.

—Se ha metido aquí —dijo con profundo rencor—. El muy capullo se ha escondido en esta mierda de cueva.

Diana observó cómo la lluvia dibujaba riachuelos sobre su rostro que se confundían con sus lágrimas. Extendió una mano con suavidad y con voz rota le pidió que soltara el arma:

—Déjalo estar. Ya no tienes que hacer esto, mi amor. Él ya no tiene poder sobre nosotras.

—Pero está aquí —insistió—. Su coche se ha salido de la carretera y lo he perseguido durante kilómetro y medio. Lo tenemos, mamá. Ese cabrón va a pagar por todo lo que nos ha hecho.

Yeray se acercó a la adolescente y con semblante compasivo la ayudó a levantarse con cuidado. Después, la rodeó por detrás para asegurarse de que le entregaba la escopeta al tiempo que le susurraba:

—Vámonos a casa.

Ella asintió con lágrimas en los ojos y cayó en la cuenta de lo cansada que estaba. Había consumido sus fuerzas en una carrera imposible y que no la llevaba a ningún sitio. Todo por venganza. Miró a su madre con una mueca de arrepentimiento y quiso llegar hasta ella. Necesitaba abrazarla y decirle lo mucho que lo sentía y todo lo que la quería.

—Vamos, mi vida —le susurró Diana con dulzura.

De pronto, de la cueva, surgió una voz grave cargada de rencor:

—¿Diana?

Idaira le arrebató el arma a Yeray, volvió a sujetarla con brío y la giró hacia la entrada. La sombra de Enrique apareció en el umbral y un relámpago le iluminó el rostro. Tenía una sonrisa rota y un morado en el pómulo, el cual se había hecho al impactar la cara contra la ventanilla. Sin embargo, no estaba asustado.

—¿Qué vas a hacer con eso?, ¿matarme? —La escopeta subió medio centímetro y soltó una carcajada burlona—. Siempre fuiste una malcriada.

—Vale, acabemos con esto. No queremos que nadie resulte herido —intervino Yeray—. Idaira, dame el arma.

—¿Y tú quién eres? —le recriminó con desdén el hombre.

—Su padre.

—¡No me jodas! ¿El que se largó a Madrid? —Enrique observó a Diana con una lástima fingida y luego volvió a posar la mirada sobre la escopeta—. Cariño, tú no quieres hacerme daño. Cuidé de ti durante muchos años mientras este machango se daba la gran vida en Madrid.

Idaira bajó ligeramente el arma a la vez que respiraba agitada y enseguida volvió a subirla. No podía perder el control. Ese día no. Enrique jamás volvería a dominarla, a pegarle un puñetazo o a arrearle con la hebilla del cinturón. Ese día no. Ese día, ella tenía el arma.

—¡Tú no tienes ni idea de quién soy! Nunca te interesaste en descubrirlo —escupió con ira—. ¿Cuántas veces me dejaste en el cuarto encerrada con llave para que no viera cómo le pegabas a mamá? ¡¿Cuántas?! —Un trueno acompañó los sollozos de Diana, impotente ante los reproches que su hija le lanzaba a su padrastro —. Y cuando creíste que ya tenía suficiente edad para continuar conmigo, lo hiciste. ¡Yo era una niña! ¡Y te quería!

Enrique se estremeció. El hombre escudriñó en los ojos rabiosos de la joven y dio un paso hacia atrás. Indeciso. Contrariado. Idaira ya no era esa chiquilla que lo había abandonado hacía unos años. Era una mujer herida y llena de odio.

—¡Y ahora has vuelto porque te aburrías! ¡Como si no hubiera sido suficiente! ¡Como si no hubieras dejado una grieta en esta familia que no se cierra nunca! ¡Y duele! —continuó ella, deshecha—. Tenías que tocar en la casa y comportarte como un cobarde de nuevo. ¡Qué pena que no llegara antes! ¡Qué pena que no me diera tiempo de coger la escopeta en cuanto te vi y matarte! Pero ahora estás aquí como un animal acorralado y vas a pagar por todo lo que nos has hecho.

Idaira sonrió amargamente, convencida de lo que tenía que hacer. Y no dudó.

—¡Idaira, no! —gritó su madre.

El clic seco del gatillo llenó el eco del barranco.

La escopeta se había encasquillado.

La joven miró asustada el arma y Enrique aprovechó para abalanzarse sobre ella y quitársela de las manos. Yeray se unió a la trifulca y sujetó al hombre por el cuello mientras los gritos de Diana se ahogaban con los imponentes silbidos del viento. Forcejearon. Y, entonces, un nuevo trueno apagó el sonido de un disparo.

Idaira se echó hacia atrás horrorizada, todavía con el arma en las manos, y al contemplar a los dos hombres en el suelo, la dejó caer en la tierra. Diana corrió a abrazarla al tiempo que Yeray observaba la sangre en sus manos, oscura bajo la lluvia, resbalando entre sus dedos para precipitarse contra la tierra. Se incorporó con torpeza, aturdido y se palpó el pecho con urgencia buscando el orificio de la

bala. Sus manos recorrieron la tela empapada, deteniéndose entre los dos pulmones, a la altura del esternón.

Tragó saliva.

Se levantó la camisa con rapidez. Le dolía. Le ardía. Estaba seguro de que la bala lo había atravesado.

Pero no había nada.

Ni sangre. Ni herida.

Inspiró un oxígeno que se le quedó a medio camino.

La sangre... no era suya.

Giró la cabeza lentamente hacia el lugar donde se encontraba Enrique. Su mirada descendió buscando el agujero en su cuerpo y pronto, descubrió un boquete a la altura del estómago. Con los dedos índice y corazón se afanó en encontrar un latido en la yugular que lo aliviara y le confirmara que el hombre todavía estaba vivo. Pero no lo halló.

—Tenemos que largarnos de aquí —musitó Yeray.

—¿Y qué vamos a hacer con él? —preguntó Diana asustada—. Tenemos que llamar a una ambulancia.

Yeray se aproximó a ella y la tomó por las muñecas.

—Está muerto. Ya no podemos hacer nada por él. Está muerto.

Atrajo primero a Diana hacia él y luego a Idaira. Las rodeó con los brazos y permitió que ambas lloraran bajo el amparo de su pecho, como un paraguas que resguardaba sus sentimientos, mientras la lluvia liberaba sus penas y le daba un nuevo significado a su vida: un renacer esperanzado.

Tenía que dejar atrás lo que ya no le pertenecía y abrazar la vida que le esperaba.

Epílogo



La mañana del tres de septiembre, el silencio fue el protagonista en Valle Gran Rey. Las nubes deshilachadas y errantes se aferraban todavía a los picos quebrados de La Gomera, descendiendo como jirones de humo hacia los bancales empapados. El aire olía a tierra mojada, a salitre y a hojas rotas.

Las palmeras, aún sacudidas, inclinaban sus copas como penitentes exhaustos, y el agua, que antes caía con furia, ahora resbalaba lenta por las laderas, dibujando nuevos caminos entre los riscos y las huertas. El mar, que había golpeado las costas como un animal enfurecido, escupía espuma sucia sobre la arena mientras las barcas de los pescadores crujían bajo los restos de la tormenta en el muelle.

Y sin embargo, entre el desorden y los lamentos, la vida continuaba.

Sentado en una silla del hospital Nuestra Señora de Guadalupe, en San Sebastián, junto a la cama de su hermano, Yeray trataba de olvidar los recuerdos de aquella noche sin fortuna, los cuales continuaban golpeándolo como la lluvia rabiosa. El olor a desinfectante de las paredes no tan blancas lo devolvía al momento en el que el disparo resonó en medio de la tormenta y lo nombraban protagonista de otra desgracia.

Tras la muerte de Enrique, habían conseguido llegar al coche y refugiarse en la casa. No obstante, y al llegar a esta, comprendió la verdadera magnitud de la tormenta: Airam estaba herido, tal y como vaticinó el hombre pájaro, y quizá no había muerto por la rápida intervención de su padre. Pero también Martín había sufrido el latigazo del monstruo, y tras una rápida intervención quirúrgica, el viejo lucía un yeso en el brazo izquierdo. Por primera vez en su vida, no hablaba de plataneras ni papayos, sino que la Providencia los había salvado a todos.

Veintisiete muertos, tres desaparecidos y más de ochenta heridos eran las cifras que había dejado Delia tras su paso por La Gomera y cuyos brazos crueles se alargaron hasta las diez de la noche del dos de septiembre. El municipio más afectado fue el de Valle Gran Rey que jamás olvidaría a Delia. Puede que no fueran los números a los que el hombre pájaro estaba acostumbrado, pero para los isleños fue una herida profunda y dolorosa que había alcanzado al mismísimo corazón del Garajonay.

Entre los desaparecidos se encontraba Enrique. Jamás lo hallaron. Su cuerpo fue arrastrado por una riada descontrolada, y quizá enterrado entre rocas y juncos. Fue mejor así. No quería pensar en lo que habría ocurrido si hubieran descubierto su cadáver con un boquete en el estómago.

Lamentaba no haber podido localizar a Dulce y advertirla mientras trataban de encontrar a Idaira. Sobre su casa cayó un poste eléctrico cuando ambos se encontraban en la azotea intentando que el agua de la lluvia no se filtrara por la puerta de acceso a la vivienda. Los cables del poste se le habían enredado en los dedos de una mano y se los había seccionado. La mujer fue trasladada en un helicóptero a un hospital de Tenerife en cuanto el tiempo se lo permitió y allí permanecía.

Mejor suerte corrió la familia de Toño. Una palmera se había precipitado contra la fachada de la casa y había abierto un agujero en la pared de las escaleras. En ese momento, nadie circulaba por

ella. Yeray quiso pensar que el hombre lo había escuchado, pues se había refugiado en una de las habitaciones de los niños con su familia, la más lejana a las escaleras.

La casa de Diana también se vio afectada por una palmera, pero ni madre ni hija se encontraban en ella cuando ocurrió. Quizá todo debió suceder así y el arrebato de Idaira al querer perseguir a su padrastro las había salvado de algo peor.

En cuanto a las plataneras de Martín, muchas aguantaron los embates del viento gracias al doble refuerzo que les había puesto, y otras terminaron ahogadas en la finca. Sin embargo, esa noche, Martín no se preocupó por la finca sino por su hijo, a quien curó y mantuvo consciente con la ayuda de Olivia hasta que una ambulancia consiguió llegar a la casa.

—Buenos días, dormilón —le dijo al ver que abría los ojos—. ¿Cómo te encuentras?

—M-m-mal.

Yeray esbozó una sonrisa de felicidad que pronto se convirtió en una mueca más amarga. Con la ropa todavía húmeda y la piel marcada por los azotes del viento, entornó los párpados, agradecido, pues su hermano continuaba respirando en esa camilla. Eso le bastaba.

—Siento no haber podido estar ahí. Siento no haberte ayudado.

Con el rostro arrugado por el dolor, Airam le cogió la mano y le susurró:

—Estás a-q-q-quí.

Yeray presionó los labios para contener un ligero hipido, y después de darle un beso en la frente se levantó.

—Voy a por papá. No te vayas de aquí —bromeó.

Se encaminó hacia la sala de espera con los ánimos más optimistas y las manos resguardadas en los bolsillos. Al elevar la barbilla, encontró a los que ahora reconocía como su familia: Martín en una silla de ruedas y a quien Olivia cuidaba con una sonrisa en la boca, y Diana que abrazaba con fuerza a Idaira, esa hija recién descubierta que parecía haber estado siempre en su destino. Había en sus miradas cansadas una complicidad nueva, una verdad compartida. Ya no eran piezas sueltas de distintas vidas, sino un círculo que se sostenía en medio de las ruinas.

Yeray exhaló despacio y apoyó la cabeza contra la pared. El huracán había arrasado la isla, pero también había destruido sus propias certezas. Y en ese vacío, algo nuevo había nacido. Por

primera vez en mucho tiempo sintió que pertenecía a un lugar, que la palabra familia no era un recuerdo perdido, sino un presente palpable.

La tormenta había terminado. Pero mientras observaba a Diana y a Martín, mientras sus miradas se cruzaban con un silencio denso, Yeray entendió que la calma también traía consigo un peso. Fuera, podrían reconstruir techos y caminos. Dentro de ellos, quedaba la grieta de un secreto que jamás debía salir a la luz: la muerte de Enrique.

Nadie lo nombró. Nadie lo haría. Porque a veces la familia se construye no solo con verdades, sino también con silencios compartidos.

Yeray se acercó a Idaira, quien mantenía la mirada clavada en el suelo y los brazos cruzados.

—Oye... —empezó con suavidad—, ¿podemos hablar un momento?

Ella levantó la cabeza y le mostró una mueca desafiante.

—¿Para qué? —le dijo con un hilo de voz con el que intentaba sonar dura.

—Para intentar... Esto no se me da bien —se excusó Yeray—. No sé, empezar de nuevo. No te pido que confíes en mí todavía, solo que lo intentemos.

Idaira lo estudió un instante mientras se mordía el labio inferior, y luego suspiró.

—Vale, pero solo tienes un intento. Si dices alguna estupidez en el primero, puedes olvidarte de que, en algún día muy lejano, te llame papá —contestó con un atisbo de sonrisa rebelde.

Yeray estiró una de las comisuras de los labios y le pasó un brazo alrededor de los hombros.

—Eso me basta. Es un comienzo.

Ella entrecerró los ojos, bajó el mentón y se humedeció los labios antes de atreverse a mirarlo directamente a la cara.

—Gracias —le susurró.

—¿Por qué? —le contestó Yeray algo confuso.

—Por no haber dejado sola a mi madre e ir a buscarme.

Idaira se acercó un poco más a él y apoyó la cabeza en su hombro. Por primera vez, padre e hija compartieron un silencio que no les resultó incómodo, sino conciliador. Era la promesa no dicha de algo que podría crecer.

Yeray entornó los párpados un instante y asintió varias veces sin que nadie se percatara. Sí, al fin había encontrado su lugar. Las

familias eran imperfectas, escondían secretos y regalaban mentiras piadosas para que ningún miembro sufriera, pero eran reales. Y mientras los observaba uno a uno en la sala de espera, supo que podrían sostenerse juntos, aunque la vida aún les reservara algunas sombras en los bolsillos.

Cuando regresaron al Valle, algunos de sus habitantes se presentaron en su casa para preocuparse por el estado de su hermano y de su padre, pese a que este pronto comenzó a dar órdenes al pobre de Pedro para adecentar la finca.

Le sorprendió que muchos le dieran las gracias, ya que aquel arrebato que había sufrido el día que se pasó por el bar de Dulce caló en algunos de ellos y la noticia corrió por El Retamal como alma que llevaba al diablo. Ni en sus más retorcidos pensamientos hubiera imaginado que Miguel había sido uno de ellos y esa tarde del día uno, cuando escuchó la noticia por la radio, cubrió las ventanas con tablones de madera y concentró a su familia en la habitación que consideró más sólida.

Nunca volvió a ver al hombre pájaro, pese a que las noches de tormentas bajaba a la cocina y encendía la luz para buscarlo entre las plataneras.

Era mejor así y deseaba que no regresara jamás.

Quizá se encontrara muy lejos de allí, acosando a los lugareños de otro pueblo inocente para advertirlos de que la oscuridad se acercaba. Y que la desgracia era el peor acechador al que podrían enfrentarse.

Agradecimientos



En primer lugar, quiero expresar mi más sincero reconocimiento a todos los profesionales y asociaciones que dedican su tiempo, conocimiento y vocación a acompañar a las personas con discapacidad intelectual, sensorial, física o psíquica. También a sus familias, cuya fortaleza, entrega y perseverancia son un ejemplo diario de amor y lucha. Gracias por trabajar cada día para abrir caminos y derribar barreras.

Gracias a mi familia por su apoyo incondicional. En especial, a Sam y Adriel, por ser el motor que impulsa cada uno de mis pasos; y a Luca, por su guía y confianza inquebrantables.

A Elsa, Carolina y Maru, mis amigas de toda la vida. Gracias por estar siempre ahí, demostrando que la verdadera amistad no entiende de kilómetros ni de días en el calendario.

A Angy, por ayudarme a apreciar mis alas y recordarme que cada pluma encierra una enseñanza.

A Laura, por abrazar mi versión más frágil y caminar a mi lado cuando aparece mi yo más decidido.

Gracias a mi familia de Entre Libros Editorial. En especial, a Steffany e Irene, por su entusiasmo contagioso y porque, a vuestro lado, los días de feria se vuelven rosas; y a Patri, porque tu optimismo mueve montañas.

No puedo olvidarme de mis compañeros en este viaje literario, que tantas veces es solitario, pero que, con sus risas y complicidades, consiguen hacerlo más ligero: Ana, Yauci, Belén, Bea, Jesús Barranco y Jesús López.

Por último, mi más profundo agradecimiento a mis lectores. Empezamos como una pequeña barquita en mares desconocidos y hoy tengo la inmensa fortuna de seguir navegando con ellos en un crucero más sereno.

Gracias por leer este libro

En entrelibroseditorial.es encontrarás
más lecturas recomendadas.

No te pierdas todas nuestras noticias y novedades.
Síguenos en redes sociales como @entrelibroseditorial.

Recuerda que tu opinión es muy importante para nosotros.
Si has disfrutado de esta lectura, déjanos una opinión.
Gracias.

www.entrelibroseditorial.es